Pedro Urvi
El Despertar del Inmortal
El Sendero del Guardabosques Libro 15

El Despertar del Inmortal

El Sendero del Guardabosques, Libro 15

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: http://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: http://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2022 Pedro Urvi

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie El enigma de los Ilenios

Serie Los Dioses Áureos:

Índice

Otros libros de Pedro Urvi:
Índice
Mapa
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
La aventura continua en:
La Reina Druida (El Sendero del Guardabosques, Libro 16)
Nota del autor:
Agradecimientos
La Reina Druida (El Sendero del Guardabosques, Libro 16)

Mapa

TREMIA
The Reborn Continet
The Frozen Continent
Norriel Lands
Norghana
Rogdon
Masig Steppes
WEST TREMIA
Thousand Lakes
Kingdom of Zangria
Kingdom of Irinel
Kingdom of Erenal
EAST TREMIA
Confederation of Free Cities
Nocean Empire

Nocean Empire
Blood Mountains
Abyss
Stambus
Cinders Island
South Tremia

Dedicatoria

Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo incondicional desde el principio cuando sólo era un sueño.

Capítulo 1

Seis jinetes vadeaban de noche el río que separaba el Este del Oeste en el reino de Norghana. Lo hacían por un tramo poco profundo bajo el cobijo de la penumbra reinante en una noche poco estrellada. Cruzaban en silencio, envueltos en sus capas, con capuchas y pañuelos cubriendo sus caras. El otoño acababa de llegar y con él las nieves, tan presentes en la vida de todos los norghanos.

Si algún ojo indiscreto los vislumbraba, supondría que serían forajidos camino a dar un golpe nocturno y que por ello no cruzaban por el puente situado algo más al sur. Sin embargo, aquellos jinetes eran todo lo contrario: eran Guardabosques, los defensores del reino.

Los jinetes terminaron de cruzar el río y siguieron en dirección noroeste sin hacer un solo ruido. Cruzaron una explanada blanca mientras los copos caían del cielo sobre sus monturas. Las capas con capucha los protegían bien del frío y la nieve, aunque estaban acostumbrados a los rigores del clima de la región y eran experimentados Guardabosques.

Sin embargo, aquella noche no estaban llevando a cabo una misión asignada por el rey Thoran, ni se dirigían a cumplir con las obligaciones de Guardabosques que su líder Gondabar solía reclamar. Aquella noche estaban allí por otro motivo, uno de gran transcendencia para el reino y probablemente para todo Tremia.

Se detuvieron junto a tres robles centenarios en medio de la llanura sin mediar palabra y aguardaron bajo la incesante nieve que parecía querer enterrarlos. No parecían estar nerviosos y, sin embargo, sus rostros sombríos y miradas profundas y pensativas denotaban que estaban preocupados.

De pronto, acercándose desde el norte, aparecieron una docena de jinetes. Ninguno de los seis hizo movimiento alguno. Redujeron la marcha mientras se acercaban y se detuvieron a corta distancia. De entre ellos dos se adelantaron, y lo mismo hizo uno de los Guardabosques.

—Fría es la noche en el Norte —saludó uno de los recién llegados.

—Más fría es en el Oeste —respondió el Guardabosques.

—Pero el corazón de los norghanos del Oeste arde con fuerza, valentía y honor —respondió el otro jinete.

—Por ello siempre prevalecerán los buenos hombres del Oeste —respondió el segundo jinete.

Los tres asintieron tras el intercambio de palabras y se quitaron la capucha para verse los rostros.

—Duque Erikson, me alegro mucho de verte —dijo el Guardabosques.

—Y yo más aún de ver a mi señor, el Rey del Oeste —respondió el Duque.

—Solo soy un Guardabosques, no tengo título ni posesiones —recordó Egil con una sonrisa.

—Siempre serás nuestro señor y el verdadero Rey que un día se sentará en el trono de Norghana —dijo el Conde Malason saludando con una pequeña reverencia desde el caballo.

Egil sonrió y luego saludó a los dos hombres con la cabeza.

—Me alegra mucho veros y constatar que os encontráis en buena salud. Sin vosotros la causa del Oeste y el futuro de Norghana estarían en serio peligro.

—Nos da demasiada importancia. Si no estuviéramos nosotros seguirían estando los otros miembros de la Liga —recordó Erikson.

—Por no mencionar a nuestros familiares —añadió Malason—, que no están hoy aquí, pero a los que estamos enseñando bien para que un día ocupen nuestro lugar al frente de nuestras casas y como miembros de peso de la coalición.

—No esperaba menos. La sangre nos une y la sangre salvará al Oeste y al reino —proclamó Egil con seriedad.

—Vuestra sangre, la de los Olafstone —afirmó Erikson.

—No estoy tan seguro de eso… —dijo Egil con tono pensativo y mirada algo perdida en el horizonte. La nieve seguía cayendo con fuerza y la tormenta no parecía que fuese a pasar pronto.

—Así debe ser —respondió Malason—. La casa de los Olaftone es la legítima heredera al trono. Debes reinar, Egil.

—Debemos expulsar a Thoran, Orten y sus aliados del Este, tardemos lo que tardemos en conseguirlo —añadió Erikson.

Egil asintió, si bien seguía pensativo.

—Lo lograremos un día, o quizás ellos mismos se condenen por sus propios actos. Ambos escenarios son plausibles.

—Prefiero no esperar a que eso ocurra —dijo Erikson.

—Mejor si los echamos nosotros —añadió Malason.

—Esa proposición es demasiado arriesgada… —dijo Egil—. No debemos provocar una segunda guerra civil. El coste de la primera fue

demasiado alto y lo pagaremos durante años. Norghana no volverá a ser una nación fuerte y respetada en Tremia por un tiempo debido a lo que sucedió.

—Mejor débil que estar gobernada por tiranos sin escrúpulos —dijo Malason con tanto ímpetu que su montura se intranquilizó. Tuvo que acariciarle el lomo para que se calmara.

—Esos dos cretinos conducirán a Norghana a la ruina total —predijo Erikson.

Egil inclinó la cabeza y sonrió.

—Si es así, y no digo que vaya a serlo, esa será precisamente nuestra mejor oportunidad de recuperar el trono.

Los dos nobles del Oeste se miraron con expresiones de confusión.

—¿Debemos esperar a que Thoran y Orten destruyan el reino? —preguntó Erikson.

—Esa no es una opción muy prometedora —añadió Malason.

Egil negó con la cabeza.

—Debemos aguardar una oportunidad manifiesta. Que cometan un gran error y pierdan poder, o que se involucren en una situación de la que no puedan salir. En ese momento actuaremos, pero hasta entonces hay que esperar. Enfrentarnos de forma directa y abierta a Thoran, su hermano y los nobles de la corte es un suicido y traería grandes pérdidas y sufrimiento a los nuestros. Por lo tanto, no lo vamos a hacer.

Malason y Erikson se miraron y bajaron la cabeza. Su expresión indicaba que no les gustaba lo que estaban oyendo.

—Tú eres nuestro señor y a ti seguimos con lealtad pues así lo pide la sangre del Oeste —dijo Erikson acatando la voluntad de Egil.

—Solo un necio intenta dos veces la misma locura habiendo fracasado la primera —aleccionó Egil—. Aguardaremos hasta que una oportunidad se presente. Nos prepararemos y estaremos listos cuando el tiempo del Oeste llegue. No desesperéis, necesitamos calma y tesón… trabajar en las sombras de forma conjunta. El día llegará, os lo aseguro.

—Confiamos y creemos en nuestro señor y lo seguiremos hasta el final. Por el Oeste, por Norghana —dijo Erikson con tono firme y de respeto.

—Se hará como nuestro señor pide. Nuestro honor nos obliga y la sangre que recorre nuestras venas y hace latir nuestros corazones norghanos nos une —asintió Malason dando su conformidad y acatando la decisión.

Egil suspiró hondo.

—Me alegra ver que cuento con vuestra confianza y lealtad. Llegará el día en que ambas serán puestas a prueba, pero estoy seguro de que la pasaréis y haréis lo correcto, por el bien de Norghana.

—Superaremos cualquier prueba a nuestro honor a la que seamos sometidos—aseguró Erikson.

—¿Qué más os preocupa? Contadme —pidió Egil con un gesto de la mano. Calmó a su montura, la nieve seguía cayendo y las crines de los caballos estaban blancas como todo el paraje que les rodeaba.

—Nuestro líder nos conoce bien —sonrió Malason—. Corren tiempos de cambio y el Oeste está nervioso.

—La nueva situación del trono y la cercanía de una boda real ha hecho que tanto en la Liga como en el resto del país se desaten todo tipo de rumores y preocupaciones —explicó Erikson.

Egil asintió varias veces.

—La boda real se dará —anunció.

—¿Está el acuerdo cerrado con el Rey de Irinel? —preguntó Erikson.

—Lo están ultimando, pero lo estará. Creo que la boda será anunciada oficialmente en breve —dijo Egil.

—Eso no son buenas nuevas para el Oeste —comentó Malason moviendo la cabeza de lado a lado.

—Si hay boda, de ella puede surgir un heredero, y eso no es bueno. Reforzaría la posición de Thoran con la corte y los nobles —explicó Erikson.

—Muy cierto —convino Egil—. Por otro lado, una alianza con el reino de Irinel fortalece al reino. Norghana será más fuerte y se recuperará antes del debilitado estado en que se encuentra.

—No nos conviene que haya una reina, y menos aún un vástago heredero —afirmó Malason—. Bastantes problemas tenemos ya con el rey y su hermano.

—No debemos precipitar acontecimientos —dijo Egil—. Todavía no ha habido boda y mucho menos un heredero al trono.

—Pero ambas cosas sucederán si no se impiden… —comentó Erikson dándolas por seguro.

Egil se quedó pensativo un momento.

—¿La Liga quiere impedir la boda real? —preguntó.

—Hay nobles del Oeste que ven un gran peligro para nuestras aspiraciones en esa boda —insistió Erikson.

—¿Se ha hablado de intervenir? —preguntó Egil con un tono que denotaba cierta preocupación.

—Se ha hecho, pero no de forma definitiva. Es solo un sentimiento ante una posible reina y un futuro heredero que fortalecen al rey en el trono y, por lo tanto, no nos convienen en absoluto —explicó Malason.

—¿Qué opináis vosotros dos? —quiso saber Egil.

Malason suspiró hondo.

—Creo que debemos intervenir, de una forma u otra. No podemos permitir que Thoran clave aún más sus garras manchadas de sangre en un trono que no le pertenece.

Egil miró a Erikson y le hizo un gesto con la cabeza para que hablara.

—Soy de la misma opinión —dijo el noble—. No podemos dejar que Thoran refuerce su posición en el trono.

—Entiendo… —dijo Egil y se quedó pensativo.

—¿Qué quiere nuestro señor que se haga? —preguntó Malason.

—Seguiremos las instrucciones de nuestro líder y señor —aseguró Erikson.

—Quiero que actuemos con prudencia —dijo Egil—. Hay que pensar y planificar con extremo cuidado cualquier movimiento en contra de la corona. Nos jugamos mucho, no solo nuestra vida y la de los nuestros, sino el futuro del reino. La alianza con Irinel beneficia a Norghana y, al tiempo, es contraproducente para nuestros intereses por recuperar el trono. Por otro lado, debemos pensar primero en Norghana y después en el Oeste, no al revés. De lo contrario, no lograremos nunca el reino fuerte y unido que queremos.

—Los norghanos del Oeste tienen sentimientos encontrados a este respecto —dijo Erikson.

—Les puede más su amor al Oeste que al del reino —añadió Malason.

—Lo sé y es comprensible, más teniendo en cuenta todo lo que han sufrido en la guerra —dijo Egil—. Sin embargo, debemos mirar al futuro y buscar lo mejor para Norghana con un Oeste fuerte liderándola. De momento no intervendremos, dejaremos que los próximos eventos sucedan y nos mantendremos expectantes y preparados. La boda todavía puede frustrarse, hay muchos intereses en contra que podrían actuar.

—¿Zangrianos? —preguntó Malason.

—¿Noceanos? —intervino Erikson.

—Entre otros, sí. No somos los únicos a los que esta boda real no les favorece. Todo reino o nación que desea una Norghana débil prefiere que esta boda no se lleve a cabo.

—¿Podrían intervenir para detenerla? —preguntó Erikson.

—Podrían, en efecto —asintió Egil—, y por ello aguardaremos.

—Muy bien, señor. Aguardaremos —aseguró Malason.

—Ahora que ya hemos contemplado los temas de política nacional, centrémonos en el motivo de esta reunión clandestina —dijo Egil— ¿Habéis conseguido la información que os he pedido?

—La tenemos, señor —dijo Malason avanzando hasta Egil. Le pasó un pergamino sellado.

—No ha sido nada fácil lograrla —dijo Erikson—. Nos ha costado una pequeña fortuna.

—Lo imagino —asintió Egil guardando el pergamino en su macuto.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Malason—. Hemos estado usando nuestros agentes y el oro del Oeste para conseguir información que no entendemos para qué es. ¿Podemos saberlo?

—Lo podéis saber —dijo Egil—. Es tan importante porque Norghana corre un grave peligro. Uno de proporciones abismales al que debemos enfrentarnos y vencer.

Los dos hombres mostraron expresión de sorpresa. No esperaban que Egil les dijera algo así.

—¿Thoran y su hermano planean algo? —preguntó Malason.

—¿Nos van a invadir los Zangrianos? ¿Los Pueblos del Continente Helado? —quiso saber Erikson.

—Me temo que es algo mucho peor —dijo Egil con un gran resoplido que le salió del alma—. Veréis, un nuevo enemigo con el que no contábamos ha despertado, uno de un poder enorme y que busca traer la muerte y la destrucción a nuestras tierras. Debemos detenerlo. Si no lo hacemos, tanto nuestro querido reino como los reinos y naciones cercanas serán arrasados.

—No entendemos, mi señor… —dijo Erikson mirando a Malason con cara de no concebir qué significaba todo aquello.

Egil continuó:

—Por ahora escuchad esto: un ser milenario, una criatura de un poder inmenso, está a punto de regresar. Si consigue hacerlo, tanto nuestro querido reino como los adyacentes serán asolados.

Erikson asintió.

—¿Esta criatura es a quien buscamos? —preguntó Malason.

—Lo es y debemos destruirla —dijo Egil muy serio.

—La encontraremos y la destruiremos —aseguró Erikson.

—No será nada sencillo y correrá sangre —advirtió Egil con tono serio y mirada severa—. Puede que no podamos detenerla. Puede que nos cueste la vida…

—Lo lograremos —dijo Malason—. Cuente con el Oeste.

—Gracias, necesitaré toda la ayuda que podamos conseguir. Ahora marchad y regresad a vuestros dominios. Reunid a la Liga del Oeste y contadles lo que hemos hablado. Hacedles entender. Deben apoyarnos.

—Muy bien, así lo haremos —dijo Erikson.

Malason asintió.

—Así será —luego miró a los acompañantes de Egil—. Saludos, Lasgol. Saludos, Panteras de las Nieves.

—Conde Malason, duque Erikson —los saludó Lasgol con respeto.

—Cuidad bien del Rey del Oeste —dijo Erikson.

—Siempre —aseguró Ingrid.

Los nobles marcharon con su guardia y se perdieron en la distancia como si la noche y la nieve los hubiera sepultado.

Egil miró a las Panteras.

—Regresemos. Hay que detener a Dergha-Sho-Blaska.

Capítulo 2

Las Panteras de las Nieves formaban en medio de la sobria estancia en la torre de los Guardabosques. Observaban a su líder sentado tras su mesa de trabajo. Si el aspecto de Gondabar últimamente no era nada bueno, lo que acaba de narrarle Egil lo había dejado con peor cara.

—Lo que me acabas de revelar no se queda corto en comparación a las odas fantásticas que se narran en nuestro folklore sobre luchas entre dioses y bestias mitológicas.

—Os aseguro, señor, que por muy descabellado que parezca, es la verdad —dijo Egil con tono de total convencimiento.

Gondabar observó a los seis compañeros uno por uno, buscando sus ojos con una mirada que denotaba seria preocupación.

—¿Vosotros también creéis que es cierto lo que me ha contado Egil? —preguntó.

—Lo creemos —se apresuró a decir Lasgol asintiendo con fuerza.

—Es la verdad, podemos atestiguarlo porque lo hemos vivido todos juntos —se unió Astrid.

—Que hayáis vivido una serie de experiencias traumáticas no convierten en realidad una historia tan… increíble…

—Sabemos que parece algo imposible, y que de contarlo probablemente nadie nos creería, pero aun así después de hablarlo entre nosotros decidimos venir aquí y confesárselo a nuestro líder —dijo Nilsa a trompicones por los nervios.

—No es que no os crea… Yo confío en vosotros y en vuestro buen criterio. Siempre habéis demostrado tener muy buen juicio y actuar en defensa del reino con honor y valentía. Lo que ocurre es que me resulta muy difícil asimilar semejante historia —se sinceró Gondabar.

—Yo ya les avisé que era mejor no decir nada, que nadie iba a creernos, pero como suele pasar habitualmente, no me hicieron el menor caso —dijo Viggo.

—La situación es grave. El reino corre peligro y por ello acudimos a informar a nuestro líder —dijo Ingrid.

—Como debéis hacer —aseguró Gondabar asintiendo con la cabeza.

—Si no informamos de lo que sucede y la catástrofe se consuma, seríamos en parte responsables —dijo Lasgol—. Por ello estamos hoy aquí.

—De no acudir a nuestro líder, de no buscar ayuda para este terrible asunto, estaríamos cometiendo una seria negligencia —dijo Egil.

—Es nuestro deber informar de un gran peligro para el reino, uno que nosotros estamos seguros de que va a afectar a todos los norghanos —añadió Astrid.

El semblante de Gondabar se ensombreció aún más. La insistencia del grupo parecía tenerlo desconcertado.

—Por lo que me habéis contado, he de entender entonces que ese ser… ¿cuál era su nombre…?

—Dergha-Sho-Blaska —repitió Egil.

—Un nombre complejo y extraño —comentó Gondabar—. ¿Debo entender que ese ser es en realidad un dragón?

—Así es —confirmó Egil.

—¿Y que se encuentra actualmente en el interior de un orbe?

—Así es. Creemos que lo que hay en el interior del orbe es el espíritu del dragón —dijo Egil.

—Con parte de su poder —añadió Astrid.

Gondabar los miraba muy atento.

—¿Y ese espíritu de dragón va a reencarnarse?

—Eso es lo que creemos —se unió Lasgol.

—Y cuando lo haga arrasará Norghana —apuntó Ingrid.

Gondabar suspiró profundamente.

—¿Os dais cuenta de lo improbable y hasta ridículo de lo que me estáis contando? Y quiero que sepáis que lo digo con todo el respeto y cariño que os tengo. Cuanto más lo escucho más descabellado me parece.

—Ya os dije que no nos creería, ni él ni nadie —dijo Viggo con cara agria.

—Señor, es la verdad. Si no actuamos, ocurrirá y una vez se reencarne será imposible de parar —insistió Lasgol.

—Dejadme deciros que, hasta la fecha, por mucho que se haya hablado de ellos en leyendas y mitología tanto norghanas como de otras regiones de Tremia, no existen evidencias irrefutables de que los dragones hayan existido jamás —transmitió Gondabar.

—Existe mucha literatura y folklore sobre ellos, y probablemente se basen en historias de verdad. Los mitos nacen de realidades en la

mayoría de los casos —dijo Egil.

—Nunca se ha encontrado una prueba fehaciente de su existencia, por mucho que se haya estudiado el tema, y se ha hecho —dijo Gondabar negando con la cabeza.

—Que ahora no existan no quiere decir que no existieran en un tiempo pasado —añadió Egil.

—Nuevamente esa es solo una creencia, una hipótesis que nunca ha sido corroborada pues nunca se ha encontrado nada que pudiera justificarlo.

—Eso es cierto, pero ahora sí que tenemos una evidencia —dijo Astrid.

—¿Un espíritu en un orbe? Eso no es una evidencia, en todo caso hablaríamos de algún tipo de Objeto de Poder, no de la existencia de dragones. Haría falta mucho más que eso para convencerme a mí y al resto de líderes, mucho más… —dijo Gondabar e hizo un gesto con la mano.

—Nuestro líder es sabio y precavido. Entendemos su reticencia a creer que hayamos descubierto la existencia de un dragón —dijo Egil —. Y más sin pruebas concluyentes que presentar.

—No solo la existencia —interrumpió Gondabar—. No hay pruebas de que el Objeto de Poder que encontrasteis en el Refugio Secreto contenga el alma de un dragón.

—Pruebas como tal no tenemos más allá de lo que hemos visto y oído —dijo Astrid—. Pero lo que hemos experimentado apunta a que es así.

—Puede que estéis convencidos, no lo dudo, por la razón que sea. Pero yo no lo estoy. No me habéis traído nada más que un relato. Interesante, inverosímil y preocupante, pero nada más que un relato.

—Nosotros creemos en ese relato —insistió Lasgol.

—¿Creéis de verdad que ese ser, ese espíritu de dragón se va a reencarnar? —preguntó Gondabar señalándoles con el dedo índice—. ¿Sabéis lo alocado que suena eso? ¿Lo inconcebible que es? Ya no es solo que queráis que crea en la existencia de dragones, ahora queréis que crea en la reencarnación, que es tan inconcebible como lo anterior.

—Dicho así… espíritus de dragones, reencarnación… algo de razón tiene nuestro líder —dijo Viggo cruzando los brazos sobre su torso.

—Sabemos que parece una locura, pero estamos convencidos de lo que decimos —intentó insistir Ingrid.

—Lo sé y eso me preocupa —dijo Gondabar.

—Podemos demostrar la existencia de los Defensores de la Sangre

Verdadera que lidera mi tío Viggen Norling —dijo Astrid—. Y también exponer a Drugan Volskerian, sus brujos y sus Iluminados.

Gondabar asintió con pesadez. Estaba sopesando todo aquello de lo que las Panteras le habían informado.

—Demuestra que hay un par de órdenes, cultos o hermandades con siniestras intenciones. Sin embargo, sabed que siempre ha habido y siempre habrá organizaciones oscuras. Los hombres tienden a buscar consuelo en las más tenebrosas de las creencias y a seguir a embaucadores y falsos profetas. Estoy convencido de que hay más de una secta que cree en un poderoso dragón milenario, que esperan que se reencarne y traiga el fin del mundo conocido. Eso no os lo niego. Pero, su mensaje, su objetivo, no puedo creerlo y que vosotros lo hagáis me inquieta en gran medida.

—Tenemos que detener a ambos grupos —dijo Lasgol—. Son muy peligrosos.

—Solo pedimos ayuda de los Guardabosques y del rey para impedirlo —dijo Nilsa.

Gondabar levantó la mano y la agitó de forma negativa.

—No puedo ir con esta improbable historia ante el rey, y mucho menos sin ninguna prueba. Montaría en cólera por hacerle perder el tiempo y distraerlo de sus importantes tareas con cuentos sobre dragones y seres mitológicos.

—Yo tampoco veo a nuestro querido rey tragándose nuestra historia —dijo Viggo con tono sarcástico.

—No me presentaré ante él con esto a menos que me traigáis pruebas irrefutables.

—Para entonces puede que sea demasiado tarde —dijo Lasgol.

—Si no disponemos de la ayuda del rey, ¿dispondremos al menos de la ayuda de los Guardabosques? —preguntó Egil.

Gondabar se quedó callado, pensativo.

—Haremos lo siguiente. Os encomendaré una nueva misión que deberá de ser secreta. La misión consistirá en que me traigáis pruebas incuestionables de la existencia de este ser, de este Dergha-Sho-Blaska. Para ello podréis usar todos los recursos de los Guardabosques y pedir apoyo si lo necesitáis. También buscaréis a las dos sectas y sus líderes y me los traeréis para que pueda interrogarles y ver cuánta verdad hay en sus creencias. En cualquier caso, estoy de acuerdo en que son peligrosos y deben de ser detenidos. Tenéis permiso para hacerlo.

—Gracias, señor —dijo Egil inclinándose para mostrar respeto.

—Trataréis la misión como secreta y solo me reportaréis a mí sobre lo que halléis. No quiero que comiencen a correr rumores desbocados

sobre esto entre los nuestros. Eso es cuanto puedo hacer. ¿Os parece acorde?

Las Panteras se miraron los unos a los otros.

—Entendemos la prudencia de nuestro líder y su buen juicio —dijo Egil—. Nos pondremos de inmediato con la misión y os traeremos pruebas irrefutables.

—De acuerdo entonces —dijo Gondabar—. Una cosa más… —añadió de pronto y miró una última vez a todos uno por uno, como intentando ver en las miradas de las Panteras si todo estaba bien, si seguían todos cuerdos—. Creo que voy a necesitar de la ayuda de la Madre Especialista Sigrid con este asunto —anunció.

—¿Cree nuestro líder que hay algo mal en nuestras cabezas? —preguntó Egil, que dedujo al instante por qué Gondabar buscaba la ayuda de Sigrid.

El líder de los Guardabosques abrió las manos.

—Vosotros no sois como los demás Guardabosques. Habéis experimentado cosas… que otros no han hecho. Vuestras mentes se han visto afectadas, eso lo sabemos todos.

—Por muy afectadas que estén nuestras cabezas, que no digo que no lo estén, no estamos locos —aseguró Viggo.

—Ni yo pretendo inferir que sea así —aseguró Gondabar—. También podríais estar poseídos, dominados o bajo un conjuro o ilusión. El hermano de Sigrid podrá ayudarnos a ver si esto es así o no.

—Vaya, cuánta confianza en los mejores Guardabosques del reino… —dijo Viggo con mucha acidez en el tono.

—No es desconfianza, es prudencia —aseguró Gondabar—. Quiero asegurarme de que no hay otros factores en juego en esta trama, pues habéis venido a mí con una historia realmente difícil de creer.

—Si nuestro líder quiere asegurarse de que estamos bien, no tenemos ninguna reticencia —dijo Ingrid.

—Yo alguna que otra sí —añadió Viggo.

—Pero harás lo que nuestro líder pida —dijo Ingrid con mirada firme.

—Por supuesto —sonrió Viggo.

—Marchad ahora y dejadme pensar en todo lo que hemos hablado.

Las Panteras se despidieron de Gondabar con una pequeña reverencia y salieron de su estudio. Descendieron por las escaleras de la torre hasta salir frente al gran edificio. Se apartaron un poco, pues había varios Guardabosques charlando frente a la puerta, y se quedaron formando un círculo.

—¿Veis lo que habéis conseguido? Nos ha tratado de chiflados —dijo Viggo.

—Decidimos que se lo debíamos contar —dijo Lasgol.

—Vosotros lo decidisteis, a mí no me incluyáis. Ya os dije que pasaría esto.

—No ha ido del todo mal —dijo Egil.

—¿No? —se extrañó Nilsa—. A mí me ha parecido que sí ha ido un poco mal.

—Bastante mal —se unió Astrid.

—Si lo pensáis, veréis que en realidad hemos conseguido, por un lado, sembrar la semilla de la duda en la mente de Gondabar y, por otro lado, que nos asigne como misión capturar a Drugan y Viggen y traer una prueba de la existencia de Dergha-Sho-Blaska. Yo creo que es todo un avance.

—Nos permitirá seguir investigando sin interferencias y con la ayuda de los Guardabosques —se animó Lasgol.

—Eso es verdad, y nos viene muy bien. Lo peor que podría pasar es que nos volvieran a enviar al extranjero y perdiésemos la pista del orbe —dijo Ingrid.

—También nos va a hacer examinar la cabeza por si estamos majara —dijo Viggo con tono agrio.

—O por si estamos embrujados —guiñó el ojo Egil.

—El rarito nació embrujado y tú eres casi tan liante como él —le dijo Viggo a Egil.

—Lo importante aquí es que hemos cumplido con nuestro deber. Le hemos contado a Gondabar lo que sabemos y la situación. Es su responsabilidad tomar cartas en el asunto —dijo Ingrid.

—Le hemos dicho casi todo lo que sabemos —puntualizó Nilsa—. No le hemos contado nada sobre Camu y las Perlas…

—No era necesario y solo hubiera aportado más confusión al asunto —dijo Lasgol.

—Gondabar tiene los hechos concretos que necesita para actuar —dijo Egil—. Eso es lo importante. De momento ya ha movido ficha.

—¿Ordenándonos investigar de forma secreta? —preguntó Astrid.

—Primordial, mi querida Asesina —sonrió Egil.

—Sabes que eso de decir primordial tan a menudo es de lo más repelente, ¿verdad? —le dijo Viggo a Egil.

—Lo sé —sonrió él tan tranquilo—. Por eso lo hago.

Viggo se llevó las manos a la cabeza y soltó un improperio a los cielos.

Todos rieron por aquella exagerada y dramática reacción.

Mientras reían y se metían con Viggo, una figura apareció acercándose al grupo proveniente de los establos. Era un hombre alto y muy fuerte, un auténtico norghano de las montañas. Se acercaba a ellos caminando de una forma extraña, descompensada, como si las caderas no le fueran bien. Lasgol se percató de que alguien se aproximaba y se giró. Al ver quién era la alegría explotó en su corazón.

—¡Gerd! ¿Qué haces aquí? —exclamó completamente sorprendido de ver a su amigo.

El grandullón sonrió de oreja a oreja.

—Es tiempo de que vuelva a unirme al grupo.

Capítulo 3

—¡Gerd! ¡Qué alegría! —gritó Nilsa dando un brinco y corriendo con los brazos abiertos a darle un abrazo. Llegó hasta él y se lanzó a su cuello con tanto ímpetu que Gerd se las vio y se las deseó para no perder el equilibrio.

—Nilsa, veo que sigues tan impulsiva como siempre —sonrió él.

—Algo menos torpe, pero igual de alocada —intervino Viggo que se acercó hasta Gerd.

—Veo que tú sigues tan ácido como siempre —le dijo Gerd a Viggo.

—Dame un abrazo, grandullón, antes de que se me pase la alegría de verte y empiece a meterme contigo —dijo Viggo con una gran sonrisa.

Nilsa se descolgó y Gerd abrió los brazos para recibir a su amigo.

—¡Abrazo de oso! —exclamó cerrando los brazos sobre Viggo.

—¡Oh, no! —se lamentó Viggo con expresión de que no podía creerlo.

Gerd empezó a girar sobre sí mismo con Viggo abrazado y levantándolo del suelo de forma que no pudiera apoyar los pies.

—¡Bájame, cabeza de serrín, que no estás en condiciones! —gritó Viggo.

—Yo lo veo en muy buenas condiciones —comentó Ingrid sonriendo.

—Ya lo creo, mira qué bien gira —se unió Astrid también sonriendo.

—Si puede girar así es señal de que ya está recuperado —comentó Egil asintiendo.

—¡Claro que lo estoy! —exclamó Gerd sonriendo.

—¡Déjame en el suelo antes de que ocurra un accidente, montaña de músculos sin sesera!

Gerd no hizo caso a Viggo y dio una vuelta más sobre sí mismo con su amigo atrapado como si fuera un muñeco de paja. Al finalizar el giro, perdió el equilibrio y dio un paso lateral extraño. Estuvieron a punto de irse al suelo.

—¡Pierdo pie! —avisó Gerd.

Astrid se movió con la rapidez de una gacela y sujetó con fuerza a Gerd para que no se desequilibrara más. Un momento después, Ingrid agarraba a Viggo para que no desnivelara más al grandullón. Nilsa también sujetó a Gerd a toda prisa.

—¿Estás bien? —preguntó Lasgol una vez tuvieron a los dos sujetos y sin que se fueran al suelo.

—Sí… estoy bien… —dijo Gerd recomponiéndose, si bien su rostro estaba colorado.

—¿Bien? ¿A eso le llamas tú estar bien, pedazo de bruto descoordinado? Casi nos la pegamos —regañó Viggo.

—Lo siento… —comenzó a disculparse Gerd.

—No le hagas caso, este hubiera caído sobre sus cuatro patas, como un gato negro —dijo Ingrid que dio una palmada a Gerd en la espalda para darle ánimos.

—Pantera negra en todo caso —replicó Viggo orgulloso estirando el cuello y alzando la barbilla.

—Panterita oscurita —corrigió Nilsa con una risa maliciosa aunque entrañable.

Todos sonrieron y pasó el momento de apuro.

—¿Cómo estás, Gerd? —preguntó Egil, que se acercó a darle un abrazo.

—Me han dejado regresar. La Madre Especialista Sigrid y la Maestra Annika opinan que estoy lo suficientemente bien como para retomar mis funciones de Guardabosques.

—Pues yo no estoy tan seguro de que eso sea así —dijo Viggo—. ¿Seguro que te han hecho suficientes pruebas?

—Le habrán hecho más que suficientes —dijo Ingrid—. No le hubieran dejado volver de no estar recuperado.

—Estoy bastante mejor, si bien no del todo… todavía no soy quién era… —confesó Gerd que volvió a sentirse algo avergonzado.

—Tranquilo, es solo cuestión de tiempo que vuelvas a estar en plena forma —aseguró Astrid dándole ánimos.

—Sigrid y Annika creen que me vendrá bien estar con vosotros y participar en vuestras experiencias. Dicen que ayudará a que me recupere mejor.

—Eso tiene todo el sentido —dijo Egil—. Nada puede compararse a hacer frente a las situaciones del día a día de un Guardabosques y, en especial, a las que nos solemos enfrentar nosotros, que son un poco más peligrosas.

—Un poco de peligro y acción real me vendrán bien, eso seguro —se animó Gerd.

—Un poco, dice, ni que no nos conocieras… —replicó Viggo.

—Igual se le ha olvidado después de tanto tiempo —bromeó Nilsa.

Gerd negó con la cabeza.

—No se me ha olvidado lo más mínimo. Sé muy bien en todos los líos en los que os metéis y todo el peligro que conllevan.

—Yo estoy encantada de que estés de vuelta —dijo Nilsa aplaudiendo con fuerza y luego le dio otro abrazo.

—Lo estamos todos —aseguró Lasgol que se acercó, le estrechó la mano y luego le dio un fuerte abrazo.

—¿Por qué no nos has avisado de que venías? —preguntó Ingrid.

—Quería daros una sorpresa —respondió Gerd abriendo los brazos —. ¡Sorpresa! —exclamó.

—Eres increíble —dijo Ingrid mientras el resto del grupo reía.

—Es una alegría enorme verte de nuevo entre nosotros —dijo Egil.

—Más alegría tengo yo. No sabéis lo que os he echado de menos.

—¿Se ha repuesto también la Maestra Engla? —preguntó Astrid.

—Si tú lo has hecho, ella también, ¿no? —aventuró Viggo.

—Pues… no ha sido así… La Maestra está teniendo más dificultades y su recuperación está yendo algo más lenta que la mía.

—Oh… vaya… —se lamentó Lasgol.

—Con lo dura y fuerte que es, pensaba que lo habría conseguido ya —dijo Viggo.

—Como sabéis, el tema es más mental que físico, sigue todavía con problemas… —explicó Gerd.

—Estoy segura de que lo conseguirá pronto —deseó Astrid.

—Edwina y Annika siguen trabajando en su recuperación. Yo también creo que lograrán que termine de sanar pronto.

—¿La Sanadora sigue en el Refugio? Dolbarar la echará de menos en el Campamento, eso sin duda —comentó Lasgol.

—Sí, sigue allí y, por lo que nos ha llegado, ha habido varios accidentes en el Campamento entre los aspirantes, pero nada que no hayan podido solucionar. Dolbarar envió una carta a Sigrid asegurándole que se las arreglaban bien y que Edwina podía seguir atendiendo a Engla. Parece ser que Lidia, la nueva Guardabosques Mayor de la Maestría de Naturaleza es un portento en cuanto a sanación y Dolbarar la tiene en gran aprecio. Gracias a ella, no ha pasado nada grave en el Campamento.

—Muy buena tiene que ser para que no necesiten a Edwina —comentó Nilsa.

—Quizás sea que los nuevos aspirantes a Guardabosques son más inteligentes y menos brutos… —dijo Ingrid.

Justo en ese momento llegaban a la torre varios Guardabosques con aspecto de no ser veteranos y de ser bastante rudos.

—No, olvídalo. Seguro que son igual de brutos que siempre.

—Entonces Lidia debe de ser muy buena —asintió Astrid.

—Ona y Camu están bien, ¿verdad? —preguntó Gerd con tono de preocupación tras mirar alrededor y no verlos.

—Sí, tranquilo —se apresuró a asegurar Lasgol—. Lo que ocurre es que es mejor que no deambulen por el castillo y la ciudad. Llaman en exceso la atención y la gente se pone nerviosa… Cuanta menos atención atraiga Camu, mejor para todos.

—Cierto —asintió Gerd—. Tengo muchas ganas de verlos y darles un fuerte abrazo.

—Estoy seguro de que el bicho querrá que le des uno de tus abrazos de oso, a ver si puedes —dijo Viggo con mucha ironía.

Gerd frunció el ceño e inclinó la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—No le hagas caso, Gerd, es solo que Camu es ahora bastante más grande que cuando lo viste por última vez —explicó Lasgol.

—Ah, vale. De todas formas, lo intentaré —sonrió él.

—¿Estás seguro de que no te han dicho que no te excedas? —preguntó Nilsa con mirada preocupada—. ¿Seguro que no tienes que tener cuidado?

—Estad tranquilos. No me excederé y tengo permiso por escrito para retomar mi puesto como Guardabosques.

—Si es así, ¡bienvenido! —dijo Ingrid.

Todos le dieron palmadas de apoyo y le agasajaron con gestos de cariño.

—¡Qué alegría más grande veros a todos! —dijo Gerd con los ojos húmedos por la emoción.

—Nuestra alegría sí que es grande por tenerte de vuelta —aseguró Lasgol también emocionado.

—Me tenéis que contar todo lo que me he perdido.

—Pues vamos a estar un rato largo… —dijo Viggo.

—Nos encontramos en una situación un tanto comprometida —avanzó Astrid.

—¿Muy mala? —quiso saber Gerd.

—Bastante mala, sí —confirmó Ingrid.

—Estamos metidos en un lío morrocotudo —aclaró Viggo.

—Pues qué bien, parece que llego a tiempo —sonrió Gerd.

—Ya, espera a ver lo que te contamos —dijo Nilsa e hizo un gesto sacudiendo la mano.

—En cualquier caso, estoy contentísimo de estar de vuelta. ¿Abrazo grupal? —pidió abriendo los brazos.

El resto sonrieron y se unieron a Gerd en el abrazo en grupo.

—¡No, no, no! ¡Nada de sensiblerías! —protestó Viggo—. ¡Me niego!

—Vamos, que en el fondo sabes que lo quieres —dijo Ingrid ofreciéndole su brazo y le guiñó el ojo.

—Tenía que volver… Con lo bien que estábamos sin ti —refunfuñó.

—No digas merluzadas —recriminó Ingrid.

—Y no seas un dolor de muelas —regañó Nilsa, que también le ofreció el brazo.

—Está bien… —se resignó Viggo sin oponer mucha resistencia y se unió al abrazo en grupo.

—¡Las Panteras de las Nieves vuelven a estar juntas! —exclamó Gerd lleno de alegría.

Los otros Guardabosques que entraban y salían de la torre se detenían a contemplar aquel espectáculo. El abrazo en grupo de las Panteras dejó a todos sorprendidos y extrañados, pero era tal el respeto que despertaban que nadie dijo ni comentó nada al respecto. Observaron en silencio y luego siguieron con sus obligaciones.

Una persona sí tuvo la osadía de acercarse y comentar algo.

—Me alegra ver de nuevo al más grande y de mayor corazón de entre todos los Guardabosques —dijo una voz según pasaba junto a ellos acompañada de una docena de soldados.

Gerd miró hacia la procedencia de la voz y no pudo creer lo que veían sus ojos.

—Val… Valeria… ¿Cómo? ¿Qué sucede aquí? —preguntó con ojos muy abiertos al reconocerla y ver que iba acompañada de soldados extranjeros.

—Ya te lo explicarán tus amigos. Me alegra verte bien, Gerd. Me preocupé al ver que no estabas con ellos —dijo Valeria deteniéndose.

—Yo, sí, bueno… —respondió Gerd mirando a Valeria sin poder creer que estuviera allí.

—No te detengas, sigue tu camino y no fuerces tu suerte —avisó Astrid a Valeria con tono amenazante.

—Solo quería saludar a Gerd. Te veo muy bien, más fuerte, más apuesto —dijo y le guiñó el ojo al tiempo que le dedicaba una sonrisa seductora.

—No te dejes embaucar —advirtió Viggo a Gerd—. La rubia sigue con sus encantos y jueguecitos.

—Yo también te veo bien a ti —respondió Gerd—. Y gracias.

Valeria saludó con la cabeza, sonrió levemente al resto de las Panteras y continuó su camino.

—Me tenéis que explicar esto… —pidió a sus compañeros con expresión de que no podía creerlo.

—Pues si esto te ha parecido sorprendente y raro, espera a que te contemos lo del dragón —dijo Viggo.

—¿Dragón? ¿Un dragón? —preguntó Gerd con cara de total espanto.

Viggo sonrió y le guiñó el ojo.

—Prepárate porque lo que viene va a ser fantástico —dijo y miró a Egil, que sonrió y negó con la cabeza.

—Todo saldrá bien —dijo Lasgol restando importancia a la situación—. Te lo contaremos todo.

Capítulo 4

Las Panteras sentaron a Gerd en uno de los catres de la habitación grande que compartían en la torre y le contaron todo lo que había sucedido. Como era habitual en estos casos, dejaron que fuera Egil quien se ciñera a los hechos y el resto añadieron sus comentarios personales según la narración avanzaba.

Si bien los comentarios eran variopintos, especialmente los de Viggo, Egil se encargó de explicar de forma clara el gran problema al que se enfrentaban. Gerd escuchaba con plena atención y su rostro se iba poniendo más ceniciento cuanto más le contaban. Para cuando Egil terminó de relatarle todo, parecía que se iba a desmayar de lo pálido que estaba. Respiró hondo varias veces y pareció recuperarse un poco. A continuación, les hizo mil preguntas hasta asegurarse de que lo entendía todo bien. Su cara de susto iba en aumento según le iban aclarando las dudas que le habían surgido. Los términos increíble e impensable salieron de la boca del grandullón una docena de veces. Sus amigos le aseguraron que todo lo que le contaban era muy cierto y no le quedó más remedio que aceptar todo lo que le decían.

—No se me va a pasar el susto y la inquietud en días —comentó resoplando con sus grandes manos apoyadas en sus muslos—. Menudo embrollo en el que estamos metidos.

—Uno de esos que tanto nos gustan —sonrió Viggo con ironía.

—Ya verás como para mañana se te ha pasado por completo —animó Nilsa.

—Lo que sucede es que no lo has vivido y la incertidumbre del gran peligro al que nos enfrentamos te afecta más de lo normal —diagnosticó Egil—. Se te pasará.

—Eso espero… —resopló de nuevo el bueno del gigantón.

—Una buena noche de descanso te vendrá muy bien y espantará todos tus miedos —aseguró Ingrid.

—Eso, para el amanecer estarás como nuevo —le aseguró Astrid.

—Y para que tengas alguna buena nueva y no sea todo malo, mañana te llevaré a ver a Ona y a Camu —adelantó Lasgol.

—Eso sí que me gustará.

—Dile al bicho que te enseñe su habilidad para volar, te va a encantar. Y sobre todo dile que tome tierra a tu lado —sonrió Viggo

con malicia.

—Eso es algo que estoy deseando ver con mis propios ojos —se animó Gerd.

Se quedaron charlando hasta bien entrada la noche de cosas intrascendentes, bromearon y disfrutaron de estar todos juntos otra vez. Había pasado mucho tiempo y, si para el resto del grupo había sido difícil, para Gerd había sido una verdadera tortura en el plano físico, mental y emocional. El buen humor reinó entre las Panteras y disfrutaron como hacía tiempo que no lo hacían.

Finalmente se acostaron. Por desgracia, los temores de Gerd se confirmaron y pasó la noche sin poder dormir apenas. Le iba a llevar un tiempo asimilar todo lo que había pasado y el reto que tenían por delante.

Tal y como Lasgol había prometido, a la mañana siguiente se despertaron y se pusieron en marcha para ir a ver a Ona y a Camu después de un opíparo desayuno en el comedor de los Guardabosques que Gerd disfrutó. Parecía no haber comido en años. Su excusa fue que dormir poco le abría el apetito incluso más de lo habitual. Así que con ojeras y el estómago bien lleno, marchó con Lasgol.

Lasgol cogió a Trotador en los establos y a Gerd le dieron una montura reservada para los Guardabosques. Partieron del castillo y comenzaron a cruzar la capital a ritmo tranquilo. Gerd iba disfrutando de poder visitar la gran ciudad.

—He estado tanto tiempo en el Refugio que se me había olvidado cómo era una ciudad —le comentó a Lasgol.

—Es natural. Debe de resultarte extraño ver tanta gente junta —dijo Lasgol.

Gerd miraba a derecha e izquierda sobre su caballo.

—No solo extraño, es como si no me viera caminando por estas calles entre esta multitud.

—Te harás enseguida, no te preocupes.

—No sé yo, he pasado la mayor parte del tiempo con cuatro o cinco personas como mucho. Todo el tiempo estaba entre Engla, Edwina, Annika, Sigrid y de vez en cuando Enduald o Galdason. Nadie más.

—¿No has tenido contacto con los aspirantes a Especialistas?

—Apenas, ya sabes cómo es aquello. Los tenían entrenando y formándose día y noche. Los pocos ratos de descanso que tenían los utilizaban para estudiar o dormir. Además, creo que tengo… bueno, tenemos algo de estigma… de la mala…

—¿Y eso? ¿A qué se debe?

—Ya sabes cómo es la gente. Hay rumores de todo tipo sobre nosotros… Sobre lo que nos pasó allí…

Lasgol asintió.

—Entiendo. No te preocupes. Aquí nos tratan con mucho respeto, es algo a lo que no he terminado de acostumbrarme, si te soy sincero.

—¿Los otros Guardabosques?

—Sí, y los soldados también. Parece que las gestas de las Águilas Reales empiezan a ser conocidas.

—Al Refugio no me ha llegado nada. Además, ya sabes cómo es la Madre Especialista… solo cuenta lo mínimo necesario y casi todo es secreto.

—Pues aquí tenemos a Viggo que anda contando por todos lados lo increíble que es él y las maravillas que ha hecho a lo ancho y largo de Tremia.

Gerd soltó una carcajada.

—¿Por qué no me extraña nada? —sonrió.

—Anda persiguiendo a bardos y trovadores para que le escriban poesías y cantares.

—Este Viggo está cada vez más locuelo —dijo Gerd entre risas.

—Eso puedes firmarlo y rubricarlo —respondió Lasgol también entre risas, y luego más serio añadió—, te he echado mucho de menos, grandullón.

—Y yo a ti —sonrió él.

—Ahora tendremos tiempo para retomar nuestras charlas.

—Y que se conviertan en rutina —deseó Gerd.

—Eso dalo por hecho.

—Vaya animados que andan por la ciudad. Parece como si todos tuvieran una prisa tremenda… —comentó Gerd viendo a la gente pasar con andar acelerado.

—Es por la boda real. Están todos como si ya lo hubieran anunciado y fuera un hecho.

—No lo han anunciado todavía, ¿verdad?

Lasgol negó con la cabeza.

—Pensamos que sucederá pronto, pero si algo he aprendido en los últimos tiempos es que es mucho más sensato no esperar o predecir nada. Por lo general, luego ocurre todo lo contrario o, lo que es peor, una gran desgracia.

—O las dos cosas —dijo Gerd con gesto de horror.

—Eso es. Por lo tanto, yo ya no hago augurios.

—Sea lo que sea, nos enteraremos más pronto de que tarde. Después de todo, somos Guardabosques y Gondabar nos informará de algo tan importante. Y seguro que nos toca intervenir de una forma u otra.

—Sí, esa sospecha tengo yo también. Nos encargarán algún trabajito, seguro.

Salieron de la capital y cabalgaron a trote rápido para llegar al bosque del Ogro Verde lo antes posible. Había una buena tirada y debían hacerlo rápido si querían que el día les cundiese. Nevaba ligeramente pero no parecía que fuese a llegar una tormenta, lo que hizo el trayecto bastante agradable. A los norghanos les gustaba la nieve, estaban acostumbrados a ella, y ver los campos y bosques cubiertos de una capa blanca les proporcionaba un sentimiento de cierto confort. Gerd y Lasgol no eran una excepción. Sin embargo, las tormentas invernales, tan comunes y peligrosas, rompían ese efecto y devolvían a todos a la realidad del duro invierno.

Alcanzaron el bosque y dejaron a los caballos en la entrada atados junto a un riachuelo.

«Trotador, espera aquí y descansa» le transmitió Lasgol a su fiel montura.

El poni movió la cabeza arriba y abajo y bufó. Lasgol le acarició el cuello y le dedicó palabras de cariño.

Se adentraron en el bosque, cuyos árboles estaban comenzando a cubrirse de nieve.

—Nada como un buen paseo por el bosque para estirar piernas y músculos —expresó Gerd.

—Ya lo creo —convino Lasgol que se fijó en que su amigo caminaba de forma extraña, como si estuviera un poco cojo de ambas piernas.

Gerd se percató de que Lasgol observaba su caminar.

—Me ha quedado alguna que otra secuela… —explicó con expresión de estar avergonzado.

—Apenas se te nota —le restó importancia Lasgol.

—Siempre has mentido fatal —dijo Gerd y sonrió con timidez.

—Seguro que en nada terminas de recuperarte —animó Lasgol.

Gerd asintió.

—Eso espero yo también.

—No pierdas la esperanza. Con esfuerzo y pundonor se consigue casi todo en esta vida, por difícil que parezca lo que intentamos lograr. Hay que ser perseverante.

—Perseverante soy, y esfuerzo le pongo. Esperemos que la recompensa llegue al final del sendero.

—Llegará, amigo, no tengo la más mínima duda —aseguró Lasgol poniéndole la mano en el hombro.

Caminaron entre los árboles y llegaron a la zona despejada del estanque en medio del bosque. Allí vieron una tienda grande de campaña con cabida para una docena de soldados. Frente a ella estaba Eicewald. El Mago de Hielo estaba indicando a Camu cómo debía realizar un ejercicio.

—Tenemos visita —anunció el mago al ver a Gerd y Lasgol acercarse.

—Camu, ¡qué grande estás! —exclamó Gerd al ver a la criatura.

—Ha crecido un poco, sí —dijo Lasgol.

Camu al reconocer a Gerd corrió a saludarlo. Ona, que estaba algo más alejada entre unos árboles, se acercó también con rapidez.

—¡Y tú también estás muy crecida, Ona!

«Muy contento verte» transmitió Camu a Gerd al tiempo que el grandullón le daba un abrazo enorme.

—Me ha hablado en mi mente —dijo Gerd con los ojos muy abiertos y tono de sorpresa.

—Camu está mejorando sus habilidades, ahora puede hablar directamente en la mente de otros —dijo Lasgol.

—¡Vaya! Eso es… asombroso…

«No asombroso. Yo poderoso».

—Sí ya veo. Me has dejado un poco descolocado…

«No tener miedo. Tú amigo. Yo proteger».

—Gracias, Camu, eso me tranquiliza mucho —dijo Gerd, que le dio otro gran abrazo.

«De nada. Gerd bueno» transmitió Camu y le dio un lengüetazo en la cara.

—Tú sí que eres bueno —dijo Gerd conmovido.

—También está desarrollando nuevas habilidades con la ayuda de Eicewald —explicó Lasgol a su amigo.

«Eicewald saber mucho. Gran Mago» transmitió Camu a todos.

—No es para tanto, solo estoy instruido y cargo demasiadas experiencias a las espaldas —dijo restándole importancia.

—Yo diría que ambas cosas, lo que dice Camu y lo que dice Eicewald —dijo Lasgol.

—Ya veo —sonrió el grandullón.

—Y me ha contado Lasgol según veníamos para aquí que vuelas. Eso sí que me ha dejado sin saber ni qué pensar. Debe de ser algo digno de ver.

«Yo volar. Yo enseñar».

Camu destelló en plata y aparecieron las alas etéreas creadas por su poder. Brillaban como si estuvieran compuestas de hilos de plata tan finos que eran translúcidos. Camu las hizo aletear y Gerd se quedó maravillado por los esplendorosas y cautivadoras que eran. No podía apartar sus ojos.

—¡Increíble! —exclamó Gerd que miraba con la boca abierta, totalmente embelesado.

«Tú esperar aquí, yo enseñar vuelo» transmitió a Gerd, y dando un brinco hacia delante movió las alas con fuerza y cogió altura volando hacia el lago.

—¡Vaya! ¡Impresionante! —exclamó Gerd con la boca abierta al ver cómo se elevaba Camu con sus alas de plata.

—Lo es —sonrió Eicewald—. Ha mejorado mucho y controla el vuelo con bastante más seguridad que cuando desarrolló la habilidad.

Camu dio varias vueltas al estanque con confianza y naturalidad, manteniendo la altura estable, cosa que antes no hacía nada bien.

—¡Espectacular! ¡Lo hace muy bien! —Gerd estaba entusiasmado de ver volar a Camu.

Ona gruñó una vez.

—Bueno, el vuelo lo está mejorando mucho, con lo que sigue teniendo bastantes problemas es con tomar tierra —explicó Lasgol.

—¿Sí?

—Ya lo comprobarás —sonrió Lasgol.

—Todo aprendizaje conlleva un tiempo. No conviene acelerar el proceso. Ya aprenderá con su debida práctica —explicó Eicewald.

Camu deleitó a Gerd con varias pasadas rozando su cabeza que obligaron al grandullón, que era mucho más alto que Lasgol y Eicewald, a agacharse.

—¡Extraordinario! —exclamó sujetándose la cabeza y riendo.

Para finalizar la demostración Camu realizó un ascenso seguido de caída en picado para volver a tomar altura antes de tocar el agua del lago. Se acercó tanto que con las patas tocó el agua y estuvo a punto de estrellarse. Por fortuna salvó el golpetazo, no sin problemas.

—Cuidado, Camu, que te la das —dijo Gerd.

«No dar. Yo gran volador».

Gerd miró a Lasgol.

—Veo que sigue con su confianza de siempre.

—Cabezonería, quieres decir —replicó Lasgol.

«Yo no cabezón. Yo campeón».

Gerd soltó una carcajada y hasta Eicewald, que era siempre de lo más comedido, rio. Lasgol se llevó la palma de la mano a la frente.

Para finalizar su demostración, Camu tomó tierra frente a Gerd. Lasgol y Eicewald dieron un disimulado paso atrás. Camu hizo cuanto pudo, pero seguía sin dominar del todo el movimiento y se llevó una de las piernas de Gerd por delante.

—¡Oh! —exclamó el grandullón intentando mantener el equilibrio.

No lo logró. Se fue al suelo de espaldas al mismo tiempo que Camu frenaba con su lomo por todo el suelo nevado.

—Como ves, hay margen de mejora —dijo Lasgol.

—Bastante, sí —rio Gerd.

Lasgol le ofreció la mano y le ayudó a ponerse de pie.

Gerd pasó un buen rato jugando con Ona y Camu. Estaba muy contento de verlos y la pantera y la criatura de verlo a él. Jugaban alrededor del estanque intentando no patinar sobre la nieve, que seguía cayendo ligeramente.

—¡Os voy a atrapar! —gritó Gerd corriendo tras Camu y Ona.

«Tú no atrapar» envió Camu a Gerd.

El grandullón dejó de correr y miró a Lasgol y Eicewald, que estaban sentados dentro de la tienda protegiéndose de la nieve. Los saludó con la mano y una gran sonrisa apareció en su rostro.

—Parece que Gerd se está divirtiendo mucho —comentó Eicewald a Lasgol.

—Espero que se divierta mucho más. Lo ha pasado muy mal y, como puedes apreciar, todavía no se encuentra completamente recuperado.

—Me he fijado. Sus andares son algo inestables, como si se hubiera caído del caballo y roto la cintura —comentó Eicewald que observaba a Gerd corriendo tras Camu, que huía dando brincos como un potro salvaje mientras Ona, mucho más rápida, esperaba en cabeza.

—La verdad es que son como niños… los tres —sonrió Lasgol.

—Y que lo sean por mucho tiempo —deseó Eicewald.

Capítulo 5

Los siete amigos fueron a desayunar temprano al comedor de la torre. Según entraron, los Guardabosques que estaban desayunando les cedieron una mesa cercana a la pared. Daba la impresión de que la mesa fuera de las Panteras, cosa que no era cierta pues no se podían reservar y todos los Guardabosques tenían el mismo derecho a sentarse en el comedor.

—Me parece curioso que nos cedan la mesa —comentó Gerd, que se dio cuenta del detalle.

—Más les vale, tienen que respetar a los mejores —comentó Viggo en alto a propósito para que lo oyera el resto de los Guardabosques.

—No seas merluzo, nadie nos tiene que ceder nada —reprendió Ingrid—. A ver si aprendes un poco de modestia y saber estar.

—Mi querida rubia celestial, déjame asegurarte que la modestia está sobrevalorada —afirmó Viggo y se sentó con un ágil desplazamiento—. Y yo sé estar en cualquier situación.

—La inteligencia en algunos también está muy sobrevalorada —dijo Nilsa y le hizo un gesto de burla.

—Cuidado, pelirroja, no te tropieces como siempre lo haces al sentarte en el banco corrido —replicó Viggo con ironía.

—No sabéis cuánto me anima volver a escuchar las riñas de siempre —dijo Gerd con una enorme sonrisa en el rostro.

—A ti lo que te anima es estar en la cantina porque te vas a llenar esa panza enorme —dijo Viggo.

—Bueno, eso también —reconoció Gerd—, pero mantengo lo que he dicho primero.

—Es muy bueno que la camaradería y los buenos sentimientos de compañerismo se conserven en el grupo con el paso del tiempo —afirmó Egil según se sentaba, no sin cierta ironía en su tono.

—Sí, nada como los buenos ánimos de tus compañeros para empezar bien el día —se unió Lasgol.

—Si no estuviéramos siempre como el perro y el gato nos aburriríamos sobremanera, como esos muermos de la mesa de ahí —dijo Viggo señalando la mesa que los Guardabosques Reales tenían “reservada” para ellos cuando pasaban por el comedor.

—Algunos de ellos son muy majos —corrigió Nilsa enseguida y saludó a uno con una sonrisa nerviosa. El Guardabosques Real la saludó de vuelta dedicándole otra.

—¿No estarás confundiendo majo con apuesto? —dijo Astrid que observaba al Guardabosques Real.

—Podría ser, sí —reconoció Nilsa con una risita.

—Me encanta estar de vuelta con vosotros —dijo Gerd con ojos llenos de un brillo de felicidad—. No sabéis lo que os he echado de menos.

—Y nosotros a ti, grandullón —dijo Ingrid.

—Vete a llenar esos siete estómagos que tienes y deja de ponerte sentimental, que me está saliendo la lagrimilla de la pena que me das —dijo Viggo.

—Sí, de la pena… —replicó Ingrid.

—Se ha emocionado el agrio este —comentó Nilsa señalándole con el dedo índice.

Lasgol y Egil rieron mientras Astrid disimulaba una gran sonrisa ocultando su boca tras su mano.

Desayunaron tranquilamente disfrutando de la camaradería y de tener a Gerd de vuelta que, como ya esperaban, repitió almuerzo. El comedor estuvo ajetreado, pero poco a poco las Panteras se fueron quedando solas. Cuando ya solo quedaban un par de Guardabosques veteranos desayunando en el otro extremo, demasiado alejados para escucharlos, comenzaron a hablar de cosas importantes.

—Bien, ahora que estamos más tranquilos, hablemos de los siguientes movimientos que tenemos que llevar a cabo —dijo Ingrid.

—Tenemos permiso de Gondabar para indagar, así que entiendo que eso es lo que vamos a hacer, ¿verdad? —preguntó Nilsa.

—Eso deberíamos, sí —confirmó Astrid.

—Antes de que nos quiten el permiso —dijo Viggo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lasgol.

—Porque a nuestro querido rey o a su hermano se les puede ocurrir enviarnos a otra de sus misioncitas en cualquier momento.

—Oh, ya… cierto… —se dio cuenta Lasgol, que sabía que Viggo tenía razón. No estaban libres de que el rey o su hermano los hicieran llamar. Gondabar no podría negarse si lo hacían por mucho que les hubiera encomendado investigar aquel asunto.

—Cuanto antes nos pongamos a ello antes acabaremos —dijo Astrid.

—Las prisas no son buenas compañeras —advirtió Ingrid.

—¿Cuál es el plan ahora? En general, digo… Yo estoy un poco perdido con todo lo que me habéis explicado… —quiso saber Gerd.

—Tenemos que centrarnos en un objetivo único y claro: debemos impedir que el espíritu de ese ser, del dragón, se reencarne —anunció Egil.

—Eso no suena muy bien… —expresó Gerd.

—Tranquilo, lo conseguiremos de una forma u otra —dijo Lasgol.

—No será sencillo. Para empezar, ni siquiera sabemos cómo o en qué se va a reencarnar… —comentó Nilsa.

—Buen punto —dijo Viggo—. ¿Alguna idea de cómo va a suceder? ¿Qué forma va a tomar? ¿Qué cuerpo va a poseer?

—Muy cierto y muy buenas preguntas a las que debemos dar respuesta —asintió Egil—. He estado leyendo e informándome al respecto tanto como me ha sido posible estos días —explicó Egil.

—Qué raro tú leyendo —sonrió Viggo.

—No interrumpas, esto es importante —amonestó Ingrid.

—De acuerdo… Sigue explicando lo de tus libros y lecturas —le dijo a Egil.

Egil sonrió y asintió.

—Por lo que he podido entender hasta ahora en los tomos sobre reencarnación que he estado leyendo, el alma o espíritu de la persona o ser que se reencarna pasa a un cuerpo nuevo. Es importante entender que pasa a un cuerpo diferente del que tenía con anterioridad. No hay muchos tomos de conocimiento sobre este tema en concreto ya que es uno muy singular. Sin embargo, esa parece ser la creencia generalizada. Digo creencia porque de este tema tan subjetivo y hasta místico, no hay nada evidenciado. Los escritos que he podido examinar y las informaciones que me han llegado son, en su mayoría, las experiencias y divagaciones de quienes han intentado estudiar el tema. También son de quienes tienen creencias muy singulares y esotéricas al respecto pues es un tema muy relacionado con temas religiosos y contemplativos.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Gerd arrugando la nariz.

—¿Se te ha olvidado lo enrevesado que habla Egil? —preguntó Viggo a Gerd y le dio una palmada en la espalda.

El grandullón se encogió de hombros.

—Pues puede ser, de poco me he enterado…

—Lo que quiere decir es que no hay pruebas reales de que un espíritu pueda reencarnarse en un cuerpo distinto —aclaró Ingrid—. De hecho, no suena nada creíble si me lo preguntáis a mí.

—Y que lo que hay escrito son divagaciones de enajenados, locos y falsos profetas —añadió Viggo.

—La muerte y resurrección son temas que aquí en Norghana no se han estudiado demasiado. La mayor parte de la información la he obtenido del sur de Tremia, donde se han tratado más.

—Aquí se cree que una vez muerto se viaja al reino de los Dioses del Hielo para pasar la eternidad a su lado —dijo Astrid.

—Se supone que en paz, armonía y feliz —añadió Nilsa.

—A mí eso me suena demasiado bueno para ser cierto —dijo Viggo con una mueca de que no se lo creía.

—Pues es lo que nos enseñan desde pequeños —dijo Nilsa.

—A mí ya me gusta ese final —dijo Gerd—. Descansar la eternidad feliz y en paz.

—Repito, suena demasiado bien y cuando algo suena demasiado bien, no se cumple, y eso lo sabéis todos —dijo Viggo negando con el dedo índice.

—Adicionalmente, tengo nueva información importante de mis contactos y colaboradores que debemos investigar —anunció Egil cortando la discusión sobre el reino de los Dioses del Hielo.

—¿Te refieres al encuentro nocturno del otro día? —preguntó Ingrid.

—Así es —confirmó Egil asintiendo.

—¿Es sobre los Iluminados o sobre la Congregación de Defensores de la Sangre Verdadera? —quiso saber Ingrid.

—¿O es sobre sus líderes? —preguntó Astrid.

—Es sobre ambos grupos y sus operaciones clandestinas. He conseguido un par de pistas interesantes que debemos seguir. Puede que no lleven a nada, ya que estos dos grupos se esconden muy bien y son muy difíciles de encontrar, tanto ellos como sus operaciones y tratos secretos. Sin embargo, creo prudente que las sigamos e indaguemos. Puede que nos conduzcan hasta Viggen Norling o Drugan Volskerian.

—Muy bien, pongámonos a ello —dijo Ingrid.

—Eicewald me ha comentado que dispone de algo de tiempo para instruirnos a Camu y a mí en el arte de la magia. Si bien no dispone de demasiado y no quiero perder la oportunidad… —comentó Lasgol.

Egil lo entendió.

—Lo mejor será que nos separemos en varios grupos para esta tarea —dijo Egil—. Lasgol y Camu que continúen entrenando con Eicewald, no es necesario que intervengáis de momento.

—De acuerdo —convino Lasgol.

—Ingrid y Viggo seguirán la pista que tengo sobre los Iluminados —dijo Egil.

—Muy bien, nos pondremos a ello ahora mismo —respondió Ingrid.

—Astrid y Nilsa verificarán la información que he recibido sobre los Defensores.

—Cuenta con ello —dijo Astrid asintiendo.

—Yo tengo que ir a obtener algo más de información por mi cuenta —explicó Egil.

—Yo iré contigo —se presentó voluntario Gerd.

Las Panteras observaron al grandullón un momento. Lasgol, al igual que sus amigos, no quería que Gerd se quedara al margen como un lisiado que no podía ya participar en su día a día. Sin embargo, temían que algo le fuera a ocurrir.

—Me parece acertado, me vendrá bien un guardaespaldas. Vamos a sacudir un avispero y puede que recibamos algunas picaduras —comentó Egil con una sonrisa traviesa.

—Prepárate, grandullón, eso significa que vas a tener jaleo —aclaró Viggo a Gerd.

—Un poco de jaleo me vendrá genial —dijo él sonriendo.

—A ti y a todos —añadió Viggo también sonriendo.

Capítulo 6

Lasgol y Camu se sentaron frente a Eicewald en el interior de la tienda que tenían preparada junto al estanque en el Bosque del Ogro Verde. Nevaba ligeramente en el exterior y Ona se había refugiado en una rama alta de un árbol cercano, si bien la nieve apenas la molestaba por su pelaje.

—Gracias por dedicarnos este tiempo —agradeció Lasgol al mago.

—Es siempre un placer para mí poder enseñaros. Por desgracia mis obligaciones como Mago de Hielo Primero del Rey son muchas y me tienen muy ocupado.

—Por eso lo agradecemos todavía más —dijo Lasgol, que se sentía muy bendecido de que Eicewald escapara de sus obligaciones y sacara tiempo para enseñarles en secreto.

«Yo muchas gracias» transmitió Camu junto con un sentimiento de gratitud que llegó no solo a Eicewald sino también a Lasgol.

—Comparto el sentimiento —se unió Lasgol.

—No tenéis que agradecérmelo, lo hago de buen gusto. Además, sé que enseñaros será muy beneficioso, no solo para el reino sino también para mí.

—¿Lo crees así? —preguntó Lasgol.

—Estoy seguro. Sé que utilizaréis todo lo aprendido para el bien de Norghana, de eso no tengo duda alguna. También creo que un día no muy lejano necesitaré de vuestra ayuda, en el sentido mágico me refiero, y contaré con ella.

—Por supuesto —aseguró Lasgol—. Qué menos después de todo el tiempo y esfuerzo que inviertes en nosotros. Lo contrario sería faltar a nuestro honor. Uno debe ser siempre agradecido y respetuoso.

«Yo ayudar siempre» aseguró Camu.

—Con alumnos como vosotros dos es un placer ser tutor.

—¿Qué lección nos tienes preparada hoy? —preguntó Lasgol a Eicewald.

«Yo querer aprender más» transmitió Camu a la vez que un sentimiento de alegría y de entusiasmo.

—Así me gusta, una buena predisposición al aprendizaje es fundamental para obtener buenos resultados —explicó el Mago de

Hielo—. Un buen alumno es aquel que en todo momento tiene la mente abierta, el corazón animado y los sentidos focalizados en lo que va a estudiar y aprender.

«Yo muy animado y mente muy abierta» transmitió Camu.

Eicewald sonrió.

—Así debe ser.

—Yo casi tanto como Camu —bromeó Lasgol y le salió una sonrisa.

—Antes de comenzar con un nuevo principio de la magia, quiero que me mostréis los avances que habéis logrado sobre el Principio de Creación —pidió el Mago.

«Yo enseñar» se presentó voluntario Camu.

Lasgol hizo un gesto con la mano cediendo el turno a la criatura.

—¿Qué habilidad has conseguido desarrollar estos días que hemos estado aparte, Camu?

«Yo desarrollar Zarpazo Helado».

—Suena muy bien. ¿Qué tipo de habilidad es? —preguntó.

«Como Latigazo con cola, pero con zarpa» explicó Camu a su manera.

—Si no me equivoco, tú no tienes zarpas —dijo Eicewald señalando las patas de Camu que terminaban en dedos unidos por cartílagos que le permitían adherirse casi a cualquier superficie pese a su peso, que empezaba a ser más que considerable.

«Ahora sí» aseguró Camu asintiendo con la cabeza.

Eicewald miró a Lasgol, que le hizo una señal afirmativa.

—Demuéstramelo —pidió el mago a Camu.

—Un momento —dijo Lasgol y salió de la tienda. Regresó a los pocos segundos con copos de nieve en el pelo y un tronco del grosor de una pierna en las manos.

—¿Para la demostración? —dedujo Eicewald.

—Sí, hemos estado ensayando con madera —explicó Lasgol.

—Adelante entonces —dijo el mago.

Lasgol, de pie, sujetó el tronco horizontal entre sus dos manos. Camu se puso sobre sus cuatro patas y focalizó su atención en el tronco. Hubo un *impasse* mientras Camu intentaba que la nueva habilidad que había desarrollado se materializara. Lasgol aguardaba sujetando con fuerza el tronco. De pronto, las patas delanteras de Camu emitieron un brillo plateado que llenó la tienda. Camu fue a golpear con su pata derecha el tronco que Lasgol sujetaba entre sus manos. En el movimiento de ataque, al más puro estilo de Ona, el extremo de su pata se convirtió de súbito en lo que parecía una zarpa

afilada de hielo que golpeó la madera y la cortó por la mitad expulsando un trozo grande que cayó al suelo. La pata de Camu volvió a apoyarse en la tierra y Lasgol y Eicewald pudieron comprobar que se había convertido en una afilada garra de hielo, como la de un gran felino, solo que helada.

—Impresionante —dijo Eicewald asintiendo.

—Mira esto —dijo Lasgol al mago y le mostró los dos extremos del tronco, que estaban recubiertos de hielo.

—No solo corta, sino que congela —dedujo Eicewald muy interesado.

—Así es —confirmó Lasgol.

«Cortar y congelar» aclaró Camu.

—Muy interesante —dijo el mago observando el resultado pensativo—. El hecho de que la zarpa sea de hielo indica que, probablemente por ser una criatura de los hielos, tienes inclinación hacia ese elemento.

—Eso he pensado yo también —dijo Lasgol.

—Cuando desarrollaste la habilidad, ¿buscabas que tuviera el efecto de hielo? —quiso saber Eicewald.

«No, yo solo querer zarpa como Ona. Para atacar».

—Muy curioso… —el mago se quedó de nuevo pensativo.

—Quería emular los ataques de Ona —explicó Lasgol.

«Ona garras fuertes, afiladas. Yo no garras» explicó Camu con un sentimiento de lástima.

—Pues parece que ahora sí que las tienes y además congelan —dijo Eicewald con tono de estar sorprendido.

—Todavía no hemos probado con acero, pero creo que puede ser capaz de cortarlo —dijo Lasgol.

—Habrá que probarlo. Traeremos un escudo de acero y lo intentaremos.

—Yo me encargo de conseguir uno —dijo Lasgol.

«Yo cortar acero. Yo poderoso» aseguró Camu.

—Mejor no damos nada por hecho, probemos y cerciorémonos. La confianza en uno mismo está muy bien, pero debemos ser cautos y no sobreestimar nuestras capacidades —aleccionó Eicewald.

«Yo probar» acató Camu.

—Lo que sí que queda demostrado es que estás dominando la creación mágica. Sigue así, Camu, lo estás haciendo muy bien.

«Yo seguir».

—Estupendo. ¿Y cómo te ha ido a ti, Lasgol? —preguntó el mago con curiosidad en la mirada.

—He de reconocer que a mí me cuesta más que a Camu. No sé si porque soy más torpe o porque él tiene mayores capacidades que yo.

—No creo que se deba a la torpeza. Cada ser mágico es diferente tanto en la magia que puede realizar como en su poder y capacidades para desarrollarlo, eso es lo que nos hace a todos únicos y especiales. Que Camu pueda desarrollar una habilidad con mayor facilidad que tú está dentro de lo perfectamente razonable y esperado. Después de todo, Camu es una criatura mágica.

—Cierto… —Lasgol miró a Camu, que seguía con la zarpa activa.

—Los humanos somos por lo general muy prepotentes y hasta vanidosos en lo referente a la magia. Pensamos que somos los más avanzados en cuanto al poder que podemos tener y las habilidades que podemos desarrollar. Sin embargo, hay criaturas en Tremia que son más poderosas que los humanos, y creo que podríamos estar ante una de ellas —explicó Eicewald.

—¿Porque son más proclives a la magia? —preguntó Lasgol interesado.

Eicewald se quedó pensativo un momento.

—Puede que esté en su sangre, en cómo es cada tipo de criatura. Quizá sea debido a cómo es su cuerpo, su organismo. No hay certezas en este aspecto. Lo que sí puedo asegurarte es que no debemos dar por hecho que los humanos somos más poderosos y propensos a la magia.

Lasgol asintió.

—Lo tendré presente.

—Y harás bien —sonrió Eicewald—. Continua, por favor.

—Muy bien. Después de mucho intentarlo, he conseguido desarrollar una nueva habilidad —explicó Lasgol—. La he denominado Tiro Múltiple. Es una habilidad marcial y, si bien me ha costado lo suyo, sí que he visto que visualizando lo que deseo conseguir, focalizándome en mi magia y sabiendo que es una habilidad, la puedo desarrollar.

—Así debe hacerse, bien hecho —dijo Eicewald.

—Gracias. Intentaré demostrarlo. Vayamos fuera un momento —pidió Lasgol y cogió su arco y aljaba del fondo de la tienda. Salieron bajo la leve nieve que caía y Lasgol se situó mirando el linde del bosque. Puso una flecha en su arco y, sin apuntar, miró hacia uno de los árboles frente a él. Estaba a unos cincuenta pasos.

«Muy emocionante» transmitió Camu.

Lasgol suspiró profundamente, no estaba seguro de si podría

invocar la habilidad puesto que la acababa de crear hacía tan solo un día y no la dominaba. Se concentró, buscó su lago de energía interior, visualizó en su mente lo que deseaba lograr y llamó a la habilidad Tiro Múltiple. De súbito, se produjo un destello verde que recorrió los brazos de Lasgol. El arco se alzó y de él salieron no una sino tres flechas a gran velocidad que se clavaron en tres árboles, el que Lasgol había indicado y los dos que estaban a su lado.

—Ahora entiendo lo de Tiro Múltiple —sonrió Eicewald.

—Todavía lo estoy mejorando, pero me permite tirar a la vez tres flechas a tres blancos diferentes.

—Eso te dará una ventaja enorme cuando te enfrentes a más de un adversario.

—Esa es la idea detrás de esta habilidad, que me permita acabar con varios oponentes de un solo tiro.

—Si pudieras concatenar esa habilidad serías imparable —dijo Eicewald asintiendo varias veces.

—Ya lo he pensado y, de hecho, lo he intentado, pero no lo he conseguido. Una vez se produce la habilidad no soy capaz de volver a invocarla. Es como si tuviera un período de enfriamiento durante el cual no se pudiera utilizar de nuevo. No sé si me explico bien…

—Lo haces y te entiendo perfectamente. Hay habilidades que requieren de mucha energía interna y otras de mucho tiempo para invocarlas o conjurarlas, otras requieren que tengas gran poder para siquiera ser capaz de utilizarlas, y las hay que necesitan de un tiempo de recarga hasta que pueden volver a emplearse. Algunas habilidades muy potentes tienen todos esos requisitos a la vez.

—Como las enormes tormentas invernales que tú conjuras.

—En efecto. Cumplen todos esos requisitos.

—Ahora que ya me habéis mostrado vuestros avances, es momento de continuar con las enseñanzas —dijo el mago y les indicó el interior de la tienda.

—Estamos preparados. Adelante —dijo Lasgol entrando en la tienda. Camu lo siguió.

—Es momento de que os enseñe otro de los principios fundamentales de la magia: el Principio de la Ampliación Mágica. Este principio rige el modo en el que podemos expandir, extender, alargar y ampliar las habilidades que hemos sido capaces de desarrollar. Inicialmente las habilidades, cuando se crean, lo hacen con una acción limitada.

Lasgol y Camu miraban a Eicewald con ojos de no entender muy bien.

—¿Limitada? —preguntó Lasgol.

—Os lo explicaré. Tomemos por ejemplo una tormenta invernal. Tiene un área de efecto limitada y su duración también lo es. No puede afectar a todo un reino, por ejemplo, ni tampoco puede durar un año. Lo exagero para que podáis comprenderlo más fácilmente.

—Creo que ya entiendo —dijo Lasgol.

«Yo entender».

—Sin embargo, gracias al Principio de la Ampliación Mágica, se puede extender y ampliar el efecto de cualquier conjuro. Se puede conseguir que en lugar de afectar solo a tres pasos en redondo y durar unos pocos momentos, la tormenta afecte a un área más amplia y se prolongue un buen rato.

—¿También se amplía su poder? —preguntó Lasgol enarcando una ceja.

Eicewald sonrió.

—No, no mediante este principio. Para poder hacer eso hay que entender el Principio del Poder Mágico. Es una lección para más adelante, de momento centrémonos en el Principio de Ampliación.

—Muy bien —asintió Lasgol.

«Yo querer ampliar» trasladó Camu.

—Todos deseamos poder ampliar nuestras habilidades, es algo natural pues cuando se crean no lo hacen en toda su capacidad. Digamos, por hacer un símil, que cuando creamos una habilidad mágica es un bebé. Debemos hacer que se transforme en un fuerte adulto.

—¿Dándole de comer? —dijo Lasgol extrañado.

—Algo similar a eso, sí. También debéis entender que la habilidad que no se amplía nunca crece, no por sí misma. Será siempre un bebé pues no se la ha alimentado para que crezca.

—Entendido. Si no trabajamos en ampliar una habilidad se queda como se creó —resumió Lasgol.

—Así es.

«Yo dar de comer» aseguró Camu.

—Muy bien. Ahora solo queda que os muestre cómo debéis trabajar y alimentar las habilidades para ampliarlas. No es sencillo y requiere esfuerzo.

—Como todo con la magia… —comentó Lasgol.

—En efecto, todo en la magia cuesta. Por ello se dice que la magia siempre tiene un precio a pagar. Y a veces uno muy alto.

Capítulo 7

Aquella mañana Lasgol, Camu y Ona estaban en el Bosque del Ogro Verde. Habían quedado con Eicewald, pues tenía algo de tiempo libre. Iba a continuar enseñándoles principios y conceptos mágicos, algo que tanto Camu como Lasgol apreciaban en el alma. El mago era un hombre muy ocupado, debía dirigir a los Magos de Hielo del rey, y que encontrara tiempo para enseñarles era algo que agradecían mucho.

Aguardaban en el interior de la tienda, pues volvía a nevar, y esta vez copiosamente. Vieron acercarse al mago con un gran tomo bajo el brazo. Lasgol supo que tendrían material de estudio para varias semanas por el enorme tamaño del libro.

—¿Cómo se encuentran mis pupilos hoy? —preguntó Eicewald entrando en la amplia tienda.

«Yo muy estupendo» respondió Camu de inmediato y asintió varias veces imitando a sus compañeros humanos.

—Yo casi tan estupendo como él —respondió Lasgol con una sonrisa y movió la cabeza arriba y abajo como hacía Camu.

Ona se echó al fondo de la tienda y los observó con sus ojos felinos y una mirada de extrañeza, como si se diera cuenta de que estaban haciendo algo raro.

—Me alegra que estéis tan bien, os he traído material de lectura para que forméis vuestras mentes y no solo vuestros cuerpos —sonrió el mago.

—Parece un tomo contundente —comentó Lasgol.

—Lo es, hay mucho conocimiento en él. Se titula “Principios básicos de la magia del Noroeste” y está escrito por el gran mago Coportius Urunguemus. Fue una eminencia en su día y ayudó a poner por escrito muchos de los conocimientos sobre magia que estaban dispersos.

—Pues si es tan complicado como el nombre de su creador estamos en un buen lío —sonrió Lasgol mientras se rascaba la cabeza.

«Nombre bonito» transmitió Camu.

—Bonito no sé yo si es… —replicó Lasgol mirando el gran tomo. Solo de verlo le entraba una intranquilidad enorme que le afectaba al estómago.

—Tendréis que estudiarlo. Os ayudará a entender mejor las explicaciones que os voy dando y las lecciones que intento que comprendáis. Tener un soporte escrito viene muy bien a la hora de memorizar y recordar las materias.

«Yo no necesitar» transmitió Camu levantando la cabeza y estirando su corto cuello muy orgulloso de sí mismo.

—¿Y cómo es eso? —quiso saber Eicewald.

«Yo gran memoria y mucho entender».

Lasgol abrió mucho los ojos.

—Lo que ocurre es que no sabe leer —explicó Lasgol a Eicewald—. Por lo tanto, los libros no son de gran ayuda para él.

—Curioso. ¿No sabes porque no puedes o porque no te han enseñado? —preguntó Eicewald a Camu.

«No saber».

—Egil ha intentado enseñarle varias veces, pero parece ser que Camu no presta demasiada atención y se aburre con facilidad, por lo que no han hecho mucho progreso.

—Eso tiene más sentido —dijo el mago.

«Leer aburrido».

—Al contrario, Camu. Leer es fascinante, asombroso, te llena de vivencias y experiencias de otros. Hay miles de conceptos, historias que son increíbles y que solo puedes experimentar leyéndolas —explicó Eicewald.

«No creer».

—A través de los libros vives mil vidas, aprendes miles de cosas y disfrutas de experiencias que de otra forma nunca podrías.

«Igual tener que aprender…» reconoció finalmente Camu.

—Te vendría muy bien, así no tendría que leer yo todo en alto para que tú te enteres de las lecciones —dijo Lasgol.

—¿Así es como lo hacéis?

—Sí, yo leo y él escucha y memoriza. Tiene muy buena memoria.

«Yo muy listo. Mucho» aseguró Camu.

—Ya, ya… pero no sabes leer para lo inteligente que te crees —reprochó Lasgol.

«Yo hablar con Egil. Él enseñar».

—Eso estaría muy pero que muy bien —aseguró Lasgol.

—La verdad es que la relación entre vosotros dos es de lo más interesante —dijo Eicewald, que los miraba pasando los ojos de uno a otro—. Debería ser estudiada pues es de lo más singular y creo que en

un futuro podría ser beneficiosa para cuando se produzcan otras relaciones similares.

—¿Entre un humano y una criatura de los hielos? —preguntó Lasgol, que no pensaba que su relación fuera tan especial. Para él era de lo más normal.

—Entre un humano mágico y una criatura del hielo mágica —aclaró Eicewald—. No creo que sea nada común y podría venir muy bien documentarla.

«Yo muy interesante. Lasgol menos» comentó Camu, tan tranquilo.

Ona gruñó dos veces.

—Tú tienes los humos muy subiditos siempre —dijo Lasgol.

«¿Qué significar eso?».

—Tendrás que leerlo y aprender. Oh, que no sabes leer. Qué lástima… —dijo Lasgol con ironía.

«No gracioso».

—Sí que lo es, y mucho.

—En verdad os digo que deberían estudiar vuestra relación y guardarla para la posteridad. Por desgracia yo no dispongo de tiempo para ello. Intentaré buscar a alguien que pueda hacerlo…

—No creo que eso vaya a ser posible teniendo en cuenta las obligaciones que tenemos. No podemos meter a extraños en medio de los asuntos que tratamos para el reino —dijo Lasgol.

—Cierto, muy cierto. Ni siquiera a mí me contáis todo en lo que os veis envueltos. No lo digo como una crítica, todos debemos mantener nuestros secretos en esta vida. Hay cosas privadas que no deben salir a la luz.

—No es por desconfianza, confiamos plenamente en ti —aseguró de inmediato Lasgol, que lo último que quería era que el mago se sintiera a disgusto con ellos—. Es por precaución, y porque no entendemos del todo las situaciones en las que nos metemos y sus repercusiones.

Eicewald miraba a Lasgol a los ojos mientras este se explicaba.

—Lo entiendo. Sé que lo hacéis con buena intención y por ello no me importa. Cuando lo veáis necesario, podéis acudir a mí y contármelo todo. Estaré más que dispuesto a ayudaros, como siempre he hecho.

—Lo sabemos y lo agradecemos. El Mago de Hielo del Rey es de nuestra entera confianza —volvió a asegurar Lasgol—. Y agradecemos todo lo que nos ayuda.

Eicewald asintió.

—La verdad es que, para estudiar vuestra relación, que seáis Guardabosques lo hace todo más difícil… —se dio cuenta el mago—. Es una lástima. Quizá más adelante se me ocurra una forma de hacerlo.

—Quizá dentro de unos años sea más sencillo —sonrió Lasgol.

—Esperemos que así sea. Ahora veamos los avances que habéis conseguido con el Principio de la Ampliación Mágica. Quiero asegurarme de que el tiempo que pasáis entrenando sin estar yo presente os es de provecho.

«Yo mejorar mucho» trasmitió Camu al instante junto a un sentimiento de gran logro por su parte.

—¿Es eso así? —preguntó Eicewald, en su tono se vislumbraba la duda.

«Yo enseñar» aseguró Camu.

—Salgamos de la tienda y me lo muestras —pidió el mago.

Los cuatro salieron de la tienda. Nevaba con fuerza, pero no era algo que les molestara. Todo el bosque estaba cubierto de blanco a excepción del gran estanque, que no se había congelado todavía.

Mientras caía la nieve sobre sus cabezas, Camu se situó a una distancia de aproximadamente tres pasos humanos de un solitario árbol cerca de la tienda. Eicewald y Lasgol observaban atentos.

«Yo llamar magia» avisó. Un instante más tarde se producía un destello plateado en las patas de Camu y soltó un Zarpazo Helado hacia el árbol. Al estar a tres pasos y no haber realizado un movimiento hacia delante, el zarpazo no llegaría a impactar contra el tronco, se quedaría corto. O eso era lo que la lógica indicaba.

Se escuchó un sonido de choque y un trozo de la corteza y madera del árbol salió despedido a un lado. Camu había llegado con el zarpazo, aun estando a una distancia que no lo permitía.

«Yo ampliar habilidad. Llegar más lejos» explicó la criatura a su manera.

—Eso ha estado muy bien. La has ampliado, extendido, muy bien. Además, lo has hecho con una habilidad que es nueva y no dominas del todo, por lo que es todavía más impresionante.

«Yo mucho impresionante».

—Sí, lo eres. Muy bien hecho. Entiendo que has estado siguiendo mis indicaciones. Forzando la habilidad para ir un poco más lejos de lo que inicialmente permite. Concentrándote y enviando más energía.

«Yo forzar. Ampliar» aseguró Camu.

—Así me gusta. La verdad es que me ha impresionado que hayas podido hacerlo tan rápido y tan bien.

«Yo muy contento».

—Deberías estarlo, es un gran avance en muy poco tiempo.

«Yo practicando ampliar Latigazo Mágico».

—¿Con tu cola?

«Sí, con cola. No conseguir todavía».

—Estoy seguro de que lo lograrás. Sigue intentándolo.

«Yo seguir, cola no llegar árbol».

Ona gimió dos veces.

—Lo lograrás si te concentras y practicas mucho. La práctica es fundamental para alcanzar las metas que nos marcamos. Para llegar al objetivo hay que esforzarse y practicar a diario, hasta lograr lo que nos proponemos. No es nada sencillo, pero la recompensa merece el esfuerzo. Verás lo reconfortante que es y lo que llena cuando consigas ampliar la habilidad y te sientas exultante del éxito conseguido.

«Yo mucho exultante».

—Así me gusta. Sigue trabajando hasta que lo logres.

«Yo seguir» prometió Camu mientras los copos de nieve caían sobre sus escamas plateadas y resbalaban al suelo sin poder cuajar sobre ellas o penetrarlas.

—¿Y tú qué tal, Lasgol? ¿Has conseguido algún progreso? —preguntó el Mago y miró con ojos que aguardaban una respuesta positiva.

—Algo he avanzado, pero nada tan impresionante como lo que ha conseguido Camu. Me temo que en mi caso la Ampliación Mágica cuesta mucho más.

—¿Has tenido problemas?

—No problemas como tal, pero sí he notado que a mí me cuesta muchísimo más avanzar, mis progresos son minúsculos comparados con lo que él ha conseguido.

—Muéstrame un ejemplo, por favor —pidió el mago.

—Muy bien. He estado intentando que mi habilidad Presencia Animal llegue más lejos. Lo he estado intentando con Ona como medidor.

—Es una buena habilidad con la que trabajar y que te ayude Ona debería facilitarlo —asintió Eicewald dándole su visto bueno.

—Te lo mostraré —dijo Lasgol.

«Ona, colócate donde comenzamos a entrenar» envió Lasgol a la pantera.

Ona salió corriendo y se situó frente a él a una distancia

considerable, bordeando el estanque.

—Esa es la distancia inicial desde la que he intentado ampliar la habilidad. Lo he hecho como nos indicaste, focalizándome en ampliar la distancia y enviando más energía a intentar amplificarla. Durante días no conseguí nada.

—Eso es totalmente normal. La ampliación de una habilidad lleva su tiempo y mucho esfuerzo.

Lasgol asintió.

—Lo comprendo y me he estado esforzando.

«Ona, muestra a Eicewald hasta dónde hemos ampliado la habilidad» envió Lasgol.

La pantera dio un par de pasos hacia atrás, alejándose.

—¿Hasta ahí has logrado avanzar? —preguntó Eicewald.

—Eso es todo lo que he podido ampliar, sí —se lamentó Lasgol bajando la cabeza, algo avergonzado.

—No entiendo por qué lo ves como un fracaso. Es un buen logro.

—¿Lo es? —preguntó Lasgol que esperaba haber avanzado mucho más.

—Lo es —asintió Eicewald—. No lo vas a lograr en tres o cuatro días, te llevará mucho más. Los grandes progresos requieren de gran esfuerzo y dedicación. De hecho, por el tiempo que llevas no deberías haber logrado ni eso.

—¿Sí? Entonces son buenas noticias.

—Los jóvenes pensáis que lo vais a lograr todo en un suspiro y sin apenas esforzaros. Déjame decirte que estáis muy equivocados. En la vida y en la magia por igual, todo logro requiere de mucho trabajo, sacrificio y esfuerzo. La determinación y los arrestos también son clave.

—Pues he estado a punto de dejarlo por lo frustrado que me sentía…

—No abandones nunca o perderás lo conseguido —dijo Eicewald negando con el dedo índice y con tono de regaño—. Siempre hay que seguir esforzándose, aunque no lleguen los resultados tan rápido como esperamos. Si te rindes, no lograrás más que perder lo avanzado.

—Lo entiendo, no cederé —aseguró Lasgol, al que las palabras del mago le habían llegado hondo.

«Yo no abandonar nunca» se unió Camu.

—Muy bien, eso me complace sobremanera. Que no se diga nunca nada malo de mis pupilos —sonrió Eicewald.

—Lo único es que… tanto practicar nos deja exhaustos —explicó

Lasgol.

«Mucho exhausto».

—Eso es natural y esperado —dijo Eicewald—. Cuando ejercitáis la magia, el cuerpo y la mente se resienten pues también se esfuerzan, aunque no lo notéis.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta.

—Practicad hasta quedar extenuados, pero no más allá. Cuando el cuerpo os pida descansar, dormid, hacedle caso.

—Muy bien, lo haremos.

—Ahora os enseñaré unas lecciones del tomo. Las leeré en alto para que Camu las pueda memorizar. Estoy seguro de que os van a interesar mucho.

Los cuatro volvieron al interior de la tienda y las lecciones continuaron. Lasgol y Camu disfrutaron de cada explicación.

Capítulo 8

Nilsa, Egil y Gerd salieron de la torre y se dirigieron hacia la puerta de la muralla que rodeaba el castillo cuando vieron a un grupo de jinetes llegar. De inmediato se dieron cuenta de que era la princesa de Irinel, acompañada de Valeria y su séquito. Con ellos iban media docena de Guardias Reales y el capitán de la guardia, Olson, al que Nilsa conocía.

—Mejor detenerse y disimular —dijo Nilsa en un murmullo.

—Cierto, no necesitamos encuentros desagradables… —susurró Egil tras percatarse.

Gerd miró a Egil, que asintió. Los tres se detuvieron y bajaron la cabeza intentando que la princesa no se fijara en ellos y no los reconociera. El grandullón no corría peligro, pero Nilsa y Egil sí. Tampoco podían esconderse porque si salían con paso rápido llamarían más la atención y no había nada cerca para refugiarse. Lo más próximo eran los establos y estaban demasiado lejos como para llegar hasta allí sin que los vieran.

La comitiva pasó tan cerca de ellos que intentaron disimular todavía más. Egil miraba un cuaderno que había sacado de debajo de la capa. Lo estaba leyendo con la barbilla pegada al torso para ocultar su cara. Nilsa, sin embargo, no podía ocultar su melena rizada pelirroja, llamaba la atención a una legua de distancia y más aún para alguien de Irinel. Decidió ponerse la capucha para ocultarla, mientras también bajaba la cabeza y se giraba.

La princesa los miró un instante con ojos entrecerrados de quien está analizando a la gente. El único que observaba a los jinetes era Gerd. Los ojos de la princesa pasaron de Gerd a sus dos acompañantes. Tiró con fuerza de las riendas y detuvo a su montura. Toda la comitiva se detuvo acto seguido.

—¿Realmente crees que puedes ocultar el pelo de fuego de mi tierra a su princesa? —dijo a Nilsa con tono de desprecio.

Nilsa levantó ligeramente la vista del suelo hasta encontrarse con los ojos llenos de ira de la princesa.

—No… por supuesto que no pensaba… —intentó defenderse Nilsa. Miró a Valeria y esta le sonrió un instante con disimulo, para que la princesa no se percatara.

—Pues no puedes. Como tampoco puede esconderse ese gusano enclenque que es vuestra retorcida mente estratega —Heulyn señaló a Egil con un dedo índice que temblaba de rabia.

—Alteza, nunca intentaría esconderme de vuestra grata y real presencia —respondió Egil levantando la cabeza y sonriendo, intentando que no se le notara que era una sonrisa de lo más falsa. Valeria miró a Egil y le guiñó el ojo.

—¿El grandullón ese que os acompaña es algún lerdo que usáis de matón?

Gerd echó la cabeza atrás como si el insulto le hubiera abofeteado. No esperaba que se refirieran a él en aquellos términos tan despectivos.

—Yo no soy ningún lerdo… —comenzó a discutir Gerd con expresión de enfado.

—Es también un Águila Real de Su Majestad el Rey —susurró Valeria a la princesa Heulyn.

Egil le puso la mano en la espalda a Gerd para tranquilizarlo.

—¿Otro de ellos? Cierto, su rostro es tan vulgar como el del resto —dijo Heulyn con tono despectivo.

—Los rostros norghanos tienden a ser pálidos y sin mucha vida. Es cosa del frío del norte —dijo Egil a forma de explicación.

—No te atrevas a dirigirte a mí de forma directa sin yo antes haberme dirigido a ti expresamente o bajaré de mi caballo y te cortaré la lengua yo misma —amenazó Heulyn con ojos llenos de rabia.

—Estoy segura de que las Águilas Reales saben comportarse ante la realeza y mostrarán sus mejores modales —dijo Valeria a la princesa y les lanzó una mirada de advertencia a sus antiguos compañeros.

—Capitán, no quiero que estos indeseables se crucen en mi camino —dijo a Olson con tono de orden y señalando con un dedo acusador.

—Perdonad, princesa, ¿os referís… a ellos… tres? —preguntó Olson que no entendía que se refiriera a ellos.

—A esa escoria que me mancha con su presencia y cuyas cabezas pedí en una bandeja, aunque no se me ha concedido —expresó rabiosa.

El capitán observaba a Nilsa, Gerd y Egil sin entender lo que sucedía.

—Son las Águilas Reales del rey Thoran. Son el orgullo de los Guardabosques, muy apreciados por todos, incluida la corte y el reino.

—Me da igual quienes sean. Para mí son unas cucarachas a las que hay que aplastar. No quiero verlos, ¡que se aparten de mi presencia! — exclamó con ira.

El capitán miró a Nilsa con expresión de no saber qué hacer.

—Si no os importa... —comenzó a pedirles.

—Por supuesto que nos apartaremos del camino de la princesa de Irinel, señor —dijo Egil asegurándose de que quedaba claro que se dirigía al capitán y no a la princesa y realizó una elaborada reverencia.

—Un día pagaréis lo que me hicisteis. No lo olvidaré nunca —amenazó a modo de promesa levantando el puño—. Conseguiré que os corten la cabeza. Es solo cuestión de tiempo.

Olson abrió mucho los ojos. El odio de la princesa hacia las Águilas Reales le había dejado sin palabras.

—Capitán, comitiva real —dijo Nilsa con otra elaborada reverencia.

Gerd se unió a las reverencias, pero no dijo nada.

Se apartaron a un lado.

—Águilas Reales —saludó con la cabeza el capitán.

La comitiva siguió adelante. Según pasaba, Valeria saludó con la cabeza sin que Heulyn la viera y continuaron hacia el castillo. La princesa se giró sobre el caballo para lanzarles una última mirada de odio.

—Pues sí que nos tiene cariño… —comentó Gerd.

—Ya te lo habíamos contado —dijo Nilsa quitándose la capucha.

—Ya, pero no me esperaba esto. Esa mujer nos odia a muerte, incluso a mí que no le he hecho nada.

—Es odio por cercanía —sonrió Egil.

—¿De verdad va a cortarnos la cabeza?

—Quizás solo vaya a colgarnos de un árbol —dijo Nilsa—. Depende del día. A veces se despierta con mejor humor.

Gerd miró a Nilsa con expresión de gran confusión.

—¿No hablarás en serio…?

—Me temo que sí —dijo Egil—, habla muy en serio. Lo intentará, de eso no tengas duda. Es muy rencorosa y para ella hemos cometido un ultraje. No lo perdonará nunca.

—Pues os recuerdo que va a ser nuestra reina. Eso nos pone en una situación de grave peligro —dijo Gerd.

—Bueno, mientras esté el rey defendiéndonos parece que sobreviviremos —dijo Nilsa.

—Yo no me fio un pelo del rey y tampoco de que nos defienda.

—Razón no te falta —dijo Egil—. Hombre de palabra y muy

honorable no es que sea.

—No sé cómo os lo tomáis con tanta tranquilidad. Esa mujer nos odia a muerte y vamos a estar bajo su reinado. ¿Es que solo yo veo el peligro? —levantó los brazos Gerd.

—Lo vemos —le aseguró Nilsa.

—Debemos entender qué planes tiene el rey con la princesa. Es algo que debemos tener presente. Mientras no sea reina, no corremos demasiado peligro, cuando lo sea, como Gerd bien dice, será un gran problema. Nilsa, ¿crees que puedes utilizar tu carisma y contactos en el castillo y la corte para averiguar qué planes de boda hay?

—Por supuesto. Veré qué puedo averiguar.

—Mis aliados están nerviosos con esta boda. Debemos estar bien informados para prever y planificar de forma que podamos evitar conflictos innecesarios…

—¿Como que nos corten la cabeza? —preguntó Gerd.

—Como ese, sí —sonrió Egil—. También que mis aliados emprendan acciones que no nos convienen sin atender a mis peticiones de que mantengan la calma.

—¿Los del Oeste no te respetan como su líder? —preguntó Gerd en un susurro mirando alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

Egil también se paró a observar por si algún oído traicionero anduviera cerca.

—No es que ya no me respeten, lo hacen, pero hay diferentes corrientes de opinión dentro de los nobles. Los hay más impacientes que no desean esperar a ver qué ocurre con la princesa y prefieren hacer algo ya mismo, antes de que haya una boda que complique todavía más las opciones del Oeste a la corona.

—Eso puede ser peligroso… —comentó Gerd arrugando la nariz.

—Por eso debemos obtener información que nos ayude a planificar y contener estas posibilidades. No deseo que se produzcan acontecimientos inesperados y potencialmente dañinos para nuestros intereses.

—Yo me encargo de obtenerla. Seré todo un encanto, más de lo habitual —sonrió Nilsa y marchó hacia el edificio principal del castillo.

—Perfecto, a ver qué puedes averiguar —dijo Egil—. No fuerces la actuación, que no se note que estás muy interesada, No queremos que nadie sospeche que tenemos intereses en los movimientos de la corona.

Nilsa sonrió con expresión dulce e inocente, como si nunca hubiera

roto un plato.

—¿Así qué tal?

—Así perfecto —dijo Egil.

—Muy creíble —asintió Gerd con fuerza.

—Pues voy a enterarme de qué sucede —Nilsa se despidió con la mano y marchó.

—Será mejor que tú y yo nos dirijamos a la ciudad —dijo Egil a Gerd—. Tengo varios mensajes que debo enviar de forma clandestina.

—Imagino que tus contactos estarán en zonas que la guardia de la ciudad no frecuenta.

—En efecto, ni la guardia ni otros elementos que no queremos que sepan lo que tramamos.

—Entiendo y asumo que serán lugares algo peligrosos —afirmó Gerd.

—Primordial, querido amigo.

Gerd enarcó una ceja.

—¿Puedo saber por qué te gusta tanto usar la palabra primordial? Ni siquiera creo que la estés usando bien y eso me desconcierta, siendo tú…

Egil sonrió de oreja a oreja.

—Utilizo ese término cuando quiero evidenciar y resaltar que lo que se dice es esencial.

—¿Y se puede saber por qué no usas la palabra esencial, que es más fácil de entender?

Egil miró a Gerd con una expresión divertida.

—¿Y dónde estaría la gracia en eso? ¿Desde cuándo uso yo retórica leve que se entiende con solo prestar una nimia atención?

Gerd negó con la cabeza mientras sonreía.

—Sí, no sería algo propio de ti que los que te rodean te entiendan con facilidad cuando te expresas.

—En efecto, mi querido amigo. Debo mantener la mente de mis apreciados compañeros siempre atenta y razonando.

—La mía puede que explote un día intentando descifrar tus comentarios —dijo Gerd sujetándose la cabeza con ambas manos.

—Te das muy poco crédito. Esa cabeza tuya está muy bien formada y enseñada. Razona muy bien —dijo Egil y le dio una amistosa palmada en la espalda a su amigo.

—Intenta rebajar el grado de lenguaje intelectual cuando esté yo cerca y así nos evitamos un disgusto.

—Tú siempre me has entendido a la primera.

—Muchas veces a la tercera y porque me lo han explicado.

Egil le hizo un gesto con la mano de que aquello no era cierto.

—Vamos, tenemos un par de encuentros importantes a los que no puedo llegar tarde.

—Tu guardaespaldas te sigue y te protege —dijo Gerd.

—Pues entonces nada temo —sonrió Egil y abandonaron el castillo para adentrarse en la ciudad.

Capítulo 9

Nilsa caminaba por el largo pasillo que conducía a la zona donde se alojaban los nobles de la corte. No había tenido problemas para llegar hasta allí pues conocía a los dos guardias que custodiaban el ala oeste por el que había accedido, Jurgen y Torlar, dos veteranos que servían en el castillo desde hacía ya un puñado de años. Había saludado con naturalidad y ellos le habían devuelto el saludo sin ponerle ninguna traba.

También conocía a los otros dos guardias que estaban apostados a la entrada de aquel pasillo por el que avanzaba, Molwan y Tirwer, con los que intercambió un par de frases de cortesía. Eran también soldados veteranos y les agradaba charlar con un ella. Además, estaban muy aburridos de hacer guardia todo el día en el mismo sitio, por lo que agradecían cualquier conversación amiga. A los soldados, por lo general, les ladraban órdenes sus superiores o los nobles del castillo, y no solían ser muy corteses, más bien al contrario. Ella lo sabía así que era simpática y agradable.

Sonrió, había tenido suerte hasta el momento. No siempre le permitían deambular por el castillo a sus anchas ya que era una Guardabosques y solían estar en la torre, a excepción de los Guardabosques Reales, que sí tenían acceso al castillo y acompañaban y guardaban al rey. Por desgracia ella no era una Guardabosques Real. Se preguntó si un día llegaría a serlo. Se encogió de hombros, tendría que ver qué le deparaba la vida. La suya estaba siempre llena de sorpresas así que no quería anticipar nada. Bueno, la suya y la de sus compañeros que no hacían más que meterse en jaleos de lo más variopintos y de difícil solución.

En realidad, si lo pensaba, no era suerte lo que había tenido. El hecho de que conociera a los guardias se debía a que ella tenía un carácter simpático y hacía el esfuerzo por relacionarse y conocer tanto a los guardias como a los Guardabosques Reales. No como el merluzo de Viggo, que miraba mal a todos o les hacía gestos de prepotencia y superioridad que no gustaban a nadie. Ingrid tampoco conocía más que a los oficiales con los que trataba, el resto no le interesaban demasiado ya que rara vez tenía que hablar con ellos.

El problema venía ahora. Quería entrar en el ala del castillo reservada a la corte, y ahí no tenía acceso. Sin embargo, tenía que

hacerlo pues ahí era precisamente donde ocurría todo lo interesante. Podía intentar sonsacar información a un par de Guardabosques Reales que creía que tenían interés por ella, era algo arriesgado pues tirar de la lengua a un Guardabosques era siempre peligroso y difícil. De ser descubierta y conocerse que su intención era indagar de forma ilícita, tendría muchos problemas y acabaría en el despacho de Gondabar, algo que quería evitar a toda costa.

Lo que estaba haciendo podría interpretarse como espionaje y, de ser así, acabaría juzgada y colgada. Recabar información, incluso para un Guardabosques en misión oficial, era siempre complicado. Había una fina línea que separaba el patriotismo de la alta traición y ellos caminaban siempre sobre esa línea. Un desliz y todo habría acabado. Thoran y su hermano no eran de los que perdonaban errores, ni a las Águilas Reales ni a nadie.

Llegó hasta el final del pasillo que desembocaba en una estancia cuadrada, una antesala con tres grandes puertas dobles. Una estaba siempre cerrada y las otras dos vigiladas. Se giró hacia la izquierda y se encontró con dos Guardabosques Reales frente a la puerta. Protegiendo la otra había dos Guardias Reales a los que Nilsa observó de reojo, no los conocía y parecían adustos. Sin embargo, y para su fortuna, conocía a uno de los Guardabosques.

Se acercó a saludar.

—Hola, Johanes —saludó levantando la mano y con la mejor sonrisa que tenía.

—Nilsa, me alegro de vete —saludó Johanes y sonrió.

Nilsa recordaba que Johanes era siempre muy amigable, más de lo normal, por lo que Nilsa sospechaba que estaba interesado en ella. De melena rubia y ojos grises, Johanes era alto, fuerte y bastante guapo, siempre teniendo en cuenta que era norghano y Guardabosques. A Nilsa no le desagradaba. La verdad era que ahora que lo observaba con interés, le parecía más apuesto de lo que ella lo recordaba. No era tanto como otros en el castillo, pero no se quedaba atrás por mucho.

—¿Qué tal todo? —preguntó ella para darle conversación.

—Bastante bien. Este mes nos toca guardar esta entrada. La rotación, ya sabes…

Nilsa asintió y sonrió.

—Es para que no os aburráis haciendo siempre el mismo trabajo. Cambiar de tarea de vez en cuando viene muy bien para refrescar la mente.

—No es la más audaz de las misiones que un Guardabosques puede hacer, pero es la que nos han encomendado —dijo el otro Guardabosques Real.

—Eso mismo —dijo Johanes, que levantó las cejas y puso cara de resignación.

—Perdona, no recuerdo que nos conozcamos… —dijo Nilsa al Guardabosques que no recordaba haber visto.

—Soy Nilsum. Es un placer conocer a la afamada Nilsa de las Águilas Reales —dijo el Guardabosques y le hizo una pequeña reverencia.

—Veo que sabes quién soy —sonrió Nilsa y soltó una risita algo tonta. La forzó a sabiendas de que a los chicos les gustaba cuando ella coqueteaba o se mostraba muy simpática. Necesitaba pasar y un poco de flirteo no hacía mal a nadie, sobre todo si le permitía alcanzar sus objetivos. Lo consideraba otra de las armas de su arsenal, no letal, pero que ayudaba a abrir puertas en ciertas situaciones.

Sonrió a los dos Guardabosques y pestañeó. No siempre era buena idea echar la puerta abajo de una patada al más puro estilo de Ingrid; o cortar el cuello a los vigías antes de que se enteraran de qué era lo que estaba sucediendo, al estilo de Astrid. Su estilo era más refinado y adecuado a las situaciones del castillo y la corte.

—¿Cómo no voy a conocer a una de las heroínas del reino, afamada no solo por su destreza con el arco, sino por su resplandeciente belleza? —dijo Nilsum y sonrió agasajador.

—Me dejas sin palabras con semejante piropo —sonrió Nilsa con un gesto de que se le subían los colores, como si realmente le hubiera impresionado, cosa que no había conseguido. Nilsa recibía piropos de soldados, Guardabosques y hasta de algún noble de la corte, y estaba muy acostumbrada a ellos. Ignorarlos sin que el que los lanzaba se diera cuenta era ya todo un arte que Nilsa dominaba.

—Vas a necesitar más que un piropo para que Nilsa te abra el corazón —dijo Johanes a Nilsum con una expresión de que no era nada fácil—. La lista de sus seguidores aumenta con cada día y no se conoce que ninguno haya podido conquistarla.

—Pues espero que nuestra valerosa Águila Real me apunte en la lista como un ferviente admirador de su hermosura y simpatía.

Nilsa escuchaba muy consciente de aquella habilidad suya para engatusar a los hombres. También era cierto que, por lo general, en el castillo no eran demasiado brillantes. Ahora que lo pensaba, quitando a sus compañeros de las Panteras, no conocía demasiados hombres de inteligencia, la mayoría eran bastante simplones.

Había apreciado que, de un tiempo a esta parte, llamaba más la atención del género masculino, como si algo hubiera cambiado por alguna razón. No sabía si era que su físico era ahora más atractivo o si su habilidad para flirtear había mejorado con los años de experiencia.

Quizá fueran ambas cosas.

—Por supuesto, Nilsum, puedes darte por apuntado. Te prevengo de que la lista, como bien ha dicho Johanes, al que también tengo apuntado en ella, es bien larga —dijo Nilsa e hizo un gesto con las manos como si lanzara un pergamino al suelo que se desenrollaba sin final.

—Estamos buenos entonces —se quejó Johanes haciendo gestos con las manos de que era en vano.

—Ya lo creo, esa lista parece interminable —comentó Nilsum que negaba con la cabeza con ímpetu.

Nilsa veía en las quejas ficticias y exageradas de los dos soldados que la encontraban interesante. Ya se había dado cuenta hacía tiempo de que tenía ese efecto en muchos. Siempre había llamado la atención de los hombres por su melena pelirroja, sus pecas y su belleza más propia de Irinel que de Norghana. Ahora que sabía que podía encandilarlos lo entendía como una ventaja que podía aprovechar. Después de todo, no era su culpa que fueran algo tontos y se dejaran seducir. Decidió probar suerte.

—Veréis —dijo mientras se acariciaba la melena y movía la cabeza a un lado—, tengo que entrar en la zona de la corte a realizar un encargo para Gondabar…

—¿Vuelves a trabajar para nuestro líder en la torre? —preguntó Johanes con expresión de estar extrañado—. Pensaba que, al ser Águila Real, no tendrías tiempo para realizar las tareas de intendencia.

—No de forma oficial. Sigo siendo una Águila Real y debo seguir los designios del rey. De vez en cuando, cuando estoy entre misiones, Gondabar aprovecha para que le ayude con algunos asuntos de índole delicada. Este es uno de ellos.

—¿Estás entonces en misión para Gondabar? ¿Es secreta? —quiso saber Nilsum.

—No puedo daros ningún detalle… lo entendéis, ¿verdad? —Nilsa actuó con timidez, como si fuera una niña buena que no podía revelar algo importante que le habían confiado.

—Sí, por supuesto. Las misiones de nuestro líder no son de nuestra incumbencia. No nos atreveríamos a inmiscuirnos. Mucho menos ponerte a ti, Nilsa, en un compromiso por revelar información que no nos concierne —dijo Johanes.

—No, por supuesto que no te podríamos en un aprieto —se unió Nilsum.

—Cuánto aprecio que entre los Guardabosques haya verdaderos caballeros, y que se preocupen por una damisela como yo —sonrió

ella como si fuera en realidad una damisela en apuros, cosa que no era cierta. Nilsa estaba jugando con ellos con el fin de cruzar la puerta que guardaban y acceder a una zona del castillo a la que ella no tenía acceso.

—Siempre a tu servicio —dijo Johanes.

—Mi arco está a tu disposición. Solo tienes que pedirlo y acudiré de inmediato.

Nilsa hizo como que se sonrojaba y sacudió su melena dejando que se viera toda su belleza carmesí.

—Sois los dos de lo más gentiles. Sin duda me dejaréis pasar para que continue con mi labor… —pidió Nilsa con timidez.

Los dos Guardabosques se miraron. Había duda en sus ojos.

—Para poder acceder a la zona del castillo donde se alojan los miembros de la corte y los visitantes importantes se debe tener un permiso escrito. Son órdenes del rey desde la llegada de la princesa de Irinel y su séquito —dijo Johansen.

—Lo sé —Nilsa bajó la cabeza—. El mío lo he extraviado… soy tan torpe a veces… ya me conocéis… —continuó con falso tono de vergüenza y ojos húmedos.

—Sin permiso no podemos dejar pasar a nadie —dijo Nilsum.

—Pero yo he estado ahí dentro cientos de veces realizando recados para Gondabar. Este solo es uno más… —insistió Nilsa.

—Lo sabemos… pero ahora las órdenes son no dejar pasar a nadie —dijo Johansen.

—No quiero tener que pedir a Gondabar otro pase… quedaré en ridículo ante nuestro líder por mi torpeza…

—Eso es un poco feo, sí. Te entiendo. Nadie quiere quedar mal ante sus superiores… —dijo Nilsum.

—Raner Olsen, el nuevo Guardabosques Primero, es muy duro e inflexible con nosotros. Si estuviera en tu lugar y tuviera que decirle que he perdido mis órdenes sería horrible. Casi prefiero que me envíe directo al calabozo a que me juzgue con su mirada.

—Ya, nuestro líder es duro como una piedra, y todavía lo es más con nosotros. No permite fallos de ningún tipo.

—Entonces entendéis la situación en la que me encuentro.

—Queremos ayudarte, no creas que no, pero es que… —dijo Johanes.

—Nos caería un castigo ejemplar si Raner Olsen se entera de que te hemos dejado pasar sin un permiso —dijo Nilsum.

—No os sucederá nada. No será más que un momento, entrar y

salir. Os deberé un favor —dijo ella y volvió a jugar con su pelo mientras sonreía con ligereza.

Los dos Guardabosques Reales volvieron a intercambiar una mirada.

—Supongo que si vas muy rápido el riesgo disminuye… —dijo Johanes.

—Y todos te han visto antes dentro, no tienen por qué sospechar que no tienes permiso… —dijo Nilsum.

—Exacto. Terminaré muy rápido y regresaré corriendo. Nadie me dirá nada, nunca lo hacen. Los miembros de la corte rara vez se dignan a hablar con los Guardabosques.

—Muy cierto —dijo Nilsum—. Están muy por encima de nosotros.

—Está bien, Nilsa. Pasa y termina cuanto antes. No nos busques un problema —pidió Johansen.

Nilsa miró a Nilsum, que asintió.

—Nos debes una —dijo y abrió la puerta que guardaban.

—Os la pagaré, os lo prometo —sonrió ella y pasó.

Nilsa resopló por lo bajo cuando la puerta se cerró a su espalda. Había conseguido su propósito y se sintió muy bien por aquella pequeña victoria. Ahora tenía que andarse con mucho cuidado para que nadie le preguntara qué hacía allí.

Llegó a una estancia amplia muy ornamentada que daba acceso a tres pasillos por medio de entradas abovedadas sin puertas. En la estancia había dos Guardias Reales de vigilancia que la miraron. Nilsa no evitó el contacto con los ojos y siguió adelante con paso raudo, como si tuviera prisa por llegar a algún lado. Había utilizado aquel ardid innumerables veces, era una forma muy eficaz de evitar a pesados y a cualquier persona que fuera a incordiarla cuando ella no deseaba ser molestada.

Los guardias no le dijeron nada. No le extrañó. Estaban allí por si sucedía algo, no para controlar el acceso a la zona. Mientras nadie los requiriera por algún problema, o se diera la alarma, aquellos dos no se iban a mover ni a interesar por gran cosa. Debían permanecer en su puesto y cumplir sus órdenes, que eran vigilar y actuar si sucediese algo fuera de lo ordinario.

Nilsa ya conocía el lugar y cogió el pasillo de la derecha. Estaba desierto. A ambos lados comenzaron a aparecer puertas de roble labradas y en cada una de ellas colgaba el escudo de armas de una familia de la nobleza norghana. Eran las habitaciones de los miembros de la corte que residían en el castillo y también de huéspedes distinguidos que tanto el rey como su hermano invitaban de vez en

cuando.

El acceso al interior de aquellas estancias estaba prohibido. Solo los residentes y aquellos con pase podían entrar. Por lo que tenía entendido las puertas daban acceso a grandes estancias de varias habitaciones donde los nobles residían, por su puesto con su guardia personal. No era una buena idea intentar abrir una de aquellas puertas. Los hombres armados que las custodiaban desde el interior tenían tendencias belicosas.

Continuó avanzando. Estar en una zona del castillo solo apta para nobles leales al rey y sus sirvientes y guardaespaldas puso a Nilsa algo nerviosa. Los nervios no eran algo que necesitara. Los controló e intentó sofocarlos como hacía siempre. Había mejorado mucho desde sus días en el Campamento y ahora podía casi extinguirlos en su interior antes de que afloraran y la metieran en un lío. Estaba muy orgullosa de los avances que había logrado. Controlarlos por completo le iba a llevar algún tiempo todavía, pero lo conseguiría, era una de sus metas en la vida: dejar de ser torpe. Ya había logrado ser Cazadora de Magos, que era su objetivo principal, y eso la animaba muchísimo. Era cuestión de tiempo y perseverancia, cosa que Nilsa tenía de sobra.

Respiró profundamente mientras iba pasando puertas labradas con escudos de casas nobles del Este. No las conocía todas, pero algunas sí le eran familiares. Por supuesto, las casas nobles del Oeste no tenían sus aposentos en aquella zona sino en otra, más apartada y menos lujosa. No era ningún secreto que el rey y su hermano favorecían a las casas del Este en todo, lo cual era comprensible pues le habían apoyado en la guerra civil y habían derrotado a las casas del Oeste.

A Nilsa no le interesaban hoy los nobles de un lado ni del otro, le interesaba una invitada especial y debía llegar a la zona donde estaba alojada, que era el área más ilustre y ornamentada de la zona residencial del castillo. Apresuró la marcha y con zancadas largas y rápidas llegó a dónde deseaba ir.

Vio Guardias Reales apostados en varios cruces del pasillo y, al igual que había hecho antes, los ignoró y siguió adelante como si llegara tarde a una cita muy importante y la fueran a regañar. Puso hasta gesto de gran preocupación, no podía permitirse que la descubrieran allí merodeando sin permiso. De hacerlo, iba a estar en un gran aprieto de esos que terminan con una persona en las mazmorras o algo peor.

Giró a la izquierda al final de otro largo pasillo y vio a varios soldados de la comitiva de la princesa apostados frente a dos puertas. Debían de ser los aposentos que les habían facilitado. Aquello dificultaba acercarse a investigar, como lo llamaba ella, aunque en realidad lo que estaba haciendo era espiar para las Panteras.

Se acercó cuanto pudo con disimulo y constató que, en efecto, eran los aposentos de la princesa Heulyn. Tomó otro pasillo a la derecha antes de llegar hasta los guardias de Irinel para que no sospecharan nada. Para su sorpresa, escuchó voces provenientes de una estancia al final del mismo.

Nilsa se acercó hasta la puerta doble de donde salían. Recordó que era una biblioteca al servicio de los huéspedes, más pequeña que la Biblioteca Real. Se detuvo frente a la puerta y escuchó. Las voces que venían del interior eran de un hombre y de una mujer. La mujer gritaba y el hombre mascullaba algo. Intentó entender lo que sucedía.

Las voces crecieron en volumen. Nilsa reconoció al momento que la femenina era la de la princesa Heulyn. La del hombre le costó un poco reconocerla, más que nada porque se disculpaba y hablaba bajito. No era otro que el embajador Larsen.

La puerta estaba bien cerrada pero los gritos de la princesa eran tan fuertes que podían oírse a través de la pared. Nilsa miró a ambos lados del largo y amplio pasillo y no vio a nadie. Quedarse a escuchar podía meterla en un gran problema. Por otro lado, allí no había nadie y ella todavía no estaba haciendo nada que se pudiera considerar traición.

Se agachó y se soltó el cordón de la bota derecha. Disimularía haciendo ver que se la ataba por si alguien apareciera. Mientras tanto aguzó el oído y se inclinó ligeramente hacia la puerta.

— ¡He dicho que no! ¿Es que acaso estás sordo? —gritaba la princesa.

—Princesa… Recapacitad —rogaba el embajador, que no chillaba, pero tenía que hablar muy alto para que la princesa le oyera en medio de los gritos que propinaba.

Las siguientes frases no las entendió, por lo que tuvo que concentrarse más para escuchar lo que se decía en el interior. Aquello le interesaba mucho.

—No deberías espiar a la realeza, es algo que puede costarte la vida —dijo una voz a su espalda.

Nilsa se quedó helada. La habían descubierto.

Capítulo 10

Nilsa no se movió, pero tuvo serios problemas para mantener el equilibrio del susto que tenía encima. No había oído llegar a nadie y ella tenía muy buen oído.

—No estoy espiando. Me estaba atando la bota —dijo antes siquiera de identificar quién la había descubierto.

—Veo que sigues siendo una mentirosa terrible —dijo una voz femenina con cierto tono de divertimento.

Sorprendida, Nilsa miró a su interlocutora.

—¡Val!

—Hola, Nilsa —sonrió la rubia Guardabosques Oscuro.

—No es lo que tú piensas —aseguró levantando una mano.

—Por supuesto que lo es, y las dos lo sabemos —dijo Valeria y sonrió.

—De verdad que me ataba la bota… —intentó continuar con el disimulo Nilsa, pero se dio cuenta de que su excusa era un tanto floja y que no conseguiría engañar a Valeria.

—¿Estás aquí por tu cuenta o te envía Egil?

—Yo… bueno…

—Entiendo, te envía Egil a recabar información sobre la princesa de Irinel.

—Estoy realizando un encargo para Gondabar —continuó intentando disimular Nilsa.

—¿En la zona de los aposentos de Heulyn? Eso sí que es difícil de creer. Gondabar, por muy líder de los Guardabosques que sea, no tiene ningún interés o jurisdicción en lo relativo a la princesa. Esto es un tema de estado y solo concierne a Thoran y a Orten. Los Guardabosques y sus líderes no tienen cabida en estos asuntos.

—Los Guardabosques siempre tenemos cabida en todo lo que esté relacionado con la seguridad y el bienestar del reino.

—Así lo dice el Sendero de los Guardabosques, sí, lo conozco bien, lo estudié por cuatro años —sonrió Valeria con ironía.

—Pues eso, nosotros estamos donde el reino nos necesite —replicó Nilsa, poniéndose en pie y estirando la espalda.

—Delante de la puerta de la princesa de Irinel cuando está

discutiendo temas de importancia desde luego, no.

—Bueno, ha sido un placer verte, me marcho —dijo Nilsa con precipitación, intentando salir de allí como fuera.

—No tan rápido —dijo Valeria levantando la mano—. Te he pillado y aunque lo niegues, sabes que es así. Dime qué es lo que quiere saber Egil y te dejo marchar, de lo contrario avisaré a los soldados que están al doblar la esquina.

—Sabes que no puedo decirte nada —dijo Nilsa y abrió las manos en señal de impotencia.

—¡Dile a tu rey que he dicho que no! ¿Es que además de idiotas sois todos sordos en este reino? —surgió la voz de Heulyn como atravesando las paredes.

Nilsa y Valeria miraron hacia la puerta. Por un momento, Nilsa pensó que ésta se abriría de la potencia con la que salían los gritos.

—Princesa… debéis comprender… —se escuchó decir a Larsen, que intentaba aplacar la furia de la princesa, pero como los gritos eran tan fuertes tenía que hablar alto.

—Parece que tu señora está enfadada —dijo Nilsa a Valeria.

Valeria sonrió.

—Rara vez no lo está.

—¿Qué haces con ella? No es de los mejores nobles que podrías encontrar para entrar a su servicio.

—Me conmueve tu preocupación por mi —replicó Valeria llena de ironía y se llevó las manos al corazón.

—Te recuerdo que yo nunca te deseé ningún mal. Lo que te sucedió fue por tus propias decisiones —replicó Nilsa, a la que el comentario no le había gustado. Valeria se había buscado su propio precipicio y ellos no habían tenido nada que ver. Cada persona debe ser responsable de sus actos, más aún cuando sabe que estos son imperdonables.

—Cierto, muy cierto. Mis decisiones mías fueron y con ello debo vivir. He de reconocer que no fueron muy acertadas, ahora que las puedo contemplar con la frialdad y la calma que el paso del tiempo proporciona.

—Cada uno debe cargar con sus actos y culpas —dijo Nilsa.

—Y cargo, eso es lo que hago, cada día de mi vida —Valeria suspiró hondo—. Lo hecho, hecho está. Los errores cometidos rara vez se pueden subsanar. Acepto mis errores y sigo adelante. No creo que pueda redimirme, pero tampoco lo busco.

—Me alegra que al menos reconozcas que hiciste mal —Nilsa sentía que las palabras de Valeria eran sinceras y quería creerla. Sin

embargo, ya les había mentido antes y podía estar haciéndolo de nuevo. Fiarse una vez y ser traicionado era una cosa. Fiarse dos y volver a ser traicionado era de memos. Nilsa podía ser nerviosa, torpe y otras muchas cosas más, pero tonta no era. No caería de nuevo en la trampa de la confianza.

—Tú siempre has sido de buen corazón. Recuerdo que apoyaste mi destierro y te mostraste en contra de que me condenarais a muerte. Te lo agradezco, lo haré siempre. Sin embargo, no creas que me arrepiento de todo cuanto hice. Me arrepiento de los errores que cometí.

—No sé si entiendo lo que quieres decir —dijo Nilsa torciendo la cabeza y mirándola con ojos de que no llegaba a ver claro todo lo que le explicaba.

—Digamos que me arrepiento de cómo termino todo, de las elecciones erróneas que tomé. En lo referente a vosotros, sí me arrepiento de lo que sucedió, si eso te tranquiliza algo.

Nilsa suspiró.

—Poco, pero es algo —confirmó, pero su instinto le decía que Valeria no estaba del todo arrepentida de la traición que había cometido contra los Guardabosques y contra Norghana. No podía fiarse de ella, Valeria no era solo muy bella, también era muy inteligente y astuta. Mejor tener mucho cuidado.

—En cuanto a la princesa y a mí, nos une una desventura, una que compartimos y por la que ahora la sirvo.

—¿Qué desventura es esa? —preguntó Nilsa muy interesada, pues no entendía cómo Valeria había entrado al servicio de la princesa de Irinel.

—Te lo contaré mientras Heulyn le arranca la cabeza al embajador Larsen —sonrió Valeria. Larsen se había callado y estaba aguantando la tormenta que le caía encima proveniente de la garganta de la princesa.

—Pues date prisa porque creo que pronto se abrirán las puertas y su cabeza saldrá rodando.

Valeria soltó una carcajada. Oírla reír, reconocer aquella risa que una vez había sido amiga, le llegó a Nilsa al alma. Se dio cuenta de que se estaba ablandando y desechó los sentimientos de amistad y compañerismo, eso era cosa del pasado. Ahora Valeria estaba con la princesa de Irinel y las Panteras no habían decidido qué hacer con ella cuando llegara la ocasión. Recordó que Viggo quería eliminarla pues seguía siendo un peligro para todos. Algo de razón no le faltaba, si bien matarla era algo a lo que Nilsa se resistía.

Valeria suspiró.

—Cuando me condenasteis al destierro pasé una temporada muy mala. Fue un tiempo duro, amargo, lleno de pesar y dolor. Duro por el destierro y la pérdida de los ideales que me propulsaban; dolor por la pérdida de mi padre; pesar por haberlo perdido todo; amargor por no tener dónde caerme muerta. He de confesar que todavía no he superado todo lo que me ocurrió —explicó Valeria con ojos algo húmedos.

—¿A dónde fuiste?

—Pensé en ir a Rogdon, es un lugar seguro donde empezar una nueva vida. Los rogdanos son cabezas cuadradas, pero no son traicioneros. Van siempre con la verdad por delante. Debí haberlo hecho. Fue otra mala decisión por mi parte, me dejé llevar por la rabia y elegí mal.

—¿Qué reino elegiste?

—Uno desde el que sabía que podría causar daño a Norghana.

Nilsa lo vio claro.

—Fuiste a Zangria.

—Así es. Fui y lo lamenté. Al principio me aceptaron con los brazos abiertos. Me entregué al General Zorlten, un hombre inteligente y malvado, más de lo que podía imaginar. Me dieron todo cuanto pedí: un nuevo puesto como oficial de alto rango, una buena cantidad de oro, ropa buena y elegante, armas de todo tipo…

—Nadie regala nada si no es porque busca algo a cambio.

—Así es. Estaba cegada por la rabia, por haber sido derrotada, por haberlo perdido todo y pensé que el mejor sitio para estar a salvo sería entre los zangrianos. Después de todo, los enemigos de mis enemigos son mis amigos, ¿verdad?

—Eso dicen, aunque no sé yo si eso se cumple…

—Se cumple si haces lo que te piden. Si no lo haces, te conviertes en sus enemigos y ya no tienes a dónde ir.

—¿No cumpliste lo que te pidieron? Me extraña…

—Al principio sí que lo hice. Les di información sobre Thoran, Orten y sus nobles del Este. Querían saber las localizaciones de sus fuerzas, de cuántos soldados disponían y demás información militar relevante… Pero las peticiones se volvieron pronto diferentes.

—¿Más difíciles de cumplir?

—Así es. Pensé que podría hacerlo, de verdad. Creí que podría vender todo cuanto sabía al enemigo y no sentirme mal por ello. Después de todo, había intentado un regicidio en Norghana y había pagado con el destierro. La rabia por todo lo que me había pasado fue poco a poco pasando. Cada día las heridas cicatrizaban un poco más.

—Con los zangrianos tu futuro sería siempre el de la guerra, bien con Norghana o con Erenal —dijo Nilsa con expresión de que ese no era un gran futuro.

—Lo sabía, era consciente. Entonces algo sucedió. Una mañana ya no dolía tanto. El pesar ya no era tanto. La desesperanza por haberlo perdido todo no era la misma. Me sentí un poco mejor. Al día siguiente estaba un poco más aliviada, y después algo más optimista sobre mi futuro.

—¿Entonces escapaste de los zangrianos?

—No pude. Estaba muy vigilada y, además, aunque empecé a recobrarme, todavía me quedaba mucho para estar bien —dijo Valeria señalándose la cabeza—. No estaba como para salir huyendo a buscar un nuevo y brillante futuro. Al menos no en ese momento.

—Me imagino que estabas todavía asimilando y superando todo lo que te había ocurrido. Es un trauma muy grande del que te llevará años reponerte —dijo Nilsa, que había hablado muchas veces con Egil sobre el tema de los traumas y cómo superarlos.

—Y fue entonces cuando las cosas se pusieron peor. Zorlten quería comenzar una campaña de invasión antes de que Thoran volviera a hacerse fuerte y necesitaba convencer a varios generales de los zangrianos y al rey Leonidas. Para ello ideó dar un golpe que dejara en evidencia a Thoran, mostrando su debilidad. Quiso acabar con el líder de sus afamados Guardabosques.

—¿Quiso matar a Gondabar?

—Y a quien le acompañara.

—Los juegos traicioneros de la política entre reinos no dejan de sorprenderme y me ponen enferma. No tienen honor —dijo Nilsa con rabia.

—Los reinos tienen tanto honor como aquellos que los dirigen. Cualquier dirigente en un puesto de notoriedad en un reino es un blanco para los enemigos de ese reino. Gondabar es el líder de los Guardabosques y con su muerte Zorlten dejaría al rey Thoran como un monarca débil.

—¿Te negaste?

—No exactamente. Acepté la misión. Los espías zangrianos obtuvieron información de que Gondabar iba ir a visitar el Campamento. Es una visita que suele realizar al menos dos veces al año, si su salud no se lo impide, y en la que trata temas importantes con Dolbarar y los Guardabosques Mayores. Los zangrianos no saben dónde se encuentra el Campamento, al menos no su localización exacta. Por lo que me mostraron en los mapas, era bastante errónea. Lo sitúan mucho más al este de donde realmente está.

—No les dirías donde está, ¿verdad? —preguntó Nilsa con horror.

Valeria sonrió y negó con la cabeza.

—Puede que fuera una Guardabosques Oscura, pero no deseo causar más mal a los Guardabosques. Les dije que yo sí sabía dónde estaba y que me encargaría de que Gondabar no llegara con vida.

—Solo de escucharte estoy teniendo escalofríos —Nilsa se frotó los brazos con fuerza.

—Tranquila. Salí a la misión acompañada de tres espías zangrianos. Los maté en el camino y me di a la fuga.

—Imagino que a los zangrianos no les sentó nada bien.

—Imaginas bien, pero para cuando quisieron reaccionar yo ya había cruzado los Mil Lagos y estaba entrando en Erenal.

—Es un reino muy agradable. A mí me gustó mucho cuando lo visitamos con Egil buscando una cura para la enfermedad… bueno, envenenamiento de Dolbarar.

—Lo es, a mí también me gusta. El problema es que sus espías sabían de mí: la Guardabosques que servía con Zorlten. Me detuvieron al llegar a la capital y me llevaron ante el General Augustus, comandante en jefe de una centuria del ejército de infantería. De inmediato se interesó por mí y por mis andanzas.

—Si se interesó y te gustaba el reino, ¿por qué no te quedaste allí?

—Porque Erenal está en guerra con el reino de Zangria. Se disputan los Mil Lagos desde hace generaciones. Es como una guerra interminable que no es a gran escala, pero siempre está presente. En cuanto supieron que había estado con los zangrianos me quisieron utilizar como lo habían hecho ellos.

—¿Información y asesinato?

—Así es. Quisieron cuanta información tenía de los zangrianos y sobre todo la referente a Zorlten. Idearon un plan para atraerlo a la frontera con Erenal en los Mil Lagos y matarlo.

—Te usarían como cebo.

—Cada día eres más espabilada, aparte de guapa, que se me ha olvidado comentarte que estás muy crecidita —sonrió Valeria a Nilsa y le guiñó un ojo.

—Gracias, lo tomo como un cumplido —se ruborizó un poco Nilsa —. Sigue, ¿qué sucedió?

—No tuve más remedio que cooperar. Dejaron en mi mano tirar contra Zorlten porque lo conocía y así evitaban ser engañados con un señuelo. Pero no lo maté.

—¿No tiraste? —se sorprendió Nilsa echando la cabeza atrás.

—Oh, sí que tiré y con una flecha de fuego. Lo tenía merecido. Para algo soy Tiradora Elemental. Pero no lo maté. Le alcancé en un muslo y lo herí. Las llamas le quemaron media pierna y parte del torso. Su montura se espantó y huyó a galope tendido llevándose Zorlten.

—Déjame adivinar, Augustus y su centuria no se lo tomaron del todo bien.

—No muy bien, no. Achaqué el fallo al viento, pero no se lo tragaron. "Un Guardabosques rara vez erra un tiro, eso hasta los de Erenal lo sabemos" me dijo. Con las mismas me metió en el calabozo.

—Vaya…

—Pasé bastante tiempo allí. Augustus intentó que colaborara con él y los planes de Erenal para seguir instigando a Zangria. Yo estaba cansada de servir a unos y a otros, de traicionarlos a todos. Decidí que me convenía más callar y no acceder a ninguna propuesta de colaboración. Tuve mucho tiempo para reflexionar sobre mi vida, los errores que había cometido y lo que quería hacer en adelante.

—Un largo tiempo en las mazmorras, debió de ser horrible —se compadeció Nilsa.

—No se lo recomiendo a nadie. Las ratas en Erenal son casi tan grandes como las de Norghana —sonrió Valeria—. Pero me vino bien. Todo ese tiempo en soledad en aquella lúgubre celda me ayudó a aclarar la mente. Decidí seguir adelante con mi vida y hacer de ella cuanto pudiera. Por eso estoy con Heulyn. De ser una paria desterrada he pasado a servir a una princesa, es más, sirvo a la futura reina de Norghana. Creo que voy bien encaminada —sonrió Valeria y sus ojos brillaron con el destello de un pequeño triunfo.

—¿Cómo llegaste de una mazmorra de Erenal a un palacio en Irinel?

—Esa última parte te la contaré otro día. Parece que la princesa ya acaba con sus gritos —dijo Valeria que se quedó un momento escuchando.

—Es una gritona muy ruda y desagradable —comentó Nilsa.

—Mejor que ella no te oiga decir eso —dijo Valeria—. No acepta que nadie le lleve la contraria y mucho menos que hable mal de ella. Tiene un ego bastante grande…

—Y muy subidito —añadió Nilsa.

—Cierto. Hay relaciones que se forman de manera inesperada entre personas muy diferentes y que, aunque comienzan de forma abrupta, fructifican, como es nuestro caso —explicó Valeria señalando la puerta con el dedo pulgar.

Nilsa quería saber qué sucedía en el interior, el motivo de aquellos gritos.

—¿Es grave? —preguntó a Valeria intentando sonsacarle algo de información.

—Tienes mucho interés en saberlo, ¿eh? —Valeria no se dejó engañar y enarcó una ceja.

—No… bueno… algo… los gritos… ya sabes.

Valeria asintió varias veces sonriendo. No se lo tragaba.

—Yo puedo decirte lo que sucede ahí adentro. No es secreto de estado —informó Valeria.

—¿Lo harías? —Nilsa la miró con ojos entrecerrados por la duda. ¿Era aquello un truco?

—El embajador Larsen está intentando convencer a la princesa para que la boda se celebre lo antes posible.

—Entonces, ¿es seguro que habrá boda?

Valeria asintió.

—La habrá. Para eso hemos venido hasta aquí, ¿no?

—Bueno… muchas veces lo que parece y lo que finalmente es, difieren en gran manera. Esta podría ser una de esas ocasiones.

—¿Acaso no te parece que hacen una gran pareja Heulyn y Thoran?

Nilsa torció el gesto.

—¿Se lo parece a alguien? —dijo con cara de incredulidad.

—Bueno, los dos son de temperamento fuerte y a los dos les gusta mandar y gritar. Son también ambiciosos y adoran el poder. Yo diría que son tal para cual.

Nilsa negó con la cabeza.

—Se matarán el segundo día de casados.

—Por lo que tengo entendido eso ocurre en la mayoría de los matrimonios de todas formas, por muy bien que se lleven en el noviazgo.

—El matrimonio requiere trabajo y sacrificio, eso dice siempre mi madre.

—Mujer sabia.

—Bueno, no te creas que lo es tanto. Pero de algunas cosas sí que sabe. ¿Y por qué discute entonces la princesa?

—Porque no quiere casarse en invierno. Odia este tiempo. El frío no es que le agrade demasiado. Quiere una gran boda con flores y pájaros, cientos de invitados de las mejores casas nobles en un día

cálido y soleado.

—Eso en invierno no va a suceder —asintió Nilsa que entendía que la princesa quisiera una boda bonita.

De pronto se escuchó cómo se rompía un jarrón contra una pared.

—¡Me casaré en primavera o no me casaré nunca! —gritó la princesa y terminó con la discusión.

—Será mejor que marches. Va a salir —dijo Valeria a Nilsa.

Nilsa asintió y salió a paso apresurado. Había logrado información importante. La boda real se celebraría al llegar la primavera. Egil querría saberlo.

Capítulo 11

Camu y Lasgol, acompañados de Ona, disfrutaban de otra magistral lección sobre magia que Eicewald les estaba impartiendo en la tienda mientras en el exterior caía aguanieve.

—Hoy comenzaremos el estudio del Principio de la Potencia Mágica.

«Muy interesante» transmitió Camu de inmediato.

—A mí también me lo parece —aseguró Lasgol sentándose frente al mago.

—Para conseguir mejorar el poder de una habilidad, es necesario sobrecargarla antes de invocarla —explicó Eicewald de forma sucinta y directa.

—¿Cómo sobrecargamos una habilidad? —preguntó Lasgol inclinando la cabeza. Intentaba hacerse una idea de cómo conseguir hacerlo.

Eicewald sonrió.

—Con mucho cuidado, pues es peligroso.

«Yo no miedo» transmitió Camu.

—Sé que eres un valiente, Camu, pero la valentía puede conducirte a la tumba si no la combinas con el sentido común.

—Pues Camu de eso no sé si tiene demasiado —comentó Lasgol medio en broma, medio en serio.

«Yo sentido y común mucho».

—No creo ni que sea consciente de lo que es el sentido común —expresó Lasgol levantando los brazos.

«Yo saber» dijo Camu, pero Lasgol y Eicewald no se quedaron muy convencidos.

—Os mostraré el concepto de la sobrecarga —dijo el Mago continuando con la lección.

Cerró los ojos y se concentró. Abrió las palmas de su mano y entre ellas comenzó a formarse una estrella de hielo. Al momento la estrella estaba formada y levitaba sobre las manos de Eicewald.

—He creado la estrella de hielo sin sobrecargar la potencia, un conjuro normal —explicó.

Lasgol asintió y Camu le imitó.

—Lo entendemos —dijo Lasgol.

—Ahora lo volveré a hacer, pero esta vez incrementando la potencia. Para ello lo que se debe hacer es coger una cantidad mayor de energía mágica antes de conjurar y enviar toda esa energía al conjuro. Lo que buscamos es que se provoque una sobrecarga, pues el conjuro en sí no necesita de toda esa energía para crearse.

Lasgol y Camu intercambiaron una mirada de incomprensión.

—No sé si lo entendemos… —confesó Lasgol.

Eicewald asintió.

—Un ejemplo vale más que mil explicaciones —dijo y comenzó a demostrar el concepto. Conjuró con los ojos cerrados y se produjo un extraño brillo blanco parpadeante saliendo de sus manos. Al cabo de un instante se produjo un estallido de energía que creó una estrella de hielo mucho mayor en tamaño.

«¡Muy grande! ¡Gustar!» exclamó Camu.

—Entiendo que el tamaño representa también el poder de la estrella, que es mayor ahora —quiso saber Lasgol.

—Así es —confirmó Eicewald—. Si se lanzase contra una persona la primera estrella estallaría con el impacto y las aristas de hielo la matarían o la herirían de gravedad. Esta segunda estrella, si estalla, nos mataría a los tres.

—Eso no suena nada bien —dijo Lasgol que observaba la estrella levitar con temor.

Eicewald señaló con el dedo índice la estrella y luego con un gesto la envió fuera de la tienda por la abertura. La hizo volar hasta el centro del estanque, luego chasqueó los dedos y esta estalló sin dañar a nadie.

—Debéis tener mucho cuidado cuando estéis sobrecargando habilidades porque pueden ocurrir accidentes que os hieran a vosotros o a las personas que tengáis alrededor.

«¿Mucho accidente?» preguntó Camu a su manera.

—Son frecuentes cuando se usa la sobrecarga. Después de todo se intenta forzar un conjuro para que sea más poderoso, lo cual no es natural. La magia no acepta bien lo no natural. Forzar demasiado es siempre peligroso y debe hacerse con mucho cuidado. Yo puedo ayudaros creando capas sobre vosotros que os protegerían de cualquier daño mágico.

—Creo que nos vendrá muy bien —asintió Lasgol, que estaba seguro de que tendrían un accidente o dos.

«Yo no necesitar. Yo escamas duras».

—Aunque las escamas te protejan del daño físico no quiere decir que te vayan a proteger del daño mágico —explicó Eicewald.

«¿No proteger de todo daño?» preguntó Camu muy sorprendido.

—Me temo que no. Existen diferentes tipos de daño, tanto físicos como mágicos, y dudo que tus escamas te protejan de todos ellos.

«Yo querer probar».

—Nos desviaremos de la lección… —dijo Eicewald.

«Yo querer saber si magia dañar» insistió Camu.

—Creo que es un buen experimento que hacer, pues yo también me lo pregunto y no quiero asumir algo que no es cierto y luego tener un disgusto enorme —dijo Lasgol uniéndose al deseo de Camu.

Eicewald lo pensó un momento.

—Me parece sensato que lo analicemos, sobre todo teniendo en cuenta lo seguro que está Camu de sí mismo. Puede ser problemático.

—Eso mismo creo yo, puede costarle un serio disgusto si no es verdad todo lo que cree —dijo Lasgol asintiendo con fuerza.

—Uno debe siempre conocer sus limitaciones, sobre todo en el área mágica —afirmó el mago.

—Muy bien. Sabemos que el acero no le daña —afirmó Lasgol.

—Muéstramelo, por favor —pidió Eicewald.

Lasgol sacó su cuchillo y se lo mostró a Camu.

«Preparado. No miedo».

Lasgol cogió y le soltó un tajo a la pata delantera derecha de Camu. Se produjo un sonido casi metálico y el cuchillo salió rebotado sin infligir daño alguno.

«No sentir nada» transmitió Camu.

—Podemos establecer que el daño cortante lo soporta. Veamos si es así también con el daño punzante —dijo Eicewald.

Lasgol cogió su cuchillo y, tras un asentimiento de Camu, le dio un golpe punzante con la punta de su cuchillo en el mismo lugar. Nuevamente el cuchillo salió desviado hacia un lado.

«No sentir nada».

Eicewald asintió.

—También resiste el daño punzante.

—Sí, sus escamas son impenetrables —dijo Lasgol.

—Probemos con daño elemental, por ejemplo, hielo, que ya imagino que no le hará gran cosa por su origen.

«Probar, adelante».

Lo probaron, Eicewald intentó herirle con un rayo de hielo. No le

hizo nada.

«No dolor» confirmó Camu.

—Bien, probemos con el daño elemental contrario, el fuego, Yo no puedo crear conjuros potentes de fuego, pero sí una llama básica que debería ser suficiente para saber si quema sus escamas o no.

«Adelante, yo no miedo» transmitió Camu seguro de sí mismo.

Eicewald creó una llama básica de alumbrado y la mantuvo un buen rato sobre la pata de Camu. No le hizo nada. El fuego tampoco traspasaba sus escamas.

—Parece que nuestro joven Camu es de piel muy dura —sonrió Eicewald.

«Yo decir. Yo poderoso».

—No nos precipitemos. Todavía falta ver qué tal aguantas el daño mágico.

«Yo seguro aguantar».

—Veámoslo —dijo Eicewald, que se puso a conjurar sobre Camu. De súbito, Camu quedó rodeado de una capa de escarcha.

—Dime si sientes el frio—dijo el mago.

«No sentir».

Eicewald envío más poder al conjuro y disminuyó la temperatura mucho más.

—Ahora deberías sentirlo porque incluso para una criatura del hielo esta temperatura es muy baja.

Camu estaba recubierto de hielo de cabeza a cola.

Ona gruñó dos veces descontenta.

«No sentir frío. No penetrar».

Eicewald dejó de conjurar y lo miró extrañado.

—Esto es extraño, debería haberle afectado.

—¿No será que es inmune al frio? —aventuró Lasgol.

—Eso podría ser también. Déjame pensar.

«Yo muy poderoso. Nadie dañar».

—No te lo creas tanto, que no es verdad —dijo Lasgol preocupado porque a Camu se le subiera a la cabeza que era indestructible.

Eicewald conjuró de nuevo un ataque y esta vez, en lugar de basarlo en magia de agua a la que Camu pudiera ser inmune, lo hizo creando una esfera de energía pura en su mano. La dirigió con su dedo índice haciéndola levitar y luego la lanzó contra la pata derecha de Camu. La esfera, al contacto con las escamas, produjo una detonación de energía pura.

Esta vez algo diferente sucedió. Al impactar la esfera, todo el cuerpo de Camu destelló en plata.

—¿Has notado algo? —preguntó Eicewald.

«No notar nada».

—Me he dado cuenta, eso no es nada normal. Por lo general esa detonación de energía mágica pura debería haberte dolido. Pero has reaccionado y creo que lo has hecho con un conjuro protector.

«Yo no hacer magia».

—Quizá no te hayas dado cuenta de que lo has hecho, pero te aseguro que así ha sido.

—¿Se ha defendido sin darse cuenta? —preguntó Lasgol muy sorprendido.

—Eso parece. Debe de tener un sistema de defensa mágica innato —dijo Eicewald que miraba a Camu con ojos analíticos.

—Eso es de lo más impresionante —comentó Lasgol que lo miraba también con gran curiosidad.

—Voy a intentar otros ataques mágicos sobre él para cerciorarme —propuso Eicewald.

«Adelante. Yo preparado».

Eicewald atacó a Camu con varios conjuros de pura energía, pero ninguno logró penetrar su defensa innata. Cada vez que conjuraba sobre la criatura se producía un destello plateado que anulaba el ataque.

—Realmente fascinante —dijo Eicewald con cara de asombro—. Es como si de forma natural negara los ataques mágicos sobre él. No había visto nunca nada similar.

—Camu siempre ha sido diferente y especial —afirmó Lasgol.

«Yo más que dragón» aseguró Camu levantando la barbilla.

—Curiosamente, en eso he pensado cuando estaba experimentando —dijo Eicewald—. Solo conozco una referencia a una criatura que posea tal poder, al que no afectan ni los ataques mágicos ni los físicos…

—Un dragón —dedujo Lasgol.

—Exacto, uno muy poderoso. Uno muy longevo y de gran poder. Siempre basándome en conocimiento mitológico no probado, pues como sabéis no hay constancia de la existencia de dragones.

—Pero Camu es solo un bebé si adaptamos los años de una criatura mágica.

—Ya y, sin embargo, tiene capacidades innatas de un dragón milenario, lo que es totalmente extraordinario.

«Probar más» pidió Camu.

Eicewald y Lasgol pasaron todo el día probando todo tipo de daño sobre Camu sin lograr nada. Si bien era cierto que los ataques que probaban eran comedidos y lanzados con cautela, por si acaso, comenzaban a ver que Camu era una criatura realmente especial, dotada de un mecanismo de defensa poderoso tanto para soportar el daño físico como el mágico. Les quedó la duda de si buscando hacer gran daño, también lo soportaría, pero no quisieron arriesgarse, las circunstancias de la vida ya se encargarían de poner a prueba esa casuística. Lasgol sabía que Camu no era invulnerable, algo en su interior se lo decía. Eicewald era de la misma opinión pues no existía ser inmune al daño. La cuestión ahora era determinar a qué era vulnerable.

No avanzaron nada en la lección de potencia mágica, pero sí habían constatado algo de lo que Camu presumía y que un día muy bien podía llegar a ser cierto.

Capítulo 12

Al día siguiente continuaron con la lección sobre el Principio del Poder Mágico. Eicewald les recordó el concepto y se lo mostró en el tomo que llevaba con él. Una vez la teoría quedó bien explicada, pasaron a la práctica.

—Bien, prueba tú ahora, Lasgol. Deja primero que te conjure una capa protectora de forma que no puedas causarte daño a ti mismo.

—Adelante —asintió Lasgol.

Eicewald conjuró sobre Lasgol y al momento todo su cuerpo quedó recubierto de una capa de hielo protectora. Sobre esta, el mago conjuró una segunda capa anti-magia.

—No es muy confortable —se disculpó el mago.

—No importa, puedo mover los brazos.

—Adelante entonces —animó Eicewald—. Recuerda mis instrucciones.

Lasgol asintió y comenzó a conjurar. Decidió usar una habilidad que utilizaba mucho y que le era muy útil: Reflejos Felinos. Pensó que al mismo tiempo podría sentir si se potenciaba o no pues la habilidad afectaba a su cuerpo de forma directa. Se concentró y buscó su lago de energía interior. Lo encontró en calma, era profundo y grande. Cogió una gran cantidad de su energía interna, mucho más de la que era necesaria para invocar la habilidad. Se preparó y un destello verde comenzó a formarse alrededor de su cuerpo. Lasgol se animó, era buena señal, ya solo quedaba que se finalizara la invocación. En ese momento se produjo un extraño destello, como un fogonazo, pero de tonalidad verde e intermitente, como si no llegara a formarse del todo. Lasgol supo que la habilidad había fallado, lo que no imaginaba era lo que sucedería a continuación. Se produjo una explosión de energía que alcanzó a Lasgol y de la potencia se fue de espaldas.

«¿Tú bien?» preguntó Camu muy preocupado.

—Sí... La protección de Eicewald me ha resguardado de la explosión.

—Aguantará unas cuantas —aseguró el mago.

—Mejor si ahora lo intentas tú, Camu… —dijo Lasgol—. Tengo la cabeza un poco aturdida.

«Yo intentar».

—Ten cuidado, ya has visto lo que le ha sucedido a Lasgol —advirtió Eicewald.

«Yo cuidado mucho».

—¿Qué habilidad vas a potenciar? —preguntó Eicewald.

«Latigazo».

—Buena elección. De acuerdo, adelante —dijo el mago.

La criatura cerró los ojos y se concentró.

—Recuerda coger bastante energía.

«Yo saber» contestó y cerró los ojos. Al momento destelló en plata de forma intermitente similar a como lo había hecho Lasgol. Se produjo una explosión de energía y Lasgol temió por su amigo.

—¡Camu! —exclamó.

Pero la explosión mágica no le alcanzó. De forma instantánea e involuntaria, el mecanismo de defensa anti-magia de Camu se activó. Se produjo un nuevo destello plateado rapidísimo y la explosión se deshizo sin dañarle.

«Yo bien» informó Camu para que estuvieran tranquilos.

—Te ha salvado tu propia defensa mágica —dijo Eicewald con tono de admiración—. Es realmente impresionante. No la has activado tú, ¿verdad?

«No yo. No tiempo».

—Ya me he imaginado que no podías haberlo hecho tú, pues ha ocurrido todo en un instante.

—Ya me gustaría a mí tener esa defensa —comentó Lasgol con envidia sana.

—Y a mí —sonrió Eicewald, pero me temo que es algo intrínseco al tipo de criatura que es Camu. Los humanos no tenemos esa capacidad.

—¿Crees que podremos desarrollarla?

—No estoy seguro. No hay nada imposible o inalcanzable en el mundo de la magia, pero las restricciones a superar pueden ser demasiadas en algunos casos.

—Sí, no parece que sea fácil lograrlo —asintió Lasgol.

—Tampoco quiero que mis palabras te limiten o descorazonen. Si es algo que deseas, intenta lograrlo. Nunca se sabe lo que se puede conseguir hasta que uno lo intenta con todo su ser. Podrías llevarte una sorpresa.

—Quizá lo haga.

«Yo animar» transmitió Camu.

—De momento mejor sigo practicando el Principio del Poder Mágico, no he empezado muy bien…

«Practicar más todos» pidió Camu.

Se pusieron a practicar y por desgracia no consiguieron dominar el principio en la primera jornada. Debido a los continuos fracasos y a que costaba seguir intentándolo tras cada fallo, Lasgol dedujo que les llevaría bastante tiempo lograrlo.

—¿Podrías enseñarme algún conjuro protector para que pueda seguir practicando cuando tú no estés con menor riesgo de hacerme daño? —pidió Lasgol a Eicewald.

—Por supuesto. Tienes que crear una habilidad que te proteja de explosiones de energía. Debe ser algo que recubra todo tu cuerpo.

Lasgol arrugó la nariz.

—Lo veo complicado, bastante...

«Tú conseguir» animó Camu.

—La habilidad protectora es única para cada persona. No sirve mi conjuro de capa de hielo protector. Ese no podrás aprenderlo.

—Entiendo. Debo desarrollar una habilidad propia similar a esa.

—Exacto. La forma que adoptará esa habilidad depende mucho de tu Don e inclinación mágica.

—Probemos a ver qué consigo —se animó Lasgol.

—Perfecto. Ya sabes que debes emplear el Principio de la Creación Mágica.

Lasgol asintió.

—Así lo haré.

Se concentró y, recordando todo lo que había aprendido sobre la creación mágica, se puso a ello.

Camu animaba dando brincos y haciendo el baile de la alegría con Ona. Por desgracia, por mucho que animaban, Lasgol no conseguía que la habilidad se creara. El mundo mágico era tan increíble como extremadamente frustrante. No había nada fácil. Sin embargo, esto Lasgol cada vez lo tenía más interiorizado, por lo que no se rindió y continuó intentándolo, era algo que necesitaba. No estaba procurando crear una nueva habilidad solo por disponer de un nuevo recurso en su arsenal, era algo que necesitaba para no herirse a sí mismo y seguir mejorando sus habilidades y su desarrollo mágico. Era imprescindible pues no podía contar siempre con la ayuda de Eicewald, que ya hacía más de lo que debería ayudándoles. Pronto el rey llamaría al orden a su Mago Primero y Lasgol y Camu no podrían disponer de él. Era algo que iba a ocurrir más pronto que tarde.

Cuando pensaba en la necesidad de tener la habilidad se produjo un destello verde que recorrió todo su cuerpo. De pronto, se vio recubierto de enredaderas trenzadas, ramas de árbol, tierra dura y hasta pedazos de roca. No sabía lo que había hecho pero su cuerpo estaba totalmente recubierto de una dura capa de follaje.

—Interesante creación —comentó Eicewald observando la capa de ramaje y boscaje que recubría a Lasgol.

«Tú parecer bosque» dijo Camu riendo.

—No sé... Esto es lo que he creado —se encogió de hombros Lasgol.

Eicewald puso su mano sobre la capa de ramas y hojas que cubrían el brazo de Lasgol y conjuró.

—Dime si te duele —pidió a Lasgol.

Un cono de hielo salió de la palma de la mano del mago y atacó el brazo de Lasgol.

—No siento nada —dijo Lasgol.

—Interesante. Voy a enviar más poder —dijo Eicewald.

Lasgol comenzó a ver cómo todo su brazo se congelaba por el exterior. Sin embargo, él no sentía frío.

—¿Qué tal? —preguntó Eicewald, que seguía enviando hielo al brazo de Lasgol.

—De momento sigo sin sentir nada.

—Muy bien, has desarrollado una defensa sólida. La voy a poner a prueba —dijo el mago y acercando la otra mano conjuró un segundo influjo de hielo en forma de cono desde la otra mano.

Lasgol aguantó un buen rato hasta que de pronto comenzó a sentir frío en el brazo, un frío que llegaba al alma.

—Ahora sí siento el hielo —dijo a Eicewald.

Al instante el mago retiró ambas manos y detuvo los conjuros.

—Has creado una muy buena defensa. Te protegerá de ataque físicos y mágicos.

«Muy excelente» transmitió Camu que se puso a bailar. Ona se le unió.

—Vaya, es estupendo —dijo Lasgol que observaba su extraña armadura de ramas. plantas, tierra, piedra, hojas y boscaje.

—Sin embargo, recuerda no confiarte. Esa defensa solo te protegerá un tiempo y debes enviarle energía en cuanto sientas que se destruye o que empieza a no ser efectiva.

—Lo recordaré por lo que me va en juego —sonrió Lasgol.

«¿Cómo llamar?» quiso saber Camu.

Lasgol lo pensó un momento.

—La llamaré Protección de Boscaje.

—Me parece un nombre muy adecuado —convino Eicewald.

—Voy a probar que aguanta bien mis fracasos con la potencia mágica.

—Acertada idea —sonrió el mago.

Lasgol intentó potenciar la habilidad Reflejos Felinos teniendo activa Protección de Boscaje. Se produjo una explosión de energía que impactó contra su capa protectora. Lasgol no sufrió daño alguno, aunque la capa sí se dañó en la zona del torso y fragmentos de la protección cayeron al suelo en forma de pedazos de ramas y tierra.

—Ha aguantado —dijo Lasgol muy contento.

«Muy estupendo» se le unió Camu en su alegría.

—Repárala enviando energía —pidió Eicewald a Lasgol.

Lasgol así lo hizo y, aunque le costó un rato y bastante energía descubrir cómo hacerlo, consiguió reparar su protección.

—Reparar protecciones es algo que al principio cuesta mucho, pero que con el uso se vuelve más sencillo.

—Estupendo. Creo que voy a verme forzado a entrenar esto mucho —dijo Lasgol viendo que seguían fracasando con el Principio de Poder Mágico.

—No te preocupes, todo llegará a su debido tiempo. Sigue trabajando duro y lo conseguirás.

—Gracias por tus consejos y ánimos, son muy apreciados.

«Mucho» se unió Camu.

Lasgol y Eicewald sonrieron y el buen humor reinó el resto del entrenamiento, aunque ni Lasgol ni Camu consiguieron dominar el principio.

Lasgol se detuvo a descansar ya anocheciendo y una duda le vino a la cabeza.

—Eicewald, me gustaría que me explicaras en qué consisten esas frases mágicas que murmuras cuando estás conjurando.

El mago asintió y sonrió.

—Es un concepto avanzado que de momento es mejor que dejemos de lado, es peligroso.

—¿Peligroso para el que recita esas palabras?

—Así es. Las palabras que recito se conocen como Palabras de Poder y ayudan a que los conjuros sean más poderosos. Con ellas se

pueden formar Frases de Poder, que todavía son más poderosas.

—¿Cuál es el peligro?

—Que pueden hacer que los conjuros se desestabilicen y se pierda el control y sean dañinos para el que conjura o los que están a su alrededor o en la cercanía.

—Oh, ya veo... como nos sucede ahora con las descargas de energía.

—Peor, pues en esos casos el conjuro se llega a generar.

—De acuerdo. Mejor no probar todavía —sonrió levemente Lasgol.

—Esta es una materia avanzada que ya estudiarás. Dale tiempo.

—¿De dónde proceden?

—Hay tomos que las recogen y explican. Al igual que la magia, tienen diferentes orígenes y deben ser entendidas antes de usarlas, y para poder entenderlas hay que estudiarlas y es un tema complejo.

—¿Qué lenguaje o idioma usan?

—El de la magia, y por ello es muy complejo. Es como aprender una lengua que nunca has escuchado, antiquísima y compleja.

—Entiendo, debo aprender un nuevo lenguaje.

—Uno arcano y complejo, sí.

—Esperaré a estar preparado.

—Cuando lo estés acude a mí o a un erudito en magia para que te lo enseñe.

—Tardaré tiempo...

—Nadie habla un idioma en una semana —sonrió el mago.

Con aquella última explicación dieron la jornada por concluida y volvieron a la capital. El sendero de la magia era arduo y peligroso.

Capítulo 13

Egil y Gerd caminaban por las calles de la capital con paso tranquilo y atentos a toda la gente con la que se cruzaban. La temperatura era fría y el cielo estaba muy encapotado, anunciando una nueva tormenta que descargaría en breve. Los lugareños se arrebujaban en sus abrigos de invierno, apresuraban el paso y miraban al cielo cada poco.

Los norghanos estaban acostumbrados al gélido tiempo del reino en las estaciones de otoño e invierno, pero eso no quería decir que no buscaran cobijo cuando la tormenta se acercaba. Una cosa era ser aguerrido y otra morir congelado por querer demostrarlo.

—Me parece que la tormenta se nos viene encima —le dijo Gerd a Egil.

—Sí, ha llegado rápido. Mejor nos apresuramos y nos ponemos a cubierto.

—¿Tenemos que ir lejos? —preguntó Gerd, que aceleró para seguir el nuevo ritmo que marcaba Egil calle abajo.

—Al cuadrante de los artesanos.

—No está muy lejos, si no recuerdo mal.

—Recuerdas bien —sonrió Egil girando la cabeza hacia el grandullón.

Continuaron avanzando por las calles de la urbe y el frío comenzó a hacerse más presente. El viento soplaba con mayor fuerza y con aire gélido de las montañas que circulaba por las calles y callejuelas. Los edificios proporcionaban algo de resguardo, pero cuando una ráfaga entraba por una calle, congelaba a todos los que andaban por ella.

Apresuraron la marcha todavía más, pues el cielo sobre aquella parte de la ciudad se estaba poniendo de un color negruzco de lo más amenazante. Se escuchó un trueno tremendo que sonó como una enorme montaña partiéndose en dos. Egil y Gerd se detuvieron dónde estaban y miraron al cielo. Un enorme rayo zigzagueó sobre sus cabezas recorriendo la zona norte de la ciudad.

—Mejor si corremos, amigo —le dijo Egil a Gerd.

—Correr no es que sea lo que mejor hago ahora mismo —respondió Gerd con cara de frustración, pero se echó a la carrera con aquellos andares tan raros que tenía.

—Yo tampoco soy el más rápido de los norghanos, es lo que tiene ser de constitución pequeña y frágil —dijo Egil para animar mientras aumentaba el ritmo y tomaba una calle a su izquierda.

—Yo no soy ni pequeño ni frágil, pero me he quedado con la coordinación de un pingüino borracho.

Egil soltó una carcajada.

—No te preocupes que ya casi estamos —dijo Egil.

Tomaron otra calle y la tormenta comenzó a descargar con fuerza. Los capitalinos corrieron a resguardarse en sus casas, tabernas, posadas o comercios cercanos. Los truenos ensordecedores llegaban seguidos de letales rayos que surcaban los cielos de la ciudad. Los vientos eran ya fortísimos y traían agua helada que calaba hasta el alma.

—Tenemos que refugiarnos en algún lado, esto se pone feo —dijo Gerd a Egil.

—Ya casi estamos —aseguró Egil, que se sujetaba la capucha con las dos manos pues se la llevaba la fuerza del viento. Tomó un callejón estrecho que conducía a la parte trasera de unos edificios de piedra poco cuidados.

Gerd observó las estructuras y no reconoció si eran casas o comercios. Al ser la parte posterior que daba a un callejón misterioso no estaban nada arregladas. La tormenta no golpeaba tan fuerte en el callejón, pues los edificios a ambos lados les protegían. Sin embargo, la temperatura seguía descendiendo con ráfagas de agua que aparecían desde cualquier dirección sin previo aviso.

—¡No hay entrada a los edificios por este lado! —dijo Gerd a Egil gritando pues los vientos silbaban con fuerza a su alrededor y apenas dejaban oír nada.

—¡No te preocupes y sígueme!

Gerd se limpió de los ojos el agua helada que los azotaba. Vio a Egil descender por lo que parecían unos escalones viejos y lo siguió tan rápido como pudo. El fuerte viento representaba una dificultad añadida para el grandullón, y lo resbaladizo que se estaba poniendo todo, otra todavía peor. Que Egil hubiera decidido tomar aquel camino estrecho con escalones no era tampoco lo mejor para su equilibrio.

Descendieron hasta la pared trasera de una casa y Egil la siguió hasta encontrar un paso muy estrecho entre las dos casas adyacentes. Al entrar en el callejón, a Gerd le había dado la sensación de que estaban pegadas la una contra la otra, pero resultaba que no era así. Egil se metió entre las dos construcciones y avanzó hasta media pared. Allí se detuvo.

Gerd estuvo a punto de patinar sobre el suelo de barro por lo resbaladizo que estaba y lo molesto de la tormenta. Un nuevo trueno que pareció partir el cielo por la mitad resonó sobre sus cabezas. Gerd empezaba a estar verdaderamente helado. O encontraban refugio muy pronto o lo iban a pagar caro. La tormenta que estaba arreciando sobre la capital era una de las malas, de esas que tanto temían los norghanos. Si no te mataban los vientos te mataría el frío.

Egil golpeó con el puño lo que parecía una pared. Gerd llegó a su lado y se percató de que en realidad era una vieja puerta de madera. De detrás de ella surgió un sonido, unos golpes dados con una determinada cadencia. Egil respondió golpeando de nuevo la puerta con una cadencia diferente.

—¿Quieres que derribe la puerta? —preguntó Gerd e hizo el gesto de golpearla con su hombro.

—No será necesario, mi fortachón amigo —sonrió.

Con un "*crac*" y un chirrido de madera vieja la puerta se abrió.

—¿Cuántos? —preguntó una voz aguda desde el interior.

—Somos dos —respondió Egil.

—Pasad, rápido, que no os vean.

Egil entró y Gerd lo siguió. Aquello no le gustaba, tenía la sensación de que estaban entrando en la guarida del lobo por la puerta trasera.

—Gracias por recibirnos en este intempestivo momento —dijo Egil con un cortés saludo.

Gerd miraba a la oscuridad con ojos entrecerrados intentando ver a través de ella.

—Cerremos la puerta, antes de nada —dijo la misma voz aguda.

Gerd escuchó cómo se cerraba la puerta y la poca luz que entraba desde el exterior desapareció. Quedaron en total oscuridad. Estaban en algún tipo de planta baja de una casa antigua. Se llevó las manos a su hacha y cuchillo de Guardabosques bajo la capa de invierno. Quedó a la escucha por si oía algún ruido extraño y tenía que reaccionar. Sabía dónde estaba Egil, a un paso por delante. También sabía que el de la voz chirriante estaba tras él, junto a la puerta.

—No os mováis, ahora se encenderá una luz —dijo otra voz.

Que hubiera una segunda persona en aquel bajo no extrañó a Gerd. A lo que debía estar atento era a cualquier tipo de movimiento hostil. Egil no decía nada, pero podía sentir su presencia frente a él. Después de tanto tiempo en el Refugio recuperándose, había olvidado los riesgos que siempre implicaban los planes de Egil. Por lo que estaba experimentando, aquel plan también conllevaba su peligro. Esperaba

que Egil supiera lo que estaba haciendo. Lo más seguro era que sí. Sin embargo, muchas veces, las situaciones se complicaban por motivos variados e inesperados.

—Estaremos quietos como estatuas —respondió Egil.

Gerd interpretó las palabras de su amigo como que no debía actuar, sino mantener la calma y no moverse. Lo había captado por el tono que había usado, un tono que no llamaba la atención de quien no conociera a Egil, pero que Gerd identificó como de aviso. Era algo que podía notar en su voz sin problema. Esto le alegró, no había perdido todos sus reflejos. Mantenía los conocimientos y experiencias vividas con las Panteras y eso siempre le ayudaría.

De pronto, una luz apareció al fondo de la habitación. Gerd pudo ver a un hombre alto vestido con ropas marrones de invierno sosteniendo una lámpara de aceite en su mano. Tenía aspecto de ser alguien de los bajos fondos, de los que no se solía uno encontrar de día sonriendo en el mercado. Su expresión era siniestra, en una cara afilada y con una nariz larga y fina como un cuchillo de lanzar. Iba armado con espada y cuchillo ancho a la cintura.

Detrás del de la lámpara había otros tres hombres delgados, algo más bajos, también con aspecto de no tener muchos amigos. Dos eran norghanos, sin duda, con cabelleras rubias y ojos claros. Llevaban el pelo corto, cosa que no era muy común en Norghana. El tercero parecía rogdano, de cabello castaño, ojos pardos y la cara aburrida de mentón cuadrado de los moradores del reino del Oeste. Estaban los tres callados y concentrados, observándoles, dos de ellos con mucho interés. Parecían esperar órdenes.

Gerd los examinó a todos con rapidez, incluyendo al que tenía a su espalda que, con una barba corta rubia y una cicatriz en el pómulo derecho, se veía que estaba acostumbrado a andar metido en situaciones comprometidas. Todos portaban un pañuelo blanco atado a la muñeca, lo que debía identificarles como pertenecientes a alguna organización. Gerd dedujo que lo más probable era que fuera delictiva.

Arrugó la nariz. Le dio la sensación, por la forma en que vestían con ropajes caros y cómo se comportaban con seriedad y seguridad, que aquellos hombres no eran simples rufianes. Eran algo más. Gerd se olió peligro, lo que no le gustó, pero se preparó para actuar con rapidez.

El que portaba la lámpara de aceite, que parecía ser el líder, dio un paso hacia delante con la lámpara alzada para que hubiera más luz y pudieran ver mejor.

—¿Cómo has dado con nosotros? —preguntó a Egil ignorando a

Gerd.

—No ha sido nada sencillo ni barato, he de admitir —respondió Egil con tono amable y sonrió.

—La mayoría de los que buscan nuestros servicios tienen buenos contactos y mucho oro. ¿Eres tú de ese tipo de personas?

—Lo soy —confirmó Egil —. Me llamo Egil, ¿con quién tengo el placer de dialogar?

—Nada de nombres. Los nombres llevan a las mazmorras o a colgar de un árbol.

—Muy bien. Nada de nombres. Entiendo que estoy ante el líder del gremio —comentó Egil.

—Soy uno de los líderes del gremio, sí. Tú preguntas demasiado. Eso no me gusta nada.

Egil asintió. Del interior de su capa sacó una bolsa de oro de buen tamaño y se la mostró.

—Quizás esto te guste más y te tranquilice.

El hombre alto la observó con atención. Parecía estar meditando algo, quizá si fiarse de Egil o no.

—¿Sabes que podríamos quitarte ese oro si quisiéramos? —dijo el personaje siniestro y sacó una espada curva del estilo que usaban los piratas de los mares del Norte.

Los tres hombres tras él sacaron cuchillos largos y avanzaron dos pasos. El que estaba a la espalda cuidando de la puerta sacó una espada corta, también curva, y un cuchillo largo.

—Que intentarais tal cosa seria una verdadera lástima pues nos veríamos obligados a defendernos y eso crearía una situación desafortunada con malas consecuencias para todos, especialmente para vosotros, he de añadir. No creo que eso sea lo que buscamos. Nadie se beneficiaría.

—Hablas mucho para ser tan poca cosa —dijo el que cuidaba de la puerta.

—Las apariencias engañan, puedo aseguráoslo —faroleó Egil, que lanzó a Gerd una mirada de aviso de reojo.

El líder del grupo hizo una seña con la cabeza al de la puerta y éste fue a atacar a Egil por la espalda.

Gerd reaccionó al momento y le soltó un tremendo codazo a la cabeza. El atacante cayó de lado al suelo quedando sin sentido detrás de Egil, que ni se inmutó.

Los otros tres que estaban con el líder se dispusieron a atacar.

Egil levantó la palma de la mano.

—Solo necesito información. Pagaré bien por ella —dijo—. El enfrentamiento es totalmente innecesario, os lo aseguro.

Gerd dio un paso al frente y se situó junto a Egil con las armas en las manos y listo para la pelea.

—Quietos —ordenó el líder a sus secuaces.

Los tres se miraron. Les hizo un gesto para que se retiraran.

—Dile a tu guardaespaldas que no intente nada —dijo el líder señalando a Gerd.

—Ya ha oído al señor —dijo Egil.

Gerd asintió con un movimiento de la cabeza. Sabía muy bien lo que tenía que hacer, ya habían vivido muchas situaciones del estilo con Egil, que tenía una tendencia innata para meterse en complicaciones. ¿No podía pensar planes que no lo pusieran en peligro? Aunque probablemente no serían planes fructíferos de no conllevar riesgo.

Egil le lanzó una ligera mirada de reojo indicando que esperaba una respuesta.

—Descuida —le dijo a Egil para que supiera que estaba atento y preparado por si tenía que volver a intervenir. Los tres delgaduchos tras el líder no parecían gran cosa, pero podrían saber luchar y en un espacio tan reducido como aquel bajo, Gerd tenía las de perder, al ser mucho más grande y tener dificultades para mantener el equilibrio. En cualquier caso, si intentaban algo les haría pagar. Nadie llegaría a tocarle un pelo a Egil, no mientras él estuviera presente.

—Un gremio de informadores como el vuestro debería tratar mejor a sus clientes potenciales. Lo contrario es malo para los negocios —reprochó Egil con tono neutro—. Entiendo que debáis aseguraos, pues el negocio de la información es siempre peligroso y traicionero, pero no creo haberos dado motivo alguno para tan hostil recibimiento.

—El Gremio de Recabadores del Norte es conocido por la inmejorable información que proporciona, pero también por las medidas de seguridad que adopta. No nos gustan los problemas con la justicia ni con quienes quieren usarnos y traicionarnos —explicó el líder del grupo.

—Es inteligente ser muy precavido en este tipo de negocios —convino Egil.

—Mis contactos me han informado de que sois Guardabosques, cosa que olvidasteis mencionar al organizar este encuentro. Eso no me gusta. Me intranquiliza y no respondo bien cuando estoy nervioso por mí seguridad personal. Representáis a la justicia y yo no quiero acabar colgado.

Egil levantó ahora las palmas de ambas manos.

—Os aseguro que este asunto es de índole personal. No tiene nada que ver con los Guardabosques y, desde luego, no vamos a entregaros a la guardia de la ciudad.

—¿Cómo se yo que lo que me dices es verdad? ¿Por qué habría de creerte?

—No lo sabes, pero puedo asegurarte de que quiero hacer más negocios con el Gremio de Recabadores del Norte y no tengo ninguna intención de que os cuelguen. Eso iría en contra de mis intereses.

—Hablas bien para ser un Guardabosques.

—Gracias, me considero una persona instruida. Me gusta hablar bien, aunque no todos comparten mi afición —comentó Egil y lanzó una mirada divertida a Gerd.

El grandullón sonrió un instante y volvió a mostrarse serio. Egil estaba encarrilando la situación y conseguiría que aquellos hombres confiaran en él. Gerd lo sabía, era uno de los dones de Egil, hacer que la gente confiara en él.

—¿Eres de ascendencia noble?

—Lo soy, pero mi familia, a la que renuncié al entrar en los Guardabosques, no tiene ya influencia en mí. Ahora de mi antiguo título solo poseo el conocimiento que adquirí viviendo como un noble.

—Mejor. Los nobles solo buscan poder y son capaces de vender a sus hijos por él.

—Eso es absolutamente cierto. Como os iba diciendo, requiero de la información que se os encargó obtener. Entiendo que la habéis conseguido y por ello nos encontramos todos aquí, ¿no es así? —razonó Egil.

El líder movió la lámpara de aceite de arriba a abajo iluminando con ella a Egil. Parecía estar analizándolo, comprobando si en realidad era quien decía ser y estudiando sus intenciones.

—¿Cómo sé que en cuanto te de esta información no entrarán por esa puerta una docena de Guardabosques?

—Porque tengo un segundo encargo para ti y los tuyos —dijo Egil —. Uno por el que te pagaré de manera espléndida.

La propuesta pareció dejar indeciso al líder del gremio.

—¿De cuánto oro estamos hablando?

—Del doble —dijo Egil y sacó otra bolsa de oro con la mano derecha que era el doble de grande que la que tenía en la mano izquierda.

Los ojos de los cuatro hombres se abrieron mucho y en sus rostros

se podía apreciar las intensas ansias que tenían por coger aquellas dos bolsas de oro. Gerd se preparó para hacer frente a un posible ataque frenético. El oro tendía a hacer perder la cabeza a los hombres que vivían por y para obtenerlo, fuera de manera legal o ilegal. Por lo general, y en aquel tipo de ambientes, el modo de obtenerlo no solía ser demasiado lícito, por no decir en absoluto.

—Creo que empiezas a gustarme —dijo el líder a Egil.

—El sentimiento es mutuo. ¿Tienes la información que busco?

—La tengo —asintió el líder y metió su mano derecha en el cinturón. Sacó una nota doblada.

—Esa información debe ser correcta, de lo contrario me sentiré estafado y en ese supuesto sí que vendré a buscarte con media docena de Guardabosques amigos míos y acabaréis todos en las mazmorras —advirtió Egil, que cambió su tono amable por uno seco y duro.

El líder lo miró inclinando la cabeza.

—Veo que eres un hombre de recursos.

—Lo soy. Tengo oro y tengo Guardabosques, entre otras cosas. No es buena idea que me la juegues.

—Mira quién es el que amenaza ahora —dijo el líder algo sorprendido.

—No es una amenaza, es una segunda oportunidad. Si la información es buena, la acepto. Si intentáis engañarme, os doy una segunda oportunidad para que hagáis lo correcto —explicó Egil con tono de amenaza.

Gerd escuchaba muy atento y algo sorprendido. Sabía que Egil podía ponerse serio, incluso duro en algunas situaciones, pero le estaba dando la impresión de que ahora lo estaba haciendo incluso con más intensidad. Sintió un escalofrío que disimuló. Egil podía ser el mejor de los amigos, pero ahora veía que también el más temido de los enemigos. Se estaba volviendo cada vez más duro con el paso del tiempo y a consecuencia de las experiencias vividas.

—La información es buena —aseguró líder. El Gremio de Recabadores del Norte no engaña a sus clientes. Eso es malo para el negocio. La reputación debe mantenerse limpia.

—Como cualquier gremio que se precie. Eso es lo que me había imaginado —dijo Egil, ahora con una sonrisa amable.

—Ya, estoy seguro…

—¿Intercambiamos? —propuso Egil mostrándole la bolsa de oro.

El líder hizo una seña a uno de los hombres que estaba con él y le dio la nota. Luego hizo otro gesto para que se la llevara a Egil. El secuaz hizo lo que le ordenaban y llevó la nota a Egil, que le dio a

cambio la bolsa de oro que sujetaba en su mano izquierda. Cogió la nota y la guardó.

El secuaz llevó el oro a su jefe, que abrió la bolsa de inmediato y se puso a contar las monedas en su interior.

Egil leyó el contenido de la nota.

—¿Satisfecho? —preguntó el líder.

Egil asintió.

—Lo estaré si la información es buena.

—Lo es —aseguró el líder.

—Muy bien —Egil le hizo un gesto a Gerd y le pasó una nota propia. Le indicó con la cabeza que se la llevara al líder.

Gerd avanzó despacio hasta el líder, sus ojos enviaban mensajes de advertencia a los tres secuaces. Si intentaban alguna tontería lo iban a lamentar. Le entregó la nota al líder y se retrasó a su posición sin perderles de vista.

El líder abrió la nota de Egil y la leyó. Luego le miró.

—Te estás inmiscuyendo en asuntos peligrosos —advirtió.

—Son gajes de mi oficio —sonrió Egil.

—¿El de Guardabosques?

—Sí.

—Pues esto se te viene grande. Por lo que he oído, este grupo es muy poderoso y cada vez tiene más adeptos.

—Lo sé. De ahí mi interés.

—Buscaré la información que me pides. Reserva esa bolsa de oro.

—Reservada está —confirmó Egil, que la guardó bajo su capa.

—Cuando tenga la información te contactaré —dijo el líder.

—Estaré esperando.

—Marchad —dijo el líder.

Egil le hizo una seña a Gerd y salieron a la calle. La tormenta estaba ya pasando de largo, buscando otro sitio donde descargar.

—¿Todo bien? —preguntó Gerd a Egil.

—Muy bien, mi querido amigo.

—¿Y ahora qué? —quiso saber el grandullón.

—Ahora nos vamos a investigar a la ciudad de Bilboson. No te preocupes, te gustará.

Gerd miró a su amigo y asintió, si bien tenía el presentimiento de que se iban a meter en otro lío. Suspiró y marchó tras Egil, que ya se había puesto en marcha.

Capítulo 14

Egil y Gerd llegaban a las puertas de la ciudad de Bilboson sobre sus monturas a mediodía bajo una lluvia helada. La ciudad estaba rodeada de una muralla y tenía tres puertas de acceso que por lo general estaban abiertas, al menos en tiempo de paz y cuando no había bandidos por los alrededores.

—Por fin llegamos, podremos resguardarnos de esta lluvia —dijo Gerd que miraba al cielo mientras las gotas de agua le daban en la cara.

—Nada como salir a dar un paseo en medio de una tormenta para querer llegar rápido a refugio —comentó Egil.

—Y eso que Bilboson no está muy lejos de la capital.

—No demasiado, unas jornadas en dirección oeste y con buenos caminos.

—Que no protegen del tiempo como un buen bosque.

—Cierto, pero viajar por el bosque y refugiarse nos entretiene y tenemos asuntos urgentes en la ciudad.

Entraron por la puerta sur, vigilada por la guardia del lugar. No les molestaron y les dejaron pasar.

—Esta ciudad es una de las mayores y más prosperas del reino —comentó Egil a Gerd.

—Muy bonita que yo recuerde no es…

—Eso se debe a que es una ciudad minera muy importante y está llena de fraguas que trabajan el metal que se saca de las minas.

A medida que avanzaban por la calle principal, que la atravesaba de sur a norte, pudieron divisar una docena de columnas de humo negro que subían hacia los cielos. Parecían grandes incendios vivos en la parte norte de la gran urbe. Sin embargo, las columnas de humo eran constantes, ni aumentaban ni disminuían y tampoco cambiaban de lugar. Esto a Gerd lo dejó perplejo.

—Eso no son incendios, ¿verdad?

—No, no lo son.

—Entonces deduzco que esas son las forjas —razonó señalando el humo.

—Primordial, mi querido amigo.

—Sabía que dirías eso —sonrió Gerd.

—Esos son los grandes hornos. Traen el carbón y los minerales de varias minas muy grandes que se encuentran al norte de la ciudad.

Según cabalgaban hacia el centro Gerd iba fijándose en los edificios y la gente que iba pasando. Los edificios eran sencillos, funcionales, de roca negra de las canteras, muy común en Norghana, robusta pero fea. Apenas se divisaban construcciones señoriales. No había castillo en la ciudad y tampoco palacetes de nobles, o si los había eran tan feos como los edificios de los plebeyos.

—Miles de personas viven de la minería. Prácticamente todos en esta gran ciudad y en la comarca —explicó Egil.

—Yo prefiero mi granja y mis cielos despejados.

—Y no te culpo, el aire es mucho más limpio y las vistas más bellas. Sin embargo, aquí se produce gran cantidad de acero que es necesario para el reino y su ejército.

—¿Armas?

—Armas, armaduras, navíos y muchas más cosas.

—Ya veo —dijo Gerd que indicó con la cabeza a Egil un grupo de personas que debían de volver de las fraguas. Estaban cubiertos de hollín y suciedad de la que se pega al cuerpo cuando éste sufre mucho calor.

—Es un lugar en el que hay mucho empleo y se puede ganar buen oro, pero el tipo de trabajo no es para todo el mundo —comentó Egil en un susurro.

—Ya me estoy dando cuenta.

Siguieron cabalgando tranquilamente hacia el centro de la ciudad.

—¿No huele raro? ¿O me lo parece a mí? —dijo Gerd arrugando la nariz en una mueca de disgusto.

—No te lo parece. Sí que huele raro.

—Es una especie de olor a quemado, pero ácido, malo… —Gerd sacudió la cabeza como intentando deshacerse del olor—. No se va de la nariz.

—Procede de las grandes fraguas, es el olor del metal siendo trabajado. No es muy agradable. Aquí funden grandes cantidades de metal y se trabaja para dejarlo en un estado semipreparado para que las forjas luego le den forma.

—Respirar todo el día este olor no puede ser bueno.

—No lo es. La gente que trabaja muchos años con el metal enferma con problemas respiratorios, sobre todo los de las fraguas. Les afecta a los pulmones de tanto inhalar ese humo tóxico.

—Prefiero mil veces trabajar en la granja al aire libre.

—En la ciudad se gana mejor jornal, pagan mucho más —dijo Egil.

—No sirve de nada ganar más dinero si luego enfermas y no lo puedes disfrutar.

—Eso no te lo voy a negar —sonrió Egil.

De pronto se encontraron frente a un gran río que parecía partir la ciudad en dos. Un enorme puente blanco estrecho y algo oblicuo lo cruzaba. Parecía más una obra de un artesano loco que un puente, o eso le pareció a Gerd.

—¿Y este río con ese puente tan extraño? —se sorprendió Gerd.

—Es el río Bilbo, de ahí el nombre de la ciudad.

—Es un río bastante amplio para estar en el centro de una gran población —comentó Gerd.

—En efecto. Hay cuatro grandes puentes que lo cruzan y unen ambas partes. La zona sur es donde reside la gente y la norte donde están las fraguas y forjas. Nosotros podríamos quedarnos en la zona sur, pero lo que buscamos está precisamente en la otra. Así que tendremos que cruzar el puente y dirigirnos hacía la zona más contaminada.

—Es muy singular esta ciudad.

—Sí, y por ello me gusta tanto —dijo Egil.

—A mí de momento no me está enamorando…

—Oh, eso es porque todavía no te he llevado a comer.

—¿Es la comida buena aquí?

Egil miró a Gerd con cara de no poder creer que le estuviera preguntando aquello.

—¿Buena? ¡Es fantástica! Esta ciudad es conocida por dos cosas, sus fraguas y por su incomparable cocina. Aquí encontrarás platos fabulosos.

—¡Eso me lo tenías que haber dicho antes!

—¿Hubiera cambiado tu percepción del lugar?

—¡Ya lo creo!

—Bueno, pronto podrás degustar los exquisitos platos que aquí se preparan. Son una delicia sin igual.

—Ya se me está haciendo la boca agua. Más vale que se cumpla lo que dices después de las expectativas tan altas que estás creando.

—No te preocupes, mi grandullón. Se cumplirán.

Cruzaron el puente blanco. Era un puente pintado de un blanco muy níveo que contrastaba con el color negruzco de la zona norte de

la ciudad, tanto del cielo como de los tejados y parte de las fachadas de los edificios.

—Este puente lo pintan a menudo. De lo contrario no podría estar así —afirmó Gerd que observaba la nívea estructura con expresión de asombro.

—Lo hacen sí, es uno de los monumentos locales. Lo construyó el artesano Kalatra, de gran renombre en el reino. Si bien he de decir que muchos de los ciudadanos creen que este puente da más problemas que alegrías.

—¿Problemas?

—Parece que es resbaladizo y algunas de sus juntas se rompen con facilidad.

—¿A quién se le ocurre hacer un puente retorcido, estrecho y resbaladizo en un sitio donde nieva casi todo el año?

—Buena pregunta, supongo que al duque Landren que es primo tercero de Thoran y gobierna este condado y la ciudad.

—¿Vive aquí?

—Sí, vive allí —Egil se giró en la montura y señaló una estructura de piedra de estilo militar con dos torreones altos junto al rio, en el lado sur, algo más a su derecha.

—No es un castillo. Parece una fortaleza.

—Lo es. Esta ciudad partió de un fuerte militar hace unos trescientos años que luego ampliaron. Se construyó alrededor del fuerte y a ambos lados del río.

—A ti te encantan todas estas cosas de historia y de ciudades.

—Y cultura y tradiciones —sonrió Egil.

Cabalgaron dejando atrás el centro y se dirigieron hacia la zona norte por la que parecía la vía principal. Era amplia y estaba bien adoquinada. Comenzaron a ver carretas y carros de diferentes tamaños que se cruzaban frente a ellos. Iban tiradas por mulas o bueyes. Eran bastante grandes y de aspecto robusto, de las que se utilizaban en las minas y canteras para mover grandes cantidades de roca. Iban cargadas y circulaban de izquierda a derecha y al contrario.

—Vaya, esto también es de lo más curioso —comentó Gerd viendo las carretas cruzarse.

—Lo es, ¿verdad? Son transportistas de material. Llevan mineral y materia prima de las minas hasta las fraguas donde se transforman en metal. Luego transportan el metal de las fraguas a las forjas, donde se trabaja y se le da forma.

Una carreta diferente pasó junto a ellos hacia el sur con varias cajas de madera.

—¿Y esa que lleva?

—Yo diría que hachas de guerra por el tamaño de las cajas. Es el producto ya terminado que se elabora en las forjas. Las llevarán para su venta en los mercados o, si son para nobles y señores del reino, irán a talleres donde maestros armeros les darán el último toque. Se suele trabajar el filo y también las empuñaduras. Los trabajos pueden variar, pero por lo habitual suelen incrustarse piedras preciosas, se suele grabar el filo con frases de sentido especial o también se suele incrustar el escudo de la casa en el arma… De hecho, si es para un noble pasará por varios maestros antes de estar acabada. Si es para el ejército probablemente pasará por herreros que les den un acabado y las afilen.

—No sé cómo puedes saber tanto. A mí no me cabría tanto conocimiento en la cabeza. De hecho, me explotaría.

—Es cuestión de leer mucho y de prestar atención cuando otros que son conocedores de una materia la explican, no es tan difícil. Y no te va a explotar la cabeza, que la tienes bien grande —sonrió Egil.

—Eso dirás tú. Yo no lo veo nada fácil y seguro que me explota.

Egil le dio una palmada en el hombro a Gerd de montura a montura.

—No te das suficiente crédito. Tú vales mucho y tu cabeza también. Sigamos.

Los dos amigos continuaron cabalgando hacia el norte hasta llegar a una calle llena de talleres de todo tipo relacionados con el trabajo del metal. Los golpes de martillo llegaban de derecha e izquierda y Gerd se puso a mirar a ambos lados algo desconcertado.

—Aquí le dan duro al martillo y al yunque —comentó impresionado al ver una veintena de talleres, herrerías y forjas con tres o cuatro artesanos y sus ayudantes trabajando el metal sin descanso.

—Así es como se producen las armas que el ejército y la nobleza necesitan —explicó Egil.

—¿Es aquí a dónde venimos?

—No, es un poco más al este. Quería enseñarte esta zona, así cuando empuñes tu hacha corta y tu cuchillo sabrás de dónde proceden.

Gerd asintió. Le pareció un mundo muy peculiar el que estaba contemplando. Todas aquellas fraguas humeantes al fondo, los carros con material, los talleres y forjas, todos aquellos artesanos, herreros y expertos del metal, nunca había visto nada parecido y tampoco se imaginaba que fuera así como se producían las armas que usaban

tanto los Guardabosques como el ejército.

—Sigamos, ya estamos cerca —dijo Egil.

—Gracias por mostrarme todo esto. Es algo que no sabía ni que existía.

—¿Verdad que Norghana está llena de peculiaridades y cosas fantásticas que ver?

—Te voy a dar la razón en eso —asintió Gerd que estaba impresionado con todo lo que estaba viendo.

Egil tomó una calle a su derecha y siguieron por ella, alejándose. Dejaron los caballos en los establos junto a una posada.

—Cuidadlos bien —les dijo Gerd a los dos mozos de cuadra.

—Siempre los cuidamos muy bien, señor —respondió el más avispado de los dos, de pelo rubio enmarañado y ojos vivos. Vestía ropas de trabajo tan sucias como su cara y pelo.

—Estoy convencido de que lo hacéis —dijo Gerd que no estaba nada convencido—. Estos son caballos de Guardabosques, requieren de cuidados extra —dijo Gerd con mirada intensa.

—¿Caballos de Guardabosques? —preguntó el otro mozo, que estaba completamente cubierto de suciedad del establo.

—Sí. Nuestros caballos —dijo Gerd señalando a Egil y a sí mismo con el dedo pulgar.

—¿Sois Guardabosques? —preguntó al momento cuando consiguió hilar la conversación.

—Claro que lo son —respondió el mozo más avispado.

—Aquí tenéis dos monedas extra. Aseguraros de cuidarlos bien —dijo Egil, que les dio una moneda a cada uno y les guiñó un ojo.

—No habrá caballos mejor cuidados —aseguró el avispado.

—Y cuando terminéis de trabajar hoy, daros un baño. Oléis peor que las boñigas de los caballos —dijo Gerd.

—Por supuesto, señor.

Gerd no se quedó muy convencido de que se fueran a bañar, pero sí de que cuidarían bien de los animales.

Se dirigieron a la posada El Hacha Rauda y entraron al establecimiento. Estaba bastante concurrido con una docena de personas disfrutando del final de la comida. Se notaba a la legua los que eran mineros o trabajaban en las forjas, pues estaban llenos de suciedad oscura de pies a cabeza.

El posadero les atendió enseguida.

—Bienvenidos a mi humilde posada. Soy Unau, el posadero. Regento este local.

—Este es Gerd y yo soy Egil. Necesitamos una habitación.

—¿Sois Guardabosques?

—Buen ojo. Lo somos —confirmó Egil.

—Me lo ha parecido por la forma en que vestíais y esos arcos a vuestras espaldas. Vienen bastantes de los vuestros por aquí.

—Ah, ¿sí? —preguntó Gerd sorprendido.

—Sí, aquí se hacen las mejores hachas de Norghana. Los vuestros vienen a encargarlas o a llevárselas cuando están listas.

—Oh, ya veo.

—Los Guardabosques son siempre bienvenidos en mi posada. Agradecemos el gran servicio que hacéis al reino. Todos saben que veláis por nuestra seguridad y eso lo apreciamos. Por esa razón, os dejo la alcoba a mitad de precio.

—Vaya, eso es muy generoso por tu parte —dijo Egil.

—Es lo menos que puedo hacer. Además, que haya Guardabosques en la posada significa que no tendré problemas. Nadie se atreve a armar lío cuando estáis cerca.

—Tenemos ese efecto pacificador en la gente —sonrió Gerd.

—Eso mismo —dijo el posadero—. ¿Cuánto os quedaréis?

—Un par de noches, quizá tres —dijo Egil.

—Muy bien, enseguida os preparo la habitación. Esperad aquí y pedid lo que queráis para comer y beber, también es a mitad de precio para vosotros dos —dijo y marchó.

—Creo que, dada la situación, pediré el doble de comida —Gerd se frotaba las manos.

—Eres incorregible —dijo Egil entre risas.

Se sentaron a una mesa con la pared de espaldas y pidieron algo de comer y beber. Les trajeron chorizo a la sidra troceado con pan. El pan llegó todavía caliente. Era de miga blanca y corteza tostada y olía a recién hecho.

—¡Qué bien huele! —exclamó Gerd, que tenía el pan pegado a la nariz.

—Mejor sabrá —sonrió Egil.

No tardaron ni un suspiro en devorarlo todo. Para su sorpresa les trajeron de inmediato cuatro trocitos de pan redondos sobre los que habían puesto un trozo de solomillo de ternera con queso curado encima en unos, y varias láminas de vegetales coronadas con un huevo de codorniz frito en otros. La presentación era estupenda, cosa que no era común en el norte, donde se primaba más la cantidad que la calidad.

A Gerd le brillaban los ojos y no pudo contenerse. No eran muy grandes así que Gerd se comió de un bocado los dos que le tocaban.

Egil lo miró mientras mordía con delicadeza el del huevo frito de codorniz.

—Se supone que tienes que saborearlo, así —le dijo a Gerd.

—Ya lo hago.

—No, eso es devorarlo y así no disfrutas del plato.

Gerd se encogió de hombros.

—Es que tengo hambre… del viaje, ya sabes.

El posadero les trajo a continuación un chuletón de res mayor acompañado de pimientos rojos dulces. Según lo puso encima de la mesa Egil y Gerd se dieron cuenta de que era enorme, incluso para Gerd, que era de muy buen comer. Olía tan bien que hasta a Egil le rugió el estómago. Al grandullón se le caía la baba viendo el tremendo pedazo de carne.

—¡A esto sí que le llamo yo comer bien! —exclamó Gerd que de inmediato se lanzó a cortar un buen trozo.

—La carne de esta región y cómo la preparan tiene mucha fama. Nada de especias ni condimentos o similares. Solo buena carne, sal y brasa —explicó Egil.

—Esta carne es pura mantequilla en la boca —dijo Gerd, que ya zampaba un segundo pedazo.

—En muchas zonas de Norghana la carne se acompaña de condimentos y salsas que no permiten saborearla bien. Aquí en Bilboson es todo lo contrario. Las posadas y cantinas tienen muy buena reputación por su excelente cocina y el chuletón a la brasa es muy famoso y demandado.

—Tenemos que venir aquí más a menudo. Esto está para chuparse los dedos.

—La parte de la grasa, la amarilla, tiene un sabor muy rico, aunque no es muy saludable —dijo Egil.

—Ahora te digo cómo está —sonrió Gerd, que cortó un trozo de grasa y se lo llevó a la boca. Lo masticó y asintió varias veces.

—¿Te gusta?

—Delicioso, un sabor riquísimo —sonrió de oreja a oreja.

—Me lo imaginaba —dijo Egil, que se sirvió del plato de pimientos rojos.

Continuaron degustando la carne hasta que solo quedó el hueso, que Gerd se llevó a la boca para rechupetearlo como si fuera un sabueso.

—Aliméntate bien que tenemos mucho trabajo por delante en la ciudad.

—¿Tendremos problemas?

Egil se quedó pensativo un momento.

—Es probable, aunque intentaré evitarlos.

—En ese caso veamos qué tienen de postre, que me ha parecido ver pasar tarta de queso de oveja.

Egil puso los ojos en blanco y sonrió.

—Te pediré ración doble.

Gerd estaba disfrutando tanto de la exquisita comida que espantó de su mente los problemas que fueran a encontrarse y siguió disfrutando. Ya afrontaría las dificultades cuando llegasen.

Capítulo 15

Aquella mañana lluviosa y fresca Lasgol, Camu y Ona se reunieron con Eicewald para continuar con el aprendizaje mágico. Camu no podía estar más entusiasmado y aguardaba con gran expectación la siguiente clase.

«Mucho ilusionado» le dijo a Eicewald cuando se sentaban dentro de la tienda para resguardarse de la lluvia.

Ona, por su parte, parecía menos interesada y, como era costumbre, se tumbó al fondo de la tienda a observar.

—Me alegro de que estés ilusionado. Eso es siempre bueno y anima al tutor, sobre todo cuando se enseña algo que por lo general no todos quieren aprender. La enseñanza es un arte incomprendido. Fácil de criticar, difícil de apreciar en toda su dificultad.

—Yo también comparto el sentimiento de Camu —dijo Lasgol—, y aseguramos a nuestro tutor que apreciamos lo difícil que es enseñar.

Eicewald sonrió y asintió con la cabeza.

—Hoy he traído algo de ayuda.

—¿Un tomo de magia nuevo? —preguntó Lasgol.

—Algo mejor. Esto es un Cristal de Aprendizaje —dijo el mago y sacó un cristal de su macuto.

Lasgol y Camu lo observaron un momento con mucho interés. No parecía especialmente singular. Era de un color cristalino mate, casi grisáceo, y no brillaba ni emitía ninguna luz. Parecía una imitación barata de un gran diamante.

—No parece muy especial… —comentó Lasgol.

«Ser un poco feo» añadió Camu.

Eicewald soltó una pequeña carcajada.

—No os dejéis engañar por el aspecto de un objeto. Del mismo modo, nunca juzguéis un tomo de conocimiento por sus tapas. Pueden ser viejas, estar desgastadas o incluso parecer muy poco atractivas, pero lo importante está en su interior. El envoltorio es intrascendente. Lo mismo sucede con este cristal de humilde apariencia. Os aseguro que tiene muchas características muy interesantes y valiosas.

—¿Está encantado? —inquirió Lasgol.

—Así es, está encantado y en manos de un mago que sabe usarlo

puede incluso conjurar.

—Vaya, empiezo a entender por qué es interesante —sonrió Lasgol.

Eicewald les mostró el cristal sujetándolo en alto.

—Este cristal se usa para la enseñanza mágica y tiene propiedades únicas.

—¿Es natural o se fabrica? —preguntó Lasgol, que observaba el cristal inclinando la cabeza.

—Natural. Se encuentra en unas pocas minas en Tremia. Una de ellas está aquí, en Norghana, por lo que nosotros tenemos siempre más que suficiente. De hecho, solemos comerciar con magos de otros reinos que lo requieren.

—¿Vendéis el cristal a otros magos? —se sorprendió Lasgol.

—Más que venderlo intercambiamos el cristal por otros componentes de valor para nosotros. Los Magos de Hielo también necesitamos de objetos y materiales de los que no disponemos aquí.

—Desconocía que los Magos de Hielo comerciaran con otros magos.

—El comercio entre magos ha existido siempre. No es conocido entre la gente común porque se realiza en secreto. También porque los Sin-Don o Sin-Talento como se conoce entre la comunidad mágica a los no magos no tienen interés en estos temas y, aunque llegue accidentalmente alguna información al respecto, la desechan.

—Fascinante, como diría Egil. Tendré que contarle todo esto, estoy seguro de que a él sí le va a parecer de lo más interesante.

—Estoy seguro de que lo encontrará fantástico —sonrió Eicewald —. También existen intermediarios que se especializan en conseguir componentes especiales, materiales mágicos, plantas, objetos que los magos usamos… Los llamamos Bróker Arcanos.

—Eso sí que le interesará a Egil. Él utiliza mucho agentes y comerciantes de información, seguro que de temas mágicos también le vendrán bien, o bueno, nos vendrán bien —corrigió Lasgol pensándolo mejor. Seguro que tendrían necesidad de ayuda mágica.

—Se encargan de facilitar aquello que no es fácil de encontrar en el mundo mágico. Pero debo advertirte de que en su mayoría son de poco de fiar y hasta peligrosos.

—¿Peligrosos? Eso no suena bien… —arrugó la nariz Lasgol.

—Lo son, pues la mercancía con la que comercian es también peligrosa y en muchos casos muy valiosa.

—Creo que ya entiendo lo que me quieres decir.

—Son personajes oscuros de dudosa reputación y hay que andarse

con mucho cuidado cuando se negocia con ellos. Por lo general, es mejor contactar con magos directamente. También pueden jugártela, pero es menos probable que suceda pues intentan mantener un mínimo de buena reputación.

—Entendido. Personajes peligrosos a los que recurrir cuando se necesita algo especial que no se puede conseguir por medio de los magos.

—Correcto.

«Yo no miedo».

—Lo sé, Camu, porque tú eres de corazón valeroso, pero debes desconfiar de ellos —dijo Eicewald.

«De acuerdo. Yo desconfiar».

—Muy bien. A continuación usaré el cristal para explicaros una lección muy importante del mundo de la magia que debéis conocer y tener siempre presente, pues puede significar la diferencia entre la vida y la muerte en un enfrentamiento con otro ser o persona con magia.

Al instante Camu y Lasgol prestaron toda su atención. Ona bostezó, a ella aquello no le interesaba demasiado.

—Adelante —dijo Lasgol con un poco de temblor en la voz.

—A la hora de estudiar el nivel de magia y el grado de poder de un mago siempre han existido diferentes escalas y medios para medirlo e intentar establecerlo. Una de las principales cuestiones en la mente de cualquier persona con el Don ha sido y sigue siendo conocer su propio nivel mágico y, sobre todo, el de sus adversarios.

«¿Adversarios?».

—Enemigos, contrincantes —explicó Lasgol.

«Oh. Entender».

—Es crucial entender qué grado de poder se tiene para hacer frente a obstáculos en el camino, así como para enfrentarse a otros magos y seres con magia. No entender el poder de cada uno y del enemigo, lleva a la muerte casi de forma inexorable.

—Entiendo. No era consciente de que existieran grados o niveles entre los magos… —dijo Lasgol extrañado.

—No es algo que lo no-magos sepan. Se mantiene en secreto, pero te aseguro que existen. No solo porque permiten medir fuerzas con un enemigo, sino porque incluso entre los magos aliados se establece una jerarquía. Por ejemplo, no todos los Magos de Hielo tienen el mismo grado. A la hora de establecer quién es Mago Primero o quién está entre los grados bajos, se evalúa a cada mago y se establece un grado y nivel.

«A mí gustar esto. Yo querer saber más».

—Me alegro de que lo encuentres de tu gusto, Camu —dijo Eicewald.

—¿Cómo se establecen los grados y niveles? —preguntó Lasgol, que también estaba muy interesado.

—Originalmente cada grupo o hermandad de magos, como puede ser la de los Magos de Hielo, tenían su propia escala y forma de medir, así se recoge en nuestros tomos de conocimiento. Sin embargo, pronto se vio que era necesario crear una forma más amplia y aceptada de medir a todos los magos y no a cada especialización o familia. Sobre todo, porque cada sistema estaba muy influenciado por el tipo de magia que se utilizaba. Comparar a un a Mago de Hielo con un Mago de Fuego usando el criterio del primer grupo resultaba ineficiente y no daba un valor apropiado ni correcto del nivel del segundo grupo.

—Ya, sería como comparar mi magia o la de Camu con la de un Mago de Hielo usando vuestro criterio, ¿verdad? —preguntó Lasgol a Eicewald.

—Así es, mi avispado pupilo. Hace tiempo, un grupo de escolares y eruditos, se reunieron para tratar este tema en Rilentor, la capital del reino de Rogdon. De esa reunión salió la necesidad de crear un sistema de medición único que sirviese para todos los bendecidos con el Don, fueran de la escuela de magia que fueran, o incluso si no pertenecían a ninguna, como es vuestro caso —dijo Eicewald señalando a Camu y Lasgol con el dedo índice.

—Interesantísimo, continua por favor —pidió Lasgol.

—Con el tiempo, los escolares y eruditos consiguieron desarrollar lo que se conoce en el mundo mágico como el Método de Limer, que toma nombre del gran erudito mágico Raput Limer, uno de sus creadores. Ese método permite medir el grado y nivel de las personas con el Don y situarlas dentro de una escala que se creó para ese uso.

—¿Cómo es esa escala? ¿Qué niveles tiene? —Lasgol estaba cada vez más interesado y las preguntas se le escapaban de la boca.

—La escala establece una serie de grados y niveles jerárquicos. Los grados son diez y establecen el poder general de un mago. Cada grado, a su vez consta de otros diez niveles. Para poder subir de un grado al superior hay que completar los diez niveles del grado en el que se empieza, pues es una escala ascendente y escalonada.

«Yo muchos grados y niveles» transmitió Camu muy orgulloso.

—Eso hay que medirlo —dijo Eicewald guiñándole un ojo a Camu. La criatura levantó la cabeza, convencido de que tenía muchos grados y niveles.

—Entonces… si lo entiendo bien, hay un total de cien niveles y cada diez se consigue un grado… —explicó Lasgol en voz alta.

—Así es, lo has entendido perfectamente —asintió Eicewald.

—Para pasar de un grado al siguiente hay que subir esos diez niveles como si de una escalera de poder se tratara.

—En cierto modo lo es, sí —volvió a asentir Eicewald.

—¿Has traído un tomo en el que se recogen las especificaciones de cada grado y cada nivel para que podamos estudiarlo?

—Así es —dijo Eicewald, que sacó un tomo de su macuto y lo puso en el suelo con suavidad. Era un tomo muy grueso y bastante grande. El título no dejaba duda de qué se trataba en su interior: el Método de Limer Simplificado, del erudito y gran Mago Raput Limer.

«Muy gordo. Mucho aprender» se quejó Camu al ver el grosor del libro.

—Pues es la versión simplificada, la resumida —dijo Eicewald sonriendo.

—Nos va a llevar una eternidad aprender todo eso… —comentó Lasgol también algo asustado por el grosor del libro.

—No os preocupéis. Por eso os he traído el Cristal de Aprendizaje. Os ayudará con este tema, si bien os recomiendo que leáis todo el tomo con tiempo pues contiene grandes conocimientos mágicos y explicaciones de conceptos que os servirán muy bien. Dejadme que os muestre lo que el cristal puede hacer.

—Por supuesto, adelante —Lasgol asintió varias veces.

Eicewald situó el cristal sobre el tomo abierto y sujetándolo con las dos manos comenzó a conjurar con los ojos cerrados y entonando largas frases en un idioma arcano. Al momento dejó de pronunciar las palabras y el cristal brilló con una luz tenue. Se elevó de las manos del mago y quedó suspendido en el aire a tres palmos del tomo abierto.

—Vaya… —se le escapó a Lasgol.

—Mirad al cristal fijamente —dijo el mago.

El Cristal de Aprendizaje comenzó a pasar las páginas del tomo a gran velocidad hasta llegar a la primera. Lasgol no sabía cómo lo estaba haciendo, pero no tenía duda de que era el cristal el que pasaba las páginas ya que Eicewald permanecía sentado y con sus manos sobre los muslos sin parecer estar interviniendo.

De pronto el cristal destelló en blanco y en su lugar se formó una imagen. Era la de un niño de unos diez años de edad. Vestía una túnica raída y parecía tímido y hasta acobardado. Sobre su torso aparecieron unas letras en oro y plata.

—Grado primero: Neófito Seidr —leyó Eicewald.

Lasgol entendió lo que el niño significaba, era el menor de los grados. El cristal destelló en blanco y pasaron las hojas del libro. Al mismo tiempo, el niño comenzó a cambiar ligeramente, como haciéndose un poco mayor. Según lo hacía, sobre su torso aparecieron nuevas letras.

—Nivel dos, nivel tres, nivel cuatro… —iba leyendo Eicewald al tiempo que el niño creía. Al llegar al nivel décimo el crecimiento se detuvo y se encontraron con un niño que ya no lo era tanto. Debía de tener unos quince años y seguía pareciendo algo asustado, si bien menos. La túnica que vestía era ahora algo mejor, aunque seguía siendo sencilla. Más letras aparecieron sobre su torso.

—Grado segundo: Aprendiz Seidr —leyó Eicewald.

Lasgol se dio cuenta de que al tiempo que veía la imagen y el cambio en el niño, también le llegaba sin saber exactamente cómo el entendimiento de lo que cada nivel representaba y una aproximación del esfuerzo y conocimientos requeridos para subir de nivel, pero también para alcanzar el grado superior. Era como si los estuviera viviendo parcialmente, como si el cristal le hiciera sentir una parte de lo que se requería para llegar a cada nivel y grado.

—Impresionante… —comentó ente dientes.

«Mucho impresionante» convino Camu, que también estaba percibiendo lo que el cristal emitía.

El cristal destelló en blanco y el niño comenzó a subir de niveles nuevamente. Según lo hacía iba creciendo, haciéndose un poco más mayor. Al llegar al nivel treinta la imagen se detuvo. El niño ahora parecía ser un joven de unos veinte años con expresión algo más decidida. Ya no había miedo en sus ojos, pero tampoco demasiada confianza. La túnica que vestía era ahora de mejor calidad.

—Grado tercero: Principiante Seidr.

El cristal volvió a brillar y el joven fue evolucionando y subiendo niveles. Su aspecto fue madurando. Al detenerse en el nivel cuarenta el joven ya no lo era tanto, parecía tener ahora veinticinco años. Se le veía con expresión decidida y bastante confiado en su poder. Vestía una túnica simple y ahora en su mano derecha llevaba un báculo sencillo.

—Grado cuarto: Mago Seidr.

Lasgol sintió que el chico ya gozaba de poder y confianza. Tenía unos treinta y cinco años, túnica y báculos algo más elaborados y su mirada reflejaba conocimiento y seguridad.

El cristal les fue mostrando los siguientes niveles y Eicewald los fue nombrando.

—Grado quinto: Adepto Seidr —les mostró a un mago de unos cuarenta años, más poderoso, más confiado en su magia, seguro de poder hacer frente a sus enemigos. Llevaba un báculo fino, labrado con runas y una túnica elaborada.

—Grado sexto: Gran Mago Seidr —apareció un Mago de unos cincuenta años, muy confiado en su poder, sereno, capaz de vencer a sus enemigos. El báculo y la túnica estaban ahora acompañados por un collar mágico que colgaba a su cuello. Comenzaba a tener brillos blancos en el pelo.

—Grado séptimo: Maestro Seidr —surgió ante ellos un mago de unos sesenta años de pelo largo blanco que le caía por los hombros. Era poderoso y desbordaba seguridad. Buscaba conocimiento arcano y seguir progresando.

—Grado octavo: Gran Maestro Seidr —el mago, de unos setenta años, daba la sensación de ser un sabio, alguien con mucho conocimiento y muy poderoso. Su mirada de tranquilidad daba a entender que no buscaba conflicto ni derrotar enemigos. El cristal continuó mostrando el avance.

—Grado noveno: Archimago Seidr —mostró a un mago de unos ochenta años, delgado, de rostro arrugado y pelo largo y blanco hasta media espalda. Su mirada de erudito irradiaba gran poder y conocimiento. Era extremadamente capaz. Sin embargo, no buscaba eliminar rivales sino alcanzar todo su potencial mágico.

Finalmente, el cristal les mostró el último grado.

—Grado décimo: Sabio Seidr proclamó Eicewald.

Vieron a un anciano de unos noventa años de rostro muy arrugado, cuerpo consumido y largo pelo níveo, pero que irradiaba tal poder y conocimiento que cegaba. Era como si su aura de poder hubiera salido al exterior y fuera ahora visible. Lasgol y Camu tuvieron que cerrar los ojos y pestañear con fuerza para poder observarlo con detenimiento. El poder y conocimiento mágicos de aquel anciano eran tales que podría destruir toda Norghana si lo desease. Lasgol y Camu así lo sentían, pues el cristal les proyectaba esos sentimientos y ambos sintieron temor. Sin embargo, aquel poderoso mago no buscaba la destrucción y el aniquilamiento de rivales o reinos enteros, sino seguir obteniendo mayor conocimiento y poder y seguir ascendiendo.

—Si la escala tiene cien niveles y ya los ha conseguido todos, ¿por qué sigue queriendo ascender? —preguntó Lasgol.

—Porque a ese nivel solo se busca ascender, lo terrenal poco importa. Se mira hacia el interior, no hacia el exterior, y se busca alcanzar un grado tal que ni existe en la escala. Se busca transcender lo terrenal.

—¿Convertirse en una especia de dios?

—Algo así, solo que a partir de un ser un humano.

«Yo transcender un día» les transmitió Camu.

—Mejor no, que bastante guerra das ya en lo terrenal. No quisiera yo que ascendieras a lo divino —replicó Lasgol negando con la cabeza.

Eicewald conjuró sobre el cristal y dejó de emitir la imagen del mago.

—Esta es la escala de poder. Espero que la hayáis captado bien.

«Yo captar todo».

—Sí, yo lo he sentido en mí casi como si fuera yo el que iba subiendo de niveles.

—Por eso el Cristal de Aprendizaje es tan valioso —explicó Eicewald—. Experimentarlo es mucho más profundo que verlo o leerlo.

«A mí gustar experimentar».

—Comentaros también que esta convención, esta escala de Limer que os he mostrado, se utiliza principalmente por los magos del Norte, Oeste y Tremia Central. En el Este y sobre todo en el Sur se utilizan otras escalas diferentes, si bien su función viene a ser la misma. La del Este presenta menos grados y niveles, es más reducida, y la del Sur tiene aproximadamente el doble.

—Entendido —dijo Lasgol.

—Muy bien. Ahora, para que la lección quede bien grabada en vuestras mentes y almas, repetiremos la experiencia de la escala de Limer.

—Oh, estupendo —dijo Lasgol—. ¿Cuántas veces la sentiremos?

—Hasta que os quede bien grabada —dijo Eicewald con una sonrisa.

«Adelante. A mí gustar» transmitió Camu muy contento.

El resto del día lo invirtieron en aprender la escala y lo que representaba cada uno de los grados y niveles por los que debían ascender para llegar a ser los grandes magos que aspiraban a ser.

Capítulo 16

Días más tarde, siguiendo con el aprendizaje mágico, Lasgol y Camu tenían muchas preguntas que Eicewald intentaba responder.

—¿Pueden todos los magos alcanzar el rango máximo? —preguntó Lasgol en voz alta, más para sí que para sus compañeros.

«Yo poder» aseguró Camu.

—En teoría debería de ser posible —dijo Eicewald—. Lo que varía es el nivel de esfuerzo y perseverancia requeridos.

—No estoy seguro de que todos puedan alcanzar el grado máximo —dijo Lasgol pensando en sí mismo y en sus posibilidades.

—Es natural dudar de las posibilidades de uno mismo —dijo Eicewald—. Hay varias escuelas de pensamiento en este sentido. Algunas creen que todos podemos alcanzar el nivel máximo y otras que no, que solo ciertas personas con cualidades excepcionales pueden lograrlo.

—¿De qué escuela de pensamiento eres tú, Eicewald?

—Soy de la escuela optimista, siempre he creído que el potencial humano es infinito y por lo tanto creo que todos podemos conseguirlo.

«Y el potencial Drakoniano» transmitió Camu asintiendo.

—Por supuesto. Creo que el potencial de las criaturas mágicas también es infinito —aseguró Eicewald.

—Pero no todos llegan a los niveles superiores, ¿verdad? —preguntó Lasgol.

—No, pues el potencial de una persona, o de cualquier ser —aclaró Eicewald mirando a Camu—, debe trabajarse. El más dotado de los magos con el mayor potencial no llegará a nada si no trabaja en ello.

«Yo trabajar todo» aseguró Camu.

Eicewald le puso la mano en el torso y le acarició.

—Lo sé. No tengo duda alguna de que pondrás todo tu esfuerzo.

«Yo mucho esfuerzo».

—Estoy convencido de que llegarás muy lejos —sonrió el mago.

—Entonces, si creemos que tenemos un potencial igual, trabajando sin descanso deberíamos llegar todos al máximo nivel. ¿Es eso? —razonó Lasgol.

—Sí y no. Todos tenemos el potencial y todos debemos trabajar muy duro para alcanzar los niveles superiores. Sin embargo, aquellos con mayor potencial, los más dotados, subirán mucho más rápido. Los menos dotados, por otro lado, deberán esforzarse mucho más para lograr el mismo fin.

—Creo que ya lo entiendo —dijo Lasgol.

—No es diferente de ser un gran artesano. Todos podemos serlo, lo que ocurre es que aquellos más dotados lo serán mucho antes y algunos incluso sin apenas esforzarse, pues les es natural.

«Yo natural» aseguró Camu.

—Nuestro joven amigo está lleno de confianza.

—Más bien es muy cabezón y demasiado optimista con sus posibilidades.

—Tener confianza es siempre una buena característica.

—Tener demasiada y fallar por ello no tanto —replicó Lasgol mirando a Camu, que lo ignoró como si el comentario no fuera con él.

Eicewald asintió.

—Tengamos confianza y esperemos que nos lleve a alcanzar altas cotas.

—Nos llevará, estoy convencido —dijo Lasgol.

—Hablando de grados, y si no es una indiscreción, Eicewald, ¿qué grado has logrado?

Eicewald miró a Lasgol y a Camu.

—No es ninguna indiscreción siendo vosotros —sonrió—. Mi grado actual es el octavo, el grado de Gran Maestro Seidr.

—¿Grado octavo? Yo pensaba que serías grado noveno —dijo Lasgol.

«Yo también. Eicewald poderoso».

—Gracias a los dos, me honra que me tengáis en tan alta consideración, pero no, me queda un largo camino para alcanzar los últimos dos grados. De hecho, recientemente he alcanzado el grado octavo después de mucho esfuerzo y muchos años de experiencia.

—Eso significa que es mucho más difícil de lo que imaginamos llegar a esos niveles. Va a ser un camino muy, muy largo —dijo Lasgol.

—Lo es, eso debéis tenerlo presente. Cuesta mucho trabajo y requiere de una dedicación enorme que no es compatible con perseguir otros objetivos...

Lasgol sabía a qué se refería Eicewald, ya habían hablado de ello. Ser Guardabosques iba a interferir en su progresión en la magia.

Tendría que encontrar la forma de compaginarlo. Esto le iba a retrasar y lo sabía, pero no quería dejar de ser un Guardabosques para ser mago. Su futuro era ser Guardabosques y estar con sus amigos.

—¿En qué nivel crees que estamos nosotros dos? —preguntó Lasgol señalando a Camu y a sí mismo.

El Mago los observó un momento y se llevó la mano a la barbilla.

—Podría deducirlo, pero prefiero saberlo con certeza.

—¿Hay alguna forma de medirlo con certeza? —quiso saber Lasgol.

—Sí, hay una forma de establecer el nivel mágico, más de una, de hecho —aclaró Eicewald.

—Pues hagámoslo, así saldremos de dudas y lo sabremos de forma definitiva —propuso Lasgol.

«Yo querer saber».

Ona gruñó dos veces, ella no estaba interesada.

—Muy bien —asintió Eicewald y se agachó para rebuscar en la bolsa que solía llevar con él.

Sacó la mano y les mostró el Cristal de Aprendizaje de nuevo.

—Nos ayudará a realizar la prueba para establecer en qué nivel os encontráis —explicó Eicewald.

—Adelante, estoy nervioso e intrigado —confesó Lasgol.

«Yo muy seguro» transmitió Camu.

—Ya, ¿y cuándo no? —negó con la cabeza Lasgol.

—Estoy convencido de que todo irá bien, no os preocupéis —dijo el mago—. Cogió el Cristal de Aprendizaje y lo situó al final de su vara, sobre la joya de poder en la que la esta finalizaba. Cerró los ojos y conjuró situando una mano sobre el cristal y con la otra sujetando la vara. Pronunció varias frases de poder y, de pronto, la joya de medición se encendió con un color blanco muy intenso que obligaba desviar los ojos de la luz. La luz formó un anillo grande alrededor de la vara y el aro quedó suspendido a media altura.

Eicewald abrió los ojos y se dirigió a Lasgol.

—Sitúa tus manos sobre la vara. No te preocupes, no te sucederá nada.

Lasgol siguió las instrucciones y situó su mano sobre la vara. De súbito, el anillo que rodeaba la vara se movió y saltó a Lasgol, quedando suspendido a la altura de su cintura, rodeándolo.

«¡Muy fantástico!» exclamó Camu.

Lasgol observaba el anillo con nerviosismo. No sabía qué iba a pasar ni por qué el anillo luminoso lo había rodeado. Miró a Eicewald, que le hizo un gesto con la cabeza para que se relajara. Lasgol inspiró

profundamente y se relajó.

—Ahora, para establecer tu nivel, debes invocar dos habilidades. Una que te resulte sencilla y otra que represente mayor dificultad. De esa forma el cristal determinará el nivel actual que has alcanzado. Debe calibrar entre un máximo y un mínimo.

—Entiendo, déjame pensar un momento —Lasgol meditó qué dos habilidades invocar. Con la primera no tuvo dudas, pero con la segunda le costó un poco más decidirse.

—Muy bien, adelante —indicó Eicewald—. Comienza.

Lasgol se concentró y buscó su lago de energía mágica. Lo halló en su pecho e invocó Comunicación Animal. Envió un mensaje a Camu.

«Realizando la prueba de medición».

Camu respondió.

«Muy estupendo».

La habilidad de comunicarse con animales le era ya tan natural que no tenía que pensar en ella para invocarla. Solo con querer enviar el mensaje, la habilidad se daba. Era sin duda la que con mayor facilidad y frecuencia usaba.

El anillo luminoso captó la habilidad y emitió un destello blanquecino. Parecía haber logrado medir. Lasgol se concentró y comenzó a invocar la segunda habilidad, Tiro Certero, que no estaba seguro si era la que más le costaba invocar de todas, pero desde luego era de las más complicadas. Cogió el arco y puso una flecha. Sabía que le llevaría un momento, pues siempre tardaba bastante en invocarla, así que no se puso nervioso y continuó. Al cabo de unos instantes que a Lasgol le parecieron una eternidad, la habilidad se produjo y Lasgol vio el destello verde. Tiró hacia el exterior y alcanzó una roca a la que estaba apuntando. El anillo emitió un destello blanquecino.

—Muy bien. Veamos cual es el veredicto del Cristal —dijo Eicewald.

Aguardaron un momento y de súbito el anillo comenzó a moverse. Subió hasta la cabeza de Lasgol y se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Lasgol a Eicewald.

—Tranquilo. No te muevas.

El anillo comenzó a bajar, llegó hasta los pies de Lasgol, volvió a subir a gran velocidad hasta su cabeza y se detuvo. De pronto comenzó a destellar con fuerza.

Eicewald le mostró el dedo índice a Lasgol. El anillo repitió el destello potente y Eicewald le mostró dos dedos a Lasgol.

Lasgol entendió. Estaba contando.

«Dos», transmitió Camu que también había captado lo que significaba.

El anillo brilló cincuenta veces consecutivas mientras Lasgol, Camu y Eicewald iban contando cada destello. Finalmente, el anillo se detuvo tras cincuenta y tres destellos.

Lasgol abrió mucho los ojos.

Eicewald sonrió y le dio un par de palmadas a Lasgol en la espalda.

—Eres nivel cincuenta y tres, por lo tanto grado quinto.

Lasgol le miró sorprendido.

—Pensaba que sería menos.

—Creo que has avanzado mucho en el último par de años —aseguró Eicewald.

—Me quedo muy contento, la verdad —dijo Lasgol asintiendo.

—Recuerda que tienes que seguir trabajando en desarrollar tu poder. Sigue esforzándote y llegarás pronto al grado sexto.

—¿Voy muy mal respecto a donde debería estar? —preguntó Lasgol preocupado por si su desarrollo no era el adecuado.

—Para nada. Teniendo en cuenta que no has tenido aprendizaje mágico formal, que la magia no es tu ocupación principal y que dispones de muy poco tiempo para trabajar en ella, me parece prodigioso que tengas este nivel a tu edad.

—¿Lo crees? Estoy seguro de que el tuyo era muy superior a mi edad.

—No lo creas, el mío era sesenta, así que no estás tan retrasado. En cualquier caso, recuerda que no significa que no puedas avanzar mucho más, si te lo propones.

—Lo intentaré, eso te lo puedo asegurar.

—Te animo a que lo hagas. Para tus circunstancias has avanzado mucho y tienes un nivel muy bueno que además promete mucho.

—Gracias, eso me hace sentir mucho mejor.

—Veamos ahora qué tal se le da a Camu —dijo Eicewald.

«Yo mucho nivel» aseguró la criatura.

—Ahora lo comprobaremos —sonrió el mago.

Repitieron el proceso con Camu, que eligió, como primera habilidad, la de Comunicación Mental pues era, al igual que en el caso de Lasgol, la que con más facilidad podía realizar. Luego, como la más complicada, eligió Camuflaje de Invisibilidad Extendido pues no conseguía que se extendiera todo lo que él quería y también le costaba bastante invocarla. Una vez realizada la segunda habilidad con la que hizo invisibles a Lasgol y Eicewald, procedieron a medir su nivel.

El anillo que rodeaba a Camu comenzó a recorrerlo de cabeza a cola y se iba anchando y estrechando según recorría el cuerpo de la criatura. Cuando terminó de desplazarse se quedó alrededor de la cabeza. En ese momento comenzó a destellar para indicar el nivel mágico. Lasgol observaba muy interesado. Sin duda el resultado sería mejor que el que él había obtenido pues la criatura tenía más poder que él.

El anillo comenzó a destellar y comenzaron a contar. Para enorme sorpresa de Lasgol, solo se produjeron treinta y tres. El anillo dejó de brillar y se difuminó.

«¡Muy poco!» protestó Camu de inmediato.

—Le ha situado en el grado tres y un tercio. Me parece muy poco, ¿no? —comentó Lasgol intrigado y algo decepcionado por el resultado.

«Anillo medir mal. Yo poderoso» clamó Camu.

Eicewald inclinó la cabeza y observó a Camu pensativo.

—Es extraño que solo haya indicado ese nivel teniendo en cuenta la magia que ya es capaz de hacer Camu.

«Yo más que dragón» insistió Camu.

—Quizás la medición ha ido mal. ¿Por qué no la repetimos? —propuso Lasgol.

—Me extraña que el cristal se equivoque, no es algo que suela suceder. Está bien calibrado, yo mismo lo he inspeccionado. Lo usamos en la torre de los Magos de Hielo constantemente y no ha dado nunca problemas.

—Yo repetiría la prueba por si acaso. Camu no es una criatura normal y a lo mejor el cristal no ha sabido cómo medir su nivel.

Eicewald se quedó de nuevo pensativo un segundo y examinó el cristal con detenimiento.

—Voy a ver si se está bien calibrado.

Pasó sus manos sobre el cristal y conjuró cerrando los ojos.

Lasgol y Camu observaron al mago mientras este trabajaba. Cuando finalizó su análisis se volvió hacia ellos.

—Parece bien calibrado. En cualquier caso, creo que es buena idea repetir la prueba.

Camu y Lasgol asintieron.

Eicewald repitió la medición y el anillo examinó a Camu de la misma forma que lo había hecho la vez anterior.

Al finalizar el anillo comenzó a emitir los destellos. Nuevamente se quedó en treinta y tres.

—Vaya... —se lamentó Lasgol.

«¡Cristal roto!» concluyó Camu que movía la cabeza de un lado a otro negando muy disgustado.

Eicewald entrecerró los ojos con la mirada en la lejanía. Parecía estar buscando una explicación a aquel suceso tan insólito.

—Creo que ya entiendo lo que está sucediendo— dijo un momento después.

«Cristal no funcionar».

—No, el cristal funciona bien —aseguró Eicewald.

—Entonces, ¿qué es lo que sucede? —quiso saber Lasgol.

—El cristal está midiendo el nivel de Camu y lo está haciendo bien. Lo que sucede es que lo está midiendo sobre su potencial nivel final, que es mucho más grande que el tuyo o el mío —explicó el mago.

—Oh... Ya veo... —Lasgol captó lo que sucedía.

«Yo no entender» transmitió Camu.

—El cristal, por lo general, mide el nivel de los humanos sobre un potencial máximo que suele ser bastante similar.

«No entender tampoco».

—En tu caso, Camu, el potencial máximo es mucho mayor que el de un humano y por eso el nivel que te ha otorgado es menor, pues tu nivel máximo es mucho mayor que el mío o el de Lasgol.

—Lo ha escalado para que sea equilibrado —asintió Lasgol, que ya lo comprendía.

«Entonces yo mucho más poderoso que Eicewald y Lasgol».

—El cristal intuye que lo serás, que tu potencial es mayor. Sin embargo, para lo que puedes conseguir, ahora mismo solo has alcanzado el tercer grado.

«Yo más que tercer grado».

—Me temo que no, siempre teniendo en cuenta tu potencial máximo —explicó el mago.

Como Camu no parecía entender o querer asimilarlo, Lasgol se lo explicó de forma que la criatura lo comprendiese.

—Tú eres tan poderoso que, a día de hoy, solo estás en el grado tercero. Imagina lo que podrás hacer cuando llegues al grado octavo o noveno.

Aquella explicación sí le gustó.

«Yo muy poderoso. Llegar a grado octavo o noveno y todos ver que yo hacer cosas muy increíbles».

Lasgol y Eicewald sonrieron.

—Eso es, Camu —dijo Lasgol.

—Será muy increíble —aseguró Eicewald con una sonrisa.

Camu sonrió y se puso a hacer el baile de la alegría.

«Yo muy increíble. Todos ver un día».

Lasgol se llevó la palma de la mano a la frente.

—También hay que tener en cuenta que Camu es todavía una cría y le queda mucho desarrollo por delante, a nivel físico, mental y mágico —le dijo el mago a Lasgol.

—Entiendo que para que avance en grados mágicos tendrá que crecer.

—Eso creo yo también. Él no crece a nuestro ritmo, lo hace mucho más despacio.

—Es decir, su desarrollo mágico, si bien tiene un gran potencial, tardará muchos años en producirse.

—Eso es lo más probable, pero no lo sabemos pues desconocemos cómo progresa una criatura como Camu.

«Yo rápido, veréis» dijo Camu, que seguía bailando.

—No sé yo si eso va a ser así —intentó corregir Lasgol.

«Yo saber. Yo poderoso rápido».

Eicewald y Lasgol se miraron. El mago negó con la cabeza y Lasgol entendió. Camu era una criatura que creían podía llegar a ser milenario. Por lo tanto, era un bebé todavía. Su poder crecería con el paso de los años, pero Lasgol no vería su total potencial, porque habría muerto mucho antes. Eso si Camu era realmente una criatura que fuese a alcanzar los mil años, cosa que Egil creía. Tendrían que esperar y ver lo que sucedía tanto con el crecimiento de Camu como con el desarrollo de su poder mágico.

Capítulo 17

Egil y Gerd estuvieron varios días investigando la zona norte de la ciudad de Bilboson. La peinaron por completo edificio por edificio, establecimiento por establecimiento, buscando algún rastro sospechoso que les permitiera llegar hasta su presa como buenos Guardabosques que eran. Por desgracia, no habían encontrado lo que venían a buscar y les estaba empezando a resultar frustrante no lograr avances.

Algo positivo de pasar más tiempo del anticipado en la gran ciudad era que Gerd estaba disfrutando con la fantástica comida que podía degustar. Ya habían probado una docena de establecimientos diferentes donde el grandullón había disfrutado de todos y cada uno de los platos que le habían servido. Cada día comían y cenaban en un lugar distinto a petición de Gerd, que con la excusa de investigar todos los sitios donde podían comer o dormir los líderes de los Defensores o de los Iluminados, no dejaba local que ofreciera comida sin inspeccionar. Egil ya le había dicho que, si la búsqueda en la ciudad se alargaba mucho más, iba a terminar con una panza de lo más significativa.

También habían descubierto algo que a Egil le había llamado la atención de forma igualmente positiva. Nada tenía que ver con sus pesquisas, pero le había encandilado. A lo largo del río Bilbo, en ambos márgenes, estaban construyendo paseos, parques con árboles y fuentes preciosas que decoraban de verde una zona grisácea y maltratada. Antaño las dos riberas del río habían sido las zonas más feas de la ciudad, pues por el río llegaban los cargamentos de mineral y al descargarlos en diferentes puntos, habían convertido la zona en áreas de descarga.

Incluso habían construido una gran biblioteca que albergaba libros y pinturas de artistas renombrados, tanto norghanos como de otros reinos. Egil, con la excusa de obtener información sobre Orbes de Dragón, la había visitado varias veces y había salido sin información relevante, pero encantado. Los edificios como aquel, llenos de literatura, arte y conocimiento, le fascinaban. Los encontraba fantásticos y no entendía cómo el resto de sus compañeros no veían lo increíbles que eran. Gerd, para la tercera visita, se quedó fuera observando el río y los barcos que se dirigían a descargar más arriba.

Parecía que el duque Landren estaba intentando embellecer la ciudad, tan gris y sucia desde su arteria central. Quizá, después de todo, había nobles de valía en el Este con visión para algo más que la conquista y el derramamiento de sangre. Egil no se animó demasiado con esta perspectiva pues, después de todo, Landren era un rival directo a la corona al ser primo tercero de Thoran. Además, era una de las principales fuentes financieras del rey, pues la ciudad producía y comerciaba con metal y armas tanto dentro como fuera de Norghana y muchos de los beneficios terminaban en las arcas de Thoran.

Gerd sí apreciaba que se intentara mejorar el aspecto de la ciudad, que estaba cubierta de polvo negro de las grandes y numerosas fraguas. Un polvo que afeaba todos los edificios y el poco verde que había entre las innumerables casas. No compartía tanto el entusiasmo de Egil sobre la gran biblioteca y el arte que albergaba en su interior, pero tenía que reconocer que el edificio nuevo era precioso. De hecho, le pareció muy moderno para el tipo de edificios que se construían en Norghana, que eran rocosos y poco vistosos.

Tuvo que reconocer a su amigo que toda la zona a lo largo de las dos orillas estaba quedando preciosa con sus parques, fuentes, paseos y árboles. Egil comentaba que lo que siempre había sido una ciudad industrial comenzaba a tener un alma verde y eso haría que la ciudad se volviera vistosa en un futuro cercano.

A Gerd eso le costaba imaginarlo pues el resto seguía siendo bastante feo. En especial la zona norte donde las columnas de humo de las fraguas estaban encendidas todo el día contaminando el cielo. El proceso de forja producía mucha contaminación y más si se hacía en grandes cantidades, como era el caso. Mucho verde tendrían que plantar si querían contrarrestar aquello.

Dado que no obtenían resultados, habían abandonado la investigación diurna, no parecía que nada de interés sucediera en horas con luz y se habían centrado en salir a investigar por las noches. Egil decía que, si siempre se hacía lo mismo sin variar, se obtenían los mismos resultados. Así que modificaron el enfoque en busca de unos mejores. La noche era más arriesgada, cuando más actividades ilegales ocurrían. La fauna nocturna de la ciudad era pintoresca y diversa. Ya se habían encontrado con ladrones, contrabandistas, camorristas y otro sin fin de personajes de muy mala reputación que toda gran ciudad tenía.

Lo que no habían conseguido era encontrar nada relativo a Dergha-Sho-Blaska, el Orbe del Dragón que lo contenía, los Defensores de la Sangre Verdadera, o los Visionarios. Egil seguía confiado en que encontrarían algo relevante en Bilboson, pero Gerd comenzaba a sentir que quizá no fuera a ser así. No todos los planes de Egil salían

bien, algunos fallaban y aquel podía ser uno de ellos.

—Sigamos por esta calle hasta su desembocadura —dijo Egil a Gerd en un susurro.

Gerd observó el cielo de la noche cerrada. No hacía mucho frío, las tormentas habían pasado y les daban un respiro con un tiempo otoñal no tan gélido.

—¿Estás seguro de que encontraremos algo? Llevamos días aquí y no hemos averiguado nada de valor.

Egil se detuvo y se cubrió en la penumbra de un portal para no dejarse ver en la noche.

—La información que me dio el gremio es buena, encontraremos algo aquí.

Gerd se pegó a Egil y desaparecieron de la vista bajo el portal.

—Confías mucho en ese gremio, ¿y si te han dado información falsa?

—Podría ser, no digo que no, pero no creo que sea el caso. Saben quién soy y no me refiero solo a ser Guardabosques. Saben a qué familia pertenezco. No me han dado información falsa.

—¿Y qué información te han dado?

Egil miró a derecha e izquierda. La calle estaba desierta. Los vecinos a ambos lados dormían de forma apacible, descansando para afrontar un nuevo día cuando llegara el amanecer.

—Les he pedido que me indiquen dónde se ha visto a Viggen Norling y a sus Defensores de la Sangre Verdadera.

—¿Y los han visto aquí?

—Así es, en la zona norte de la ciudad, la semana anterior a que llegáramos. Esa es la información que me han conseguido.

Gerd se rascó la barbilla.

—No es que sea demasiado concreta. No te dice el lugar exacto ni si todavía siguen aquí.

—Correcto. La información que los gremios o agentes consiguen rara vez suele ser exacta o la que uno desearía. La vida no es tan fácil. Las respuestas no vuelan a encontrarse con uno.

—Ya, me imagino.

—Sin embargo, esta información es sustancial. Nos indica que estuvieron aquí, y si averiguamos el motivo podríamos acercarnos a nuestro objetivo.

—El dragón inmortal…

—Eso es, debemos detenerlo. No puede reencarnarse. Ese es nuestro cometido principal. Hay que impedirlo como sea.

—¿Y si lo ha hecho ya?

—Tengo la sensación de que no será fácil. Por lo que he leído sobre este tema, el proceso para reencarnar a un espíritu es muy complejo y requiere tiempo para lograr todo lo necesario para hacerlo. Por supuesto, lo que he leído no habla de dragones en concreto y hay muy poca información que pueda ser verificable, por no decir nada, por lo que no puedo generar una teoría concreta en este momento. De hecho, la información que tengo puede ser falsa, derivada de una imaginación portentosa.

—Pero de ser algo cierto, crees que no será sencillo y que les llevará tiempo lograrlo, ¿no?

—Sí, eso creo, aunque como te digo es pura especulación.

—Pues con eso es suficiente para mí. Investiguemos y encontremos la pista que nos lleve hasta el orbe antes de que se reencarne.

—Ese es el espíritu —Egil le dio una palmada a Gerd en la espalda y avanzó calle abajo. El grandullón le siguió al instante.

Siguieron por una calle al oeste y luego tomaron otra al este, siempre en dirección norte, hasta llegar a una zona que no habían investigado de noche. No era una zona de tabernas o con tiendas, sino de fraguas y talleres de forja, por lo que no había mucho movimiento nocturno. La fauna noctámbula estaba más al sur en las zonas de comercio y tabernas. Alcanzaron una plaza con una fuente y un abrevadero grande para las mulas de trabajo desierta a aquellas horas de la noche.

Se situaron en ambas esquinas de la plaza, Egil al este y Gerd al oeste, se agazaparon y se escondieron. Gerd se situó tras una carreta de carga que descansaba vacía frente a un taller y Egil detrás de unas grandes cajas para transportar material. La plaza estaba desierta. Dos de los edificios al norte y este de la misma eran talleres para trabajar el metal y no se pondrían en funcionamiento hasta llegar el amanecer. Trabajar metal de noche con poca iluminación resultaba peligroso y, por lo general, solo se realizaba cuando había algún pedido muy importante para un noble de la corte.

Gerd se situó de forma que pudiera ver bien la plaza y dos calles que conducían a ella. Sabía que sería una larga noche, pues las noches anteriores también habían salido a investigar y no habían conseguido nada. Al no disponer de información precisa sobre Viggen ni sus Defensores se veían obligados a intentar encontrarlos se escondieran donde se escondiesen.

La noche fue transcurriendo tranquila. Gerd levantó la cabeza para ver si distinguía a Egil, pero su compañero estaba bien oculto y no pudo verlo. Cambió de postura, se le estaba durmiendo una pierna.

Nada peor que una pierna dormida cuando se daba la alarma. Uno no podía ponerse en pie y con las prisas se podía ir al suelo. Además, en su condición, lo último que necesitaba era una pierna inservible. Bastantes problemas tenía él ya para mantener el equilibrio, como para añadir otro.

Una persona apareció por una de las dos calles que estaba vigilando. Había poca luz y no podía verle la cara. Lo único que distinguió era que vestía ropajes de trabajo de las fraguas, nada fuera de lo ordinario. Lo siguió con la mirada mientras el trabajador del metal cruzaba la calle y se dirigía a un edificio al final de la plaza. Lo más probable es que fuera a preparar el trabajo de los operarios que entraban de mañana o a reparar alguna caldera o herramienta que necesitaran.

Gerd no le dio mayor importancia y se relajó. Algún que otro trabajador de los hornos siempre cruzaba la ciudad de noche para llegar a las fraguas o talleres de forja, no era extraño. Se volvió a situar para seguir observando sin apoyar peso sobre la pierna, que se le acababa de despertar. Se colocó lo más cómodo que pudo, se arrebujó y siguió vigilando. Recordó lo que Egil le había dicho sobre las vigilancias: “la mayoría eran infructuosas, pero con que una diera fruto, todo el esfuerzo realizado valdría la pena”. Se animó pensando en ello. Tarde o temprano encontrarían algo.

Transcurrió un buen rato y una nueva figura a apareció cruzando la calle. Gerd estiró el cuello para ver quién era. Lo observó con ojos entrecerrados. Era otro trabajador de fragua que con ropa sucia y cara larga se dirigía a trabajar. Gerd se encogió de hombros, no parecía que fueran a descubrir nada aquella noche tampoco. Estiró la espalda lo que pudo hasta que hizo un pequeño crujido. Se sintió algo mejor.

La noche pasaba lenta y nada que fuera de interés sucedía. Una tercera figura apareció en la plaza proveniente de una calle del este que vigilaba Egil. Gerd no lo podía ver bien porque estaba demasiado oscuro. Pasó cerca de donde se escondía su amigo, por lo que si había algo de lo que preocuparse Egil se encargaría de señalarlo. Se quedó mirando la posición de Egil. No creía que nada fuera a ocurrir, pero un buen Guardabosques siempre estaba atento.

De pronto escuchó una lechuza, solo que por la forma de su ulular no era tal, era el aviso de Egil. Algo ocurría. Gerd se puso en pie y observó en cuclillas por el lateral del carro tras el que se escondía. Vislumbró el brazo de Egil, que le hacía una seña para que fuera a su posición. Gerd salió corriendo hacia donde Egil se escondía y cruzó la plaza tan rápido como pudo agachado para no dejarse ver demasiado.

—¿Qué sucede? —preguntó a Egil en un susurro cuando llegó junto a él.

—Ese hombre, me ha parecido sospechoso —dijo Egil señalando a la figura que se alejaba hacia el norte por una calle menor.

Gerd entrecerró los ojos y lo observó alejarse. Por la espalda no pudo verle el rostro, pero distinguió que vestía ropajes de trabajador de fragua.

—¿Ese? A mí me parece un trabajador del metal. Ya han pasado dos antes que él.

—Sí, pero en este he visto un detalle singular.

—¿Qué detalle? —Gerd observaba la figura alejarse sin ver nada extraño o llamativo en él.

—Las botas.

—¿No eran botas reforzadas de trabajador del metal?

—Primordial, mi querido y gran amigo.

Gerd sonrió.

—No has podido aguantarte, ¿eh?

—Es una frase que me gusta decir —sonrió Egil y se encogió de hombros.

—¿Le seguimos?

—Sí, ya hay bastante distancia. No debería de vernos.

—De acuerdo. ¿Crees que es uno de los Defensores?

Egil puso cara de no estar seguro.

—Puede que no sea más que un ladrón o quizá un chatarrero en busca de despojos. En cualquier caso, debemos investigarlo porque representa una anomalía.

—Pues vamos —Gerd comenzó a seguir a la figura ocultándose entre la oscuridad que proporcionaba una alta pared a la izquierda de la callejuela por la que subía el individuo. Egil lo siguió escondiéndose tras el enorme cuerpo de su amigo. Ninguno de los dos era muy bueno en escabullirse entre las sombras, como Astrid o Viggo, pero se las arreglaban. El hecho de que en aquella zona no hubiera faroles ni fuegos alumbrando las calles ayudaba. Las zonas de trabajo y las calles entre talleres y fraguas estaban poco cuidadas y no requerían de luces nocturnas.

Siguieron a la figura hasta el final de la calle. Al llegar descubrieron un gran descampado y en medio los edificios inconfundibles de una gran fragua y dos talleres de forja también de gran tamaño. De una chimenea alta de la fragua aún salía humo negro, aunque ya muy poco. Los grandes hornos estaban apagados. Los tres edificios eran rectangulares y estaban construidos con resistente roca.

La figura entró en la fragua por una puerta lateral. Gerd y Egil, que observaban agachados contra la pared al final de la calle, se miraron.

—Hay que averiguar qué ocurre ahí dentro —le dijo Egil a Gerd.

—Es una fragua, yo creo que te has equivocado y no es más que un trabajador que va a hacer su turno. Quizá le toque encender los hornos o algo.

—Puede ser, pero me quedo más tranquilo si nos aseguramos.

—Como quieras, pero que sepas que las investigaciones nocturnas me abren el apetito.

—Tu apetito nunca cierra —sonrió Egil.

—Eso también es verdad —le dio la razón Gerd con otra sonrisa.

Se acercaron con cuidado y en silencio a la entrada por la que había accedido el trabajador. Se situaron a ambos lados de la puerta con las espaldas junto a la pared y escucharon por si oían algún sonido que pudiera ser preocupante. Del interior de la fragua provenía un ruido rítmico y descompasado.

—¿Golpes a destiempo? —preguntó Gerd en un susurro.

—Yo diría que son varios martillos golpeando a diferentes cadencias —dedujo Egil después de escuchar un rato el sonido.

Gerd asintió.

—¿Entramos?

—Con mucho cuidado —advirtió Egil, que se colocó el arco y la aljaba en el sitio que debían ir por si acaso.

—De acuerdo —dijo Gerd que hizo lo mismo y se llevó las manos a su cuchillo y hacha corta, como cerciorándose de que estaba allí.

Egil miró al interior por la cerradura.

—Hay luz al fondo, en un piso inferior —explicó a Gerd—. No veo vigías.

—Entremos —dijo Gerd.

Egil accionó la puerta esperando encontrarla cerrada. Sin embargo, estaba abierta.

—Extraño… —murmuró Gerd según la atravesaban.

—No esperan a nadie o no están haciendo nada ilícito —razonó Egil al ver que la puerta estaba abierta.

Avanzaron un poco entrando en el edificio y se encontraron con que, en efecto, estaban en una gran fragua. Por lo que podían ver en la penumbra había grandes cantidades de materia amontonada a un lado formando una montaña que pronto descubrieron que era de carbón mineral. Gerd lo tocó para asegurarse.

Frente a la montaña de carbón encontraron sacos de otros compuestos y varias montañas más de mineral con trazas de metal en él. Se acercaron a inspeccionar pues solo había luz al fondo y la visibilidad era mínima. En efecto, habían descargado mineral traído de las minas de hierro y cobre y lo habían almacenado en varias pilas que se asemejaban a pequeñas montañas.

Algo más adelante se encontraron con tres grandes hornos, situados uno detrás del otro. Cada horno vertical era de un tamaño inconmensurable, de casi dos pisos de alto por media casa de ancho. Tenían una gran abertura frontal, como si de una descomunal boca cuadrada se tratara, como un monstruo de acero y fuego. Allí era donde se purificaba y se fundía el metal.

A los costados hallaron enormes fuelles del tamaño del tejado de una casa que se utilizaban para insuflar aire al horno y que el carbón ardiera y para mantener vivas las ascuas durante todo el día, que era lo que hacía falta para mantener la producción en aquella fragua.

Carros metálicos con ruedas de hierro descansaban sobre carriles cargados de material. Formaban una línea que iba desde los enormes montones de carbón y otras sustancias a los hornos. Los trabajadores transportaban el material hasta los grandes hornos tirando de ellos.

Lo sorprendente era el tamaño de toda aquella operación. Las montañas de materia prima, los enormes hornos, las cantidades de metal que se debían producir diariamente en aquel lugar debían ser importantes. De ahí las enormes columnas de humo que se veían al norte de la ciudad.

—Sigamos hacia la luz —susurró Egil a Gerd.

Caminaron muy despacio, en sigilo, y se dirigieron hacia la luz, y hacia el origen del repiqueteo de martillos que habían oído desde el exterior y que ahora sonaba mucho más claro. Todo a su alrededor estaba en penumbras y solo la luz del fondo de la fragua era discernible.

Llegaron al origen de la misma y se tiraron al suelo. Ante ellos, descubrieron un piso inferior, como si lo hubieran escarbado en la tierra para construir un sótano, solo que estaba todavía siendo construido. Vieron a una docena de hombres trabajando en aquel extraño sótano. Habían cavado un gran rectángulo de unas cinco varas de profundidad por veinte de amplitud extrayendo tierra y piedra. Dentro del área estaban los trabajadores que habían descendido con escaleras.

Al principio les constó ver qué era lo que aquellos hombres estaban haciendo allí abajo, pero al rato comprendieron que estaban forrando la mitad de la superficie del rectángulo con planchas metálicas,

creando dos divisiones. La izquierda estaba forrada de metal mate, probablemente acero, y la derecha de otro metal que parecía ser plata.

—¿Qué hacen? —preguntó Gerd en un susurro con expresión de no entender qué estaba sucediendo allí.

—He de confesar, grandullón, que no tengo la menor idea. Esto me deja muy desconcertado —contestó Egil también en un susurro.

—¿No esperabas ver algo así? Tú siempre tienes más o menos en mente lo que nos vamos a encontrar.

—Esta vez puedo decir, no sin cierta vergüenza, que estoy tan desconcertado como lo estás tú.

—Pues estamos apañados, entonces —Gerd se llevó la mano a la frente y negó con la cabeza.

En ese momento escucharon un ruido a sus espaldas.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó una voz desagradable tras ellos.

Egil y Gerd se volvieron en el suelo para encontrarse con cuatro hombres armados con espadas cortas y dagas que los miraban con caras adustas.

Egil miró a Gerd.

—Tenemos problemas —dijo con ojos muy abiertos.

Capítulo 18

Egil se puso en pie de un salto con la celeridad de un saltamontes y encaró a los cuatro hombres.

—Perdonad la intromisión, nos hemos perdido —respondió con cara de niño bueno—. Ahora mismo nos vamos.

Gerd comenzó a ponerse en pie. A diferencia de Egil, se percató de que iba a tardar más de lo que le hubiera gustado debido a sus problemas de equilibrio.

—¡Matadlos! —gritó el de la voz desagradable a sus secuaces.

—Os aseguro que la violencia no es para nada necesaria en esta situación. Podemos hablarlo con tranquilidad, no estamos haciendo nada ilegal —intentó calmarles Egil, que de reojo miraba cómo Gerd se ponía en pie.

—¡Nade de hablar! ¡Matadlos! —gritó de nuevo el que debía ser el jefe del grupo.

Dos de los hombres se adelantaron y fueron a por Egil, que los encaró. El tercero fue a por Gerd, que todavía no había recuperado la verticalidad y estaba teniendo problemas. Se desequilibró y tuvo que volver a agacharse para no irse al suelo.

Egil actuó de inmediato. Ya tenía sus armas en las manos y con un giro de cadera y un lanzamiento certero alcanzó al que se aproximaba a acuchillar a Gerd con el hacha corta de Guardabosques en plena cabeza. Lo golpeó con el canto y con suficiente fuerza para que sonara un "*clonc*" hueco. El secuaz se fue al suelo y quedó inconsciente antes de llegar hasta la espalda de Gerd.

La espada de uno de los dos vigilantes que atacaban a Egil buscó su cuello con un tajo circular anticipado por un grito de ataque. Egil echó la cabeza atrás lo suficiente para dejar la espada pasar frente a su cara. El segundo de los vigilantes le lanzó una estocada con la espada directa al corazón. Egil se puso de costado con la rapidez de un felino y, siendo tan delgado como era, el arma pasó paralela a su pecho mientras él aguantaba la respiración y encogía el costillar.

—¡Vamos, acabad con ellos! —gritó el líder.

Al oír los gritos, los trabajadores que estaban en la planta inferior, en el rectángulo escarbado en la tierra, comenzaron a salir subiendo por las escaleras. Las voces del combate arriba les habían alertado. Las

cosas se complicaban para Egil y Gerd.

Egil dio un rápido paso atrás antes de que sus atacantes volvieran a lanzar nuevos tajos y estocadas y con su mano derecha sacó un vial que llevaba en su cinturón especial. En la mano izquierda tenía su cuchillo de Guardabosques, con el que se defendía mostrándolo amenazante frente a su rostro.

Una daga fue directa a buscar su ojo izquierdo. Egil la bloqueó con su cuchillo apartando el brazo que la guiaba a un lado. Por el rabillo del ojo vio que el segundo vigía también le iba a atacar con su daga y Egil le lanzó el vial a la cara. Se escuchó cómo el vidrio se rompía y un gas morado rodeó la cara del atacante.

—¿Qué es esto? —preguntó desconcertado con ojos muy abiertos dando dos pasos llenos de terror hacia un lado.

Egil dio otro paso atrás para salir del alcance de la espada del otro vigía.

—Es Sueño de Violeta, una variación especial del Sueño de Verano que yo mismo he desarrollado —dijo Egil orgulloso—. Tengo alma de alquimista.

—¡Te voy a matar por lanzarme esta porquería a la cara!

Egil dio otro paso lateral, esta vez más amplio.

—Lo dudo mucho. No creo que puedas hacer gran cosa, aunque lo intentes.

El vigía avanzó un paso hacia Egil y cayó al suelo de bruces sin sentido.

—¿Pero qué…? —exclamó el otro atacante desconcertado y se lanzó a partir a Egil en dos con un golpe de mandoble.

En ese momento Gerd, que ya estaba en posición vertical, se volvió y soltó una tremenda patada al vigía, que salió despedido y cayó al piso de abajo en medio de un grito desaforado de desesperación. El sonido del cuerpo golpeando el suelo dos pisos por debajo fue un tanto grotesco.

—Me alegro de que hayas recuperado la verticalidad —sonrió Egil a Gerd.

—Perdona, me cuesta un poco más que antes… bastante más que antes. Ha sido desafortunado…

—No hay nada que perdonar —sonrió Egil.

—¡Os voy a matar! —gritó el líder y se lanzó a la carga con la espada alzada.

—Te importa… —dijo Egil a Gerd señalando al atacante.

Gerd se giró y lo encaró. Bloqueó la espada con su cuchillo y acto

seguido le soltó un tremendo directo a la nariz con el puño sujetando el hacha. El líder vigía cayó de espaldas sin sentido con la nariz rota.

—Ese no se levantará en dos o tres días —dijo Gerd.

—Vaya fuerza, casi lo había olvidado. De poco no le arrancas la cabeza con ese derechazo.

—Mi fuerza física, por fortuna, no se ha visto afectada por mis problemas…

—Me alegra que así sea. Cuidado, no te acerques al gas lila o te desvanecerás —advirtió Egil.

—Tranquilo, todavía recuerdo mis clases de Naturaleza. Puedo reconocer Sueño de Verano o algo similar cuando lo veo.

Egil sonrió.

—Fantástico.

—¿Quiénes eran estos? —preguntó Gerd arrodillándose junto a líder para examinarlo.

Egil se acercó y también se agachó a inspeccionarlo. Luego, con rapidez, examinó y registró al resto.

—Son vigías de pago.

—¿No son Defensores? —preguntó Gerd con tono de desilusión.

Egil negó con la cabeza con mueca de disgusto.

—No, no son de la Congregación de Defensores de la Sangre Verdadera.

—Lástima, pensaba que habíamos encontrado algo.

—Yo también.

—Vienen los de abajo —dijo Gerd señalando al grupo que ya había subido hasta arriba y se aproximaba a la carga con espadas y dagas en la mano.

—Será mejor que nos preparemos. Estos vienen a por nosotros… Lo cual no tiene mucho sentido si solo son trabajadores…

—Quizá sean algo más que eso —dijo Gerd encogiéndose de hombros y se preparó para hacerles frente. Sacó su arco y puso una flecha en él. Egil hizo lo propio. Los dos compañeros levantaron el arco casi al mismo tiempo. Once hombres llegaban a la carrera en silencio y con la mirada fija en ellos dos. No traían buenas intenciones.

—Cuento once, me falta uno —le dijo Gerd a Egil.

—Visto. Uno se da a la fuga por la parte de atrás del edificio —informó Egil, que lo había localizado.

Sin que tuvieran siquiera que hablarlo los dos calcularon la

distancia mínima para que les diera tiempo a realizar dos tiros. En cuanto los primeros dos atacantes alcanzaron la distancia idónea, Egil y Gerd tiraron. No necesitaron ponerse de acuerdo, eligieron el blanco más fácil. Egil tiró sobre el que corría más a la izquierda y Gerd sobre el que corría más a la derecha.

Los dos atacantes recibieron las flechas en el torso y se fueron al suelo entre gemidos de dolor. Egil y Gerd volvieron a poner una flecha en la cuerda del arco, levantaron el brazo, llevaron la cuerda hasta la nariz, apuntaron y soltaron justo en el último momento. Otros dos de los asaltantes cayeron al suelo con flechas en sus torsos.

—Quedan siete —le dijo Gerd a Egil.

—No da tiempo a volver a tirar —avisó este último al ver que se acercaban a la carrera blandiendo sus armas.

Gerd dejó caer su arco y empuñó hacha y cuchillo. Egil sacó el cuchillo con su mano izquierda y con la derecha sacó otro vial de su cinturón especial de Guardabosques. Echó la mano atrás y lanzó el vial contra el primero de los asaltantes, que ya estaba muy cerca. El contenedor se rompió contra su brazo y una nube verdosa envolvió al asaltante y al que corría junto a él. Dieron tres pasos más y, antes de llegar hasta Egil y Gerd, se derrumbaron en el suelo entre grandes arcadas, llevándose las manos al estómago con expresión de que se les salía la tripa por la boca.

—Ya me contarás qué es eso —le dijo Gerd a Egil.

—Otro de mis preparados alquímicos. Una preciosidad, Envenenamiento Verde.

—Ya veo lo mucho que están disfrutando —dijo Gerd, que observaba con horror cómo los dos hombres seguían devolviendo y retorciéndose por el suelo con las manos en el estómago.

Egil sonrió y se encogió de hombros.

Los primeros tres atacantes llegaron hasta ellos. Uno fue directo a por Egil y los otros dos a por Gerd. Egil dio un brinco hacia atrás para ponerse fuera del alcance del tajo horizontal a su estómago que el atacante le soltó.

Gerd bloqueó la espada del primer asaltante con su hacha corta y le soltó una tremenda patada al estómago que le hizo doblarse en dos. Gerd fue a rematarlo, pero vio la espada del otro buscar su cuello, por lo que se vio obligado a defenderse. Desvió el arma con su cuchillo y antes de que su oponente pudiera reaccionar le soltó una patada a la entrepierna con gran fuerza en un movimiento aprendido.

—Enseñanzas de Viggo —le dijo Gerd a Egil, que lo miraba con expresión de no reconocer aquel golpe bajo como uno de los que habían aprendido, mientras se retrasaba aún más esquivando un

ataque frenético de su contrincante.

Gerd no pudo rematar a los dos que había dejado tocados pues otro más se le vino encima soltando tajos cruzados con espada y daga. Gerd dio un paso atrás para evitar ser cortado y luego soltó un hachazo que alcanzó la espada de su contrincante. El arma se fue al suelo. De inmediato, este le atacó con su daga e intentó clavársela en el rostro. Gerd bloqueó hacia arriba con su cuchillo y le dio un tremendo cabezazo en la nariz. El asaltante dejó caer su daga y se llevó las manos a la cara. Gerd aprovechó para dejarlo fuera de combate con un tremendo codazo en la sien.

Egil se defendía del ataque de dos contrincantes. Su defensa consistía en bloquear o desplazarse fuera del área de alcance de las armas enemigas. Lasgol le había enseñado aquella técnica, que funcionaba muy bien cuando lo que querías era no ser alcanzado y no tanto acabar con el enemigo. Egil los estaba distrayendo hasta que llegara quien en realidad se encargaría de ellos.

Gerd se acercó a la carrera a su espalda, cogió a uno de los dos por la solapa y lo lanzó contra el otro. Los dos hombres se fueron al suelo y rodaron entre la suciedad del mismo. Se fueron a levantar, pero Gerd cogió a uno de los que había dejado fuera de combate y lo lanzó contra los otros como si fuera un monigote. Los tres cayeron abajo y se estrellaron contra el fondo del enorme foso rectangular que habían cavado. Desde arriba y con la profundidad del foso se habrían roto varios huesos, si no la espalda.

—Gracias, grandullón.

—De nada, es siempre un placer —Gerd miró alrededor y vio que no quedaba nadie en pie. El peligro parecía haber pasado.

—Desde luego has estado trabajando tu fuerza.

—Un poco, sí, ya que el equilibrio no podía.

—Se nota —asintió Egil.

—¿Ahora qué? —preguntó Gerd.

—Ahora interrogaremos a este —dijo Egil señalando a uno de los asaltantes, que se retorcía de dolor en el suelo.

—Muy bien —Gerd se acercó hasta el desdichado y lo levantó del suelo tirando de su pechera con las dos manos. Lo levantó por encima de su cabeza, por lo que le quedaron los pies colgando a un palmo del suelo.

Egil lo examinó con cuidado. Estudió sus ropajes, su aspecto, las armas que portaba que estaban tiradas en el suelo, y lo registró mientras Gerd lo mantenía en el aire.

—Este es un Defensor —asintió Egil.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Gerd muy contento de haber encontrado a uno de ellos.

—Yo no… soy nadie —balbuceó el hombre.

—Bájalo, por favor. Charlemos con nuestro amigo de manera civilizada.

—No tengo nada que deciros —murmuró el hombre.

Gerd lo dejó caer y el hombre mantuvo el equilibrio con dificultad.

—Solo queremos hablar un poco. Tenemos muchas preguntas que hacerte.

—¡No os diré nada!

Gerd le propinó un puñetazo en el estómago y el hombre se dobló de dolor.

—Será mejor que hables o te arrojo al foso de cabeza.

—No… diré… sangre impura.

—Creo que nos considera de sangre impura. Qué curioso. ¿Por qué dices eso? —preguntó Egil con tono de estar interesado.

—Vosotros… no sois… de la sangre verdadera.

Egil y Gerd se miraron. Era curioso que se refirieran a ellos así.

—¿No lo somos? —preguntó Egil.

—No…

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Egil al prisionero, que estaba ahora sentado en el suelo. Gerd estaba a su espalda y tenía sus grandes manos sobre los hombros, sujetándolo firme.

—Lo sé.

—Lo encuentro singular pues nosotros no sabemos si lo somos o no. ¿Verdad, Gerd?

—No, no lo sabemos. Yo me siento bastante verdadero. Quizá sí lo sea.

—No lo sois. El Defensor Primero lo sabe y nos ha prevenido contra los Guardabosques de falsa sangre que intentarán detenernos.

—Esos debemos de ser nosotros —razonó Gerd.

—Sin duda. ¿Qué os ha dicho el Defensor Primero?

—No hablaré —dijo el prisionero y negó con fuerza.

—Solo queremos saber qué os dijo Viggen sobre nosotros —dijo Egil.

Al oír el nombre de Viggen el prisionero abrió mucho los ojos.

—Que intentaríais detener nuestra obra sagrada.

—¿Cuál es esa obra y qué tiene que ver con este lugar? ¿Qué es lo

que estáis haciendo en esta fragua? —interrogó Egil.

—No puedo revelar nuestro propósito. No lo haré.

—Pues te lanzaré al foso de abajo, y son dos pisos de caída libre —amenazó Gerd apretando con fuerza sus manos sobre los hombros del prisionero.

—No… me importa morir… Es por una causa sagrada… —balbuceó en medio del dolor.

Gerd miró a Egil y enarcó una ceja. No parecía que fuera a hablar.

—¿Por qué estáis forrando ese foso rectangular con acero y plata? ¿Con qué fin? ¿Qué perseguís?

—Desconozco el fin. Solo cumplo el propósito que me ha encomendado mi señor.

—¿Te ha encomendado construir ese foso en la fragua? ¿Para qué? —insistió Egil buscando que le respondiera.

—Solo sigo los designios del Defensor Primero.

—Egil, esos dos comienzan a recuperarse —avisó Gerd con un gesto hacia los dos que Egil había dejado fuera de combate con su preparado.

—Vigílalos, yo me ocupo de este —dijo Egil.

—Está bien —Gerd se dirigió hacia los dos Defensores que intentaban ponerse en pie.

—Necesito saber cuál es el propósito de ese foso —insistió Egil amenazando al Defensor con su cuchillo.

—No te lo diré. No hablaré.

—En ese caso me veré obligado a usar métodos más agresivos —amenazó Egil entrecerrando los ojos.

El Defensor se puso en pie de un brinco y golpeó a Egil con la cabeza en el estómago dejándolo sin aire y provocando que se doblara.

—¡Egil! —exclamó Gerd, que se dio la vuelta y corrió a ayudarle.

El Defensor que Egil estaba interrogando cogió su daga, pero en lugar de atacar a Egil, echó a correr. Llegó al borde, miró a Egil y luego al foso. Cerró los ojos y con las dos manos se clavó la daga en el corazón. Cayó al foso y se estrelló contra el fondo. Murió acto seguido.

—¡Pero qué demontres…! —Gerd miró atónito—. ¿Por qué se ha quitado la vida? ¡Qué locura!

Los otros dos Defensores intoxicados se habían recuperado. Miraron a Gerd y a Egil y echaron a correr hacia la salida como una exhalación.

—¡Escapan! —señaló Egil, que no podía correr. No había

recuperado la respiración.

—¡Voy tras ellos! —dijo Gerd y salió a la carrera.

Egil respiró profundamente varias veces hasta recuperar del todo el aire que le faltaba. Había sido un golpe inesperado y esos tenían doble repercusión: la del impacto del golpe y la de la sorpresa. Buscó si quedaba alguien con vida. Los del foso habían logrado huir a rastras por la puerta trasera de la fragua, a excepción del desdichado que se había quitado la vida.

Egil lamentó que no quedara nadie más a quien interrogar. Mientras esperaba a Gerd inspeccionó los cuerpos de los otros trabajadores y pudo comprobar, tal y como sospechaba, que eran Defensores.

Se puso a registrar los cuerpos para ver si llevaban una nota, instrucciones… algo que pudiera ayudarle a entender lo que estaban haciendo allí. Todo lo que encontró fue algo de oro y pañuelos para cubrirse la boca y la nariz, probablemente cuando trabajaban en los hornos.

Observó la fragua y tuvo la sensación de que aquella era una operación de envergadura. Viggen y sus Defensores estaban manejando una fragua de las grandes con capacidad de producir mucho acero. ¿Acaso estaban preparándose para producir grandes cantidades de armas? ¿Iban a iniciar una rebelión armada? ¿Cómo? ¿Con que ejército? Los Defensores tenían bastantes adeptos, por lo que había presenciado Egil, pero no tantos como para una revuelta. ¿Quizás uniendo a los Visionarios a su grupo? Aun así, los Visionarios tenían un grupo grande de partidarios, pero no eran suficientes para tomar control de una región y mucho menos de Norghana.

Observó las montañas de mineral y los carros cargados y listos para alimentar los grandes hornos. Si producían acero tenía que ser para espadas, cuchillos, hachas y armaduras. Sin embargo, también estaban forrando de acero aquel extraño foso. Egil no conseguía deducir lo que estaba pasando allí.

—Me falta información… —murmuró entre dientes.

Gerd apareció a la carrera con sus extraños andares. Llegó hasta Egil.

—Lo siento… se me han escapado… —se lamentó mientras intentaba coger aliento.

—No te preocupes, no creo que nos hubieran aportado información. Solo siguen órdenes, no saben lo que está sucediendo aquí.

—Me da rabia… antes no se me hubieran escapado —se lamentó Gerd con los brazos en jarras y doblado hacia delante.

—La vida nos pone todo tipo de dificultades. Cómo las afrontemos y las superemos está en nuestras manos. No te preocupes, lo estás haciendo fenomenal.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—Primordial —sonrió Egil de oreja a oreja.

Gerd no pudo más que sonreír.

—Mira que te gusta la palabrita…

—Y a ti que la diga —sonrió Egil.

Aguardaron un momento a que Gerd estuviera repuesto.

—Se nos han escapado dos.

—Se han escapado tres. Recuerda el último que llegó, el de las sandalias en lugar de botas —dijo Egil a Gerd.

—Cierto. Irán a avisar a Viggen y a los suyos de que estamos aquí. Tal vez vengan con refuerzos, puede ser peligroso.

—No creo.

—¿No? Vendrán a recuperar este lugar, han invertido tiempo en cavar y forrar ese foso enorme de ahí abajo. Por no mencionar toda esta fragua que están operando.

Egil asintió pensativo.

—Viggen es muy listo y sabe que lo hemos descubierto. No vendrá. Abandonará este sitio, se desprenderá de él para que no podamos cazarlo. Si viniera y se enfrentara a nosotros y a nuestros compañeros sabe que podría perder. No se arriesgará y mucho menos sabiendo lo importante que es para ellos lo que están haciendo.

—Ya, a estos tontitos no les importa perder la vida. Eso me desconcierta. La vida no se puede regalar así como así. Es de locos.

—Muy cierto. Sin embargo, estas personas tienen ideologías fanáticas. Harán cuanto sus líderes les ordenen, sin importarles si pierden la vida en ello —explicó Egil—. En verdad que es una desgracia.

—No solo una desgracia, es terrible —se lamentó Gerd.

—Nunca he entendido cómo se puede llegar a pensar así, qué lleva a la mente de una persona a actuar de esa forma —comentó Egil con tono de pesar.

Capítulo 19

La instrucción mágica avanzaba a buen ritmo, o eso les decía Eicewald para animarlos. Lasgol estaba algo preocupado pues seguía teniendo problemas y, aunque comprendía que se debía a la dificultad intrínseca de mejorar el nivel mágico, no podía evitar sentir que no era el más dotado de entre los que habían sido bendecidos con el Don. Camu, por el contrario, sí parecía tener más facilidades que él para la magia, cosa de la que se alegraba en el alma.

—Ahora que ya conocemos el nivel de poder mágico que tenemos, es hora de aprender a mejorarlo para poder alcanzar niveles superiores y con ellos nuevos grados mágicos —comunicó Eicewald aquella mañana en la tienda de entrenamiento.

—Perfecto. Estoy deseando aprender —dijo Lasgol, al tiempo que se daba ánimos a sí mismo.

«Yo muy preparado» transmitió Camu.

—¡Cómo no! —sonrió Eicewald, que acarició la cabeza crestada de Camu.

—Tu ayuda para mejorar el nivel es algo que a los dos nos interesa mucho —aseguró Lasgol.

Eicewald les indicó que se sentaran. Como era costumbre ya, Lasgol y Eicewald se sentaron en el suelo uno frente al otro, Camu se echó flanqueando a ambos y Ona se fue a descansar el fondo de la tienda.

—Hay cinco factores principales que afectan en el avance de nivel. En realidad, hay bastantes más, pero son materias muy avanzadas para explicarlas ahora. Los que os voy a enseñar son los cinco factores básicos que debéis aprender, memorizar y recordar siempre.

«Nosotros aprender» aseguró Camu.

—El primer factor que afecta en la mejora de nivel mágico es lo que se conoce como Uso Mágico.

Camu y Lasgol intercambiaron una mirada de no estar muy seguros de qué significaba aquello.

—¿Te refieres a hacer uso de nuestra magia? —preguntó Lasgol intentando entender.

—En efecto. El Uso Mágico implica que el propio uso de la magia

ayuda a mejorarla y con ello a subir de nivel. Es decir, cuanto más se usa la magia, más se mejora en su dominio.

—Siempre había creído que utilizar demasiado la magia era malo... —comentó Lasgol algo contrariado.

—Esa es una creencia extendida y natural. Se debe a que al utilizar mucho nuestra magia nos extenuamos al ir agotando nuestro pozo de energía interior, podemos caer inconscientes y en casos graves hasta morir. Pero en realidad lo que ocurre es lo contrario, cuanto más la utilizamos, más fácil nos resulta usarla.

«Yo usar mucho. Yo camuflado mucho».

—Pues eso está muy bien. Cuanto más uses tu magia, antes subirás de nivel y terminarás alcanzando un nuevo grado. Lo debes hacer siempre con cuidado de no agotar toda tu reserva de energía porque caerás extenuado y eso es malo, y contraproducente.

«Yo entender. Usar magia. No acabar energía».

—Eso es. Lo has entendido muy bien —sonrió Eicewald.

«Yo muy listo» levantó la cabeza Camu orgulloso.

Lasgol resopló y dejó salir una larga bocanada de aire.

—El Uso Mágico es utilizado por todas las escuelas de magia, por todos los tutores mágicos y por cualquier Maestro de hechicería o chamán que quiera enseñar a un pupilo. Esto se debe a que es la forma más fácil de mejorar. Solo hay que usar y usar la magia y poco a poco se va subiendo de nivel. Es parecido a cómo los soldados entrenan dando tajos y estocadas con sus espadas. Lo hacen siempre igual, miles de veces y lo que consiguen con eso es que sus tajos y estocadas sean cada vez mejores, más certeros y potentes.

—Ahora lo entiendo del todo —dijo Lasgol—. Si ese es el caso, con repetir y repetir el mismo conjuro o habilidad, llegaríamos al grado máximo. ¿Por qué me da la sensación de que hay un ‘pero’?

«Sí, ¿qué ‘pero’?» preguntó Camu, que también intuía que habría un problema, pues parecía demasiado fácil.

Eicewald sonrió.

—En verdad sois muy listos. Hay un ‘pero’, que el avance es muy lento y agotador. Repetir un ejercicio, un conjuro o una habilidad hasta la saciedad ayuda a mejorar, pero lo hace de forma lenta y resulta muy repetitivo.

—Eso lo puedo maginar —dijo Lasgol.

«Muy aburrido» se pronunció Camu.

—Sin embargo, os aseguro que se logran avances. Si no hay otro camino a mano este os ayudará. Solo tenéis que realizar cientos de conjuros o invocaciones y poco a poco iréis mejorando. También os

aconsejo usar la magia cuanto más podáis en la vida real. Eso os ayudara sin daros cuenta, pues sin quererlo y sin utilizar métodos tan repetitivos, lograréis ir subiendo.

«Gente no gustar magia».

—Cierto, Camu. Debéis usar la magia lo más posible en la vida real, pero también tenéis que equilibrarlo con el hecho inequívoco de que la mayoría de la gente teme la magia y veros practicándola puede crear situaciones de confrontación o, al menos, incómodas.

—Debemos buscar un equilibrio entre usar la magia siempre que podamos y no crear situaciones conflictivas con quienes nos rodean —dijo Lasgol razonando la problemática.

«Ser difícil».

—Lo es, pero recordad siempre que utilizar la magia os ayuda a ir mejorando en ella. Intentad hacerlo —aconsejó Eicewald.

—Lo intentaremos —asintió Lasgol que tenía serias dudas de cómo iban a equilibrar hacer magia con las situaciones en las que solían verse envueltos.

Eicewald asintió una vez mirando a sus dos pupilos.

—El segundo factor que afecta al desarrollo del nivel mágico es la Creación Mágica.

Lasgol y Camu ya conocían el concepto y habían estado trabajando en ello, así que se animaron y sonrieron.

—La conocemos bien —dijo Lasgol animando al mago a continuar con la explicación.

—La Creación Mágica, que ya os expliqué y que consiste en crear nuevas habilidades, también influye en el desarrollo del nivel mágico de una persona o ser.

—Nosotros estamos intentando crear nuevas habilidades, ¿eso ayuda a que subamos de nivel? —quiso saber Lasgol, pues pasaban mucho tiempo intentándolo sin mucha suerte. Quizás el esfuerzo y el tiempo invertido no fuese en vano.

—Solo si la creación se produce —dijo Eicewald.

«No justo» se quejó Camu poniendo expresión de no estar contento.

—Entonces, si no conseguimos crear una nueva habilidad o conjuro, ¿no conseguiremos subir de nivel? ¿Todo el esfuerzo y tiempo se pierden?

—Yo no diría que se pierden, pues cuanto más se esfuerza uno en mejorar en cualquier faceta, más lejos llega. Por lo tanto, el esfuerzo no se pierde, no es inútil, ayuda a ser capaz de crear una nueva habilidad con mayor facilidad en el futuro. Un herrero mejora su nivel de artesano con cada golpe de martillo sobre el yunque. No siempre va

a forjar espadas o armaduras excepcionales, pero en algunas ocasiones lo hace. Sin embargo, sin esos martillazos y un duro trabajo durante años, nunca lo conseguiría.

—Lo entiendo. Es solo que es un tanto frustrante cuando no se consigue… y ver que tampoco ayuda a progresar en el nivel mágico…

—Piénsalo de esta forma, Lasgol, cuanto más te esfuerces menos te costará crear una nueva habilidad. Al principio el precio del aprendizaje es alto, pero al final los frutos de ese aprendizaje te proporcionarán mejores creaciones y un avance más rápido en tu progresión como mago.

Lasgol asintió y se quedó reflexionando sobre las palabras de Eicewald, que tenían todo el sentido del mundo. Tener un mentor como él que les explicaba los conceptos de forma tan clara y con ejemplos tan buenos era todo un lujo que Lasgol apreciaba de corazón.

«Trabajar, ganar».

—Así es, Camu. Quien trabaja duro y con determinación alcanza sus metas. Quien no, no llega nunca a nada en la vida. Sea en el ámbito que sea —explicó Eicewald.

«Yo mucho trabajar».

—No lo dudo.

—Con todo lo determinado que es —dijo Lasgol no usando la palabra cabezón, que era lo que realmente estaba pensando—, seguro que lo consigue.

—El tercer factor que afecta al avance mágico es la Ampliación Mágica. Este concepto también lo conocéis. Las habilidades se pueden ampliar y, cuando se consigue, también influye en el avance mágico. Cuanto más consigáis ampliar vuestras habilidades más rápido alcanzareis el siguiente nivel.

—Eso lo entendemos —dijo Lasgol al ver que Camu asentía con la cabeza.

«Tener sentido. Más ampliación, más nivel».

—Muy bien explicado, Camu —dijo Eicewald—. En realidad, lo que estáis consiguiendo al usar el Principio de Ampliación Mágica es no solo usar la magia sino incrementar su poder.

—¿Se consigue avanzar más o menos que con el Uso Mágico? —preguntó Lasgol interesado.

—Más. Con el Uso Mágico se avanza en pequeños incrementos continuados. Con la Ampliación Mágica se consiguen incrementos mayores, pero mucho menos constantes pues se da mucho menos.

«Entender» transmitió Camu.

—Muy bien, continuemos. El cuarto factor que afecta es el del

Poder Mágico. Cuanto más poderosas sean vuestras habilidades y conjuros, más rápido alcanzareis el siguiente nivel y grado.

—Es natural —convino Lasgol.

«Mucho natural» estuvo de acuerdo Camu.

—En efecto. Este factor es el más fácil de entender pues está directamente relacionado. A mayor poder en la magia que se es capaz de hacer, mayor nivel mágico. También funciona de la manera inversa y esto es importante que lo entendáis. Cuanto se alcanza un nuevo nivel la magia que hasta ese momento se ha utilizado genera habilidades y conjuros algo más poderosos. Cuando se alcanza un nuevo grado, este salto es todavía mayor y todas las habilidades y conjuros se ven afectados y se vuelven más poderosos.

«Muy estupendo».

—Debe ser fantástico, yo nunca he notado nada… Bueno, no he sido consciente de subir niveles ni de alcanzar grados —confesó Lasgol con timidez.

—Sin embargo, estoy seguro de que te has ido dando cuenta de cómo tus habilidades eran mejores con el paso del tiempo.

—Eso sí… Algunas las he sentido crecer, no sé si ese es el término correcto…

—Puedes pensar en crecimiento, pero el que crece eres tú a nivel mágico y eso se ve reflejado en tus habilidades. Por ello te parece que han crecido, si bien lo que ocurre en general es que son más poderosas.

—Ya veo… —Lasgol meditó sobre lo que le decía el mago.

«Yo crecer pronto» transmitió Camu.

—La impaciencia no es un buen aliado en el largo camino del aprendizaje mágico —dijo Eicewald—. Es mucho más productivo y efectivo ser comedido y paciente. La vida es larga, más en tu caso, debes tomarte las cosas con calma e ir poco a poco.

«Poco a poco aburrido».

—Lo es, pero es seguro y una de las principales cosas que hay que tener en cuenta en la magia es el peligro que se corre. Ya os he advertido que la magia es peligrosa, debéis entenderlo y asimilarlo. Las prisas suelen producir terribles resultados no solo para el que las tiene si no para los que van con él.

—Sabemos de los peligros de la magia, no nos precipitaremos —aseguró Lasgol a Eicewald.

«No correr» confirmó Camu.

—Muy bien. Sigamos. El quinto factor que influye de forma directa en la progresión mágica es el Aprendizaje Mágico. Todo tomo de

magia que leáis, todo manual de magia que estudiéis, todo pergamino mágico, runa de poder, escrito que analicéis y entendáis, ayudará con los fundamentos mágicos y por lo tanto, a alcanzar un nuevo nivel de poder.

—Es fascinante —dijo Lasgol.

«Mucho fascinante» se unió Camu.

—Es por esta razón por la que muchos magos, yo incluido, pasamos mucho tiempo estudiando tomos mágicos de diferente índole. No es solo por el conocimiento que ganamos sino porque al mismo tiempo nos ayuda a seguir progresando en los niveles para alcanzar un nuevo grado.

—Solo si se aprende, ¿verdad? No sirve estudiar sin entender o sin procesar y retener la información que se está aprendiendo —dedujo Lasgol.

—Así es. El avance y la progresión en la escalera de poder solo se consiguen si se alcanza un logro. Los intentos y los fracasos la magia no los recompensa. Es similar a lo que sucede en la vida. Uno puede intentar ser exitoso, pero si no lo consigue, no hay premio final —sonrió Eicewald.

—La magia es un tanto ardua… —dijo Lasgol.

—Como la vida misma —sonrió Eicewald con una leve dulzura en su gesto.

«Magia solo para fuertes» proclamó Camu.

—Uno debe ser fuerte de espíritu y de mente para llegar lejos en el mundo de la magia. No hay atajos, no hay facilidades. Lo que consigáis será como consecuencia de trabajar muy duro y durante mucho tiempo. Me gustaría poder deciros que hay otra forma, pero no es así. Los que han intentado engañar a la magia y tomar atajos han terminado muy mal. Nunca lo hagáis. Es mejor pagar un precio conocido que terminar perdiendo la vida por ser el precio demasiado alto.

—Lo tendremos muy en cuenta —aseguró Lasgol, al que había quedado meridianamente claro que nada de trampas y triquiñuelas con la magia. Trabajarían duro y pagarían el precio en sudor y esfuerzo y no en lágrimas por intentar correr mediante el engaño.

—Como veis, todos los principios y conceptos mágicos están muy relacionados. Por ello, trabajar y esforzarse por mejorar en cualquiera de ellos produce siempre una recompensa, por mínima que pueda parecer —explicó Eicewald abriendo los brazos.

—Lo veo y lo comprendo —asintió Lasgol.

«Yo trabajar mucho. Yo grande recompensa mágica».

—Recuerda, Camu, que con la magia no hay cosas seguras. No esperes nunca grandes recompensas y aprecia cada pequeño logro que consigas.

«Yo apreciar. No preocupar».

—Muy bien.

Los tres trabajaron en los factores y Eicewald continuó trasladando su conocimiento a Lasgol y Camu, que intentaban memorizar todas y cada una de las palabras del mago. El camino de la magia era arduo y peligroso, pero también lleno de grandes recompensas.

Capítulo 20

Eicewald abrió el tomo que había traído para usarlo como herramienta de estudio. Era un tomo no demasiado llamativo, de tapas viejas y raídas. Lasgol se percató de que debían de haber sido de color dorado, pero estaban tan usadas que apenas se distinguía el tono que una vez tuvieron. Ahora era de un marrón grisáceo con brillos gastados en algunas partes.

El mago fue pasando las páginas con mucho cuidado. Eran páginas amarillentas llenas de escritos y dibujos. Lasgol se preguntó si el hecho de manipular el tomo con tanto cuidado era porque estaban ante un tomo de gran valor y antiguo, o por si tenía algún conjuro o hechizo que Eicewald no deseaba activar por descuido. Como la cuestión le inquietaba preguntó al mago.

—Ambas cosas —confirmó Eicewald—. Veo que estás atento. Este tomo es muy preciado. No existen muchas copias y este, en concreto, es el original. Me costó mucho conseguirlo, no solo en oro sino en tiempo y esfuerzo.

«Yo sentir magia» transmitió Camu.

—Así es. Este tomo está encantado con varios hechizos. Unos de protección y otros de ayuda a la comprensión, pues su contenido es tan valioso como difícil de entender para el no iniciado.

«Yo querer ver magia» pidió.

—No te preocupes, inquieta criatura, que la verás —dijo Eicewald con una sonrisa.

—Yo también quiero ver cómo funcionan los hechizos, por si alguna vez nos encontramos con un tomo similar y lo queremos estudiar —explicó Lasgol.

—En ese caso os mostraré uno de los hechizos de protección pues suelen ser peligrosos para los que no saben de ellos. Siempre debéis prestar mucha atención si encontráis un tomo arcano de este estilo. Muchos están protegidos y pueden incluso matar a quien intente manipularlos. Por lo general solo quien lo ha hechizado o un mago con conocimientos puede manejarlo sin riesgos.

—Sí, por favor. Nos vendrá muy bien saberlo —pidió Lasgol.

Eicewald cerró el tomo y lo dejó en el suelo de la tienda. Comenzó a conjurar usando sus manos. Las movía en círculos sobre el libro.

Lasgol y Camu observaban atentos. De pronto vieron cómo se formaba una cúpula de color blanco intenso que terminó cubriendo el tomo por completo.

—He creado una protección para poder abrir el libro y contener la magia de su hechizo protector —explicó Eicewald.

«¿Poder abrir?» transmitió Camu.

—Mejor usar una rama —aconsejó Eicewald.

Lasgol salió de la tienda y regresó con una rama larga que limpió de hojas.

—Nos servirá —sonrió Eicewald—. Adelante, abre la tapa con la rama.

Lasgol penetró la bóveda protectora sobre el libro con la rama y, con cuidado, levantó la tapa para abrir el tomo. Se produjo un destello púrpura muy fuerte al que siguió una llamarada. La rama se prendió fuego, pero la llamarada quedó contenida en el interior de la cúpula que había creado Eicewald. Lasgol sacó la rama ardiendo y, tras observarla un momento con cara de gran sorpresa, la lanzó al exterior, a la nieve, donde se apagó.

«Mucho divertido» exclamó Camu, que comenzó a flexionar sus patas y a mover su larga cola con la que dio varias veces a Ona, que gruñó.

—A mí no me ha parecido nada divertido, más bien todo lo contrario —se quejó Lasgol—. Si no es por la cúpula hubiera ardido yo.

—Así es, mi inteligente pupilo —corroboró Eicewald.

—Ya veo el peligro que representan estos tomos mágicos. No creo que me acerque a uno nunca sin tener mucho cuidado.

—Así debe ser. Hay que tener cuidado, sobre todo, con los volúmenes de conocimiento o conjuros.

«Yo poder negar magia» comentó Camu.

—¿Podrías? —preguntó Eicewald con ojos de sorpresa.

«Yo poder» aseguró Camu.

—El conjuro se detona al intentar abrir el tomo y a mí me ha parecido muy rápido. ¿Seguro que te daría tiempo a negarlo? —preguntó Lasgol.

Como era habitual en Camu, aseguró que podría.

«Seguro yo poder» transmitió muy tranquilo.

—Veámoslo —quiso comprobar Eicewald.

El mago volvió a conjurar sobre el tomo.

—Las protecciones están activas. He dejado la cúpula protectora

por si acaso —dijo a Camu.

«No necesario. Tú ver».

Lasgol sacó su cuchillo de Guardabosques y lo intentó de nuevo con él. Con mucho cuidado levantó la tapa un poco con la punta del cuchillo. Se produjeron dos destellos simultáneos, el del conjuro protector del tomo, de color púrpura, y uno que produjo Camu de color plateado. La explosión de fuego que debía producirse, no sucedió.

—Eso es impresionante —comentó Eicewald, que se quedó mirando el tomo y luego a Camu con ojos muy abiertos.

«Yo decir. Yo saber».

—Han sido dos destellos simultáneos, uno de un conjuro y el otro negándolo. Estoy de acuerdo con Eicewald en que ha sido impresionante.

«Yo mucho impresionante» sonrió Camu, que se puso a flexionar las patas y a mover la cola haciendo el baile de la alegría.

—Esa habilidad tuya es muy poderosa —dijo Eicewald con tono serio—. Realmente poderosa. ¿Puedes negar cualquier tipo de magia?

«No saber. No intentar siempre por Lasgol».

Eicewald miró a Lasgol.

—¿Qué quiere decir? No lo he entendido.

—Quiere decir que cuando era más joven negaba toda magia de forma casi instantánea. Tuvo que aprender a controlarlo para que no interfiriera con mis habilidades o las de magos con los que tratamos —explicó Lasgol.

«Yo controlar».

—Pues es una habilidad extraordinaria que deberías trabajar mucho. No hay nada peor para un mago o alguien con el Don que no poder conjurar o invocar sus habilidades. Es un poder enorme el que te confiere en un enfrentamiento con un enemigo mágico, y también en situaciones de peligro —explicó Eicewald, que seguía dándole vueltas en la cabeza a las implicaciones de tener semejante habilidad.

«Yo trabajar negar magia» le aseguró Camu.

—Si necesitas que te ayude estaré encantado. Me intriga mucho esa habilidad —confesó Eicewald.

—¿Por qué razón es tan interesante? —quiso saber Lasgol.

—Porque nunca he oído hablar de un mago o criatura mágica que la posea. Siendo única, y tan útil en combate, es realmente extraordinaria.

—Nosotros no teníamos idea de que fuera tan especial —dijo

Lasgol.

—Os aseguro que lo es. Vosotros sois jóvenes y os falta experiencia, más todavía en todo lo relacionado con la magia. Es una habilidad que puede desarmar a cualquier mago y por ello es tan especial. También por esta razón os recomiendo que la desarrolléis y lo hagáis en secreto.

«Yo desarrollar. Yo poderoso».

—Probemos otra vez cambiando de hechizo. Abramos el libro por el centro —propuso Eicewald que miraba a Camu con ojos brillantes.

Lasgol así lo hizo usando su cuchillo. Al hacerlo, se produjo otro destello púrpura y, en el mismo instante, otro de Camu que evitó el conjuro.

—Muy bien hecho, Camu —felicitó el mago.

«Yo atento».

—¿Si no estás atento puedes aun así negar el conjuro? —quiso saber Eicewald.

«No creer. Yo tener que estar preparado».

—Entiendo. Es natural, toda magia tiene sus limitaciones y una habilidad tan poderosa debe tener varias.

«Yo buscar».

—Eso es, intenta encontrar las limitaciones de la habilidad. Te servirá de mucho.

—Si, debemos saber en qué condiciones podemos usarla y en cuáles no funciona o no sirve —dijo Lasgol.

—Muy bien, ahora conjuraré para desactivar los hechizos de protección, y poder usar el tomo —dijo Eicewald.

El mago puso sus manos sobre la cúpula protectora y la removió. Luego volvió a conjurar y el tomo destelló con un brillo blanquecino intermitente durante un largo momento. Luego se apagó.

—Espero poder hacer eso algún día —dijo Lasgol en voz alta con tono de deseo, aunque era más un pensamiento que se le había escapado.

—Estoy seguro de que un día lo lograrás —le ánimo el mago.

—Ojalá —asintió Lasgol.

—Para ello debemos estudiar los principios de la magia que hay en este tomo, así que adelante —sonrió Eicewald abriendo el libro ya inofensivo.

—Empecemos —Lasgol que estaba deseoso de aprender se frotó las manos.

Varios días después volvían a juntarse para estudiar el volumen. Lasgol tenía una duda que lanzó al mago de inmediato, en cuanto entraron en la tienda de estudio.

—Este es un tomo de conocimiento, pero los hay también de conjuros, ¿no es así?

—Los hay y son muy preciados, pues no solo contienen teoría sino la práctica de la magia —explicó Eicewald.

—¿Es así como aprenden los magos los conjuros?

—Algunos así lo hacen y las sociedades de magos, como puede ser la mía, tienen tomos de conjuros que recogen todos los que tenemos y usamos. Es fundamental tenerlos recogidos para poder enseñar a los jóvenes que entran en nuestras filas.

—Muy interesante, imaginaba que sería algo así. ¿Podría yo usar uno de esos libros de conjuros para aprenderlos?

—Podrías, sin duda, pero que puedas estudiarlos no quiere decir necesariamente que los puedas aprender.

Lasgol miró a Eicewald extrañado.

—¿Por qué razón?

—Hay múltiples factores que afectan a la habilidad de aprendizaje de conjuros —explicó el mago—. Lo primero es que sean conjuros de un tipo de magia con la que estés alineado.

—¿Por qué razón? —Lasgol no lo entendía—. ¿No es la magia universal? ¿No puede cualquier persona con el Don usarla?

«¿Magia todos?» intervino Camu, que se interesó por el tema.

—Lo es. Sin embargo, es necesario tener cierta afinidad con ella para poder aprenderla y usarla. Por ejemplo, dudo mucho que puedas utilizar Magia de Sangre, de Maldiciones o de Muerte como la usan los hechiceros del Imperio Noceano.

—¿Porque no tengo inclinación hacia esos tipos de magia?

—Así es. Yo tampoco puedo y si quisiera hacerlo me llevaría mucho tiempo y esfuerzo conseguir aprenderla pues mi alineación es con la magia de los cuatro elementos: agua, tierra, fuego y aire.

—Y te has especializado en una, la de agua, dejando las otras al margen —añadió Lasgol queriendo entenderlo bien.

—Exacto. Podría estudiar y aprender las otras tres magias elementales, eso sí, pues estoy alineado. En cambio, si quisiera estudiar Magia de Ilusión o Magia de Encantamiento, me resultaría muy costoso. Podría, pero me llevaría mucho tiempo… demasiado —sonrió el mago.

«Mucho tiempo malo» se pronunció Camu que no era precisamente de los que tenía paciencia infinita. A la criatura le gustaba tener éxito rápido, en lo que fuera que intentase.

—Entiendo —asintió Lasgol y le hizo un gesto a Eicewald para que siguiera.

—Otro factor muy importante es el grado de magia que poseas. Dependiendo de los niveles totales que hayas alcanzado podrás, o no, memorizar y ejecutar el conjuro o hechizo del tomo.

«Mucho grado bueno».

—Así es, Camu. Como todo en la vida, cuanto más experto se es en una materia más fácil resulta aprender nuevas cosas relacionadas con la misma.

—¿Podríamos probar con uno de esos libros de conjuros un día? —pidió Lasgol.

—Por supuesto. Os traeré un libro arcano y podremos experimentar —prometió el mago.

«¡Yo querer experimentar!» transmitió Camu muy excitado ante esa posibilidad.

—Sí, yo también —se unió Lasgol.

—Pues así será —dijo Eicewald.

Capítulo 21

Ingrid y Viggo llegaron a la ciudad de Denmik a media tarde. Era la ciudad más importante en el sur de Norghana. Debido a su localización estratégica, cerca de la frontera con Zangria y de fácil acceso a las interminables praderas de los Masig, era lugar frecuentado por espías de varios reinos, incluidos los norghanos.

Se detuvieron junto al camino a media legua de las murallas y de la puerta de acceso a la urbe, y la observaron desde la distancia.

La ciudad tenía mala fama por esta razón, ya que todos desconfiaban de todos en ella. Cualquier extranjero era detenido por la guardia de la ciudad y cuestionado según ponía un pie en ella. La gobernaba el conde Esvelk, que era aliado acérrimo de Thoran y su hermano Orten. El rey le había dado el condado y la ciudad cuando accedió al poder con la misión de controlar a los espías y agentes extranjeros que circulaban por ella.

La información era un arma casi tan importante como las espadas y las hachas, y a veces más incluso. Thoran lo sabía y quería controlar su flujo. Esvelk se encargaba de vigilar e interrogar a quien encontrase sospechoso en su ciudad y, según se decía, lo hacía como si fuera un perro guardián rabioso. Que sus métodos no fueran nada elegantes ni disimulados, no ayudaba con la fama que había adquirido. Según se decía, los gritos de los interrogatorios que se hacían en las mazmorras del castillo en lo alto de la ciudad se escuchaban por doquier.

Los espías y agentes de otros reinos eran bien conscientes de lo que allí pasaba. Así y todo, la frecuentaban pues el beneficio de adquirir información importante era mayor que el riesgo de sufrir un interrogatorio del conde o aparecer acuchillado por la espalda detrás de un establecimiento de mala reputación. Esta visión era la de reyes, príncipes y nobles a los que perder espías y agentes no les importaba demasiado.

—Este lugar será divertido —comentó Viggo y sonrió ligeramente.

—Lo dudo mucho. Esta ciudad es peligrosa, siempre lo ha sido, y ahora mucho más —dijo Ingrid.

—Por eso mismo lo digo —sonrió de nuevo.

—Será mejor que nos separemos —comentó Ingrid utilizando su habitual tono de que debían centrarse en lo que había que hacer—. Es

posible que haya vigías dispuestos por la zona. No deben vernos juntos, por si nos reconocen.

—De acuerdo —asintió Viggo—. Esta ciudad tiene fama de tener mil ojos que nunca descansan.

—Más a mi favor —asintió Ingrid—. No quiero que Drugan y sus seguidores sepan que hemos llegado.

—Es muy posible que algunos de esos ojos sean de los Iluminados —convino Viggo—, o que hayan pagado a ciertos agentes para que vigilen por ellos.

—¿Crees que podría ser así? ¿Que estuvieran utilizando a terceros para que nos vigilaran?

—Egil así lo cree. Lo comentamos y me dijo que era una posibilidad manifiesta. Al igual que Egil usa contactos, informadores y agentes, Drugan y su secta pueden hacerlo también.

—A mí no me gusta nada todo este mundo de informadores, espías y dobles traiciones. Cada uno debería hacer su trabajo y no buscar a otros que lo hagan por él y compliquen situaciones que pueden resolverse de forma directa —comentó Ingrid torciendo el gesto.

—Eso es porque a ti te gusta ir de forma directa hasta el meollo de la cuestión. Por desgracia, muy pocos funcionan así y las situaciones se complican.

—Y todos perdemos el tiempo en lugar de llegar a una solución.

—Ellos pierden el tiempo complicando tu solución porque quieren salir victoriosos y saben que un enfrentamiento directo disminuye sus posibilidades de victoria.

—¿Eso también te lo ha explicado Egil? —preguntó Ingrid sorprendida por el razonamiento.

—Eso es de cosecha propia —sonrió Viggo.

—¿Desde cuándo te has puesto tú a hacer deducciones y razonamientos?

—Desde siempre. Lo que ocurre es que muchas veces no me salen tan bien como el que acabo de hacer —dijo Viggo y se encogió de hombros.

—Sigue intentándolo, la práctica consigue la mejora en todas las facetas de la vida —animó Ingrid.

—No te preocupes que pienso seguir dándole a esto —dijo y se señaló la cabeza con el dedo índice.

—Estaré muy atenta a tus progresos —dijo ella.

Viggo no supo si Ingrid estaba siendo sarcástica o no. La verdad era que ella no era nada sarcástica. Prefería las verdades como puños,

aunque hirieran al que estaba enfrente.

—Esperaré hasta el anochecer para entrar. Prefiero actuar de noche, se me da mejor —guiñó un ojo.

Ingrid ignoró la insinuación y mantuvo su tono firme y su mente en la tarea que tenían que realizar.

—Nos encontraremos en la gran fuente al norte de la plaza principal.

—¿La Plaza de la Victoria?

—Sí. Ese será el lugar de encuentro —respondió Ingrid con tono de seriedad—. Sabes cuál es, ¿verdad?

—Lo tengo indicado en el mapa —respondió Viggo sacando uno de su macuto de viaje.

—Busca la plaza en medio de la ciudad, la fuente está algo más al norte. Es una con estatuas a tamaño real de tres osos blancos alzados y rugiendo.

—No será difícil de encontrar si tiene tres grandes osos sobre sus patas traseras.

—No lo es, pero no te despistes. La ciudad es conocida por sus lugares de ambiente donde se intercambia información.

—¿Lugares de ambiente? ¿A qué te refieres? —preguntó Viggo con tono inocente como si no tuviera ni idea de a qué se estaba refiriendo Ingrid.

—Sí, tú hazte el inocente. Sabes perfectamente a qué me refiero. Ni te acerques a esos lugares. Nos centraremos en lo que tenemos que hacer y nada más.

—Por supuesto —dijo Viggo levantando las manos como si fuera inocente.

—Muy bien. Yo voy a ver qué puedo averiguar mientras tanto. Una Guardabosques sola y de paso no debería llamar demasiado la atención.

—Esperemos que no —dijo Viggo.

—Estoy segura de que yo no llamaré la atención. En cambio, tú…

—¿Yo? Pero si ni me van a ver entrar.

—Más te vale. Recuerda que esta es una operación de inteligencia, necesitamos recabar información, no entrar en combate o un asesinato. No empieces ninguna pelea.

—Lo sé. No te preocupes por mí, evitaré el contacto con el enemigo.

—Me cuesta pensar que vayas a evitar la confrontación.

—Hay un momento para la lucha y otro para la sutileza. Ambos

consiguen resultados. Hoy toca lo segundo.

Ingrid miró a Viggo con ojos muy abiertos.

—Vuelves a sorprenderme. Hasta parece que estás desarrollando algo de sentido común.

Viggo sonrió y asintió.

—Poco a poco, la fruta madura y su sabor se vuelve más dulce y sabroso.

—No te compares con la fruta y te pongas poético que me confundes. No habrás estado bebiendo vino Noceano a escondidas… y estás sufriendo los efectos…

Viggo negó con un gesto.

—Para nada. Tengo la cabeza bien despejada, como debe ser para afrontar una misión. Sé que no necesitas de mis buenos deseos, pero buena suerte y cuidado —dijo Viggo.

—Que no los necesite no quiere decir que no los agradezca —replicó Ingrid con una mirada algo más dulce de lo que era habitual en ella.

Viggo se inclinó hacia ella sobre su montura.

—Entonces no te importará si nos despedimos con un beso de buena fortuna.

Ingrid lo miró un instante y luego accedió. Se inclinó también y le besó.

Por un momento los dos Guardabosques disfrutaron de su amor, uno que no solían mostrar de forma abierta en público. Con cada nuevo día, la pintoresca pareja, que podía llevar a engaños si se veía desde fuera, se solidificaba un poco más. Los dos se sentían cada vez mejor en la relación y, aunque no fuera una muy ortodoxa, a ellos les gustaba y funcionaba muy bien.

Se daban cuenta de lo improbable que era que ellos dos se enamoraran y surgiera una relación próspera, pero se estaba convirtiendo en una realidad muy sólida. Esto lo apreciaban mucho más cuando estaban a solas, como era el caso. En el grupo cada uno tenía su dinámica definida y su forma de interactuar con el resto.

—Tú no hagas ninguna de las tuyas —dijo Ingrid como despedida y se marchó antes de que Viggo pudiera negarlo.

Ingrid azuzó a su caballo y se dirigió a la ciudad. Siempre le había parecido que tenía un nombre curioso: Denmik. Se preguntó si lo tendría en honor a un tal Den o quizás Den-de-mik, o quizá no fuera una persona o deidad sino un lugar. Tendría que preguntarle a Egil a la vuelta, una vez acabarán con aquella operación.

Egil había decidido denominar aquellas pequeñas misiones como

operaciones. Primero, porque no eran misiones de los Guardabosques como tal, encomendadas por Gondabar o Thoran, sino suyas propias. Segundo, porque eran tareas no muy largas o complejas. A Ingrid le parecía correcto, así no habría confusiones.

Llegó a las puertas de la ciudad y vio que, si bien estaban controladas por soldados, permitían el paso sin dificultar la entrada. Pedían nombre, origen y motivo de la visita, algo muy normal en muchas ciudades. No estaban en guerra y no parecía que los soldados tuvieran orden de buscar a nadie aquel día. De lo que sí se percató fue de que había un oficial que anotaba cosas según entraban ciertas personas. Le dio la sensación de que quizás apuntaba nombres de interés a seguir.

Siendo Guardabosques, la tenían que dejar entrar, pero prefería no llamar la atención. Algún Iluminado o defensor de la Sangre Verdadera podría estar vigilando el acceso a la ciudad, debía evitar altercados y comportarse con naturalidad. Era una Guardabosques de paso y así lo anunció a los soldados de la puerta, que la saludaron con respeto y no preguntaron nada más. Cuando entró, miró de reojo al oficial y vio que no apuntaba nada. Eso le gustó, la dejarían tranquila.

Egil les había dicho que extremaran precauciones y eso debían hacer. Ahora todos eran conscientes de quién era quién, tanto ellos como sus enemigos, y estarían alerta. Darles caza iba a resultar difícil, se iban a esconder y a ellos les iba a resultar complicado sacarlos de sus madrigueras. Además, de encontrarlos, saldrían con fauces y garras por delante, por lo que sería peligroso.

Además, aunque Ingrid prefería enfrentarse abiertamente a ellos, Egil le había advertido de que lo que buscaban era información y no combate. Necesitaban saber cuál era el siguiente movimiento que el dragón inmortal y sus seguidores planeaban. Solo así podrían detenerlo antes de que se produjera.

Enfrentarse a unos Defensores o Iluminados que no disponían de esta información era en vano y pondría sobre aviso a sus líderes, algo que no les convenía antes de tener un plan para acabar con ellos. Para ello necesitaban saber qué tramaban, eso era crucial. Sin saberlo, no conseguirían detenerles. Esto Egil lo había recalcado y dejado muy claro a todo el grupo.

Ingrid recorrió las calles de la localidad. Era notoria por su comercio y la cantidad de personas de diferente procedencia que llegaban a ella. La mayoría eran comerciantes de otros reinos o mensajeros, emisarios y similares. Lo más probable era que todos fuesen espías trabajando para intereses extranjeros. También habría espías e informadores norghanos allí que informarían al rey, a su hermano y a sus nobles. Bien pensado, también los habría que

informaran a la Liga del Oeste.

Recordó la conversación con Gondabar y cómo, aunque no habían conseguido convencerlo del peligro de que el dragón milenario se reencarnara, habían logrado que se interesase y preocupase lo suficiente como para darles permiso para seguir investigando. Ingrid sabía que necesitaban encontrar pruebas palpables e irrefutables que confirmaran a su líder lo que estaba sucediendo. Ella estaba convencida, al igual que Egil, Lasgol y los demás, de que no estaban equivocados, de que el peligro era real y de que debían eliminar aquella amenaza, no solo por Norghana sino por todo Tremia.

Por otro lado, también deseaba justificarse ante los líderes de los Guardabosques, porque de lo contrario daban la impresión de ser un grupo de lunáticos persiguiendo un objetivo demente, y si a Ingrid algo no le gustaba parecer, era precisamente una loca.

Por ello, encontrar pruebas convincentes y conseguir el apoyo de Gondabar y hasta del propio rey, se había convertido en su objetivo personal.

Era consciente de que no necesitaba convencerles, que con lo que tenían podían operar, sobre todo con los contactos de Egil, pero no se sentía bien del todo. Ingrid necesitaba hacer lo correcto y obtener el respaldo de los Guardabosques y de la corte. Así la habían educado y así lo sentía.

Según avanzaba por las calles llenas de una gente tan variopinta pensó que quizá era demasiado cuadriculada y honorable, como le había dicho en muchas ocasiones Viggo. Puede que lo fuera. Aun así, creía en la jerarquía y las instituciones, y para ella eran sagradas. La única forma de mantener el orden en un mundo tan brutal y despiadado como en el que ellos vivían era teniendo unas instituciones y una jerarquía férreas e inquebrantables. De lo contrario todo se derrumbaría y la barbarie tomaría posesión.

Suspiró. No lo podía tolerar y lucharía con todo su ser para evitarlo. Debía reconocer que se le hacía muy duro muchas veces ver cómo Norghana, un país al que tanto amaba tenía un rey tan poco apto y con tan pocos valores. Sin embargo, sabía que eso era mejor que dejar que la monarquía y el ejército se derrumbaran, ya que eso provocaría el caos, la guerra civil y el final de la nación y abriría la puerta a que otros reinos conquistaran Norghana.

Servir a reyes déspotas y sin honor era una tragedia y la carcomía por dentro, pero era mejor que sufrir la destrucción y la conquista a manos de otros reyes extranjeros. Un día Egil reinaría, de eso estaba segura. Era lo justo y lo que debía ser. Egil hallaría la forma de lograrlo. Pero hasta entonces tendrían que hacer cuanto estuviese en sus manos por proteger el reino y salvarlo de los peligros que lo

acechaban, aunque requiriera tener que tragarse el orgullo en muchas ocasiones. La alternativa no era una opción.

Dio una vuelta por el sur de la ciudad observando y captó cómo estaba el ambiente reinante. Parecía tranquilo, no percibió nerviosismo ni tensión en las calles. Eso la tranquilizó. Las ciudades tenían una forma de transmitir lo que sus ciudadanos sentían y a Ingrid le gustaba saberlo. Así, uno evitaba meterse en situaciones comprometidas sin previo aviso.

Lo siguiente que hizo fue dirigirse al torreón que servía de fuerte de la guardia de la ciudad. Era un edificio militar bastante grande que estaba en medio de la zona sur. No era tan robusto ni imponente como el castillo del conde, pero cumplía su función, aguantaría unos cuantos ataques si la puerta de la ciudad caía. También cumplía muy bien como fuerte de la guardia y sus calabozos en el sótano siempre estaban bastante llenos.

Dejó el caballo en el abrevadero junto al fuerte y se presentó.

—Guardabosques Especialista Ingrid Stenberg, presentándose —dijo a los tres guardias que había en la puerta del torreón. Lo dijo en tono muy alto, para que todos en la calle y alrededores pudieran oírla.

—Bienvenida a Denmik, Guardabosques Especialista —saludó un oficial en la puerta que salió del interior al oírla llegar.

—Gracias, oficial —respondió ella mirándole a los ojos.

—¿Vienes en misión del rey? —preguntó el oficial, no por curiosidad sino porque si era así, debía prestar a Ingrid toda la ayuda que requiriera.

Ingrid negó con la cabeza.

—Solo estoy de paso —dijo en voz alta para que todos supieran que no estaba allí para nada importante.

—¿Puede la guardia de la ciudad de Denmik ofrecerte algo?

—Agua y unas provisiones es todo lo que necesito. Proseguiré mi camino hacia el este de seguido —mintió también en voz que se escuchara bien claro y fuerte.

—Muy bien. Dispondremos de lo que la Guardabosques necesite.

Ingrid miró de reojo sobre su hombro y pudo distinguir al menos a tres personajes que estaban espiando. Su interés por ella era manifiesto. La miraban sin disimular demasiado. Quizá escondían su interés por información en miradas que podían confundirse por las de deseo. Ingrid sabía que su belleza era fría y norghana, y no despertaba tanto interés en el norte. El interés de aquellos hombres era por su persona y lo que estuviera haciendo allí.

Esperaba que el pequeño engaño de su representación teatral

funcionara, de esa forma no tendría problemas para moverse por la ciudad. Un Guardabosques de paso no despertaba interés suficiente para que lo siguieran ni siquiera en aquella ciudad tan peculiar.

Entró en la fortaleza acompañada del oficial y esperó a que le trajeran las provisiones que había pedido. Como no tenía prisa comió en la cantina con los soldados de la guardia. Ninguno la molestó. Los soldados respetaban mucho a los Guardabosques, los respetaban y los temían. También los envidiaban, pero por fortuna el respeto y el temor vencían casi siempre a la envidia que sufrían, por lo que no solía haber altercados.

Ingrid aguardó un buen rato antes de salir del fuerte. Cuando lo hizo se cercioró de que no suscitaba interés. No vio a nadie que la observara. Su pequeño engaño parecía haber surtido efecto. Ahora se internaría en la ciudad y echaría un ojo a las zonas interesantes.

Luego se reuniría con Viggo y comenzaría la caza nocturna.

Capítulo 22

Viggo entró por una de las puertas laterales de la ciudad en un momento en que los tres guardias que la vigilaban estaban ocupados. Dos de ellos dormitaban vencidos por el sueño y el aburrimiento, y el tercero intentaba ensartar con su lanza a un roedor que había pasado frente a ellos. Así que no se percataron de que Viggo entraba oculto entre la penumbra y las sombras de los edificios. Siempre sentía una pequeña sensación de triunfo cuando se colaba entre guardias y vigías, y si era en una ciudad, más aún, ya que su fuerte era el bosque y la ciudad representaba algunas dificultades adicionales que tenía que sortear.

Se fundió en las opacidades manteniéndose pegado a la pared de roca de uno de los edificios y siguió avanzando. Siempre que debía fundirse con la negrura lo hacía de muy buen gusto pues era donde mejor se sentía, oculto, al acecho, listo para actuar si fuese necesario. Sus amigos pensaban que lo que más le gustaba era llamar la atención, pero se equivocaban. A Viggo lo que realmente le atraía era pasar como un fantasma cerca de sus enemigos antes de acabar con ellos.

Sonrió y siguió avanzando, alejándose de la entrada y sumergiéndose en la ciudad. Era cierto que también le gustaba llamar la atención, ser conocido, que bardos y trovadores cantaran sus hazañas épicas en tabernas y cortes, que se crearan odas a su nombre para animar a soldados y guerreros. No tenía por qué ser solo el mejor asesino norghano, también podía serlo y que lo supiera todo el reino, incluso los reinos cercanos.

La operación que tenían que realizar en la ciudad no le preocupaba demasiado. No parecía que fuera a representar gran dificultad, aunque las cosas siempre se complicaban. Lo que le animaba de aquella incursión era poder pasar más tiempo a solas con Ingrid, era algo que siempre agradecía y mucho. Por ello estaba contento y de vez en cuando se le escapaba una sonrisa. Podía disfrutar de estar con ella y era más que probable que tuviese también un poco de acción. ¿Qué más se podía pedir en la vida?

—Mucho oro —murmuró entre dientes después de pensarlo un poco, y siguió corriendo por la oscuridad de un callejón secundario.

Un día conseguiría un montón de oro y viviría como un rey. Se compraría un ducado con un enorme castillo amurallado de al menos

tres torres circulares altísimas, por supuesto el ducado vendría con muchas tierras, sirvientes, granjeros y ganaderos y en general muchos aldeanos que lo adoraran por su generosidad y carisma. Sería un señor feudal a la vieja usanza, pero muy generoso y apreciado por los suyos. Sí, eso llegaría un día. Además, como para entonces sería ya famoso y temido en todo Tremia, viviría más tranquilo que un troll de las Montañas en su cueva invernal.

Todo llegaría, era cuestión de tiempo. Él tenía otros planes aparte de ser Guardabosques, a diferencia de algunos de sus amigos, y no veía nada malo en tener más aspiraciones. Un día dejaría de ser Guardabosques para ser rico y famoso. Ingrid no lo veía muy claro, pero era un futuro mucho más atractivo que morir sirviendo al reino en una alocada misión por una paga ridícula como la que cobraban.

Estaba muy bien lo de proteger al reino y a los pobres y desvalidos en Norghana, pero uno podía tener expectativas mayores, y ese era el caso de Viggo Kron. Los que provienen de la podredumbre más absoluta, de vivir en las alcantarillas apestosas, en los barrios malos de una ciudad, como él, lo entendían, pero los que se habían criado en buenas familias con comida caliente sobre la mesa y un tejado bajo el que dormir todos los días de sus vidas, no tanto. Los que sufren mucho quieren llegar más lejos.

Tomó una calle todavía más oscura y se dirigió al punto de encuentro. Había memorizado el mapa de la ciudad y se manejaba bien por ella. Egil les había enseñado a memorizar mapas, tenía un sistema de lo más curioso que consistía en dividir la ciudad en rectángulos e identificar las calles principales en cada uno. Aunque a Viggo le había costado un poco aprender a hacerlo, debía reconocer que era de lo más útil, sobre todo en incursiones nocturnas donde no había posibilidad de consultar el mapa en medio de la negrura. Además, un buen asesino no se paraba nunca a hacer algo así, era muy peligroso. Un asesino observaba y actuaba sin distracciones.

Pensando en el sabiondo se dio cuenta de que, cuando Egil fuese rey de Norghana podría usar su amistad con él para que le diera un ducado. ¡Qué menos después de ayudarle a conseguir el trono! Porque Viggo estaba seguro de que Egil sería rey un día y él le iba a ayudar a lograrlo. Era solo cuestión de tiempo y de esperar a que la situación propicia se diera. Egil era muy inteligente y Viggo sabía que no perdía ojo y que siempre estaba alerta. El momento llegaría y Egil lo aprovecharía, y allí estaría él. Las Panteras le echarían una mano en todo lo necesario, y después le pediría su ducado.

Por desgracia, conociendo a Egil y su lado honorable y recto, lo más probable era que no se lo diese por la tontería esa del favoritismo, el amiguismo y similares patrañas. Viggo no creía en esas cosas, si

podía sacar beneficio de su amistad con Egil no veía nada malo en hacerlo. Después de todo era él quien tenía que aguantar al sabelotodo y sus chácharas rebuscadas, por no hablar de sus planes… que daban resultado, pero siempre estaban llenos de imprevistos que había que sortear. Bien pensado, ya debería estar cobrando a Egil por aguantarlo. Cuando lo volviera a ver le iba a pedir un sueldo por estación, y si no pagaba, que lo aguantaran el resto.

Torció a la derecha y cogió otra calle que estaba más iluminada. Se detuvo y buscó las sombras para luego continuar sin ser visto. Para cuando había cruzado la calle ya se había convencido de que Egil no le daría un ducado.

—Estoy rodeado de bienintencionados y poco pillos. Menos mal que soy mucho más listo que ellos. Listo de los de calle oscura de barrio bajo de ciudad peligrosa, como esta —se dijo para sí mismo.

Continuó surcando la ciudad en medio de la noche. Vio a un par de individuos que no le gustaron y decidió dar un rodeo por si le seguían. Era casi imposible que lo hubieran visto, pero por si acaso. Si era cierto lo que se decía de aquel lugar, y Viggo creía que sí lo era, allí había espías peligrosos. Los espías eran listos y difíciles de engañar, así que prefirió no correr riesgos. Para ser el mejor había que comportarse como el mejor y la arrogancia y la confianza no eran admisibles. Viggo lo sabía y no cometía errores.

Llegó a la plaza y observó el lugar desde detrás de un barril lleno de agua de lluvia que había frente a una casa. Quedó a la escucha, no había apenas sonidos que pudieran captarse. Esto le tranquilizó.

La plaza parecía desierta a excepción de una figura vestida con una capa con capucha que aguardaba junto a la gran fuente de piedra. Viggo reconoció de inmediato a su amada. Una mirada era todo lo que necesitaba para reconocerla, estaba seguro de que sabría que era ella aunque fuera disfrazada de dama de la corte o soldado de la Guardia Real.

Se acercó hasta Ingrid rápidamente dejándose ver lo menos posible.

—¿Todo en orden? —preguntó al llegar junto a ella.

—Todo bajo control —respondió Ingrid con un gesto afirmativo.

—¿Seguimos adelante con el plan?

—Sí, seguimos. He visto a un par de personas sospechosas, pero no creo que supongan un riesgo. Les he dado esquinazo hace un buen rato.

Viggo asintió, no estaba tan seguro de que Ingrid les hubiera dado esquinazo. Ella era una excelente luchadora, pero no tanto haciendo que le perdieran la pista. Esperaba que la rubia estuviera en lo cierto para así evitar problemas.

—La casa es la tercera de la calle norte. La he señalado con la marca del zorro —indicó Ingrid.

—Muy bien, la encontré sin problema entonces.

—¿Quieres que intervenga? Puedo entrar por la parte inferior mientras tú entras por la superior o trasera.

—La sugerencia es atrayente. Me gustaría que ambos participáramos asaltando la casa a la vez.

—Entonces hagámoslo así —dijo Ingrid con ojos de querer entrar en acción.

—Lo que ocurre es que esa no es la mejor opción… Es mucho mejor usar un enfoque más sutil. Si entras en la casa echando la puerta abajo, se darán cuenta de que estamos atacando y podrán replegarse e incluso huir. No es lo que buscamos. Queremos cogerles por sorpresa.

Ingrid se quedó pensándolo un momento.

—Sí, quizá no sea la mejor opción. Podrían huir u ofrecer más resistencia de la necesaria.

—Así es —asintió Viggo—. Es mejor utilizar un enfoque más sigiloso, de asesino, y llegar hasta el objetivo sin que se dé cuenta y pueda reaccionar.

Ingrid entendió que era la mejor opción y se resignó a no entrar a la fuerza.

—De acuerdo, hagámoslo a tu estilo. Estaré cerca para la extracción.

—Te aviso cuando haya inutilizado a la presa.

Los dos se miraron un instante a los ojos, deseando que nada le sucediera al otro.

—Ten cuidado, no te confíes —susurró Ingrid.

—Soy bueno, no tonto. No me confiaré —aseguró Viggo.

Ingrid lo atrajo hacia sí y lo besó con fuerza.

—Ve, y no sufras ni un arañazo.

Viggo sonrió.

—Ni me rozarán —le aseguró.

Un instante después se separaron y cada uno se dirigió a ocupar su posición.

Viggo observó la casa un rato. La marca del zorro era inconfundible en la pared de piedra. Ingrid había utilizado un trozo de tiza blanca que, cuando terminaran la misión, se borraría en un momento.

La casa era de tres pisos y bastante grande. La puerta principal y seis ventanas, dos en cada planta, daban a la fachada frontal. No había luz en los dos pisos de abajo, pero sí en el de arriba. No era en la habitación que daba a la calle sino más al fondo. Viggo observó la longitud del edificio. Iba de la calle en la que se encontraban a la posterior. Calculó que habría tres habitaciones en cada piso. Era una casa grande.

No detectó guardias ni vigías apostados en el lugar. No tendría problema para acceder a la vivienda, era demasiado fácil para alguien como él. El objetivo era un lugarteniente entre los Iluminados y debería de tener escolta y vigilancia, aunque quizá estuvieran ocultos en el interior.

Decidió no correr riesgos y averiguarlo. Se desplazó entre las penumbras y llegó hasta el lateral de la casa. Había un pequeño paso entre el edificio y el siguiente a su izquierda, no era un camino sino más bien un trozo de tierra sobre el que no habían construido, una separación entre las dos casas.

Viggo se metió en el paso y comenzó a escalar la fachada lateral con mucho cuidado y en silencio. Al ser de roca y haberse construido con bastantes prisas, había huecos entre las piedras que permitían subir por ella. Con una pericia y agilidad impresionantes, Viggo fue escalando la pared con mucho cuidado, no solo por no caer sino también por no ser visto. Pegaba su cuerpo a la pared y así se hacía menos visible a ojos extraños o interesados.

Alcanzó la ventana del primer piso, se situó a un lado y miró al interior. No vio nada sospechoso. La habitación estaba en penumbra y solo se distinguía algo de luz que provenía de la parte posterior de la casa. Sacó su cuchillo de lanzar y, con mucho cuidado de no hacer ruido, comenzó a abrir la ventana. Estaba cerrada por dentro, pero eso no era un problema para Viggo. Con mucha maña la abrió sin apenas hacer el más mínimo ruido.

Un instante después entraba en la casa. Se quedó quieto hasta que sus ojos se acostumbraron a la poca luz del interior. Escuchó con atención por si oía pasos en su dirección, pero no oyó nada. Estaba en una habitación dormitorio. Se acercó hasta la puerta, que estaba cerrada, abrió una rendija y miró con el ojo izquierdo hacia el pasillo. Estaba en penumbras, pero al final del pasillo había luz.

Salió de la habitación agazapado y pegado a la pared izquierda del pasillo comenzó a avanzar en silencio hacia la luz. Dejó atrás dos pares de puertas. Se detuvo frente a cada una y escuchó por si pudiera haber alguien dentro. No oyó a nadie. Las habitaciones estaban a oscuras, pues no salía luz por debajo de la puerta, lo que significaba que estaban vacías o que sus ocupantes dormían sin respirar fuerte o

roncar.

Siguió avanzando. No podía registrar todas las habitaciones de la casa una por una, eso le llevaría demasiado tiempo y podría alertar a su presa. Estaba allí para cazar y no iba a darle la oportunidad de que pudiera escapar por encontrarse con alguien en una de las habitaciones o hacer ruido. Aunque Viggo podía acabar con un enemigo con rapidez y en silencio, podría hacer ruido y se descubriría que se estaba acercando al objetivo. Y de ser descubierto habría combate y la presa escaparía… o intentaría escapar, porque Ingrid estaba apostada fuera de la casa y ella se encargaría de darle caza en el exterior. Era lo bueno de trabajar con un compañero. Si uno no conseguía el objetivo, el otro todavía podía hacerlo. Además, Ingrid se aseguraría de que no escapara, aunque tuviera que coserlo a flechazos. Si bien necesitaban a la presa viva para sacarle información.

Continuó avanzando por el pasillo y llegó a la parte posterior del edificio de la primera planta, donde había luz. Se dio cuenta de que esta procedía de una escalera que daba acceso al piso inferior y al superior. También había luz que salía de una puerta que estaba entreabierta y que debía de ser la habitación posterior que daba a la calle trasera.

Viggo se quedó muy quieto escuchando. Oyó voces que procedían de la habitación posterior y también que subían desde el piso inferior. Contó cinco voces diferentes, quizá seis. La cosa se ponía interesante. Sacó sus dos cuchillos largos y, para no correr riesgos, sacó también un veneno paralizador y bañó con la substancia los filos. Si por alguna razón uno conseguía escapar después de ser cortado, cosa que rara vez sucedía, no llegaría muy lejos.

Sonrió. Era el mejor asesino y lo era porque no se confiaba nunca, eso lo había aprendido de niño. Por muy bueno que uno sea en algo no había que confiarse ya que siempre había alguien mejor o las circunstancias podían hacerle una mala jugada. A Viggo ya le había ocurrido antes de entrar en los Guardabosques y lo había pasado muy mal, así que no se confiaba, por muy bueno que ahora fuera.

Tenía dos opciones: entrar en la habitación o bajar a la planta inferior. Lo pensó un segundo y decidió que era mejor limpiar aquella estancia antes de bajar. Mejor no dejar enemigos a la espalda que pudieran sorprenderle por detrás, ya se encargaría del piso inferior en cuanto terminara.

Miró hacia el interior con un rápido movimiento de cabeza para apartarla al instante. Vio a dos hombres: eran Iluminados. Estaban de pie junto a la ventana y miraban hacia el exterior como si hicieran guardia controlando la calle. Viggo ya había intuido que habría vigilantes, por lo que no le extrañó.

El ataque debía ser rápido y contundente para que no dieran la alarma. Se preparó y esperó el momento idóneo. La paciencia del asesino debía ser sin igual pues de ella dependía el éxito. Esto se lo había enseñado Haakon en el Campamento y lo recordaba bien. Por fortuna, Viggo tenía una gran paciencia y no la perdía cuando las cosas se ponían difíciles. Era una de sus mejores virtudes, en su opinión. Esa y que tenía una facilidad innata para todo lo relacionado con dar muerte a alguien.

Los dos Iluminados se pusieron a conversar y Viggo supo que había llegado el momento de actuar. Entró en la habitación como una exhalación, sin hacer el más mínimo sonido, y se dirigió como el rayo a por los dos hombres que vigilaban por la ventana, que portaban en el cinto espadas cortas con empuñadura de cabeza de dragón. Viggo no les daría la oportunidad de usarlas.

Golpeó al de la izquierda en la nuca, un golpe seco con la empuñadura de su cuchillo. El hombre se desplomó al suelo al momento. El otro comenzó a girarse hacia Viggo, pero no terminó de realizar el movimiento. Con otro golpe seco, esta vez en la sien, lo dejó sin sentido y cayó junto a su compañero.

Viggo observó la habitación por si había algún otro peligro. Era un estudio con varias estanterías con libros y una mesa grande al fondo con una silla elegante. No había nadie más allí. No quiso correr riesgos y ató y amordazó a ambos hombres con cuerdas que llevaba preparadas. No creía que despertaran en un buen rato, pero era mejor no correr riesgos. Nada peor que un enemigo despertando y dando la alarma justo en mitad de una incursión sigilosa.

Salió cerrando la puerta tras de sí y comenzó a descender hacia la siguiente planta. Se aseguró de que cada paso que daba en las escaleras de madera no generase el temido sonido de un escalón chirriante. Caminar con la ligereza de una gacela no era nada sencillo y Viggo se lo tomaba con calma y concentración.

Llegó al final del tramo y observó el pasillo de la planta baja. Estaba desierto y en penumbra. No parecía haber nadie allí. La habitación a su derecha, que era la inmediatamente inferior a donde había dejado a los dos vigías, estaba iluminada y con la puerta medio abierta. Viggo imaginó que habría guardias allí también, así que se preparó para actuar.

Se acercó hasta la puerta y echó una ojeada dentro. Para su sorpresa se encontró con que la habitación estaba vacía. Eso le desconcertó. ¿Por qué dejar luz prendida en una habitación si no había nadie? La respuesta le vino a la cabeza en un momento: porque era una trampa.

Se dio la vuelta rapidísimo y se encontró a dos Iluminados con

espadas cortas en la mano que se acercaban a atacarle. Habían salido de las dos habitaciones más cercanas en el pasillo. En lugar de que dieran el último paso para atacar, Viggo se anticipó y rodó sobre su cabeza llegando hasta ellos.

La espada con mando de cabeza de dragón del que estaba a su derecha pasó en un tajo lateral sobre la cabeza de Viggo. La del que estaba a su izquierda descendió en vertical buscando abrirle la cabeza en dos.

Viggo levantó el brazo y bloqueó la espada descendente con su cuchillo. Al instante se puso en pie con la rapidez de una serpiente y le clavó al Iluminado el cuchillo en el cuello. El otro ya levantaba la espada para volver a golpear, pero Viggo le soltó una patada a la cara. El hombre recibió el impacto de lleno y se fue dos pasos para atrás en el pasillo.

Antes de que pudiera reaccionar y dar la alarma, Viggo le lanzó el cuchillo con gran fuerza. Se le clavó en el corazón. El hombre se llevó las manos al arma incrustada en su pecho y cayó de rodillas. Viggo se acercó fugaz y lo remató para que no gritara. Los dos hombres quedaron tendidos en el suelo. No habían hecho ruido, pero un combate era un combate y el sonido de acero contra acero viajaba leguas. En una casa como aquella era más que posible que le hubieran oído. Tendría que andarse con mucho más ojo.

El objetivo estaba en la planta tercera.

Era momento de ir a por él, antes de que escapara.

El problema era que muy posiblemente lo estuvieran esperando.

Capítulo 23

Viggo fue a subir las escaleras cuando percibió movimiento al final del pasillo, en el otro extremo de la casa. Estaba oscuro así que no pudo ver quién era, pero estaba seguro de que había percibido un movimiento en el vestíbulo. Decidió ir a investigar. No le gustaba dejar cabos sueltos. Si subía las escaleras quien fuera que estuviera allí abajo podría seguirle y atacar por la espalda cuando menos lo esperara.

Avanzó a la carrera, tan veloz y sigiloso como un guepardo. Llegó al final del pasillo y vio que desembocaba en un vestíbulo con un gran armario y una silla que daba a la puerta de entrada. Allí descubrió a un Iluminado que vigilaba a oscuras el exterior, mirando por la ventana. Se alegró de no haber seguido la idea de Ingrid, pues aquel hombre les habría descubierto enseguida.

El vigía miraba hacia la calle y no se había dado cuenta de la presencia de Viggo a su espalda. Eso le extrañó. Miró alrededor a ver si había alguien más aguardando al acecho, pero no descubrió a nadie. Decidió atacar por la espalda, acabar con él en un suspiro y seguir adelante. Dio el primer paso y su tobillo topó con algo. De forma inconsciente Viggo se detuvo dónde estaba y se quedó muy quieto.

Bajó la mirada y observó con qué había tropezado. Era una cuerda muy fina, lo que significaba que habían preparado una trampa y que aquel hombre era un señuelo. Sonrió. ¡Muy listos! Con mucho cuidado retiró la pierna un poco y luego pasó sobre la cuerda sin accionar la trampa.

Se dirigió a por el Iluminado. Éste se volvió con la espada corta desenvainada y fue a atacar a Viggo, pero ya era demasiado tarde. Viggo se lanzó sobre el vigía y lo derribó al suelo clavándole el cuchillo en el corazón. Murió sin emitir más que una última exhalación.

De súbito, del interior del armario del vestíbulo surgieron dos Iluminados más que se lanzaron sobre Viggo. Aquello no lo había previsto.

—¡Muere! ¡Nuestro señor todopoderoso lo pide! —exclamó uno.

—¡Muerte al indigno! —exclamó el otro.

Viggo reaccionó saltando a un lado y rodando para poder esquivar

los dos primeros tajos que buscaron su cuerpo y poder incorporarse a continuación. El movimiento debía ser rápido y muy equilibrado.

Una vez alcanzó la verticalidad, bloqueó una espada con su cuchillo de la mano derecha y la otra la desvió con su otro cuchillo. Antes de que pudieran volver a atacar, Viggo soltó una tremenda patada a uno de los Iluminados en el estómago y al otro le soltó otra al pie de apoyo. El primer Iluminado se dobló de dolor y Viggo lo mató de una cuchillada potente. El segundo se trastabilló y, para cuando recuperó el equilibrio, Viggo ya le había saltado encima. Lo derribó al suelo atravesándole el corazón.

Se puso en pie y observó en todas las direcciones por si aguardaba alguna otra sorpresa. Debía reconocer que le habían pillado desprevenido y eso no le había hecho nada de gracia. No era amigo de aquel tipo de sustos desagradables. Resopló. Sus reflejos y habilidad le habían salvado. Eso y que los Iluminados no eran grandes luchadores. Eran torpes y estaban cegados por sus creencias, por lo que no eran grandes rivales. Sin embargo, en número y por la espalda representaban un problema.

Si antes ya sospechaba que el objetivo sabía que Viggo estaba en la casa e iba a por él, ahora estaba seguro. La incursión no había ido todo lo silenciosa que a él le hubiera gustado. Así era la vida, no siempre todo salía como uno esperaba. Muchas veces, las cosas se torcían por mucho que uno se esforzara en hacer bien su trabajo. Como Egil solía decir: “el enemigo también piensa y, a veces, es más inteligente y con más recursos de lo que nos gustaría”.

Subió por las escaleras de la entrada, no las posteriores, hasta llegar al tercer piso. Lo hizo despacio y muy alerta, pues arriba le estarían esperando. Comenzó a recorrer el pasillo en dirección a la estancia del fondo que tenía luz. Sería el estudio del objetivo y muy probablemente estaría allí… o podía ser otra trampa. Viggo no se iba a dejar sorprender de nuevo.

Pasó por delante de una puerta y escuchó un sonido tras ella. Se detuvo. La puerta se abrió de pronto y apareció un Iluminado con la espada en la mano.

—¡El dragón inmortal tendrá tu corazón!

Viggo se puso de costado y la estocada del Iluminado pasó paralela a su torso sin tocarle. Estiró el brazo derecho y le clavó el cuchillo en el cuello de un golpe seco. El Iluminado murió en el suelo un momento después.

Continuó avanzando. Aquella incursión se estaba torciendo bastante, cosa que a Viggo no le gustaba. Cada paso que daba lo hacía con todos sus sentidos alerta. Se acercaba a la estancia al final del

pasillo de donde provenía la luz. Allí le esperaba uno de los lugartenientes de Drugan. A por él venían y no se irían de allí sin él.

Otra puerta se abrió de pronto a su izquierda.

Un Iluminado salió y le saltó encima desde un dormitorio a oscuras.

—¡Nuestro señor se reencarnará y será invencible! —gritó.

Viggo dio un paso atrás con gran rapidez y el Iluminado falló el ataque por completo. Quedó en medio del pasillo desequilibrado y no se fue al suelo por poco. Viggo no le dio opción a recuperarse y le soltó una patada a la parte trasera de la rodilla. El atacante se quedó medio arrodillado y en el suelo al cederle la pierna. Un momento después Viggo le agarraba de la cabeza, la echaba hacia atrás y le cortaba el cuello en un abrir y cerrar de ojos.

—De eso nada —le susurró al oído mientras el Iluminado caía muerto.

Continuó avanzando por el pasillo. Ya llegaba a la habitación en la que estaba el lugarteniente. La puerta estaba abierta, pero no se escuchaba ningún sonido.

Viggo se detuvo junto a ella, con la espalda contra la pared a la derecha de la entrada y se quedó en silencio escuchando. Estaba seguro de que aquello era una trampa. Si entraba al ataque, lo más probable era que cayera de lleno en una emboscada de la que le resultaría muy complicado salir con vida.

Se quedó escuchando. Una de las cosas que había aprendido en el Refugio, mientras conseguía sus Especializaciones; era a percibir respiraciones. Era una disciplina complicada pero muy útil para un asesino. Se concentró, cerró los ojos y escuchó con gran atención intentando captar cuántas personas había en la estancia y su ubicación.

No era nada sencillo, pero sí eficaz. Viggo sabía que lo que todo hombre o mujer no podía dejar de hacer era respirar, por mucho que quisiera esconder su presencia a un enemigo. O, desde luego, no podía dejar de hacerlo por mucho tiempo. Así que escuchó, tal y como Engla le había enseñado. Al pensar en ella deseó que se recuperara pronto para poder así seguir instruyendo a otros como había hecho con Astrid y con él. También porque quería volver a enfrentarse a ella ya recuperada, y esta vez vencería.

Se concentró y agudizó su oído. Viggo no disponía de la ventaja que Lasgol disfrutaba con su Oído de Lechuza, pero podía discernir respiraciones cercanas, sobre todo, con una puerta abierta. No tardó demasiado en situar tres respiraciones. La más clara estaba justo al otro lado de la pared, en su misma posición, sin duda aguardando con

un arma en la mano a que cruzara la puerta para ensartarlo.

La segunda la captó algo más retrasada, en diagonal a la puerta. Por la distancia hasta allí y el hecho de que estaba en diagonal a ella, debía de ser un tirador que lo atacaría en cuanto entrara. Usaría arco corto, lanza o cuchillo de lanzar.

Por último, captó una respiración muy débil que al principio había obviado. Provenía del fondo de la habitación y por ello no la había descubierto inicialmente. Apenas se oía. Debía de ser el lugarteniente. Viggo se preguntó si sería Vingar o Xoltran, los brujos que acompañaban y servían a Drugan. Fuera quien fuera, le crearía problemas serios, pues eran buenos luchadores.

Había llegado el momento de pasar a la acción. Ya había analizado la situación. Sabía que era una trampa y que lo más probable era que un brujo esperase dentro para matarlo con dos de sus secuaces. Sin embargo, no estaba nada intranquilo. Intuir lo que había planeado el enemigo siempre le hacía sentirse bien. Era como cazar al cazador. Además, él era el mejor asesino de Norghana y la teoría se demostraba con la práctica.

Sacó uno de los venenos que llevaba en el cinturón de asesino y vertió el contenido en los filos de sus dos cuchillos y en el cuchillo de lanzar. Se retrasó tres pasos en el corredor con total sigilo, cogió carrerilla y corrió hacia la puerta abierta. Un instante antes de entrar dio un gran salto y cruzó la puerta volando por la parte superior, como si lo hubieran propulsado con una ballesta.

Según iba por el aire y entraba en la habitación, vio cómo el Iluminado que aguardaba contra la pared soltaba un tajo a dos manos con su espada. Lo hizo a media altura, con intención de partirle en dos por la cintura. El filo de la espada pasó por debajo del cuerpo de Viggo, que comenzó a caer al suelo y terminó el salto rodando sobre su cabeza. El Iluminado que aguardaba junto a una ventana, en diagonal a la puerta, le lanzó un cuchillo que se clavó en el armario al fondo, a un palmo de la cabeza de Viggo.

—Buenos intentos, pero no lo bastante —sonrió Viggo.

—¡Muerte al hereje! —gritó el tercer hombre de pie tras un escritorio lleno de pergaminos.

Viggo se desplazó con una rapidez inusitada y atacó al Iluminado que buscaba asestarle otro tajo con su espada corta. La desvió con el cuchillo de su mano izquierda y el de la derecha se lo clavó directo en el corazón. El Iluminado gimió de dolor y cayó de rodillas. Murió en el suelo.

De un desplazamiento a un lado, Viggo esquivó un segundo cuchillo que le lanzó el otro Iluminado.

—Deberías practicar más el lanzamiento —dijo Viggo con sarcasmo.

El Iluminado sacó su espada corta y la levantó sobre su cabeza. Acto seguido comenzó a correr hacia Viggo. Para cuando llegó hasta el asesino, el Iluminado estaba muerto. Se desplomó al suelo con el cuchillo de lanzar de este clavado en el corazón.

—Agh… —clamó el Iluminado según moría y se derrumbaba al suelo.

—¿Ves? Ese es un buen lanzamiento. Yo he practicado mucho —guiñó un ojo Viggo.

El brujo salió de detrás del escritorio con una espada larga de empuñadura de cabeza de dragón. No era ni Vingar ni Xoltran, lo que intrigó a Viggo. Vestía con una capa con capucha plateada en mate. No llevaba la capucha puesta, por lo que Viggo podía ver con claridad los rasgos del brujo. Parecía norghano, de ojos azules, cabellera larga rubia y mentón fuerte. Tenía el rostro de un guerrero norghano y, sin embargo, no la brutalidad de estos, ya que era delgado y no muy alto, de unos treinta y cinco años, parecía confiar en sus habilidades pues no había temor en sus ojos.

—Tú eres nuevo —dijo Viggo con aire casual mientras recuperaba su cuchillo de lanzar.

—Mi nombre es Zirken y llevo mucho tiempo al servicio de mi señor y maestro —respondió el brujo, que observaba a Viggo con ojos entrecerrados como midiendo su valía.

—Encantado, yo soy Viggo —sonrió como si aquello fuera un encuentro amistoso y casual. Le dirigió un saludo y se situó frente al brujo a cuatro pasos de distancia. Dejó caer los brazos y sus cuchillos quedaron pegados a sus muslos, en actitud no agresiva, pero preparado para actuar en cuanto fuera necesario.

—Sé quién eres… quiénes sois y lo que buscáis.

—Estupendo, eso hace que las cosas sean mucho más sencillas. Me gusta que se me reconozca allá donde voy.

—Quizás porque eres un necio. Solo aquel que está tan lleno de sí mismo es tan estúpido como para ir anunciándolo —respondió Zirken.

—Vaya, un Iluminado filósofo. ¡Esto cada día se pone más divertido! Y yo que pensaba que erais todos unos fanáticos lunáticos sin gracia… —replicó Viggo.

—Yo sirvo a mi señor y a nuestra causa. No soy ni un fanático ni un lunático. Tampoco soy ningún pensador y mucho menos un filósofo. Lo que soy es instruido, no como tú que aprecio provienes de las alcantarillas más inmundas.

Viggo hizo un gesto de sorpresa.

—Además de filósofo eres adivino. ¡Estupendo!

—No hay mucho que adivinar, lo llevas escrito en el rostro —dijo el brujo.

—A mucha honra. Las alcantarillas en las que yo me crie son de las más apestosas de Norghana. Sin embargo, salí de allí y me encontré con buenos amigos. Uno de ellos, instruido como tú, quiere tener una charla amistosa contigo.

—No os revelaré nada. Los planes de mi señor se llevarán a cabo con éxito. Una nueva era comenzará para Tremia, una donde el señor todopoderoso reinará como el dios inmortal que es —aseguró el brujo.

—Sí, ya me lo sé: que va a arder todo Tremia, que va a esclavizar a los hombres que no sean de la sangre verdadera, y otro montón de mamarrachadas. Ya lo he oído antes. Vuestros predicadores son unos pesados.

—Búrlate cuanto quieras, pero es lo que va a suceder. Los predicadores solo narran lo que sucederá, pues todos deben conocer lo que vendrá cuando el señor todopoderoso renazca y reine sobre la tierra.

—No creo que nada de eso vaya a pasar —dijo Viggo negando con la cabeza.

—Dergha-Sho-Blaska, el dragón inmortal, aquel que duerme cuando debería haber muerto, ha despertado. Un cuerpo le proporcionaremos donde su espíritu revivirá. El señor todopoderoso se alzará, inmortal, y reinará sobre los hombres.

—Me parece que no va a ser así. Todavía no os habéis dado cuenta, pero os aseguro que eso no va a ocurrir.

—¿Quién lo va a impedir? ¿Tú y tus compañeros Guardabosques? —preguntó Zirken con tono de incredulidad y cierto sarcasmo.

—Por supuesto. Por eso estoy aquí.

—No podréis detenerlo. Las fuerzas en vuestra contra son demasiado poderosas. Fracasaréis.

—No es la primera vez, y me temo que tampoco será la última, que nos enfrentamos a fuerzas muy poderosas, y aquí seguimos —replicó Viggo y se encogió de hombros.

—Esta vez os enfrentáis a un dragón inmortal que ha despertado y se alza para reinar sobre el mundo. Ningún hombre puede enfrentarse a eso. Solo se puede acatar el destino y servir al nuevo señor.

—Se me da muy bien matar, ¡bichos también! Así que dime dónde está para que podamos terminar esta charla tan agradable —sonrió Viggo.

—Nada te revelaré de mi señor. Nuestro destino está escrito en fuego. Somos los sirvientes del todopoderoso y a él ayudaremos a convertirse en dueño del mundo entero. La edad del hombre llega a su fin —dijo abriendo los brazos.

Viggo resopló exasperado.

—Mira que sois pesados con el mensajito del fin del mundo. ¿Dónde está el Orbe de Dragón? Es una pregunta sencilla. Respóndela.

—Antes la muerte que revelar su paradero a quien desea destruir a mi señor.

—¿No has dicho que es inmortal y todopoderoso? ¿Qué miedo tienes? —tentó Viggo para ver si conseguía algo.

—Lo será, en cuanto se reencarne y se alce.

—Así que todavía no lo es. Será mejor que me digas dónde está o terminarás como el resto de estos fanáticos chiflados —dijo señalando con sus cuchillos a los dos Iluminados muertos en el suelo.

—Serviré a mi señor hasta la muerte. Nada obtendrás de mí —dijo Zirken y avanzó con rapidez con la espada por delante y murmurando algún conjuro arcano entre dientes.

Viggo reaccionó y se preparó para la lucha. Los brujos de Drugan sabían pelear con espada y magia y eran muy peligrosos. Eso ya lo había experimentado. Aquel nuevo enemigo también representaría un problema, así que tendría que andarse con cuidado.

Zirken soltó una estocada que Viggo desvió con su cuchillo derecho. Al instante contratacó con el izquierdo y fue directo a buscar el corazón del brujo. Zirken abrió la boca y soltó un rugido. Al sonido siguió una onda de fuerza que desvió el brazo de Viggo hacia fuera como si lo hubiera golpeado con una pala.

—¡Ouch! —exclamó Viggo, que retiró el brazo y dio un paso atrás. Tuvo que cerciorarse de que no se lo había partido.

Zirken lanzó una combinación de tajos al cuello seguidos de una estocada al corazón con su espada larga. Viggo bloqueó y desvió los ataques con maestría. El brujo era muy bueno con la espada, pero él lo era más con los cuchillos.

—Veo que mi señor Drugan me advirtió con razón. Sois peligrosos y muy buenos luchadores.

—No te advirtió lo suficiente. Vas a morir aquí a menos que me digas dónde está ese dragoncito vuestro.

—El único que va a morir hoy aquí eres tú —afirmó Zirken señalando el corazón de Viggo con su espada.

Viggo atacó con una celeridad inaudita, pero Zirken se defendió de los tajos y cuchilladas con movimientos expertos. Era muy buen

espadachín. Finalizó con otro rugido fuerte que emitió abriendo mucho la boca y estirando el cuello, dirigiéndolo hacia su oponente. Una fuerza invisible golpeó a Viggo, que salió despedido de espaldas y chocó con el armario al fondo de la estancia. Cayó al suelo y quedó aturdido.

—Nosotros, seguidores de la sangre verdadera, tenemos un poder ancestral que los hombres como tú no pueden llegar a entender —explicó el brujo, acercándose lentamente.

—No eres… más que un brujo… con algún truquillo… —balbuceó Viggo mientras intentaba ponerse en pie.

—No es ningún truco. Es poder de dragón, pues nosotros somos sus descendientes entre los hombres, su sangre corre por nuestras venas.

—Eso… no te lo crees ni tú… —respondió Viggo que ya estaba en pie y listo para seguir luchando. Le dolía la cabeza y la espalda del fuerte golpe, pero no creía tener nada roto, o eso esperaba.

—Lo creo, sí, porque es la verdad. Los ignorantes sacrílegos como vosotros no lo entienden, pero da igual. El futuro está escrito en fuego y no puede cambiarse. Mi señor reinará y nosotros, sus descendientes de sangre, sus siervos fieles, reinaremos con él.

—Prefiero ser rey yo mismo que servir a otro —contestó Viggo que dio un salto sobre Zirken para cogerlo por sorpresa y que no pudiera usar su magia. El ataque hizo que el brujo se detuviera y se defendiera con la espada. Viggo finalizó la combinación de tajos y cuchilladas que fueron bloqueadas y desviadas con una patada al estómago.

—Agh… —Zirken se quedó sin aliento de la patada y se retrasó para salir del área de acción y no ser alcanzado por los cuchillos. Viggo aprovechó el momento y atacó de nuevo con furia. La defensa de Zirken comenzó a decaer y se vio en peligro. Con un movimiento ágil saltó por encima del escritorio y se resguardó tras él.

Viggo dio dos pasos para coger carrerilla y saltó volando por encima de la mesa. Zirken ya había previsto el movimiento de ataque y, sin levantarse y a cubierto tras el escritorio, abrió la boca y usó su magia. Un rugido surgió de ella hacia arriba justo cuando aparecía el cuerpo de Viggo. La onda de fuerza lo alcanzó y salió repelido. Cayó a mitad de la estancia sufriendo un duro golpe.

—Maldito… rugido… —se lamentó Viggo con gesto de dolor.

—Ha llegado el momento de acabar contigo y seguir con la obra de mi señor —dijo Zirken y se levantó de detrás del escritorio.

Viggo se arrastraba por el suelo como una víbora negra huyendo hacia la puerta abierta.

—¡No huyas, sabandija! —gritó Zirken y fue a darle muerte.

Viggo alcanzó la puerta y salió.

Zirken corrió tras él. A media estancia la cabeza de Viggo apareció por la puerta.

—Te he visto, brujillo —dijo.

Zirken detuvo su avance, abrió la boca y conjuró. Un rugido salió de ella buscando alcanzar la cara risueña y burlona de su enemigo.

Viggo lo oyó y se resguardó tras la pared. La onda de fuerza golpeó el muro y parte siguió por la puerta abierta. No le alcanzó.

—¡No te escondas, cobarde!

Viggo surgió de nuevo solo por un instante y soltó un latigazo con su brazo derecho. Se volvió a esconder.

El brujo abrió la boca para usar su magia, pero no pudo. Soltó una exclamación y se miró el torso. En el hombro, sobre su corazón, tenía clavado el cuchillo de lanzar de Viggo.

—¿Quién ha dicho que me escondo? —dijo Viggo que volvió a sacar la cabeza sonriente—. A propósito, está envenenado, he vuelto a verter veneno en el cuchillo. Pronto no sentirás las piernas, siento las malas noticias.

Con cara de espanto, Zirken comprendió la situación. Soltó otro rugido que Viggo evitó ocultándose detrás de la pared.

—Estas paredes están bien hechas, son sólidas —comentó—. Es una suerte, bueno, para mí, para ti no tanto.

—Búrlate lo que quieras, la victoria final será nuestra. No podréis impedirlo.

—Eso está por ver —respondió Viggo.

Una de las piernas de Zirken comenzaba a fallar. Fue hasta la ventana y la abrió.

—Solo los de sangre verdadera disfrutarán del tiempo que está por venir —predicó.

—Yo que tú no lo haría, te vas a romper la espalda —advirtió Viggo, que estaba en la puerta y veía que el brujo iba a saltar a la calle.

—Hasta nunca —dijo y se tiró.

Viggo corrió a la ventana y escuchó un rugido muy fuerte seguido de un gemido ahogado. Llegó a la ventana y miró abajo. Zirken estaba poniéndose en pie, había sobrevivido al salto. No parecía haberse roto nada, cuando debería haberse roto piernas y brazos. Tenía que haber sido por su magia, de alguna forma había utilizado su rugido para frenar el golpe de la caída.

—Vaya… Eso ha estado bien… —dijo Viggo entre dientes.

Zirken miró a Viggo sonriente y triunfal y se dispuso a escapar.

Una Flecha de Tierra le impactó en el torso. Hubo una explosión de humo, tierra, y un compuesto cegador que lo dejó completamente aturdido. Entonces una figura se acercó al brujo a la carrera.

Ingrid lo dejó fuera de combate de un derechazo.

Capítulo 24

Unos días más tarde Eicewald les trajo, tal y como había prometido, un tomo de conjuros que llamó Grimorio de Magia Básica.

Lasgol y Camu inmediatamente pusieron toda su atención en el tomo. Aquello les interesaba mucho y poder aprender conjuros de un libro les parecía algo que les vendría muy, pero que muy bien. Crear habilidades y conjuros era tan costoso en cuanto a esfuerzo y tiempo que poder aprenderlos de un libro era casi como hacer trampa.

—Este tomo contiene conjuros y hechizos básicos que casi cualquier persona con el Don puede aprender. Son sencillos y funcionales. Son lo que se conoce como magia básica o neutra, que no requiere de una inclinación o afinidad específica. Tampoco requiere que quien la conjure haya alcanzado un nivel de magia elevado. Por ello nos servirá. Lo solemos utilizar con todos los Magos de Hielo que comienzan su andadura en el mundo mágico.

—Oh, eso me gusta —expresó Lasgol muy contento por lo que estaba escuchando.

«Yo aprender todo» se lanzó Camu con su habitual carácter optimista e infinita seguridad en sí mismo.

—Por otro lado, los conjuros son poco poderosos, pero para experimentar y aprender os aseguro que son muy eficaces.

«Yo querer conjuros poderosos» protestó Camu.

—Y yo quiero que tengas más cabeza —replicó Lasgol.

Camu miró sin comprender y pestañeó dos veces con fuerza.

«Mi cabeza buen tamaño».

Lasgol se llevó la mano a la frente.

—Que los Dioses de Hielo me den paciencia —murmuró entre dientes.

Eicewald sonrió y evitó soltar una carcajada.

—Creo que para este ejercicio estos conjuros son los más apropiados —dijo Eicewald y abrió el tomo.

«De acuerdo» transmitió Camu con un sentimiento de cierta decepción.

—Veamos —dijo Lasgol animado.

—Muy bien. Este conjuro es muy básico y útil al mismo tiempo —mostró Eicewald señalando con el dedo índice el tomo.

Lasgol vio las dos páginas llenas de palabras escritas con una letra muy elaborada y con dos dibujos en color que representaban el uso del conjuro. Los tonos de los dibujos eran en oro y plata y los títulos sobre las páginas también. Llamaban la atención al instante con su tenue brillo.

—Es precioso... —comentó Lasgol con la boca abierta sin darse cuenta de que se le había quedado sin cerrar.

—El trabajo está muy bien realizado. No es un tomo original, pero sí una copia muy exacta de este.

—Esos colores en oro y plata... Como que te hacen mirar… —comentó Lasgol.

—Es el color de la magia. Siempre se ha representado en tonalidades áureas y argentas.

—¿No hay más colores en la magia? —preguntó Lasgol extrañado, su propia magia destellaba en verde.

—Los hay, sin duda, pero la magia básica, la elemental, se representa siempre en esas dos tonalidades. Esto ha sido así desde el principio de los tiempos. No hay una explicación al respecto, o al menos yo la desconozco, y no la he visto en ningún tomo de conocimiento.

«Yo mucho plata» transmitió Camu.

—¿Qué quieres decir con eso Camu? —preguntó Lasgol.

«Mi magia ser plata».

—Eso es de lo más curioso… —comentó Eicewald—. Me he fijado en que brillas en argento cuando usas tu magia y debe de ser por alguna razón…

—Creo que he visto que también lo ha hecho en dorado alguna vez, pero poco —añadió Lasgol—. No recuerdo cuándo, de hecho.

—Interesante, puede que sea significativo —comentó Eicewald.

—Últimamente siempre es plata cuando utiliza su magia —dijo Lasgol, que se rascaba la cabeza intentando recordar.

—No hay una teoría clara acerca de este hecho, por lo que los magos solo podemos especular. Se cree, o más bien ciertos magos creen, que los dos tipos de magia más poderosos y la base de todos los otros tipos de magia son la plateada y la dorada. Es por ello por lo que se usan tanto a la hora de representar conjuros o conocimiento mágico. Pero como ya os he dicho, no hay nada escrito en ningún lado que lo corrobore.

—¿No se sabe qué magias son? —quiso saber Lasgol.

—No, pero quizás un día alguien lo descubra. Un erudito… o vosotros mismos —sonrió Eicewald.

—¿Nosotros? —preguntó Lasgol con el sentimiento de que ellos no serían.

«Nosotros descubrir. Nosotros listos» expresó Camu de inmediato.

—Inteligentes sois —asintió Eicewald.

—¿En qué idioma está escrito este conjuro? No lo entiendo —expresó Lasgol preocupado intentando leer lo que decía el texto sin poder lograrlo.

—Es un idioma antiguo conocido como lengua arcana. Los magos crearon este lenguaje secreto para que aquello que escribieran en sus tomos solo pudiera ser entendido por ellos mismos u otros magos.

—Vaya… ¿Y solo hay una lengua arcana? —a Lasgol le extrañó pues en Tremia había infinidad de lenguas.

—Cuando se comenzó a usar lenguaje secreto para ocultar la magia, hubo diferentes idiomas que se crearon con ese fin en lugares distantes del continente. Los grupos de magos comenzaron cada uno a usar una lengua propia desarrollada por ellos mismos. De esa forma cada sociedad mágica tenía su propio dialecto secreto con el que ocultar sus conjuros y conocimiento mágico.

«Muy listos».

—Buena forma de ocultar lo que sabían, sí —asintió Lasgol—. Algo así me ha contado Egil que se ha dado también con sociedades no mágicas, pero sí secretas, que no querían que su conocimiento o tratos se supieran. Inventaban lenguajes propios que nadie más conocía para comunicarse entre ellos.

Eicewald asintió.

—Es una práctica extendida la de ocultar información con lenguajes secretos en muchas áreas, no todas honorables.

—Sí, las organizaciones delictivas también lo usan, eso lo sabemos, como los gremios de asesinos o ladrones.

«Gente mala».

—Eso es. En el caso de la magia, con el tiempo se vio que se necesitaba colaborar, sobre todo en aspectos de estudio. Por ello se creó un lenguaje único, la lengua arcana, que pudieran usar para colaboraciones y que siguiera siendo secreto. Su uso se fue poco a poco estandarizando entre los eruditos. No del todo, claro, surgieron variantes.

—¿Diferentes variantes en función de los grupos de magos que lo usaban?

—Así es. Pero, aunque existen numerosas variantes del lenguaje,

por lo general, se pueden entender.

—Pues yo no entiendo nada... —se lamentó Lasgol que seguía intentando leer el texto sin conseguirlo.

—Eso es porque no has sido instruido —sonrió Eicewald.

—Entonces, ¿me enseñarás la lengua arcana? —Lasgol estaba muy interesado y solo de pensar en la cara que pondría Egil al saber que estaba aprendiendo una lengua secreta mágica, se animó mucho.

—Enseñarte el idioma de los magos llevaría demasiado tiempo y, por desgracia, el tiempo es un bien muy preciado del que no disponemos.

—Oh… —Lasgol se sintió decepcionado.

—Por ello vamos a usar un atajo —le guiñó un ojo Eicewald.

«A mí gustar atajos» dijo Camu contento.

—Existen herramientas, objetos y hasta hechizos que permiten leer la lengua arcana escrita en un grimorio. Para facilitaros la labor he traído esta herramienta —Eicewald sacó una especie de lente unida a una cinta.

Lasgol y Camu miraron el objeto, que no era especialmente bonito, más bien rudimentario.

—Os mostraré cómo se usa —dijo y se puso la cinta alrededor de la frente. La ató detrás y situó la lente que colgaba delante de su ojo derecho.

«Eicewald guapo ahora» bromeó Camu.

El mago soltó una pequeña carcajada.

—Sí, estoy seguro de que estoy de lo más guapo —sonrió.

—Te da un aire de sobriedad, de pertenecer a la nobleza —continuó bromeando Lasgol.

—¿A la nobleza yo? Los Dioses de Hielo me libren —bromeó el mago de vuelta—. Ahora ya se puede leer —confirmó.

Lasgol asintió.

—¿Puedo probar?

—Por supuesto —dijo, se soltó la cinta y se la pasó a Lasgol.

Este se la colocó en la frente y la ató detrás de su cabeza como había hecho Eicewald. Colocó la lente sobre su ojo derecho, miró el libro con intención de leer y le hizo un efecto muy raro. Lo vio todo borroso por un instante y al siguiente pudo leer una frase que hacía un momento no entendía, ahora sin ningún problema.

—*Para conjurar este hechizo hay que imaginar la creación de…* —leyó Lasgol en voz alta.

—Muy bien. Es lo que dice el texto —confirmó Eicewald.

«Mucho bueno».

—Lo puedo leer y lo entiendo perfectamente. Esta lente está hechizada —dedujo Lasgol.

—En realidad está encantada —sonrió Eicewald—. Es una herramienta muy útil que se utiliza con los poco instruidos en el leguaje mágico.

«¿Nosotros no instruidos?» preguntó Camu algo molesto.

—Me temo que no, Camu —dijo Lasgol.

—No estáis instruidos en el arte de la magia, que no quiere decir que no lo estéis en otras facetas de la vida —aclaró el mago.

«Yo querer instruido mágico» pidió Camu.

—Pues eso hay que trabajarlo —explicó con una sonrisa amable.

—Ahora que puedo leerlo, ¿cómo hago para aprender el conjuro y usarlo? —preguntó Lasgol.

—Veo que la impaciencia te puede, ¿eh? —Eicewald hizo un gesto de que eso no era bueno.

—Un poco, lo siento… —se disculpó Lasgol y se encogió de hombros.

—No te preocupes, es natural que quieras aprender. Lo que debes hacer es seguir lo escrito en el tomo con todo detalle prestando toda tu atención. Debes visualizar el conjuro en tu mente. Lo escrito te ayudará, así como la magia del tomo.

—¿El tomo tiene magia? —preguntó Lasgol inclinando la cabeza—. Me refiero a si tiene además de los propios conjuros que hay escritos en él.

—Así es, para facilitar la interpretación de lo escrito, así como para ayudar con la memorización del conjuro.

—¿Debo memorizarlo? —preguntó Lasgol, aunque ya empezaba a ver cómo funcionaba aquello.

—Así es. A diferencia de los conjuros que se crean o descubren de forma espontánea, como suele sucederos a vosotros dos, los que se aprenden de tomos arcanos se deben memorizar, puesto que no lo estás creando sino aprendiendo, y todo conocimiento que no se memoriza se pierde. Esa es una regla de la magia, pero también de muchos aspectos de la vida.

—Entiendo. Aprender y memorizar para retener el conjuro en mi mente y poder utilizarlo.

—Eso es, mi aventajado pupilo —sonrió Eicewald.

—Veamos si soy capaz de memorizarlo —dijo Lasgol y leyó con

todo detenimiento lo que el tomo decía. Según leía el texto, cada vez visualizaba con mayor facilidad lo que debía crear. El conjuro que estaba aprendiendo era para la creación de una Luz Guía. Su propósito era crear un punto de luz que se desplazara frente a quien lo conjurara e iluminara su camino. Resultaría extremadamente útil en noche cerrada, cuevas, tormentas, áreas oscuras y similares. Al final de las dos páginas había una frase que detonaba el conjuro, la única frase que no se había traducido.

—No voy a poder decir esta frase —dijo Lasgol a Eicewald señalándola con el dedo índice.

—No te preocupes, inténtalo, el tomo y su magia te ayudarán.

Lasgol se concentró, buscó su energía interna, visualizó el punto de luz frente a él como el tomo indicaba y pronunció la frase que no sabía leer. Para su sorpresa, aunque no entendió lo que dijo, consiguió leer la frase con la facilidad de aquel que la entiende, si bien no era su caso en absoluto.

Se produjo una leve luz, pero que no llegó a destellar con fuerza y se apagó.

—No lo he conseguido... —se lamentó Lasgol.

—No pasa nada, no es tan sencillo. Te llevará un tiempo, como todo con la magia —dijo el mago dándole una palmada de ánimo en la espalda.

«Seguir intentar, tú conseguir» animó Camu.

Lasgol lo intentó varias veces sin conseguirlo. Eicewald le recomendó dejar pasar un momento entre prueba y prueba, y concentrarse mucho en cada una. Lasgol así lo hizo, pero no lo logró.

Pasó toda la mañana y casi toda la tarde y Lasgol seguía intentándolo sin conseguirlo. Pronto llegaría la noche y tendrían que dejarlo. Sentía una gran frustración pues deseaba iniciarse en el aprendizaje de conjuros desde un tomo mágico y no lo estaba logrando. Empezó a dudar de si sería capaz de hacerlo, de si en verdad tenía lo que hacía falta para ser un mago. Quizás siempre fuera a ser una persona con el Don, pero sin magia avanzada. Si así fuera tampoco sería el fin, siempre podría ser un Guardabosques Especialista con el Don y con eso se conformaba, pues era ya un gran logro.

Apretó la mandíbula y no se dejó vencer por el desánimo. Volvió a intentarlo, seguiría hasta conseguirlo, aunque le llevará semanas, meses o años. En ese momento, se produjo un destello blanquecino frente a Lasgol y a un palmo sobre su cabeza se formó una diminuta bola de luz.

—Un punto de luz guía. Muy bien hecho —felicitó Eicewald.

«Muy impresionante» congratuló Camu.

—Gracias... —Lasgol se puso en pie y comenzó a avanzar dentro de la tienda hacia Ona, que estaba tumbada al fondo. El punto de luz guía avanzó con él iluminando la tienda. Ona se asustó y dio un brinco para alejarse del punto de luz.

«Ona, tranquila. Solo luz» explicó Camu.

La pantera de las nieves no estaba muy convencida y salió de la tienda.

—Es... genial... —dijo Lasgol sorprendido tanto de la luz como de haber podido conjurarla. Lo segundo más que lo primero.

—Ahora debes memorizarlo para no perderlo —dijo Eicewald.

—¿Cómo lo hago?

—Debes intentar el mismo conjuro una y otra vez hasta que te quedes sin energía interna.

—Pero si hago eso... quedaré exhausto… me desvaneceré.

—Ese es precisamente el objetivo. Debes quedar exhausto y dormir para recuperarte. Al hacerlo memorizarás el conjuro. Cuando despiertes será como si lo hubieras creado tú mismo, ya no lo olvidarás y podrás usarlo siempre que quieras.

«Muy fantástico».

—De acuerdo. Lo haré cuando acabemos con la lección de hoy —dijo Lasgol.

—Muy bien, ahora veamos si Camu es capaz de hacerlo también —dijo Eicewald mirando a la criatura con interés.

«Yo conseguir también» transmitió Camu seguro de sí mismo.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Lasgol, ya que Camu no podía leer y por lo tanto iba a resultar complicado.

—Buena pregunta, nunca me he visto en una situación similar. Mis estudiantes siempre han sabido leer. Bueno, siempre han sido humanos, nunca he instruido a una criatura mágica como Camu —el mago se quedó pensativo un momento largo—. Se me ocurre que se lo leas tú en alto y que él lo repita —propuso Eicewald.

«Yo repetir. Fácil».

—Si, eso podría funcionar —se animó Lasgol.

—Adelante, intentémoslo —dijo Eicewald con un movimiento de la cabeza.

Lasgol leyó la primera frase del texto arcano en alto. Camu la repitió tal y como Lasgol la había leído. Continuó leyendo el texto de las dos páginas mientras Camu lo repetía hasta llegar a las últimas palabras de poder. Las repitió despacio después de Lasgol y los tres

aguardaron a que se produjera el conjuro.

No lo hizo.

—Parece que no ha funcionado —comentó Eicewald.

«No contento» transmitió Camu junto a un sentimiento de frustración enorme.

—Pues ha repetido el texto tal y como yo lo he leído, sin alteraciones ni problemas.

—Quizás sea que no se ha establecido el vínculo entre el tomo y Camu —comentó Eicewald pensativo, buscando razonar lo que sucedía.

«Yo intentar» transmitió Camu y acercó su cabeza al tomo sobre el suelo. Cerró los ojos y se produjo un destello plateado rodeando la cabeza de Camu. El tomo pareció responder con otro destello blanquecino.

—Eso parece prometedor —comentó Lasgol.

—Comprobémoslo —dijo Eicewald.

Volvieron a intentarlo. Lasgol leyó el texto en alto usando la lente y Camu fue repitiéndolo palabra por palabra hasta el final.

Por desgracia, el punto de luz no se produjo.

«Yo no animado» transmitió Camu.

Eicewald y Lasgol se quedaron en silencio, pensando cómo solucionar aquel problema.

—Podemos intentarlo usando comunicación mental, quizás eso sea más directo y el vínculo se mantenga —propuso Lasgol.

—Buena idea. No perdemos nada por intentarlo —asintió Eicewald.

Lasgol volvió a leer el conjuro del tomo. Fue transmitiendo el texto por mensajes mentales a Camu, que fue recitándolos en alto.

Al terminar de recitar la última frase arcana, el punto de luz guía apareció sobre la cabeza de Camu. Era mucho más grande y potente que el que Lasgol había creado.

«¡Muy fantástico!» exclamó Camu, que comenzó a flexionar las cuatro patas subiendo y bajando el cuerpo.

—Realmente interesante el vínculo que tenéis vosotros dos, no deja de asombrarme. No es nada habitual.

—A mí también me sorprende mucho —asintió Lasgol.

«Yo no sorprendido» sonrió Camu que seguía bailando muy contento.

—Una cosa que quiero subrayar es que mientras tengáis la luz guía activa, estará consumiendo vuestra energía mágica.

«Yo sentir. Consumir poco».

—Sí, pero si te descuidas y la mantienes activa mucho tiempo puede acabar con todas tus reservas de energía mágica y no podrás utilizar tus otras habilidades cuando las necesites. Tendrás que descansar para reponer toda esa energía que has consumido.

—Entendido —dijo Lasgol asintiendo—. También podría dejarnos exhaustos por descuido y quedaríamos indefensos.

—Eso es. Siempre debéis estar muy atentos al consumo de vuestra energía por parte de los conjuros o habilidades sostenidos que estéis manteniendo y no despistaros, o tendréis un disgusto. Es más común de lo que parece el no darse cuenta de tener un hechizo activo y que éste se coma toda la energía.

«Yo recordar».

—Lo recordaremos, sí.

—Ahora, para memorizar el conjuro, quiero que lo repitáis hasta que haya consumido toda vuestra energía y caigáis dormidos.

—Eso puede llevar un tiempo... Sobre todo, en el caso de Camu.

—Lo imagino, pero así debe ser.

—Muy bien, lo haremos.

Les llevó hasta el amanecer consumir todo el pozo de energía de Camu. Lasgol cayó dormido antes y Camu siguió solo. Creaba el conjuro, lo desechaba y lo volvía a crear. Así hasta quedarse sin energía.

Eicewald se quedó con ellos para guardar su descanso. En medio del Bosque del Ogro Verde no corrían peligro, pero Eicewald lo hizo por responsabilidad, debía cuidar de sus pupilos.

Cuando despertaron, pasado el mediodía, los dos habían memorizado el conjuro. Eicewald dio por excelente la instrucción y el resultado.

Animados por el éxito, continuaron con el siguiente conjuro sencillo: Crear Lumbre, que consistía en crear una pequeña llama con la que prender una vela, una hoguera o similar. Los dos se pusieron a aprenderlo de inmediato muy animados.

Capítulo 25

Lasgol y Camu decidieron entrenar en solitario aquel día, ya que Eicewald tenía obligaciones en la capital que le impedían poder impartir una de sus lecciones de magia. Al parecer el rey Thoran le había hecho llamar, así que buenas noticias no serían. Tendrían que esperar a volver a reunirse con el mago en la capital o en el Bosque del Ogro Verde para averiguar qué era lo que le había ordenado.

Durante media mañana estuvieron entrenando los Principios de Ampliación y Potencia. El éxito no fue demasiado grande, por lo que para la tarde se centraron en el Principio de Creación Mágica, que era en realidad el que más les gustaba. El tiempo no era malo, ni siquiera nevaba, por lo que al menos podrían estar tranquilamente fuera de la tienda si querían.

«Yo querer crear habilidad nueva» transmitió Camu al tiempo que un sentimiento de emoción.

«No eres el único» transmitió Lasgol usando un mensaje mental siguiendo los consejos de Eicewald para ir desarrollando tanto la habilidad utilizada como incrementando su propio nivel mágico.

«Yo también. ¿Qué estás intentando crear?».

«Fuego de dragón» respondió Camu, convencido.

«¿Quieres echar fuego por la boca como se supone que hacían los grandes dragones?».

«Sí. Yo querer ser como dragón».

«No sé si eso es muy viable. Por un lado, tú no eres un dragón, y por otro, tampoco eres tan poderoso, por mucho que tú te creas que sí».

«Yo más que dragón. Yo muy poderoso».

Lasgol resopló. Cualquiera le sacaba aquella idea de la cabeza. Discutir con él no iba a dar ningún resultado positivo.

Ona gruñó dos veces y se tiró al suelo sobre un montículo de nieve a un lado de la tienda.

«Bueno, tú inténtalo a ver qué consigues» cedió Lasgol.

«Yo intentar. Yo conseguir seguro».

«Si no lo consigues intenta otra cosa, tampoco seas cabezón».

«Yo no cabezón. Yo saber».

«Bueno, vamos a ver qué sucede».

«¿Tú qué crear?».

Lasgol lo pensó un momento, pues no sabía muy bien qué habilidad desarrollar.

«Creo que me gustaría desarrollar la habilidad de crear flechas elementales a partir de flechas normales, pues muchas veces nos quedamos sin las elementales cuando más las necesitamos».

«Ser idea mucho buena».

Los dos amigos pasaron la tarde intentando crear sus nuevas habilidades. Cuando comenzó a llegar la noche abandonaron sin conseguirlo. No había habido suerte, pero había muchos días por delante en la vida y los dos sabían que debían seguir trabajando duro hasta que los frutos de sus esfuerzos llegaran.

Lo importante era que hacían progresos y que al ser dos y ayudarse, todo resultaba menos frustrante. Los dos sabían que los éxitos llegarían y se animaban el uno al otro cuando el cansancio mental atacaba, que era más a menudo de lo que a ellos les gustaría.

Al día siguiente seguirían intentándolo. Eicewald no podría reunirse con ellos tampoco aquel día así que le había dado a Lasgol un tomo de conocimiento mágico para que fuera estudiando por su cuenta y ayudara a Camu a entenderlo. Sin embargo, Camu prefería la parte práctica y quería seguir con la creación de conjuros.

—Nos ha dicho Eicewald que estudiemos de este tomo —dijo Lasgol a Camu mostrándoselo.

«Yo crear habilidad».

—Ya estuvimos ayer todo el día y no tuvimos suerte.

«Hoy suerte».

—Ya, porque tú lo dices.

«Yo seguro».

—Tú siempre estás seguro de todo, pero luego las cosas no salen como quieres.

«Muchas sí».

—Y muchas no.

Camu levantó la cabeza como si estuviera ofendido y salió de la tienda. Llovía en el exterior y hacía bastante fresco, pero eso a Camu no le afectaba lo más mínimo, por lo que siguió a lo suyo.

Lasgol negó con la cabeza.

«No seas como Camu» le envió a Ona que, sentada al fondo de la tienda, miraba con ojos felinos.

La pantera gruñó dos veces y Lasgol sonrió. Ona era buena y

obediente, no como el testarudo de Camu, que hacía lo que quería.

Dejó el tomo en el suelo y lo abrió. Se puso a estudiarlo con mucho interés y ganas de aprender. En el exterior podía ver a Camu intentando crear su habilidad sin éxito mientras la lluvia no cesaba de caer sobre su cuerpo cubierto de escamas.

«Espero que lo consigas» envió a Camu, pues no quería estar a malas con la criatura.

«Yo conseguir. Tú ver» fue su respuesta.

El tomo que Eicewald les había dado se titulaba Principios Mágicos del Norte, por Morgan Andersen y Lasgol se puso a estudiarlo. Siguiendo lo que Eicewald le había recomendado, se centró en el Principio del Coste Mágico.

Le llevó un buen rato leer y entender todo lo que Morgan Andersen explicaba sobre este principio, pero finalmente empezó a visualizarlo en su mente con ejemplos, lo que significaba que lo estaba entendiendo. Se alegró mucho.

«¿Qué estudiar?» preguntó Camu que seguía intentando crear su aliento de dragón.

«Principio del Coste Mágico».

«Yo saber. Magia costar energía».

«Sí, pero es algo más complejo que eso».

«No complejo. Muchos conjuros gastar mucha energía».

«Sí, eso lo sabemos todos. ¿Y qué diferencia hay entre un conjuro básico y uno de más poder en cuanto a su coste mágico?».

Camu se quedó pensativo un momento.

«Conjuro poderoso más gastar energía» aseguró, y asintió varias veces con su cabeza. «Vuelo Drakoniano costar mucha energía. Comunicación Mental mucho poco».

«Muy poco…».

«Pero yo razón».

«Sí, es correcto» tuvo que reconocer Lasgol con un suspiro.

«Yo saber mucho».

«Todavía te queda muchísimo por aprender».

Camu no replicó y siguió intentando conseguir su aliento de dragón.

Lasgol volvió al estudio de aquel principio. Camu estaba en lo correcto, cuanto más básico era el conjuro o la habilidad invocada, menor era el coste de la energía mágica necesaria. Cuanto más poderoso era el conjuro, más energía se necesitaba. Teniendo en cuenta que al avanzar de nivel y alcanzar nuevos rangos los conjuros y

magia realizada eran más poderosos, significaba que requerían de un mayor consumo de energía interna. Es decir, cuanto más poderoso se volvía un mago, más energía consumía y eso era un problema significativo pues la energía con la que nacía un mago era finita, por lo que Lasgol tenía entendido.

Buscó en el tomo si sus suposiciones eran ciertas y se encontró con que sí lo eran. El tomo también indicaba que había conjuros cuyo coste en energía era tal que la mayoría de los magos no podían permitírselos.

Lasgol pensó de inmediato en su lago de energía interior. Era más grande de lo que inicialmente había supuesto y gracias a Izotza, Señora de los Glaciares, ahora podía percibirlo y, algún día, cuando reparase el puente entre su mente y el lago, conseguiría sacarle todo el provecho. Lasgol trabajaba en ello todos los días y cada vez avanzaba más. Lo achacaba al estudio de magia que estaban realizando con Eicewald. Desde que estaba aprendiendo todo lo que les enseñaba, reparar el puente se había vuelto más sencillo. Todavía seguía siendo una labor frustrante, lenta y costosa, pero mucho menos que antes. Para Lasgol solo aquel hecho era ya un gran logro.

Lo que le había llamado mucho la atención en el tomo era que mencionaba que la mayoría de las personas dotadas con el Don tenían una cantidad innata de energía. Se nacía con ella y para la edad adulta estaba totalmente desarrollada y a disposición de la persona, pero no aumentaba. Esto Lasgol lo sabía y verlo escrito se lo confirmaba. Sin embargo, chocaba con algo que Izotza le había dicho. La Señora de los Glaciares le había explicado que tanto él como su madre tenían una fuente de energía que crecía, que no era estática e innata.

Esto le dejó desconcertado y siguió buscando en el tomo. Lo único que pudo encontrar que le fuera de ayuda fue un párrafo donde se especulaba que, en base a rumores, había algunos grandes magos muy concretos que habían conseguido que su energía interna creciese con el tiempo y la obtención de grados superiores.

¿Tenía Izotza razón? ¿Era él como uno de aquellos raros magos que según pasaba el tiempo y subían a grados superiores lograban que su lago de energía interior creciera? Eso era algo que le intrigaba mucho, pues las palabras de Izotza no se le iban de la cabeza. De ser así, se podría convertir en un mago de gran poder, algo que era todo un sueño. Se preguntó cómo podría saberlo y si era cierto o no. Por el momento tenía que reparar el puente y ver todo su lago con claridad, y luego podría analizar si crecía o no en tamaño.

«Frustrante. Mucho» le llegó el mensaje de Camu.

«¿No lo consigues?».

«Todavía no».

«Bueno, te diría que lo dejaras de lado un rato, pero conociéndote eso no va a pasar, ¿verdad?».

«No dejar» negó con la cabeza Camu levantando la barbilla.

«Lo imaginaba» Lasgol le hizo un gesto de que era imposible hablar con él.

Ona gimió dos veces.

Lasgol continuó con el estudio. Aquel era un tema que le fascinaba. Según el principio, toda magia requería de un coste de energía que la persona con el Don o Talento tenía en su interior, pero no siempre se usaba esa fuente de energía. También se podía obtener de Objetos de Poder, o incluso de otras personas y seres. Esto último tuvo que leerlo varias veces para asegurarse de que lo entendía bien. Por un lado, lo tenía fascinado, y por otro, muy intranquilo.

Recordó haber oído algo al respeto con anterioridad y le dejó con mal cuerpo. Lo había semienterrado en su subconsciente. Sin embargo, verlo escrito en un tomo de conocimiento de magia era algo muy diferente pues lo confirmaba. Realmente había magos que eran capaces de hacer algo así.

El libro establecía que se podía obtener la energía mágica necesaria para un conjuro de un objeto y que, en ese caso, al no ser propio, el coste era mayor. Lo mostraba con la ilustración de un mago que, con las manos sobre una joya similar a un gran diamante, extraía energía del objeto que entraba en su cuerpo a la altura de su torso. La representación de la energía en forma de unas ondas azules lo mostraba muy bien.

Lasgol se rascó la sien mientras razonaba. Después de todo, se debía extraer esa energía y eso tenía un coste.

Lo que lo dejó muy intranquilo fue que mencionaba que se podía usar a una persona como fuente. Eso significaba que de alguna forma se podía usar la energía interior de otro mago para conjurar. Esto a Lasgol le pareció peligroso. Se podía lastimar a la persona de la que se estaba extrayendo la energía. El tomo no establecía cómo se podía hacer, solo explicaba que era posible.

Lasgol resopló, no le gustaba aquello. Si se hacía con el permiso de la persona podía resultar peligroso, pero ¿y si se hacía sin él? ¿Y si se robaba la energía por la fuerza? Eso le pareció mucho peor, era moralmente inaceptable y desde luego peligroso, pues la otra persona se opondría al robo. Se quedó preocupado y pensativo. Por desgracia, el libro no se adentraba más en aquel tema que Lasgol estaba seguro de que era de lo más peliagudo.

Al no encontrar mucha más información al respecto siguió leyendo.

Por un lado, se sintió mejor al no aprender más sobre aquel tema que le ponía los pelos de punta. Solo de imaginar que alguien le robara su energía por la fuerza, la invasión de su intimidad… de su cuerpo… de su magia… Tuvo un escalofrío que se sacudió de encima.

Llegó a un apartado interesante. "Modos y medios de reducir el coste de energía del uso mágico". Esta parte le pareció algo que probablemente todos los magos estudiaban y utilizaban, pues reducir el coste de cada conjuro o hechizo significaba poder hacer más magia y en el campo de batalla podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

El texto estaba acompañado de varios dibujos. En uno de ellos se veía a dos hechiceros conjurando el uno sobre el otro. El otro dibujo mostraba el pozo de poder de cada uno de ellos, que era similar. Estaban llenos hasta la mitad y la energía se representaba con una tonalidad azulada, similar al agua del océano.

Lasgol observó los siguientes dibujos y leyó el texto que los acompañaba. Entendió que los dibujos representaban a dos magos en un duelo. El primero vestía una túnica roja. No tenía ningún "reductor de coste mágico", por lo que con cada conjuro que ejecutaba para intentar acabar con el otro consumía una cantidad considerable de energía de su pozo de poder. Sin embargo, el segundo mago vestía una túnica verde y sí que estaba usando un reductor de coste. Sus conjuros consumían un tercio menos de energía que los de su contrincante.

—Esto es de lo más interesante… —Lasgol murmuró entre dientes y siguió pasando las páginas del libro, devorando su contenido.

El primer mago murió al quedarse sin energía con la que luchar y el segundo sobrevivió con un tercio de la suya remanente y disponible para usar. Las ilustraciones del libro lo mostraban de forma clara y no había lugar a confusión.

Ona bostezó al fondo de la tienda y cambió de postura para dormitar mejor.

«Ona, buena. Descansa» le envió Lasgol, que sabía que la buena pantera se aburría mucho cuando estudiaban, pero que no iba a dejarlos solos bajo ningún concepto. Ona quería estar siempre con ellos.

Volvió a concentrarse en el libro y llegó a un subapartado de lo más interesante: Formas de reducir el consumo de energía. De nuevo se encontró con explicaciones e ilustraciones detalladas. Para sorpresa de Lasgol, las formas de reducir el coste de energía eran varias.

La primera requería de hechizos avanzados invocados para ese fin. No pertenecían a un tipo de magia, sino que se conjuraban sobre uno mismo antes de comenzar a conjurar o invocar lo que se deseaba usar.

Una vez un mago estaba hechizado con un hechizo reductor, toda magia que realizase tendría un coste menor de energía. La cantidad dependía del poder del conjuro, que a su vez dependía del poder o grado del mago y del conjuro que se fuera a realizar, pues la reducción de coste podía ser diferente con cada uno.

Tuvo que leerlo un par de veces para entenderlo bien. Lo razonó y llegó a la conclusión de que cuanto más poderoso era el mago, más lo era también el conjuro de reducción, y más ahorro obtendría en cada conjuro o invocación.

—Esto le va a encantar a Egil cuando se lo explique —sonrió Lasgol.

Lo siguiente que descubrió fue que existían pócimas que se podían tomar para reducir el coste de los conjuros o para reponer una porción de energía e incluso para acelerar el ritmo al que naturalmente una persona con el Don regeneraba su energía. Esto fascinó a Lasgol pero no le extrañó. Eicewald ya le había explicado que en el mundo de los magos las pócimas se usaban mucho y con todo tipo de fines. Que se usaran para reducir el coste de conjurar o para reponer energía de golpe o con el transcurso del tiempo le pareció una gran idea.

Continuó leyendo sobre ellas y cómo prepararlas, pero el tomo no profundizaba en estas materias, pues eran demasiado avanzadas y requerían de tomos específicos para tratar cada tema. Tendría que procurarse esos tomos sobre pócimas que ayudaban a reponer energía y estudiarlos. Quizá él o Egil pudieran elaborarlas.

Las siguientes páginas trataban sobre objetos que estaban encantados con el fin de ayudar con el consumo de energía. El encantamiento proporcionaba a quien tuviera el objeto una reducción en toda la magia que usara. Las ilustraciones mostraban collares muy elaborados, anillos preciosos, túnicas y capas con bordados elegantes de oro y plata, objetos varios que incluían dagas y espadas e incluso varas de mago. Lasgol se percató de que el objeto era lo de menos, lo que importaba era que había sido imbuido con un poderoso encantamiento que disminuía el costo de conjurar a quien lo tuviera.

Cuantas más páginas leía, más enfrascado estaba Lasgol en la lectura. Le estaba fascinando todo aquel mundo que para él era muy nuevo. El último concepto que afectaba al coste de energía era el propio nivel del mago. Según el tomo, en el que se acompañaba la explicación con ilustraciones de tres magos de tres grados diferentes, cuanto mayor era el grado, menor era el consumo de energía. Los grados no solo proporcionaban más poder, también una mayor eficiencia. Los magos de grados superiores eran capaces de hacer más con menos energía.

Lasgol asintió. Eso ayudaría con los grandes conjuros que costaban

una gran cantidad de energía. Los magos de grados avanzados eran capaces de conjurar usando menos energía, lo cual les era de gran valor, pues de lo contrario no podrían con conjuros muy poderosos.

Se quedó observando la ilustración de un mago de grado superior y una envidia sana le invadió. ¿Llegaría él a ser alguna vez uno como el que el tomo le mostraba, uno muy poderoso capaz de conjurar y minimizar el coste de energía que requería? Lo dudaba mucho, pero soñar era libre y por un momento se dejó llevar.

Capítulo 26

Astrid y Nilsa observaban el fuerte en la distancia ocultas entre árboles y matorrales cubiertos de nieve. La nevada ya había caído el día anterior y parecía que tendrían un clima propicio ya que no hacía viento, lo cual facilitaría el tiro.

Varios hombres armados custodiaban el edificio de roca y madera. No era muy grande, pero lo suficiente para considerarlo un fuerte con cabida para unos cincuenta hombres armados. Estaba situado en medio de un claro, sobre una colina ahora cubierta de nieve y con una montaña al oeste. Dos torres altas daban ventaja a los tiradores apostados en ellas. Un sendero sinuoso subía desde el camino principal en la llanura hacia la edificación.

Por lo que habían podido descubrir sobre el fuerte, en su día había sido utilizado por el ejército norghano, pero lo habían abandonado hacía unos años. Que estuviera reconstruido, en buenas condiciones, y con hombres armados en su interior, indicaba que alguien lo había recuperado para fines personales. Por la información que Egil había podido conseguir de sus contactos, Viggen estaba entre los que había financiado la rehabilitación del lugar. Como él decía: si sigues el oro, te conducirá hasta el tesoro. En este caso, el rastro del dinero les había conducido a un fuerte en la costa oeste, al sur de Copenghen y cerca de la desembocadura del rio Utla.

—¿Cuántos cuentas? —preguntó Astrid desde la segunda línea de árboles, oculta detrás de arbustos cubiertos de nieve.

—Una docena en las murallas y cuatro en cada torre. Estos últimos lo más probable es que sean tiradores —respondió Nilsa a su lado.

—Sí, lo mismo que he contado yo. Por la noche serán la mitad —confirmó Astrid asintiendo. A su lado tenía dispuesto sobre una manta blanca sobre el suelo su impresionante arco de Francotirador de los Bosques.

—Hay que esperar a que disminuya el viento —dijo Nilsa que observaba cómo este sacudía los arbustos.

—Ahora mismo no tengo tiro —dijo Astrid—. Tampoco blanco pues no veo al objetivo.

—No, no está en el fuerte. Solo veo Iluminados en el interior y Defensores de la Sangre Verdadera en las almenas —corroboró Nilsa,

que observaba la estructura militar con ojos ávidos.

—¿No te parece raro verlos trabajar juntos? —preguntó Astrid arrugando la nariz.

—Lo que me parece es muy peligroso. No me gusta nada que hayan unido fuerzas. Sin embargo, eso es lo que les ordenó el Orbe de Dragón y parece que acatarán cualquier orden que proceda del objeto.

—Quieres decir, orden de Dergha-Sho-Blaska.

—Bueno, sí. Preferiría lidiar con los Iluminados y los Defensores por separado, pero parece que no va a ser así de aquí en adelante —se lamentó Nilsa.

—Me pregunto qué es lo que estarán tramando ahí dentro. ¿Por qué han ocupado ese viejo fuerte abandonado? ¿Para qué? —Astrid frunció el entrecejo.

—Buena pregunta. Alguna razón hay o no se hubieran molestado en repararlo. Pero a eso hemos venido, a averiguarlo.

—Y a detener o entorpecer sus operaciones sean las que sean. Eso es lo que Egil pretende que consigamos —aclaró Astrid.

—Tenemos que evitar que consigan lo que sea que se proponen ahí dentro.

—El problema es que no sabemos qué están preparando y eso dificulta mucho el trabajo. Cuando no se sabe a qué se enfrenta uno ni qué se va a encontrar, establecer un buen plan de acción se pone complicado.

—Yo creo que están adoctrinando nuevos predicadores forzosos que luego enviarán por el mundo —dijo Nilsa negando con la cabeza.

—Podría ser. Si es así, liberaremos a esos desdichados antes de que les hayan lavado la cabeza —dijo Astrid convencida.

—Tendremos que encargarnos primero del brujo que esté convirtiéndoles en predicadores. Imagino que usarán esa cabeza de dragón odiosa. Será el tal Vingar, o quizá Xoltran.

—O tal vez otro brujo. No sabemos de cuántos dispone Drugan.

—Eso no es bueno… En cualquier caso, no debería disponer más que de unos pocos, un puñado como mucho. Hay muy pocos con el Talento. Drugan no habrá podido encontrar y reclutar a muchos para su secta —razonó Nilsa quitándose la nieve de sus finas cejas pelirrojas.

—Esperemos. No importa si tenemos que enfrentarnos a uno, dos o tres brujos y sus secuaces, nos ocuparemos de ellos —afirmó Astrid segura de sí misma.

—De acuerdo —asintió Nilsa con convencimiento, aunque sus ojos no mostraban lo mismo. Sabía que los brujos las pondrían en serios

aprietos.

—El que me gustaría que apareciera es Viggen —comentó Astrid.

—¿Tu tío? ¿Para qué?

—Sí ahí hay Defensores deben de estar haciendo algo que mi tío les ha ordenado. Y yo quiero tener una conversación con él, una que no acabará nada bien, me temo.

—Tendremos que esperar y ver. La información que Egil ha obtenido es que llegará a este fuerte uno de los objetivos que buscamos. Puede ser tu tío o Drugan… o alguno de sus brujos.

—Y cuando llegue nos encargaremos de él y de desmontar esta operación que tienen montada, sea lo que sea.

—¿Distancia al objetivo? —preguntó Nilsa.

—Sobre cuatrocientos veinticinco pasos —respondió Astrid, que los volvió a medir entrecerrando los ojos.

—¿Puedes darle a esta distancia?

Astrid asintió.

—Si el viento no me traiciona y cambia al tirar, podré.

—Fantástico. Yo a partir de trescientos cincuenta no puedo asegurar el tiro.

—Por eso tú eres una Cazadora de Magos y yo una Francotiradora —le guiñó el ojo Astrid y sonrió.

—Además de Asesina de la Naturaleza y Espía Imperceptible —dijo Nilsa sonriendo.

—Una combinación un tanto extraña, lo sé, pero es la que me ha tocado —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Tocado? ¿No crees que naciste para ella?

—No estoy segura sobre eso… Si bien las pruebas en el Campamento y en el Refugio me han conducido a este sendero, no sé si empezando otra vez, me llevarían por el mismo.

—¿Crees que serían otras las Especializaciones que obtendrías de hacerlo todo nuevamente?

—Bueno, no sé si lo haría todo otra vez —sonrió Astrid—. Ha sido muy duro. Sin embargo, me pregunto si de empezar de nuevo obtendría estas mismas Especialidades u otras. Es algo que pienso a veces. ¿Está nuestro destino escrito en piedra o podemos cambiarlo?

—A mí me gusta pensar que podemos cambiarlo. Que con nuestras acciones se crea un nuevo destino cada día. De lo contrario la vida sería muy triste pues implicaría que hiciésemos lo que hiciéramos daría igual, el resultado final sería siempre el mismo.

—El mismo o uno muy parecido —puntualizó Astrid.

—Sí… Yo creo que, si tú hicieras todo el Campamento y el Refugio otra vez, si quisieras, podrías conseguir otras Especializaciones al final.

—Si no os conociera a vosotros puede ser.

—¿Nosotros te hemos influenciado en lo que has elegido?

—Creo que sí. No de forma directa, pero sí indirecta. Vuestra influencia sobre mí y mis decisiones es clara.

—Sobre todo la de Lasgol —soltó una risita Nilsa.

—Aparte de eso —respondió Astrid con una gran sonrisa.

—Supongo que nunca lo sabremos —se encogió de hombros Nilsa.

—A menos que nos reencarnemos, entonces sí podríamos volver a hacerlo todo —dijo Astrid abriendo mucho los ojos.

—¿Tú crees que existe la reencarnación? —preguntó Nilsa con mirada de preocupación.

—Yo creo que todos creemos que algún tipo de reencarnación existe, aunque no sepamos cuál o cómo se da, de lo contrario no estaríamos aquí intentando evitar la del dragón inmortal.

—Eso es cierto… pero a mí me cuesta mucho creer que una persona pueda reencarnarse en otro ser, ya sea animal, algún componente de la naturaleza como ríos, montañas, lagos o árboles… o similar… No lo veo muy posible…

—Quizás no seas tan espiritual como pensabas —dijo Astrid con una mueca.

—Si es posible, tiene que ser por medio de magia muy poderosa.

—¿Entonces no crees en que los pobres humanos sin magia podamos reencarnarnos en un águila y surcar los cielos?

—No, no lo creo —dijo Nilsa negando con la cabeza—. No me parece posible por mucho que le dé vueltas.

—Es un tema complicado. De momento dejémoslo en que el dragón tiene magia que le permite hacerlo y nosotros se lo vamos a impedir.

—Eso sí que puedo imaginarlo —asintió Nilsa.

—Los temas filosóficos y religiosos mejor se los dejamos a Egil, que le encanta estudiarlos y darnos charlas sobre ellos.

—Porque son fantásticos —bromeó Nilsa.

Astrid sonrió.

—Sin duda.

—Volviendo a tus Especialidades, yo creo que es una combinación sensacional. Te convierte en una doble amenaza. Puedes acabar con el enemigo de cerca y de bien lejos.

Astrid observó a su amiga y sonrió ligeramente.

—Creo que tienes razón. Me gusta lo de doble amenaza.

—Mientras no se te suba a la cabeza como al merluzo.

—No te preocupes, no hay riesgo de que eso suceda. A mí no me gusta la fama y la notoriedad.

—Lo sé, pero por si a los asesinos se os va subiendo con el paso del tiempo…

—No, debería ser al contrario. Con el paso del tiempo te vuelves más prudente y buscas pasar desapercibido.

—Pues alguien debería decírselo a Viggo.

—Él lo sabe perfectamente, pero prefiere ignorarlo.

—Pues si no se anda con cuidado puede costarle la vida.

—Muy cierto. Creo que a Viggo el peligro extra en lugar de disuadirle le anima.

—Si no deja de hacer el merluzo va a terminar muy mal. Y no me importa tanto por él como por Ingrid, que es a la que se le va a romper el corazón si lo matan.

—No te preocupes, Viggo es como es, pero sabe lo que se hace cuando entra en acción. No va a correr riesgos.

—De todas formas, nunca he entendido qué ve Ingrid en él.

—Ya sabes lo que dice el refrán. Los opuestos tienden a atraerse, sobre todo en las largas y frías noches invernales.

—En mi caso ni aunque se congelará todo Norghana encontraría a Viggo atractivo —dijo Nilsa con un gesto de repulsión.

—Eso es porque tú buscas otras cualidades en un hombre —sonrió Astrid.

—Eso puedes ponerlo por escrito en un pergamino y lo firmo y lo lacro.

—Sin embargo, hay que reconocer que es muy especial —dijo Astrid con una mueca.

—Tan especial que no hay forma de soportarlo —dijo Nilsa riendo.

—Atención, veo movimiento —avisó Astrid.

Las dos miraron hacia el camino y distinguieron una comitiva de seis jinetes que subía hacia la fortaleza por el sendero. Llevaban presos y encadenados a dos docenas de hombres de aspecto bastante lamentable, como si llevaran tiempo encerrados. Daba la sensación de que los trasladaban de una prisión a otra.

—Los veo. ¿Son el objetivo que esperamos? —preguntó Nilsa que intentaba identificarlos con los ojos entrecerrados.

—Es difícil saberlo con la poca información que nos ha proporcionado Egil, pero debería serlo —razonó Astrid.

—Egil nos ha dado lo poco que ha conseguido de sus contactos, que ya es mucho. Aunque no mencionaba prisioneros, solo movimiento del objetivo hacia la fortaleza que tu tío había financiado con su oro.

—Ahora ya sabemos el motivo del movimiento. Están trasladando a esos desdichados de algún calabozo a este fuerte. Lo que indica que el fuerte tendrá también calabozos, seguramente bajo el edificio o torreón principal —dedujo Astrid que observaba a los prisioneros muy interesada.

—Lo peor de todo no es su aspecto, sino que van a terminar como mensajeros del terror. Pobres desdichados, no saben lo que les espera.

—Sí, es lo que yo estaba pensando, pero no adelantemos acontecimientos. Tenemos que descubrir qué van a hacer con ellos aquí. Podría ser algo incluso peor…

—No, algo peor no… —se horrorizó Nilsa solo de pensarlo.

Siguieron a la comitiva con la mirada hasta que llegó a la entrada de la fortaleza.

—¿Cuál de ellos es el objetivo? —preguntó Nilsa—. No me decido por ninguno de los seis.

—Eso mismo me estoy preguntando yo. No sabría decir… Visten todos igual, ninguno parece ser el líder.

—¿Y acabar con los seis? —sugirió Nilsa.

—No es posible. Podría acabar con uno o dos, no más, el resto escaparían y se refugiarían dentro de la fortaleza. Usar el arco de Francotirador es lento y asegurar el tiro desde esta distancia mucho más.

—Entiendo… Además, tampoco sabemos contra quién tiramos.

—Un tiro, un blanco. Esa es la primera regla de un buen francotirador. Intentar hacer más tiros lleva al fracaso y a la propia muerte.

—Eso no lo queremos —guiñó un ojo Nilsa.

Los jinetes dialogaron un momento con los guardias apostados en la almena sobre la puerta. Las puertas de la muralla se abrieron y varios Iluminados con espadas y látigos aparecieron para conducir a los prisioneros al interior. Los jinetes entraron después y desapareciendo de su vista.

—Tendremos que esperar a disponer de alguna pista adicional.

—De acuerdo. Mantendré los ojos bien abiertos.

—Alguno de ellos subirá al torreón principal, a las habitaciones buenas —razonó Astrid—. Esperemos y veamos quién es.

—Ese será el líder —dedujo Nilsa.

—Casi con toda seguridad. Eso me ha explicado Egil en alguna ocasión.

—No puedo creer que a día de hoy todavía haya gente que utilice esclavos. Me parece deleznable, imperdonable. La esclavitud tiene que abolirse por completo —dijo Nilsa con rabia.

—Por lo que le he oído contar a Egil, hay algunos reinos y tribus que todavía utilizan esclavos en Tremia. Esa lacra no ha sido erradicada por completo.

—¿No serán reinos modernos?

—Reinos como el nuestro, Rogdon, Zangria, Erenal o Irinel no practican ya la esclavitud. Sin embargo, el Imperio Noceano, por ejemplo, sigue usándola.

—Eso es inaceptable.

—Lo es, pero no creo que al Imperio Noceano le importe demasiado lo que es ético y lo que no lo es. Los esclavos hacen que sean una potencia económica y militar en Tremia.

—Deberíamos enseñarles lo que es correcto y digno, por la fuerza si hace falta —dijo Nilsa cerrando el puño con rabia.

—Eres una idealista. Eso está muy bien, pero ten cuidado de que no te mate. Los ideales llevan a la tumba.

—Hay que combatir el mal allí donde se encuentra —respondió Nilsa.

—Nosotras ya tenemos bastante mal que combatir aquí, ¿no te parece?

—Bueno, sí… viendo esto…

—Dejemos entonces que otros se encarguen de enseñar moralidad y ética al Imperio Noceano.

—De acuerdo. Pero cuando no tengamos…

—Siempre vamos a tener jaleo, Nilsa, de un tipo o de otro, por eso somos Guardabosques.

—Tienes razón, es que las injusticias del mundo me pueden.

—Centrémonos en esta de momento. Ya nos encargaremos del resto más adelante.

—Tienes toda la razón. Al pensar en injusticias me ha venido otra muy grande a la cabeza. Espero que Gerd y Egil estén bien —dijo Nilsa con tono de preocupación.

—Lo estarán. Gerd se ocupará de proteger a Egil y Egil de ayudar a

Gerd. Cabeza y músculo, una gran combinación —sonrió Astrid.

—Solo que en dos personas diferentes.

—Muy pocas veces se da todo en uno.

—Muy cierto —río Nilsa—. De todas formas, me preocupa que Gerd no esté completamente recuperado. Eso puede traerle problemas serios en una situación crítica.

—Yo lo he encontrado bastante bien. Podrá arreglárselas mientras no esté en primera línea de la refriega.

—¿Tú crees? —preguntó Nilsa más como buscando esperanza que como una pregunta.

—Estoy segura. Mientras se mantenga con Egil, protegiéndolo algo retrasado y no a la cabeza del asalto, todo irá bien.

—Me dejas algo más tranquila. No quiero que le pase nada al grandullón. Es alguien con un corazón enorme y no se merece lo que le ha pasado.

—Por lo general en la vida ninguna persona buena se merece lo malo que le sucede. Nosotros somos Guardabosques, estamos poniendo nuestra vida en peligro todos los días por proteger el reino y sus gentes. Conocemos los riesgos y lo que nos puede llegar a pasar.

Nilsa asintió.

—Lo sabemos todos, y sí, la vida no es nada justa.

—En efecto. Atención, hay más movimiento —alertó Astrid.

Las dos se centraron en la parte más alta del torreón, en una ventana en la que apareció una figura.

—Ahí está nuestro objetivo —dijo Nilsa.

—No es mi tío… qué lástima —se lamentó Astrid y su tono mostró la rabia que sentía.

—Es Vingar, lo reconozco ahora que se ha quitado la capucha —dijo Nilsa.

—Tienes muy buena vista. Es Vingar, sí.

—¿Cuál es el plan?

—Sencillo, esperaremos a la noche, entraremos en el fuerte, descubriremos lo que está haciendo Vingar aquí con esos prisioneros, lo eliminaremos, y detendremos toda esta operación.

—Entendido, sencillísimo —replicó Nilsa con gesto de horror.

Capítulo 27

Nilsa se arrastraba sobre la hierba cubierta de nieve. La noche había caído y, por fortuna para ella, era bastante oscura. La luz de la luna no terminaba de atravesar las nubes grises que cubrían todo el firmamento, por lo que la oscuridad cubría su incursión.

Avanzaba con el arco y la aljaba a la espalda. Iba con equipamiento invernal que le permitía camuflarse bastante bien con la nieve a su alrededor. Se estaba acercando a la pared oeste de la fortaleza, la que daba parcialmente a la montaña y donde la muralla tenía menor altura.

Se detuvo un instante y observó. En la muralla sur había dos hombres de guardia y sobre las dos torres otros dos, uno en cada una. Un vigía controlaba cada una de las murallas: este, norte y oeste. La noche estaba tranquila y los guardias realizaban sus rondas a la luz de las antorchas.

Estaba a quince pasos de la muralla y la luz que descendía estaba cerca de alcanzarla. Tendría que extremar precauciones, ella no era una Asesina como Astrid y Viggo, sino una Cazadora de Magos y su presa estaba en el interior del torreón. Egil le había asignado esta misión sabiendo que era muy probable que hubiese un mago o brujo en el fuerte. No iba a defraudar a Egil. La había enviado para que se encargara de él, y así lo iba a hacer.

Se acercó a rastras hasta donde la luz comenzaba a ser un problema grave. Imitó el ulular de una lechuza hacia su espalda, solo que con una ligera desviación que nadie a parte de un Guardabosques experto diferenciaría. Aguardó un instante observando al vigía en la torre al este. Agudizó el oído y pudo captar un silbido pasar sobre ella. El vigía recibió la flecha de Astrid en el corazón y se desplomó de espaldas en la torre.

Nilsa se situó en posición para acceder a la muralla oeste. Volvió a imitar el canto de la lechuza y un nuevo silbido casi imperceptible le avisó de la flecha de Astrid. Alcanzó en el corazón al vigía de la torre del oeste, que desapareció tras el impacto recibido.

—Astrid tiene una puntería increíble —murmuró Nilsa para ella misma y ojeó la almena para ver dónde estaba situado el vigía de la muralla norte, que en ese momento pasaba por su posición. No la vio y siguió con su ronda por la almena. Nilsa se puso en pie de un salto y

corrió hasta el pie de la muralla.

Desenroscó la cuerda que llevaba atada el torso con un garfio de sujeción y miró hacia arriba. No parecía haber peligro. Con mucho cuidado de no hacer ruido lanzó el extremo de la cuerda con el garfio a la almena para que se enganchara y poder subir por ella. El primer lanzamiento no fue exitoso y a Nilsa le pareció que había hecho un ruido tremendo. No debió de ser así porque no acudió el guardia a ver qué sucedía.

Volvió a intentarlo con cuidado y esta vez el gancho se ancló en la almena. Nilsa dio varios tirones secos y fuertes para ver si aguantaba. Lo hizo. No lo pensó dos veces y comenzó a trepar por la muralla. Como estaba construida en la pendiente de la montaña, no era muy alta y no le costó demasiado alcanzar el parapeto.

Subió y se quedó tumbada en el suelo. Se puso de rodillas y comenzó a coger su arco cuando el vigía la descubrió. Nilsa se apresuró a poner una flecha en la cuerda para acabar con él. Levantó el arco, pero no le dio tiempo a tirar.

Escuchó un silbido sobre su cabeza y el vigía recibió una flecha en mitad del torso. Se fue de espaldas tres pasos por el impacto y cayó sobre el parapeto de la almena.

—Vaya con los tiros de larga distancia de Astrid… —murmuró entre dientes.

Miró a ambos lados en busca de algún otro Defensor o Iluminado que pudiera dar la alarma, pero no vio a nadie en la muralla oeste. Se agazapó y siguió la almena hasta llegar a la muralla sur, en la que estaba la gran puerta de entrada. Allí había dos Defensores en tareas de vigilancia. Eran inconfundibles, incluso de noche, debido a su atuendo. Daban la impresión de ser algún tipo de clérigos con la túnica larga de color gris que lucía en medio del pecho un bordado de dos círculos plateados, uno dentro del otro.

Nilsa los observó un momento. Desconocía su significado, pero estaba segura de que tenía alguno y estaría relacionado con dragones o sus descendientes. Si enfrentarse a una secta ya era problemático, enfrentarse a dos, una de ellas con brujos en sus filas, lo era todavía más. No se amedrentó. Estaba allí para detenerles y eso haría. No sabía si lo conseguiría, pero al menos los retrasarían en lo que fuera que estuvieran tramando.

Uno de los Defensores de la muralla sur comenzó a avanzar hacia Nilsa, que se mantenía oculta en la esquina entre las sombras. Pareció que el vigía la encontraba porque se detuvo y miró hacia ella intentando discernirla con más claridad. Nilsa puso una flecha en la cuerda del arco y lo alzó frente a ella. Llevó la cuerda hasta su moflete

derecho alineándola con su ojo y apuntó.

El Defensor la vio por fin y fue a dar la alarma, pero Nilsa soltó. La flecha le alcanzó en el cuello. El defensor dio un paso atrás para luego caer de rodillas. Se ahogaba. Se fue al suelo sobre el parapeto y murió. El otro vio a su compañero morir y miró hacia las torres, buscando ayuda de los dos tiradores apostados en ellas. Por desgracia para él, estaban ya muertos.

Nilsa puso otra flecha en su arco y se dispuso a apuntar cuando un nuevo silbido la avisó de que no haría falta. Astrid alcanzó al guardia en plena cabeza y la atravesó de lado a lado con una de sus enormes flechas. El vigía murió al instante, sin saber qué había ocurrido. Nilsa resopló. Nada como tener a una Francotiradora como Astrid protegiéndola.

Observó las almenas y distinguió que quedaban dos Defensores de guardia y se dirigió a por el de la muralla este. Corrió agazapada mirando al interior del fuerte. No había nadie en el patio ni en los establos. Parecía que todos dormían y no se escuchaba nada sospechoso. De pronto, vio una luz encenderse en el piso superior. Se detuvo a observarla y vio cómo descendía por los pisos del torreón principal hasta desaparecer en la planta baja.

Nadie bajaba de noche con una lámpara para luego apagarla, a menos que la hubieran descubierto y se estuvieran escondiendo por esa razón. Esto la hizo dudar. Se quedó quieta y alerta. Si la habían descubierto saldrían a por ella.

Aguardó un largo momento, pero nadie dio la alarma ni vio movimientos sospechosos que implicaran peligro para ella. No, no la habían descubierto. Aquel debía de ser Vingar, que habría bajado a los sótanos o a las mazmorras, o eso le pareció, pues la luz desapareció de repente en la planta baja. Aquello no podía ser nada bueno. Sería mejor ir a investigar y descubrir qué tramaba.

Antes de poder acercarse debía acabar con los dos guardias que quedaban para que no dieran la alarma. Llegó hasta la esquina y se escondió. Esperó a que el guardia de la muralla este se volviera y comenzara a caminar hacia ella antes de tirar. Cuanto más cerca estuviera, mejor sería el tiro y menor el riesgo. El Defensor de guardia ni vio llegar la flecha que lo mató. Tampoco el de la muralla norte, al que abatió Astrid de otro tiro magistral a la cabeza. Nilsa se preguntó si su amiga no estaría cogiéndole afición a esos tiros tan efectivos.

Se acercó a una de las antorchas que alumbraban sobre la puerta de entrada para que Astrid pudiera verla bien y le hizo señas para indicarle que no había ya más vigías. Una flecha se clavó en la puerta. Era de Astrid, había entendido el mensaje y le indicaba que le abriera la puerta.

Nilsa bajó por unas escaleras de madera. Por fuera el fuerte parecía regio y bien reparado, sin embargo, por dentro estaba bastante maltrecho. Las reparaciones eran de madera mala, de pino verde todavía. Las habían hecho corriendo no hacía mucho tiempo. Corrió hasta la puerta y quitó la enorme travesera que la obstruía. Le costó bastante, ya que era trabajo para dos soldados y la travesera pesaba lo suyo. Finalmente lo logró y abrió la puerta lo suficiente para dejar pasar a Astrid.

Una vez abierta, Nilsa no se quedó a esperar a su amiga y corrió al edificio principal. Quería saber qué tramaba Vingar. Llegó a la puerta y la encontró cerrada por dentro. Buscó la puerta de servicio que, por lo general, estaba detrás y no se solía cerrar. En este caso estaba vigilada por un Iluminado que se había quedado dormido. Nilsa acabó con él de una cuchillada potente y el hombre murió sin despertar.

Entró en el edificio y se encontró con que no estaba alumbrado, así que aguardó un momento a que sus ojos se hicieran a la oscuridad y luego continuó avanzando en busca de unas escaleras que la condujeran a las mazmorras. Le llevó un momento encontrarlas en medio de la oscuridad reinante.

Comenzó a bajar las escaleras con el arco alzado y una flecha colocada en la cuerda, por si encontraba algún enemigo. Bajó con sigilo, con cuidado de pisar bien. Llegó a lo que parecía un gran sótano y donde había bastante iluminación. Habían dejado allí las cadenas y grilletes de los prisioneros. Nilsa se percató de que había tres montones de cadenas apiladas a lo largo de una pared. Frente a la otra había grandes toneles con agua y varios perolos sobre fuegos apagados. En los perolos había algo similar a comida, aunque olía fatal.

Le extrañó ver todo aquello allí abajo. Debían tener bastantes prisioneros si necesitaban toda aquella agua, comida y, sobre todo, cadenas. La visión de aquello y lo que representaba hizo que a Nilsa se le revolviera el estómago. Lo que se iba a encontrar iba a ser un horror, así que se mentalizó para ello y para que no le afectara. El objetivo estaba abajo y tenía que acabar con él. No se le escaparía.

De súbito apareció un Iluminado saliendo del fondo del sótano. ¿De dónde había salido?

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó él muy confundido. Se llevó la mano a la espada corta con empuñadura de dragón.

Nilsa soltó con rapidez, casi sin apuntar. Le alcanzó en torso.

—¿De dónde…? —masculló antes de morir.

Nilsa colocó otra flecha en su arco y continuó avanzando. Al final del sótano encontró otro grupo de escaleras. De ahí había salido el

Iluminado. Aguardó un instante por si otro subía, pero no fue el caso. Con pasos muy medidos y cuidadosos comenzó a descender por unas escaleras amplias.

Llegó a un lugar que reconoció enseguida: las mazmorras. Las encontró llenas de prisioneros y tuvo que pestañear con fuerza. Había medio centenar de desdichados allí. Se escondió detrás de un armero que guardaba látigos, garrotes y varias herramientas para infligir dolor. A los prisioneros los tenían encerrados en seis grandes mazmorras con barrotes de metal. Tenían más aspecto de ser jaulas que celdas y estaban guardadas por varios Iluminados.

Nilsa se escondió tras unas cajas con material a la entrada y observó la escena. Al fondo, pasadas las celdas con los prisioneros, descubrió a Vingar con otro grupo de Iluminados. Una docena de prisioneros estaban de rodillas frente a él. Aquella escena le dio muy malas sensaciones. Vingar sacó un objeto que Nilsa pensó que sería la cabeza de dragón con la que convertían a los prisioneros en predicadores.

Se quedó helada. ¿Iban en verdad a convertir a todos aquellos infelices en predicadores del terrible augurio del fin de la era de los hombres? ¿Querían seguir esparciendo su mensaje de destrucción por todo el mundo? Si era sí, se iba a escuchar mucho, algo que no era nada bueno. Llevaría el terror al corazón de las buenas gentes y, lo que era peor, reclutaría nuevos adeptos para su secta.

Sin embargo, se equivocó. Vingar sacó otro objeto. Lo tenía guardado en una bolsa muy grande de terciopelo negro que descansaba sobre un pedestal de piedra. Era una garra enorme, translúcida, formada de un cristal cortado en pedazos de mil caras. Brillaba como si estuviera hecha de diamantes. Parecía una joya de un valor sin igual, solo que era una garra de una gran ave o quizá de un dragón. Vingar la sujetaba con sus dos manos. No era una joya, pues su visión producía terror y era demasiado grande para que una persona la portara como ornamento.

Nilsa se quedó confundida. ¿Qué era aquel objeto y qué iba a hacer Vingar con él? Más concretamente, ¿qué iba a hacer con el objeto a los pobres infelices que estaban arrodillados ante él?

Vingar comenzó a conjurar. Al terminar lanzó órdenes a los desdichados con voz furiosa.

—¡Mirad este objeto!

Uno de los Iluminados soltó un latigazo a uno de los prisioneros que no miraba el objeto y luego golpeó en el costado a otro con un garrote. Los gemidos de dolor y miedo de los golpeados llenaron la cámara.

—¡El que cierre los ojos o desvíe la mirada sufrirá! —gritó.

El resto de los prisioneros encarcelados guardaban silencio. Tenían aspecto de haber recibido un fuerte castigo a manos de los Iluminados y no se atrevían a decir nada por el terror que sentían.

Nilsa no entendía lo que estaba sucediendo allí, pero sabía que no era nada bueno. Preparó su arco, tendría que usarlo. Se llevó la mano derecha a la aljaba y tocó las terminaciones de las flechas. Las tenía marcadas y sabía de qué tipo era cada una solo con rozarlas con las yemas de los dedos. Era muy importante poder elegir el tipo de flecha que debía utilizar en cada ocasión.

Hasta ese momento había estado utilizando flechas normales de punta de acero. Servían para la mayoría de las ocasiones cuando se buscaba dar una muerte rápida al enemigo perforando algún órgano vital. Sin embargo, estas flechas no funcionaban siempre, sobre todo cuando no se quería matar a la víctima, y solo se buscaba dejarla inconsciente o aturdida. Tampoco cuando uno se enfrentaba a un mago o un brujo, como era el caso.

Inspiró hondo y pensó el plan de ataque y las flechas a usar. Los Cazadores de Magos utilizaban una variedad de flechas con el fin de abatir a la presa a la que se enfrentaban. Adicionalmente, ella tenía flechas especiales de cosecha propia, y tendría que usar una combinación de ellas para abatir a Vingar.

De pronto la garra de diamantes comenzó a brillar con un gran resplandor. Vingar continuaba conjurando. De su boca surgían frases incomprensibles en una lengua arcana. Los Iluminados golpeaban y daban latigazos a los prisioneros para que no dejaran de mirar hacia la garra. Los destellos eran rítmicos, como siguiendo una cadencia predeterminada. Parecían seguir las frases de poder que el brujo entonaba.

—¡Mirad a la luz, el poder del dragón os hará libres! —proclamó Vingar abriendo los brazos.

El objeto, que Nilsa no tenía ninguna duda de que era de poder y muy probablemente relacionado con el dragón inmortal, incrementó los destellos que emitía, tanto en potencia como en cadencia. Los emitía cada vez más rápido y los haces de luz brillantes chocaban con paredes, suelo y techo de la estancia y rebotaban para seguir una nueva dirección. Los prisioneros en las celdas se echaban al suelo o se cubrían la cabeza con las manos y cerraban los ojos. Nadie miraba, todos estaban aterrorizados ante los haces de luz de diamante.

Nilsa observaba muy desconcertada. La luz rebotaba hasta llegar a donde ella se escondía en la entrada y, siguiendo el ejemplo de los prisioneros, cerró los ojos por si le sucedía algo o quedaba cegada. Sus

ojos no eran especialmente sensibles a la luz, pues no eran claros, pero, aun así, no se arriesgó.

No sintió dolor y estaba segura de que le habían alcanzado, aunque tuviera los ojos cerrados. Aguardó un momento mientras escuchaba cómo Vingar seguía conjurando con una voz que parecía provenir de un piso todavía más abajo, aunque no parecía que hubiera más subniveles en las mazmorras. Los destellos provenientes de la garra cristalina aumentaron todavía más su cadencia al tiempo que el brujo pronunciaba más frases arcanas.

De pronto Vingar dejó de conjurar y en ese mismo instante, como si hubiera lanzado una última orden a la garra, ésta dejó de emitir destellos. Hubo un momento tenso de gran silencio. El brujo finalmente habló:

—¡Levantaos todos, siervos del dragón inmortal!

Los prisioneros que estaban arrodillados y habían estado mirando los destellos se alzaron siguiendo la orden.

—¡Obedeceréis los designios de vuestro señor todopoderoso! ¡De mí, como su representante ante vosotros!

Nilsa comenzaba a entender lo que estaba pasando allí. Vingar, con algún tipo de magia arcana y con la ayuda del objeto en forma de garra de dragón, debía de estar dominando a aquellas personas para que hicieran lo que él ordenara.

—¡Daos la vuelta y entrad en la celda! —ordenó.

Los prisioneros se volvieron y cuando lo hicieron a Nilsa le dio un vuelco el corazón. Los ojos de todos ellos brillaban con una luz de diamante que parecía haber quedado presa. La imagen era espantosa, inhumana. Los vio avanzar hasta una celda vacía y entrar como dóciles corderos. Estaban bajo el hechizo de aquella garra y ahora harían cuanto el brujo ordenara.

Nilsa sintió que se le ponía la piel de gallina del estremecimiento que sintió. Aquellos desdichados no parecían ya humanos. Sintió una pena enorme por ellos. Los infelices no habían hecho nada para terminar sirviendo a un culto contra su voluntad. No quería ni pensar para qué los utilizarían. ¿Estaba Vingar creando un ejército de parias? ¿Podían aquellos hombres siquiera luchar? Otra cosa que le extrañó es que no había mujeres entre los prisioneros. Sí, debía de ser para armarlos y usarlos como carnaza para defender aquella secta de amantes de los dragones.

—¡Sentaos y aguardad mis órdenes! —dijo y al instante todos los hechizados se sentaron y se quedaron quietos esperando.

Con enorme lástima por ellos Nilsa se preguntó si sería posible recuperarlos, que volvieran a ser personas normales. Probablemente

sí, solo tenían que romper el hechizo que los controlaba. Por lo que había aprendido en la Especialización de Cazadora de Magos, una vez muerto el mago, el hechizo o el conjuro que había estado manteniendo moriría también. Sin embargo, en algunos casos, cuando era muy poderoso y el conjuro también, podía mantenerse un largo período de tiempo.

—Traedme otro lote —pidió Vingar a sus Iluminados. Fueron hasta una de las celdas y a latigazos y porrazos sacaron a otra docena de prisioneros que obligaron a arrodillarse frente a Vingar. El brujo había depositado con mucho cuidado la garra sobre un pedestal de granito a su lado. Debía pesar más de lo que parecía, era grande, pero debido a su aspecto cristalino daba la impresión de que no pesaba mucho.

De inmediato, Vingar comenzó a repetir el proceso con los nuevos prisioneros. Los golpes y latigazos se repitieron. El terror llegó hasta Nilsa y lo sintió en su garganta. No podía ni tragar saliva.

El brujo comenzó a conjurar con la garra de poder en las manos y los destellos volvieron a llenar las mazmorras. Todos se ocultaban de los haces de luz de diamante, excepto los prisioneros ya hechizados que, con la mirada brillante y perdida, no parecían darse cuenta de lo que estaba pasando.

Los ojos entrecerrados de Nilsa no dejaban que los haces de luz les alcanzaran. Decidió que había llegado el momento de actuar, no podía permitir que Vingar hechizara a aquellos infelices. Debía liberarlos a todos como fuera. Inspiró profundamente y se encomendó a los Dioses del Hielo. Llegaba el momento de la verdad.

Capítulo 28

Nilsa estaba decidida a detener aquello, aunque le costara muy caro. Apuntó a uno de los Iluminados que estaba guardando las celdas. Lo hizo con cuidado, la distancia era suficiente para tirar con garantías con su arco corto. Era su menos preferido ya que a ella le gustaba tirar desde lejos, a bastante distancia, con arco compuesto e incluso con el largo. Sin embargo, aquellas armas no eran válidas en entornos cerrados o de interior.

No lo pensó más y soltó la flecha. Alcanzó al Iluminado en el lateral del cuello. Cogido por sorpresa llevó las manos a la flecha sin poder emitir un grito. Cayó de rodillas. Entre la voz profunda de Vingar y los destellos que rebotaban por doquier, ni los otros Iluminados, ni el propio brujo se percataron de que el Iluminado había muerto.

Muy rápido, Nilsa puso otra flecha de punta de acero en la cuerda de su arco y se llevó esta hasta la mejilla apuntando con su ojo certero. Aguardó un instante y soltó. La flecha recorrió las mazmorras para alcanzar a otro de los Iluminados que guardaban las celdas, este en el lado opuesto del que ya había abatido. Le alcanzó en el corazón desde un ángulo oblicuo. El Iluminado se derrumbó hacia adelante.

Esta vez uno de los otros vio caer a su compañero y dio la alarma.

—¡Nos atacan! ¡Mi señor, intrusos! —gritó.

Vingar dejó de conjurar y miró al fondo de la estancia. Nilsa se había ocultado, esperaba crear confusión entre los Iluminados si no la veían.

—¡Está aquí, en la entrada! —gritó una voz a la espalda de Nilsa.

Ella se giró y vio que bajando las escaleras aparecía otro Iluminado con la espada en la mano.

—Mal momento para bajar… —se lamentó Nilsa.

—¡Matad al intruso! —ordenó Vingar, que dejó la garra en el altar y desenfundó su espada larga con empuñadura de cabeza de dragón.

Todos sacaron sus espadas y corrieron a atacar.

Nilsa se sintió en un atolladero. Una decena de Iluminados corrían hacia ella y otro bajaba por las escaleras. Apuntó al de las escaleras.

—De este ya me encargo yo —sonó una voz que Nilsa reconoció al

momento.

Obviando al secuaz de la escalera apuntó contra el primero que llegaba corriendo desde el otro lado y lo abatió de una flecha al corazón.

A su espalda el secuaz de las escaleras caía muerto al suelo con el cuello cercenado.

—Parece que llego en el momento oportuno —dijo Astrid que de un salto se puso al lado de su amiga.

—En el momento preciso —replicó Nilsa abatiendo a otro de los enemigos.

—No deberías empezar los bailes sin tu pareja —le guiñó un ojo Astrid y saltó a derribar al Iluminado que llegaba por la izquierda.

—En eso tienes razón —dijo Nilsa a su amiga—. La próxima vez te esperaré —convino y soltó la flecha. Acabó con otro de ellos.

Astrid le clavó el cuchillo en el corazón al que había derribado y se enfrentó a otros dos. Bloqueó la espada del primero que con una estocada buscaba atravesarle el estómago y esquivó con un desplazamiento fugaz el tajo de la del otro.

Nilsa no tenía tiro y se le venían dos Iluminados encima. Optó por retrasar su posición y subió las escaleras a la carrera. Uno la siguió y el otro vaciló en el primer peldaño. Nilsa llegó arriba y con gran rapidez y equilibrio se giró sobre sí misma, apuntó y tiró casi en un mismo movimiento. La flecha alcanzó al Iluminado que la seguía en el torso, que cayó a los pies de Nilsa. Intentó derribarla con sus manos, pero haciendo gala de gran equilibrio y fortaleza en las piernas, la pelirroja no se fue al suelo. Dio un paso atrás y propinó una fuerte patada en la cabeza al moribundo.

—Vaya, parece que mi torpeza es cada vez menor en combate —murmuró muy satisfecha.

El otro Iluminado se decidió y comenzó a subir las escaleras a gran velocidad. Nilsa calculó que no le daría tiempo de volver a tirar así que cambió de táctica. Animada por su destreza saltó con los dos pies por delante escaleras abajo y golpeó en la cara al que subía con la espada alzada para soltarle un tajo poderoso. El Iluminado salió despedido de espaldas y acabó en el suelo de las mazmorras con un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido.

Nilsa intentó aterrizar bien y casi lo consiguió. Puso un pie sobre las escaleras y salió despedida hacia delante. Se golpeó contra una de las cajas y salió rebotada. Consiguió parar el golpe contra la pared opuesta con las manos. No había sido uno de los saltos de ataque gloriosos de Astrid y Viggo, que siempre terminaban posándose delicadamente en el suelo, pero no había estado nada mal para ser

ella.

Mientras se giraba y ponía otra flecha en la cuerda del arco, Astrid ya había acabado con cuatro Iluminados que yacían en el suelo. La pericia con la que luchaba con los cuchillos era impresionante. La forma en que despachaba a sus enemigos en el cuerpo a cuerpo sin que consiguieran rozarla con sus armas, dejaba a Nilsa estupefacta.

De súbito algo fue mal. Se escuchó una especie de rugido. Astrid salió despedida de espaldas y se estampó contra una de las celdas de prisioneros.

Nilsa se percató de que había sido Vingar, que había conjurado contra Astrid.

—¡Liberad a los esclavos de dragón! —ordenó Vingar a los dos secuaces que le quedaban en pie.

Astrid gimió en el suelo y Nilsa corrió a ayudarla. La morena intentaba ponerse en pie, pero parecía estar dolorida. El golpe que se había dado era fuerte. Llegó hasta su amiga y la ayudó.

—Me ha… pillado por sorpresa… —confesó Astrid.

Vingar conjuró de nuevo señalándolas con su espada y realizando un movimiento ascendente y luego descendente. Abrió mucho la boca emitiendo una especie de rugido, agudo esta vez. La onda de fuerza que siguió realizó una parábola elevándose y cayó sobre Astrid como si de un tiro de larga distancia se tratara.

Astrid se fue al suelo y quedó tendida boca abajo aplastada por el impacto. Se llevó las manos a la cabeza.

—Impide… que conjure… —pidió Astrid a Nilsa.

—Lo haré —prometió la pelirroja.

—¡Esclavos de dragón, matadlas! —ordenó señalando a Astrid y a Nilsa con su espada.

Los esclavos salieron de sus celdas con andar lento y pesado, pero seguro, y se dirigieron a por Nilsa y Astrid como su amo ordenaba.

Nilsa ignoró a los esclavos y puso una Flecha de Tierra en la cuerda de su arco. Lo levantó, tiró de la cuerda hasta su mejilla y apuntó. El tiro debía evitar a los esclavos, por lo que tuvo que corregirlo varias veces.

Vingar tenía a Astrid aplastada contra el suelo como si le hubiera caído un yunque invisible sobre la cabeza. Señaló a Nilsa, iba a atacar. Ella supo que sufriría la misma suerte que su amiga, pero no lo iba a permitir. Soltó de inmediato y la Flecha de Tierra pasó rozando a dos esclavos. Alcanzó a Vingar en el torso cuando estaba abriendo la boca para emitir uno de sus rugidos.

Se produjo una explosión de tierra, humo y un compuesto cegador

y aturdidor. El brujo dio un paso hacia atrás sacudiendo la cabeza. Le había afectado. Se llevó la manga de su túnica plateada en mate a los ojos para limpiarlos de las substancias nocivas que le habían entrado.

Nilsa vio que tenía una oportunidad y puso en la cuerda de su arco una Flecha de Aire. Apuntó y tiró. La flecha pasó entre dos esclavos justo cuando Vingar comenzaba a conjurar de nuevo. Esta vez lo alcanzó a la altura del estómago y se produjo una descarga que recorrió el cuerpo del brujo como si lo hubiera golpeado el rayo de una tormenta.

Vingar se dobló de dolor mientras los brazos le temblaban de forma incontrolada, sin que pudiera hacer nada para detenerlo.

Era el momento de acabar con él así que Nilsa cambió a una flecha normal de punta de acero.

Dos esclavos hechizados se le vinieron encima buscando agarrarla. Tuvo que esquivarlos y perdió el tiro. Golpeó a uno de ellos y empujó al otro para liberarse y se retrasó un poco.

—Con tus flechas no podrás impedirme conjurar por mucho tiempo —dijo Vingar que se había resguardado tras el pedestal donde descansaba la garra.

—Eso lo veremos —dijo Nilsa que ya volvía a tirar contra el brujo con una de sus flechas normales intentando darle en la cabeza. La flecha dio en la garra cristalina y salió rebotada hacia un lado.

—¡Pagarás por esto, sacrílega! —exclamó Vingar rabioso.

Nilsa aprovechó para poner otra flecha en la cuerda de su arco mientras se retrasaba de nuevo para poner distancia con los esclavos que venían a por ella.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Nilsa a Vingar ahora que lo tenía escondido tras el pedestal y no se asomaba para seguir atacando.

—¿Acaso no lo ves? ¡Creamos servidores del dragón inmortal!

—¿Para qué los necesitáis?

—¡Para que adoren a su nuevo dios! —proclamó Vingar.

—Eso no suena a toda la verdad. ¿Qué más está ocurriendo aquí?

—¡No os diré nada, Guardabosques inmundos!

—Deberías, podrías perder la vida ahora mismo —amenazó Nilsa, que tiró contra el pedestal con una Flecha de Fuego que al impactar creó una llamarada. Vingar se sobresaltó, pero no abandonó su refugio.

Tres esclavos intentaron agarrar a Nilsa, que se retiró corriendo para poner una nueva Flecha de Tierra en su arco. Tiró y alcanzó a uno de los esclavos en el torso. La explosión de tierra y humo lo dejó

confundido, muy aturdido, y el brillo de sus ojos se apagó un poco, aunque no del todo. El segundo intentó llegar hasta ella, pero Nilsa le alcanzó con una Flecha de Aire y la descarga lo dejó inconsciente. Al tercero le soltó una patada en el estómago que le obligó a agacharse de dolor.

Nilsa sentía tener que atacar a los esclavos, pero no tenía otra opción. No iban a entrar en razón y si la agarraban entre varios se acabaría todo para ella.

Astrid se levantó del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurró Nilsa.

—Lo suficiente… —respondió Astrid que ya se recuperaba. Sacudió la cabeza.

—Tenemos trabajo —dijo Nilsa señalando a los esclavos que seguían avanzando a por ellas.

—Visto —dijo Astrid y estirando la espalda y los hombros se lanzó a dar muerte a los dos últimos Iluminados y a los esclavos hechizados.

—Date prisa o nos agarrarán.

—Yo me encargo de estos, vigila que el brujo no conjure —dijo Astrid.

—¡No mates a los esclavos! —pidió Nilsa.

Astrid se detuvo y la miró.

—Ellos vienen a matarnos a nosotras —replicó.

—Hazme caso, no los mates —insistió Nilsa.

—De acuerdo, como tú quieras —dijo Astrid, que se lanzó al ataque. A los esclavos que se le venían encima los dejó sin sentido a base de golpes en la nuca, sien o el mentón con las empuñaduras de sus cuchillos.

—¡Venid a mí, protegedme! —ordenó Vingar.

Los últimos dos Iluminados en pie y tres esclavos fueron hasta él.

—¡Formad una línea frente a mí!

Nilsa vio la jugada. Vingar iba a protegerse tras sus secuaces para que las flechas elementales no le alcanzaran. Buena estrategia.

—¡Impías, llega vuestro final! —clamó Vingar que, agachado detrás de la barrera humana de sus secuaces comenzó a conjurar. Si terminaba y les lanzaba uno de sus rugidos estarían en problemas serios de nuevo. Esta vez el brujo señalaba a Nilsa con su espada.

Una flecha salió de su arco y se dirigió hacia Vingar, pero alcanzó al Iluminado que tenía frente a él en la cabeza. Era una de las nuevas flechas anti-magos que Nilsa había estado desarrollando. Se produjo una detonación y a continuación un tremendo estruendo. El Iluminado

echó la cabeza atrás del susto y el tremendo ruido desconcentró a Vingar en mitad de su conjuro, interrumpiéndolo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡No! —exclamó Vingar.

Nilsa puso otra flecha igual en la cuerda de su arco.

Vingar se refugió detrás de un esclavo y volvió a conjurar.

La flecha anti-magia de Nilsa voló rauda y golpeó al esclavo en el torso. De nuevo se produjo una detonación a la que siguió un ruido tan estruendoso que toda la fila protectora dio un respingo. El sonido, tan molesto y fuerte, volvió a desconcentrar a Vingar, que no pudo terminar el conjuro.

—¡Sucios trucos de Guardabosques! —clamó Vingar lleno de frustración y rabia.

Astrid llegó hasta la línea defensiva y el brujo supo que estaba perdido. Nilsa ya ponía otra flecha anti-magia en la cuerda de su arco y se preparaba para tirar.

Vingar cogió la garra cristalina de dragón, se giró y corrió hacia la pared del fondo de las mazmorras. La flecha de Nilsa golpeó encima de la cabeza de Vingar con otro tremendo estruendo que hizo que se sobresaltara y se agachara.

Los dos últimos Iluminados atacaron a Astrid, que ya había dejado fuera de combate a los esclavos. Los venció en combate de espada contra cuchillos y ambos terminaron sin sentido en el suelo.

—¡Vingar escapa! —avisó Nilsa poniendo otra flecha en su arco.

Astrid corrió hasta el final de las mazmorras.

—¡No puedo creerlo! —exclamó.

—¿Qué sucede? —quiso saber Nilsa.

—Ven a verlo, rápido.

Nilsa llegó hasta donde Astrid señalaba la pared de roca del final de la estancia.

—No está —dijo Nilsa sorprendida.

—Es como una anguila. Se ha escabullido.

—¿Cómo? —preguntó Nilsa observando la pared.

—Debe haber un pasadizo secreto aquí. No encuentro cómo se activa —dijo Astrid palpando y empujando las rocas por si alguna cedía.

—Se nos ha escapado… —se lamentó Nilsa.

—Creo que sí.

—Qué mal…

—Mira el lado positivo. Hemos detenido lo que fuera que estuviera

intentando conseguir aquí.

—Eso sí. Yo creo que intentaban crear un ejército de predicadores —sugirió Nilsa.

—Eso suena fatal —dijo Astrid que se volvió a mirar a los esclavos que quedaban presos en las celdas.

—Liberemos al resto —dijo Nilsa.

—Sí, y esperemos que a los hechizados se les haya pasado el efecto cuando despierten —deseó Astrid.

—No sé yo si eso va a ser así. No hemos matado al brujo, el hechizo perdurará —razonó Nilsa recordando lo que había aprendido en la Especialización.

—Eso no es bueno —negó con la cabeza Astrid que había encontrado las llaves y abría una de las celdas.

—Habrá que llevarlos a la capital para que los vea Egil —sugirió Nilsa.

—Sí, y como prueba de lo que aquí pasa para Gondabar. Nuestros líderes deben entender que lo que ocurre es muy grave.

Nilsa asintió y ayudó a liberar al resto de prisioneros. Al menos, a ellos los habían salvado.

Capítulo 29

—Te hemos echado de menos estos días —le dijo Lasgol a Eicewald cuando se reunió con ellos en el bosque.

«Yo mejor mucho» transmitió de inmediato Camu al mago.

Ona le contradijo con dos claros gruñidos.

—Entremos en la tienda y hablemos, parece que tenemos una tormenta invernal acercándose —dijo él señalando a las feas nubes negras que se les echaban encima. Llovía con fuerza, una lluvia helada, y los vientos comenzaban a ser muy fuertes.

«Tormenta venir fuerte» advirtió Camu.

—Mejor compruebo las sujeciones de la tienda y la ato a esos árboles a la espalda —dijo Lasgol, que sabía que si la tormenta era muy fuerte se llevaría la tienda y a ellos con ella.

Ona no podía ayudar, pero seguía a Lasgol a donde fuera como un enorme gato de montaña tras su dueño.

«Yo crear conjuro contra tormenta un día» transmitió Camu a Eicewald mientras Lasgol trabajaba.

—Eso sería un conjuro de mucho nivel. No se ha conseguido hacer, que yo sepa.

«¿Magia de Agua?».

—Magia de Agua y de Aire. Las tormentas se ven afectadas por ambas, pero para poder evitar una tormenta se requeriría de mucho poder. La naturaleza y sus creaciones son muy superiores en poder a las de un hombre o una criatura.

«Yo conseguir un día».

—Ese es el espíritu, Camu. Nunca desfallezcas y mantén siempre la ilusión de lograr nuevas metas. Así es como se avanza en la vida.

—¿Ya está Camu con una de sus cabezonerías? —preguntó Lasgol al entrar en la tienda.

«Yo cabeza normal» replicó al instante Camu.

—Tiene grandes ideas, le estoy animando a que las persiga. De esos intentos saldrán cosas importantes, estoy convencido.

—No sé yo si la grandilocuencia es semilla que de buenos frutos…

—Mejor eso que no tener espíritu y resignarse a conseguir muy

poca cosa en la vida —dijo Eicewald con tono de estar impartiendo una lección—. Solo los valientes y los osados llegan a conseguir hitos impensables.

—En el caso de Camu el hito puede ser atravesar un muro con la cabeza por testarudo —bromeó Lasgol.

«Yo poder volar, no atravesar con cabeza» se defendió Camu, que no había entendido la broma.

Eicewald soltó una carcajada.

—Cuéntanos, ¿qué te ha tenido tan ocupado en la capital?

—Un asunto poco agradable… —dijo el mago con tono de resentimiento.

—¿Puedes decirnos qué es? —se interesó Lasgol.

—Una persona non grata para mí ha sido restituida por el rey Thoran y debo permitir que vuelva al seno de los Magos de Hielo.

Lasgol se sentó con las piernas cruzadas y se quedó pensativo. ¿A quién se podría estar refiriendo Eicewald?

«¿Quién ser?» se interesó Camu.

—Alguien que me traicionó, me robó algo preciado y causó una situación muy grave. Una en la que estuvisteis todos involucrados.

—No será… —comenzó a decir Lasgol que creía saber de qué estaba hablando Eicewald y quién era el mago en cuestión.

«Yo no saber».

—La última vez que lo viste iba río abajo —dijo Eicewald—. Y yo partía para Irinel por su culpa.

Camu pestañeó con fuerza.

«Seguir sin saber».

—Se refiere al Mago de Hielo Maldreck —dijo Lasgol, que ya había intuido quién era.

—En efecto. Me refiero a ese traidor y ladrón que se hizo con la Estrella de Mar y Vida y nos causó tantos problemas.

«Oh, Mago ladrón. Yo recordar».

—¿Cómo es que Orten le ha perdonado? Me extraña, no es precisamente de los que perdona cuando alguien le falla.

Eicewald asintió.

—Orten no le ha perdonado, el que lo ha hecho ha sido Thoran. El reino tiene solo un puñado de Magos de Hielo y los más jóvenes no son muy poderosos todavía. Maldreck será una comadreja traicionera, pero es poderoso. Thoran le ha abierto las puertas de la Torre de los Magos de Hielo y yo no he podido negarme.

—¿El rey busca tener más Magos de Hielo? ¿Hay alguna razón en particular? —preguntó Lasgol al que le pareció algo sospechoso.

—El rey siempre busca incrementar el poder mágico del reino y ser superior a otros reinos en cuanto a poder.

—¿Porque es sabido que los magos decantan batallas o hay algún otro motivo? —inquirió Lasgol enarcando una ceja.

Eicewald sonrió.

—Ambos. Los magos no solo decantan batallas, también pueden decantar guerras. Más de un reino ha tenido que rendirse ante la superioridad del poder mágico de otro, si bien, un gran ejército siempre suele ser más poderoso que un puñado de magos. En cuanto al otro motivo… creo que se debe a la princesa de Irinel.

—¿Se debe a la princesa de Irinel? —esto extrañó e intrigó a Lasgol.

Eicewald asintió un par de veces.

—Bien, ya sabemos el carácter que tiene la princesa, lo hemos vivido en nuestras carnes. Parece ser que no modera siempre ese carácter ante el rey…

—Ya me parecía a mí que había venido demasiado conciliadora —dijo Lasgol.

«Princesa no divertida» transmitió Camu a su manera.

—Se escuchan voces un tanto elevadas entre ellos. Por lo que he sabido una de las discusiones concernía a la magia de los dos reinos. Parece ser que Thoran mantiene que sus Magos de Hielo son mucho más poderosos que los Druidas de Irinel. Según me han contado, a la princesa, que es de sangre druida, no le gustó nada el comentario y hubo una discusión acalorada sobre el tema. Finalmente, la princesa abandonó la sala del trono enfurecida, gritando que por cada Mago de Hielo de Norghana había cien druidas y que el poder mágico de su pueblo podría barrer todo Norghana.

—Eso no le habrá gustado nada a nuestro querido rey —dijo Lasgol sonriendo.

—Así es. Me ha ordenado buscar y formar a más Magos de Hielo inmediatamente y ha llamado a varios que cayeron en desgracia en el pasado para que regresen. Uno de ellos es Maldreck.

—Pues vaya… eso no nos viene nada bien.

—En efecto. Implica que debo partir en busca de nuevos pupilos potenciales y abandonar vuestro entrenamiento por una temporada. Lo siento mucho.

«No bueno. No querer» se quejó Camu.

—Son órdenes del rey, no puedo desobedecerlas.

—Lo entendemos. Tenía que suceder tarde o temprano. Hace días que tenía la sensación de que ya habíamos sobrepasado nuestra cuota de suerte —sonrió Lasgol y suspiró apenado.

«Yo mucho disgustado» transmitió Camu junto a un sentimiento de gran lástima.

—Quizá debamos enseñar a Camu a usar 'muy' y 'mucho', porque me parece que los confunde bastante —sugirió Eicewald.

—Yo creo que lo que hace es improvisar frases metiendo algún término que ha escuchado y no domina y, claro, luego salen estas maravillas que suelta.

«Mucho disgustado».

—Pues es muy disgustado, no mucho disgustado —corrigió Lasgol.

«Yo preferir mucho disgustado. Más potente».

Eicewald rio y Lasgol se llevó la palma de la mano a la frente.

—Que no es lo que tú prefieras, que tienes que hablar bien —intentó explicarle Lasgol.

«Vosotros entender bien».

—Te entendemos, sí —confirmó Eicewald.

—No le digas eso…

«Pues si entender, estar bien. Mucho disgustado es».

Eicewald volvió a reír mientras Lasgol maldecía a los dioses por cargarle con aquella criatura tan testaruda.

Los vientos de la tormenta azotaron la tienda y por un momento pareció que la iban a arrancar del suelo, pero aguantó.

Ona se movió inquieta, no le gustaba estar dentro de una tienda cuando azotaban los vientos. Quería salir a buscar refugio al bosque, pero se resistía. Lasgol sabía que era porque quería estar con sus amigos, aunque la situación no le gustara.

—Parece como si un gran Mago de Hielo se hubiera enfadado con nosotros —dijo Lasgol bromeando.

—Esto me lleva a la lección que quería impartir hoy —dijo Eicewald.

—Adelante, estamos preparados —dijo Lasgol.

—Hay un principio universal de la magia que debéis conocer. Es el Principio de la Limitación Mágica.

«Yo querer saber» transmitió Camu, que miraba a Eicewald con sus grandes ojos bien abiertos.

Eicewald asintió.

—Debéis saber y recordar siempre que la magia tiene un coste y

unos límites.

—Sobre el coste hemos estado estudiando en el tomo que me dejaste con el Principio del Coste Mágico. Bueno, en realidad yo lo estoy estudiando y se lo voy explicando a Camu, que está entretenido intentando crear habilidades nuevas.

«Yo entender. Magia costar energía. Ser problema» resumió Camu a su estilo.

—Hay bastante más que eso en cuanto al coste de la magia se refiere, pero de momento con que aprendáis lo que establece el tomo me conformo —dijo Eicewald—. Las materias más avanzadas las dejaremos para más adelante.

—En ese tomo se explican cosas que requieren más estudio… —comentó Lasgol con tono de que necesitaban más ayuda y por supuesto más tiempo.

Eicewald inclinó la cabeza.

—En cada tomo de conocimiento que estudiéis encontraréis conceptos y áreas de estudio más avanzados. Es natural pues los tomos que os estoy trayendo son sobre principios generales. Si queréis luego profundizar en nuevas áreas, tendréis que hacerlo más adelante y con otro instructor. Los hay especializados en cada materia.

—¿Los hay? —se sorprendió Lasgol.

—Los hay, la dificultad reside en encontrarlos. Algunos están en reinos cercanos, pero otros en reinos y zonas muy lejanos. Tampoco suelen admitir pupilos pues están muy focalizados en sus estudios.

«No bueno».

—Por desgracia, no existe una gran escuela de magia unificada donde se estudien todas las facetas de la magia en profundidad —explicó Eicewald abriendo los brazos.

—Entonces, ¿si queremos aprender sobre un tipo de magia o un principio en concreto para mejorar en él, debemos buscar un erudito en esa materia que puede estar en el fondo del Imperio Noceano?

—Me temo que sí. Aunque os falta mucho para llegar a poder profundizar en materias avanzadas. Así que no os preocupéis y seguid estudiando. Antes de aprender a correr uno debe aprender a gatear —dijo el mago.

«Muy poco bueno» se quejó Camu.

—En la vida pocas cosas de valor se consiguen de forma fácil —dijo Eicewald.

—El Principio de la Limitación Mágica, sigue explicándonoslo, por favor —pidió Lasgol que observaba a Eicewald muy interesado.

—Como os decía, toda la magia tiene límites, es un principio

universal.

—¿Toda la magia? ¿Sea del tipo que sea? —preguntó Lasgol.

—Así es. Toda magia, por muy trivial o poderosa que sea, tiene coste y limite —explicó Eicewald con tono serio.

«No querer límites» Camu negó con su cabeza.

—De lo contrario, los bendecidos con el Don, con el Talento, seriamos casi dioses. El universo no lo permite —sonrió Eicewald.

—Y hace bien —dijo Lasgol—. Nadie debería tener tanto poder.

—Hay muchos que eso es precisamente lo que persiguen —comentó Eicewald con tono de desaprobación.

—¿Magos? —preguntó Lasgol.

—Magos, hechiceros, brujos, chamanes, eruditos y demás poseedores del Talento. Todos tienen una característica especial: buscan ascender.

—¿Ascender? ¿Qué significa eso?

—Buscan progresar en los grados de la magia hasta tal punto que transciendan el nivel humano para convertirse en semidioses —explicó Eicewald.

«¿Transcender?» Camu no lo entendía.

—Yo tampoco sé si lo comprendo —confesó Lasgol, que arrugó la nariz.

—No os preocupéis ahora por ello, ya lo iréis entendiendo. Lo que quiero que comprendáis es que hay personas con el Don que dedican todo su ser a mejorar su Talento y así llegar al grado final y superarlo. Lo llaman transcender, alcanzar un nivel superior al grado más alto. Su objetivo en la vida es llegar a convertirse en semidioses a través de su magia.

—Lo tendré presente…

—No creo que nos encontremos con uno de ellos, pero existen —dijo Eicewald con tono de advertencia.

«¿Muy poderosos?» quiso saber Camu.

—Lo son, sí. Consideran que están perfeccionando su Don y que lo que hacen es nada menos que un arte. Se autodenominan Virtuosos Arcanos —explicó Eicewald.

—¿Virtuosos Arcanos? Suena extraño… Místico casi… —comentó Lasgol pensando en cómo serían.

—Lo es en cierta forma —confirmó el mago—. Se consideran a sí mismos artesanos de lo mágico. Han alcanzado tal nivel que son virtuosos del mundo arcano.

«Yo querer conocer».

—No creo que haya ninguno de ellos en Norghana, pero es bueno que conozcáis que existen por si un día os cruzáis en su camino.

—¿Son peligrosos? —preguntó Lasgol al que la explicación de Eicewald le dio la sensación de ser una advertencia.

—Lo son, y mucho. Pueden acabar con una persona por el mero hecho de demostrar su poder o porque hayas interferido de alguna forma, por leve que sea, en su progreso o camino hacia la ascensión que persiguen.

«No buenos» transmitió Camu.

—No lo son por lo general, no. Lo cual no quiere decir que no haya algunos que no sean bondadosos. Mi consejo es alejarse de ellos.

—Un consejo que seguiremos —aseguró Lasgol.

Eicewald asintió varias veces.

—Haréis bien.

Capítulo 30

—Permitidme explicaros el concepto de la Limitación Mágica —dijo y puso sobre el suelo de la tienda un nuevo tomo. Lo abrió y pasó unas páginas hasta que encontró lo que buscaba.

—¿Cuáles son esos límites? —preguntó Lasgol, al que le pudo la impaciencia de las ganas que tenía por aprender.

—Veréis, mis queridos pupilos, la magia tiene un límite en cuanto a lo físico y en cuanto a lo temporal, pues son dos variables que definen nuestro universo. Estos son unos límites inquebrantables que nadie ha podido superar, si bien muchos lo han intentado y se dice que algunos magos, los más poderosos, han conseguido doblegarlos.

—¿Cuáles son esos límites en cuanto a lo físico? —preguntó Lasgol con expresión de extrañeza porque estaba un poco perdido.

«¿Físico?» Camu pestañeaba con fuerza. No entendía el concepto.

Eicewald les hizo un gesto con la mano para que se lo tomaran con tranquilidad.

—Me refiero a las leyes físicas de la naturaleza —explicó con tono pausado y calma—. Por ejemplo, si yo quisiera mover esa montaña que se ve al este tras el bosque, no lo lograría por muy poderoso que llegara a ser.

—Porque su peso y agarre son inconmensurables —razonó Lasgol.

«Montaña muy grande. Demasiado».

—En efecto. Vosotros mismos podéis intuir que ningún mago podrá mover esa montaña pues la magia está limitada a los propios límites físicos de la naturaleza. Se pueden lograr grandes cosas, como por ejemplo arrancar la cima de cuajo, pero no toda la montaña. ¿Entendéis?

«Mover punta montaña, sí. Toda montaña, no» resumió Camu a su manera.

—Correcto, ¿pero entiendes la razón? ¿El motivo por el que no es posible hacerlo?

«Demasiado peso, mucho grande».

—Eso es. Aquello que nuestra propia lógica nos indique que es demasiado, muy probablemente lo sea —apuntó Eicewald.

—Pero sí podrías arrancar un árbol de cuajo, incluso medio bosque

si quisieras —replicó Lasgol.

—¿Cómo sabes que es posible que yo pueda hacer eso?

—He visto tus tormentas invernales, tienen gran fuerza y pueden congelar a todo ser que alcancen con sus vientos, capaces de arrancar árboles por muy profundas que sean sus raíces —dijo Lasgol señalando con su índice hacía el techo de la tienda, que se sacudía bajo la tormenta que tenían encima.

«Ser verdad» se unió Camu.

Eicewald asintió varias veces, despacio.

—En efecto. Puedo hacerlo porque una tormenta invernal de la propia naturaleza puede hacerlo. No estoy quebrantando ninguna ley física de la naturaleza, lo que hago es imitarla. Creo una tormenta que es mágica pero que en esencia imita a una natural y por lo tanto tiene sus mismas limitaciones. Una tormenta no puede arrancar una montaña, pero sí medio bosque o llevarse casas por los aires, sobre todo si son de madera. Lo que yo conjuro está dentro de los límites que la naturaleza establece y, por lo tanto, puedo crear mi magia dentro de esos mismos límites.

—Creo que ya lo entiendo… —dijo Lasgol.

«¿Qué límites yo?».

—Buena pregunta. Es muy difícil saberlo de antemano, tendrás que ir probando y midiendo hasta ver dónde puedes llegar.

«Yo poder volar. ¿No limite?».

—Esa es una habilidad muy singular que sin embargo está dentro de los límites de la naturaleza pues existen grandes aves, mayores que tú en tamaño, que pueden volar.

«¡Yo querer ver! ¡Volar con ellas!» exclamó Camu muy animado.

—No sé si esa es una buena idea. Algunas de las grandes aves son inofensivas, pero otras no tanto. Hay descomunales aves rapaces que viven en los picos más altos de Tremia que son carnívoras y devoran cualquier cosa que tenga carne, y cuanta más mejor. Su tamaño y la envergadura de sus alas es tal que pueden levantar desde bueyes hasta elefantes y llevárselos volando hasta la cima… matándolos primero, claro. Los dejan caer al vacío y cuando mueren se los llevan.

«Ya no querer ver» transmitió Camu con expresión de que no le hacía ya ninguna ilusión después de la explicación del mago.

—Entonces… ¿puede un mago crear un árbol como los de este bosque? Por ejemplo…

—Bien, veo que ya comenzamos a entender las limitaciones. Un árbol real, como el del bosque no. Puede usar magia de ilusión para hacerte creer que ves uno; puede crear algo que parezca un árbol,

pero no crear uno directamente porque eso va contra los límites de la naturaleza.

«¿Comida?» quiso saber Camu.

—Sí, eso, ¿puede hacer aparecer una gran comida de la nada?

—¿Es eso posible en la naturaleza? —preguntó el mago enarcando ambas cejas.

—No… no lo creo… Vamos, así de repente de la nada, no. Habría que cazar, recolectar, cocinar y prepararlo todo —dijo Lasgol.

—Muchos creen en su ignorancia que podemos crear comida, bebida, oro, joyas y riqueza de la nada, del mismo aire. Dejadme aseguraros que no es así. Si algún día encontráis un mago que es capaz de hacerlo, casi con toda seguridad os estará engañando.

—Pues es una verdadera lástima, podríamos alimentar y ayudar a los pobres y desfavorecidos —se lamentó Lasgol con tono agrio.

—Piensa que si eso fuera posible también lo sería que apareciera un hombre o un ejército de la nada, del soplo del viento. Eso conllevaría la muerte y destrucción de reinos enteros.

«No bueno» expresó Camu negando con la cabeza.

—En efecto, no es nada bueno. Por ello, al menos en este universo que nos rodea y en el que vivimos, la naturaleza siempre limita aquello que podemos hacer con la magia —explicó Eicewald.

—¿Siempre, o casi siempre? —quiso saber Lasgol—. ¿Hay forma de saltarse esas limitaciones?

Eicewald se quedó pensativo un momento con la mano en la barbilla.

—Hay magos, incluso eruditos, que buscan sobrepasar esos límites. Unos para obtener más poder y otros para obtener más conocimiento. Algunos han conseguido doblegar esas limitaciones, que no quebrarlas ni romperlas. Hasta donde yo sé, eso sí.

—¿Doblegarlas? ¿Cómo?

—Llevándolas hasta su límite y buscando una forma de doblegarlas ya que no han conseguido romperlas. Es un tema muy complejo y arcano, oscuro incluso en muchos aspectos, pues se busca llegar a romper la propia realidad. Hay magos que no han conseguido saltarse los límites, pero sí extenderlos… un poco.

—Egil me dijo que hay Magos de Fuego que son capaces de crear un pequeño volcán que emite lava y estallidos de fuego arrasando todo a su alrededor.

«Yo querer ver».

—No, no me refiero a eso y sí, hay Magos de Fuego que pueden

hacerlo. Es un conjuro muy poderoso que solo unos pocos pueden conjurar. Lo que ocurre es que no se trata de un volcán real, es una creación de un Mago de Fuego imitando a la realidad.

—Creo que ya entiendo…

—Nosotros imitamos a la naturaleza, a sus elementos. Nos inspiramos y basamos en ella e intentamos crear conjuros que la simulen. Sin embargo, nunca son algo real, siempre se quedan cortos en comparación a lo que la naturaleza puede hacer.

—¿Y la otra limitación, la temporal, que has mencionado antes? —preguntó Lasgol muy interesado en entender las limitaciones a las que tendrían que hacer frente Camu y él a la hora de usar su magia.

Eicewald asintió.

—La limitación temporal es muy importante. Toda magia está limitada por el tiempo. Todo conjuro, hechizo y encantamiento tiene una limitación temporal.

«Magia no durar siempre» interpretó Camu.

—Así es. Los conjuros tienen una duración determinada. Puede ser algo mayor o algo menor en función del tipo de conjuro y del grado de poder de quien los haga, pero siempre está limitada por el tiempo.

—Eso ya lo vivimos nosotros ahora. Nuestras habilidades duran un tiempo y luego desaparecen.

«No poder volar siempre» transmitió Camu muy molesto.

—Eso es porque es una habilidad mágica.

«Pájaros volar siempre».

—Tampoco es eso del todo cierto. Las aves deben descansar pues volar las extenúa. Algunas pueden volar muy lejos y otras menos, pero al final todas paran a descansar pues sus cuerpos no pueden soportar tanto esfuerzo continuado. La magia es similar, no dura siempre —explicó con mucha paciencia.

«Yo querer volar siempre».

—No lo dudo, yo también querría —sonrió Eicewald.

—La temporalidad de un conjuro se puede trabajar, ¿verdad? —preguntó Lasgol.

—Así es. Pero solo hasta cierto punto, y es una de las ampliaciones más difíciles de conseguir.

—¿Quieres decir que hacer que un conjuro dure más tiempo es difícil?

—En efecto.

«Yo conseguir».

—Por supuesto —sonrió Eicewald—. Te animo a que intentes

extender en el tiempo tus habilidades.

—No sé si animarle a hacer algo difícil es buena idea, él va a estar seguro siempre de que lo va a conseguir.

—La vida le irá enseñando que no todo es asequible por mucho que nos lo propongamos —comentó Eicewald sin mirar a Camu.

—¿Algo más que debamos saber sobre el límite de temporalidad?

—Sí, algo importante. Nunca debéis intentar manipular el tiempo. Muchos magos lo han intentado y la mayoría han acabado muy mal. El tiempo, el ayer, el hoy y el mañana, deben dejarse intactos.

Lasgol se rascaba la cabeza.

—¿Porque podríamos ir al pasado y cambiar cosas?

«Yo futuro. Yo mayor».

—No podéis ir ni al pasado ni al futuro. Debéis alejaros de cualquier persona con el Don que intente hacerlo. El tiempo no debe ser alterado bajo ningún concepto. Destruiría nuestro mundo, las implicaciones serían catastróficas —advirtió Eicewald con tono de alarma.

—¿Ni para enmendar una gran tragedia?

—Ni para eso. Mayor tragedia traerían las consecuencias de alterar el pasado o el futuro. Escuchadme bien. No os involucréis ni en su estudio, no caigáis en la tentación de intentar ir al pasado y cambiar las cosas.

—Si tú crees que no debemos, no lo haremos —aseguró Lasgol.

—Os aseguro que es por vuestro bien y por el de todo Tremia —dijo Eicewald con el mismo tono de temor.

«Nosotros formal».

Eicewald miró a Camu, que pestañeó una vez y torció la cabeza a un lado.

—No sé por qué, pero no me quedo demasiado tranquilo.

Capítulo 31

Habían transcurrido varias semanas desde que Lasgol y Camu habían visto por última vez a Eicewald y daban por hecho que ya no lo verían en una buena temporada debido a la situación con el rey y su requerimiento de conseguir más Magos de Hielo.

Aquella tarde los dos intentaban progresar con su magia, algo que, como era habitual, no les resultaba nada fácil.

«Por lo que nos explicó Eicewald sobre el Principio de la Potencia Mágica y lo que hemos estudiado en los tomos, para lograr mayor potencia uno debe alcanzar un nuevo grado en su nivel mágico. Me pregunto si es algo que sentiremos cuando ocurra» comentó Lasgol a Camu.

«¿Sentir grado mágico?» preguntó Camu que pestañeaba con fuerza.

«Sí, me pregunto si lo notaremos de alguna forma o si se manifestará de alguna manera. Es un concepto que cuesta un poco asimilar, pues no es algo intuitivo».

«¿Intuitivo?» Camu inclinó la cabeza.

«Algo fácil de captar sin pensar mucho en ello» intentó explicar Lasgol.

«Yo sentir grado».

«¿Lo has sentido alguna vez o crees que porque ahora sabes que existen lo sentirás cuando suceda?».

«Yo sentir cuando pasar».

«Me imaginaba que pensarías así. Esperemos que suceda de forma que nos demos cuenta».

«Yo brillar. Tú ver».

«Pues si tú vas a ponerte a brillar, yo no voy a ser menos».

«Yo brillar más. Yo brillar plata».

«Pues yo brillaré en verde, que es más cálido».

«Yo conseguir grado nuevo antes».

«De eso nada, pienso ganarte. Voy a poner todo mi empeño en subir de nivel antes que tú».

«Tú no conseguir. Yo ganar» Camu levantó la cabeza mostrando

dignidad.

Ona, que estaba en el interior de la tienda dormitando, salió a ver qué sucedía. El día era apacible y no daba la sensación de que fuera a haber tormenta, lo que era una novedad considerando el duro otoño que estaban pasando.

«Pongámonos a trabajar».

«Yo practicar Fuego de Dragón», le envió Camu a Lasgol y se apartó un poco, acercándose al estanque para practicar. Todavía no había conseguido crear la habilidad, pero Lasgol empezaba a pensar que podía estar cerca. Por su lado, él no había conseguido tampoco la habilidad para la creación de flechas elementales, algo que lo frustraba sobremanera.

«A ver si lo consigues. Te ayudará a subir de nivel».

«Yo sentir estar cerca. Yo practicar mucho».

«Espero que consigas tu aliento de fuego. Sería una habilidad fabulosa».

«Yo mucho fabuloso».

«Por supuesto», le envió Lasgol sin ser sarcástico.

Deseaba que Camu lograra avanzar en su magia, tanto en la creación de habilidades como en alcanzar un nuevo nivel y, más adelante, un nuevo grado. Eso vendría muy bien al grupo. Cuanto más poderoso fuera Camu, mejor para las Panteras de las Nieves. Además, esto obligaba a Lasgol a esforzarse todavía más para no quedarse atrás. No podía permitir que Camu le sacara la delantera, o al menos, no demasiado.

Al tener que ayudar a Camu con los tomos mágicos y a entender los conceptos que en ellos se explicaban, Lasgol volvía a sentirse como el hermano mayor de Camu. Un sentimiento que en los últimos tiempos había ido perdiendo intensidad al ir creciendo y necesitarle algo menos. Ahora que volvía a requerir de su ayuda, Lasgol se sentía muy contento de ejercer esa función. Le producía una alegría que lo animaba y también algo de satisfacción personal, aunque muchas veces le resultara frustrante chocar con la cabezonería de Camu.

«¿Tú no practicar?» preguntó Camu viendo que Lasgol lo observaba sin ponerse a ello.

«Claro que sí, ahora mismo. No voy a dejar que me ganes, de eso nada» envió sonriendo.

«Yo ganar, tú no poder evitar» transmitió Camu mirando hacia el estanque mientras intentaba crear la habilidad con prisa, como si tuviera que vencer a Lasgol.

Lasgol sonrió y cogió su arco, el carcaj de flechas y el macuto que

tenía en el interior de la tienda y se dirigió a situarse no muy lejos de Camu, también mirando al estanque. Siguiendo lo que había aprendido de Eicewald, Lasgol comenzó a realizar su nueva tabla de progresión de habilidades, lo llamaba así porque ahora antes de intentar cualquier progreso, como calentamiento y también como medio para seguir avanzando en su nivel mágico, invocaba todas sus habilidades una tras otra ejecutándolas varias veces cada una.

Al principio, cuando empezó a utilizar este sistema, le resultó bastante lioso. Se confundía de habilidad y orden con frecuencia. Algunas veces se olvidaba de un par de habilidades y otras las repetía demasiadas veces. Egil le había ayudado. Entre los dos habían creado una tabla con sus habilidades y el número de repeticiones a realizar de cada una. Las habían listado en un orden para que a Lasgol le resultase sencillo de seguir y recordar. Por supuesto, Egil le había dejado uno de sus cuadernos para anotar la tabla de habilidades que debía hacer.

Comenzó con la más sencilla, Comunicación Animal, y como no quería que Camu se desconcentrara se la envió a Ona.

«Ona, Lasgol entrenando».

Ona himpló una vez. Ya estaba acostumbrada y sabía que Lasgol iba a realizar sus ejercicios de habilidades. Los primeros días la pobre pantera miraba a Lasgol con ojos de no saber qué quería que hiciera. Le había llevado unos días comprender que estaba solo practicando y que no requería nada de ella.

Invocó Presencia Animal y Presencia de Aura también sobre Ona a continuación. La buena pantera no percibía estas habilidades.

Continuó con la tabla y tras buscar su energía interna se concentró e invocó Reflejos Felinos, Agilidad Mejorada, Ojo de Halcón y Oído de Lechuza cinco veces seguidas tan rápido como le fue posible. Con cada habilidad un resplandor verde salía de su cuerpo y sentía un cierto hormigueo, por lo que sabía que se había ejecutado bien.

Al finalizar ese grupo de habilidades, inspiró profundamente y exhaló. Luego se agachó e invocó tres veces seguidas Lanzar Suciedad, Ocultar Trampa y Ocultar Rastro.

Se puso de nuevo en pie y sacando el medallón de su madre invocó Comunicación Arcana para interactuar con el objeto. Un destello azulado proveniente de la joya le indicó que había tenido éxito.

Pasó a las Habilidades de Arco. Sujetó el arma con la mano izquierda, puso una flecha en la cuerda, tiró de ella hasta que la situó sobre su nariz, apuntó y comenzó a invocar: Tiro Certero, Tiro a Ciegas, Tiro Rápido y Tiro Múltiple. Realizó tres invocaciones de cada uno.

Finalmente invocó las últimas habilidades que había aprendido: Protección de Boscaje, Luz Guía y Crear Lumbre.

Una vez realizada toda la tabla se sintió mucho mejor. El haber podido invocarlas y de forma repetida y sin fallos le proporcionó una sensación de tranquilidad y seguridad. Había consumido bastante de su energía interna pero aún tenía un remanente importante del que poder tirar. Tenía algunas habilidades más, pero por su complejidad no las utilizaba en la tabla.

Volvió a inhalar y exhalar el frío aire del estanque y se vio preparado para intentar conseguir crear la habilidad que buscaba. A su izquierda, a unos cuantos pasos, Camu lo intentaba e intentaba, convencido de que lo iba a lograr, aunque estuviera fallando de continuo. Se quedó mirando a la criatura y de pronto algo le vino a la cabeza.

«Camu, tengo una idea» transmitió.

Camu le miró con sus grandes ojos saltones.

«¿Idea buena?».

«Espero que sí, pero no estoy seguro de si funcionará».

«Bien, nosotros probar».

Lasgol asintió con una sonrisa. Una cosa buena que tenía Camu era su inquebrantable optimismo y valentía para probar lo que hiciera falta. Nada era descabellado ni poca cosa. Siempre estaba dispuesto a probar cosas nuevas, fueran lo que fuesen.

«De acuerdo. Vamos a hacer una competición entre los dos».

«¿Competición?».

«Sí, para ver quién es capaz de crear una habilidad antes. Quien lo haga ganará».

«¿Premio?».

«¿Necesitas un premio? ¿No te es suficiente con la satisfacción de ganarme?».

Camu negó con la cabeza.

«Yo querer premio».

«Qué raro. Muy bien. ¿Qué premio quieres?».

«Plata».

«¿Para qué quieres tú eso?».

«Yo querer tener»

Lasgol resopló y luego maldijo a los cielos.

«Lo que quieras, no voy ni a intentar entender esto. Si ganas te lo consigo, pero si pierdes y gano yo, harás lo que yo te diga sin

desviarte medio paso durante un mes».

Camu lo meditó un segundo.

«De acuerdo».

«Lo que he pensado es que lo hagamos como si fuera una especie de duelo. Nos colocamos uno frente al otro y el primero que consiga crear la habilidad, vencerá».

«Duelo divertido».

«Me imaginaba que lo verías así» sonrió Lasgol, que sabía que todo lo que fuera un juego le iba a encantar a su travieso amigo.

Los dos se situaron en posición dejando una separación entre ambos de unos quince pasos. El estanque estaba a su derecha y parecía observar medio congelado la última ocurrencia de aquellos molestos visitantes que tan a menudo venían a acabar con la paz que reinaba en el paraje.

«Muy bien, empecemos» dijo Lasgol.

«Yo contar».

«Adelante, cuenta».

«Tres, dos uno, ¡empezar!».

Lasgol se concentró y buscó su energía interior. Reservó una buena cantidad e imaginó en su mente de forma tan clara y concreta como le era posible lo que quería lograr. Visualizó su mano derecha cogiendo una flecha de su aljaba. Se centró en la flecha e imaginó el resultado final de la habilidad: un puñado de flechas elementales de los cuatro tipos principales para utilizar con su arco. Eso era lo que quería obtener.

Al otro extremo, su contrincante intentaba crear su habilidad Fuego de Dragón de la misma forma. Camu reservó energía, se concentró e imaginó cómo sería el potente chorro de fuego que saldría de su boca, capaz de arrasar cuanto encontrara frente a él a más de cien pasos de distancia… lo quemaría todo, reduciéndolo a cenizas en un instante.

Ona observaba a ambos, consciente de que estaban practicando su magia, cosa que a la pantera no le entusiasmaba demasiado. Resignada se internó en el bosque a cazar algo para mantenerse distraída y en forma.

Lasgol deseaba vencer a Camu en este duelo tan singular. Si perdía, aparte de tener que pagar la apuesta, tendría que soportar sus comentarios y altanerías durante una larga temporada. Sin embargo, era consciente de que la aptitud mágica de la criatura era superior a la suya por lo que le iba a resultar difícil ganar aquella competición.

Se concentró cuanto pudo en visualizar la habilidad teniendo lugar

y deseó con todo su ser lograrla. De pronto, se produjo un débil destello que comenzó a parpadear. Lasgol sintió que lo tenía, que lo iba a conseguir. El parpadeo se consolidaría en un destello verde potente o se apagaría. Ahora podía distinguir mejor el proceso de creación y cuándo se producía o cuándo fallaba. Incluso sentía un hormigueo en cuello y brazos cuando tenía éxito. Con todo lo que había estado estudiando y trabajando, empezaba a ver los frutos. Así que, si ganaba a Camu y conseguía crear la habilidad, la recompensa iba a ser doble.

El destello intermitente se detuvo y desapareció. Lasgol no sintió ningún hormigueo, no consiguió que la habilidad se formara. Suspiró. Camu le tomaba la delantera. Abrió los ojos y vio cómo Camu destelleaba de forma intermitente en plata. Si se producía un destello final potente lo habría logrado. Aguardó un momento observando a la criatura. De súbito, el destello intermitente plateado desapareció.

Camu abrió los ojos y miró a Lasgol. Los dos intercambiaron una mirada de reto. Ambos sabían que el otro no lo había conseguido. Se desafiaron enviándose miradas duras con ojos entrecerrados, como si fueran enemigos. No eran miradas reales de enemistad, pero sí tenían un punto de desafío y la rivalidad sana podía escapárseles de las manos si no se andaban con cuidado.

Un momento después ambos volvían a concentrarse y lo intentaban de nuevo olvidándose de su rival, centrando toda su atención y esfuerzo en crear la habilidad que buscaban. Uno de los dos lo conseguiría, ambos estaban convencidos de ello. Sin embargo, la magia era una maestra muy difícil de complacer y quizás no les concediera lo que buscaban, ni a uno ni al otro.

Ambos continuaron intentándolo y tras cada fracaso se observaban y volvían a intentarlo. Ninguno de los dos quería perder, ninguno de los dos se rendiría ante el otro, seguirían hasta quedarse sin una gota de energía en su interior. Solo entonces, ante la imposibilidad de seguir adelante, reconocerían la derrota.

De pronto de la boca de Camu surgió no un rugido como él esperaba, sino un siseo agudo que hizo que Lasgol se tapara los oídos. Le siguió un chorro tremendo de una substancia que parecía una mezcla entre agua y vaho, pero gélido, extremadamente helado. Lasgol reaccionó al ver que se dirigía directo a él y saltó a un lado para esquivarlo. El aliento helado de Camu pasó rozándole. Lasgol rodó y se quedó mirando a la criatura con ojos de sorpresa. No había conseguido su Fuego de Dragón, pero sí otra habilidad.

Camu permaneció un momento con la boca abierta. El chorro helado siguió saliendo y logrando mayor distancia. Lasgol se percató de que helaba todo el suelo que tocaba dejando marca. Teniendo en

cuenta que el suelo estaba ya nevado y muy frío, significaba que el chorro estaba a una temperatura bajísima. Camu cerró la boca y detuvo el chorro helado.

«Vaya…» comentó Lasgol impresionado.

«¡Yo lograr habilidad!» exclamó Camu muy emocionado.

«Sí, lo has logrado y es de lo más espectacular».

«Yo poderoso. Yo helar todo».

«Sí, pero te recuerdo que esa no era la habilidad que ibas a desarrollar».

«No importar. Yo conseguir habilidad nueva».

«No sé si darlo por bueno…» Lasgol estaba provocando a Camu. Por supuesto que la nueva habilidad contaba, pero no iba a reconocérselo de inmediato. Dejaría que la criatura peleara un poco por ella.

«¡Ser buena!».

«Más que fuego eso era hielo…».

«No importar. Yo aliento de hielo ahora. Yo ganar apuesta».

«No sé, no sé…».

Camu dio un brinco en el sitio clavando sus cuatro patas en la nieve.

«¡Yo ganar!».

Lasgol, al ver que Camu se estaba enfadando de verdad, decidió reconocerle la victoria.

«Está bien. Tú has ganado la apuesta».

«¡Sí! ¡Yo vencedor!» exclamó y se puso a hacer el baile de la alegría flexionando las patas, moviendo el cuerpo arriba y abajo y sacudiendo su larga cola.

«No hace falta que me lo restriegues por la cara».

«Un poco sí» sonrió Camu, que seguía bailando.

Lasgol tuvo que armase de paciencia y dejar que Camu realizara su baile. Para hacer aquel momento más entrañable todavía, comenzó a caer un aguanieve acompañado de viento de lo más molesta.

«Estupendo… lo que me faltaba…».

Camu se tomó su tiempo, pues la climatología invernal apenas le afectaba y bailó y rio durante un buen rato. Por fortuna, Ona no había regresado del interior del bosque porque si no también se le habría unido para mayor mofa.

Cuando finalmente terminó de festejar su victoria, Camu miró a Lasgol con sus ojos saltones.

«Ahora conseguir tú» animó Camu.

Lasgol se concentró y lo volvió a intentar. Lo hizo con buen ánimo, apoyándose en los buenos sentimientos que el logro de Camu le transmitía. Se alegraba por él, y un poco de optimismo le invadió. Los destellos parpadeantes regresaron, ya lo tenía. Lo iba a conseguir, estaba seguro.

Pero los destellos murieron.

«Fracaso» envió a Camu muy frustrado.

«Intentar otra vez. Si yo conseguir, tú también» animó Camu, que seguía con su habitual optimismo y cabezonería.

Lasgol sintió rabia y frustración por haber fracasado. Por haber sido vencido por Camu y, sobre todo, por no ser tan bueno con la magia como él deseaba. Esos sentimientos fuertes y arraigados provocaron que algo en el interior de Lasgol se encendiera, como si el soplo del viento avivara las ascuas de una hoguera.

Usando eso como propulsor, utilizando esa chispa que había prendido en su interior, Lasgol lo intentó una vez más. Sin saber muy bien por qué, puso la flecha en el arco y apuntó hacia Camu como si fuera un enemigo. El destello parpadeante finalmente se convirtió en uno intenso y la habilidad se creó por fin.

El destello verde recorrió el arco y la flecha y Lasgol soltó. La flecha salió del arco hacia Camu y de súbito cambió a medio recorrido y se convirtió en una flecha de fuego, una diferente a las que los Guardabosques usaban. La flecha iba ardiendo, literalmente, en su vuelo hacia Camu rodeada de una llama.

La saeta golpeó en la pata derecha de Camu y se produjo una pequeña llamarada. Las llamas subieron por ella, pero la criatura la sacudió y luego la metió en la nieve para apagar el fuego.

«¿Te he hecho daño?» se preocupó Lasgol, que observaba muy sorprendido y temeroso de lo que había pasado.

«No, tranquilo. Flecha no traspasar escamas».

«¿Y el fuego?».

«Calentar un poco pero no demasiado. Yo bien».

Lasgol resopló. Se había asustado al ver la llamarada sobre la pata de Camu.

«Flecha convertir en fuego».

«Sí, no es exactamente lo que buscaba, pero se acerca».

«¿Qué querer?».

«Que creara flechas elementales en la mano, un puñado, para usarlas luego, no en el momento y solo una».

«A mí gustar. Tú poder tirar con flecha de fuego ahora cuando querer».

«Sí, no es mala habilidad» tuvo que reconocer Lasgol.

«¿Solo flechas fuego?».

«Buena pregunta, déjame probar».

Lasgol puso otra flecha en el arco, tiró de la cuerda hasta su nariz, apuntó y soltó. Esta vez no hacia Camu sino a un árbol y en lugar de una flecha de fuego pensó en crear una de aire. Invocó la habilidad y el destello verde se produjo, acompañado del hormigueo.

La flecha se convirtió en una de aire según volaba hacia el árbol. Se podía distinguir la carga eléctrica chisporroteando. Destellos blancos y azules avisaban de la carga del misil y un pequeño relámpago parecía cabalgar sobre la flecha. Al alcanzar el árbol, una descarga recorrió el tronco como si un rayo lo acabara de golpear. El olor a quemado llegó hasta ellos traído por el viento.

«¡Mucho fantástico!» exclamó Camu, que se puso a hacer el baile de la alegría de nuevo.

«Lo es, y mucho».

Lasgol sonrió. No podía creer que lo hubieran logrado los dos. La habilidad no funcionaba como él quería, pero era un comienzo. Ahora podía convertir una flecha normal en una de las cuatro flechas elementales. Eso le vendría muy bien pues le permitiría seleccionar la flecha adecuada a la situación a la que se enfrentaba. Se preguntó si podría crear otro tipo de flechas, como las que estaba haciendo Nilsa. No, probablemente no. De todas formas, lo intentaría más adelante. De momento se conformaba con aquel logro. Estaba cansado y con muy poca energía mágica en su interior, pero muy feliz.

«¿Cómo llamar habilidad?».

Lasgol se rascó la sien.

«Crear Flecha Elemental» dijo.

«Sonar bien. Gustar».

«Y tú, ¿cómo vas a llamar a la tuya? Porque Fuego de Dragón no puede ser…».

«Yo llamar Aliento Helado».

«Pues me gusta. Encaja y es muy descriptivo».

«Yo saber».

Lasgol observó a Camu y se dio cuenta de que la rivalidad amistosa les ayudaba a ambos a esforzarse más allá de lo que lo harían si estudiaran y practicaran cada uno por separado. Ver cómo Camu trabajaba en la creación de nuevas habilidades o la ampliación de las

que ya poseía, empujaba a Lasgol a hacer lo mismo e intentar superarlo. De ahí había surgido la idea de hacer una competición directa y había resultado muy bien, mejor de lo que había previsto.

Ojalá todas sus ideas y planes funcionaran igual. Por desgracia, en la mayoría de los planes siempre se torcía algo o había un acontecimiento inesperado que lo cambiaba todo. Así era la vida, al menos la suya. Pensó en lo que Egil y el resto estarían haciendo. Debía regresar a informarse, tenía un extraño presentimiento de que las cosas se iban a torcer.

Una vez más.

Capítulo 32

Egil llamó a reunión a las Panteras aquella mañana en la habitación de la torre. Los diferentes grupos habían regresado ya después de finalizar sus operaciones. Era momento de estudiar las posibles repercusiones de todo lo que habían conseguido, así como de pensar sus siguientes pasos.

El grupo estaba muy contento de que todos estuvieran de vuelta. Se sentían muy animados, si bien no habían conseguido derrotar al enemigo por completo, que era lo que todos buscaban. Que las operaciones hubieran salido bastante bien, también era un aliciente añadido. Cada uno ocupaba su catre y llevaban un buen rato charlando sobre todo lo que les había ocurrido.

—Da una alegría enorme veros a todos de vuelta sanos y a salvo —dijo Gerd con una gran sonrisa.

—Lo mismo te digo, grandullón —respondió Nilsa muy contenta y aplaudiendo.

—No sé por qué os preocupáis tanto. Si ha sido todo de lo más fácil —dijo Viggo con su habitual aire de que tenía todo controlado.

—Ya, de lo más fácil, tanto que si no estoy yo se te escapa Zirken —dijo Ingrid.

—No se me hubiera escapado. Estaba a punto de saltar a perseguirle.

—¿Desde un segundo piso?

—No me hubiera roto nada, soy muy flexible —replicó Viggo estirando sus piernas.

Ingrid puso los ojos en blanco y no dijo nada más, sabía que sería en vano. Viggo no iba a reconocer delante de sus amigos que había necesitado ayuda.

—¿Has conseguido sacarle algo de información a Zirken? —preguntó Ingrid a Egil.

—Nada. Es muy obstinado —respondió Egil negando con la cabeza —. He intentado diversas técnicas de interrogación, pero no he sido capaz de lograr que hablase más allá que para comunicarme que el dragón inmortal se alzará y nos destruirá a todos.

—Sí, ese mensaje lo tienen todos muy aprendido —dijo Astrid con

ironía.

—Más bien se lo han imbuido con magia —aclaró Nilsa.

—Los brujos como Zirken, que sirven a Drugan y al dragón, no están hechizados con ninguna magia —corrigió Egil—. Ellos realmente creen en lo que pregonan, por eso son tan peligrosos. Aquel que cree a ciegas en su destino matará a quien se le ponga delante sin tan siquiera pararse a mirar quién era.

—Pues a otros los hechizan para usarlos como predicadores, o ejército, o lo que sea —explicó Nilsa.

—Eso es deplorable, inhumano —comentó Lasgol disgustado.

—Lo es —dijo Astrid—. Nosotras lo hemos visto de cerca —dijo señalando a Nilsa—, y es algo que te revuelve el estómago.

—¿No has utilizado a tus dos amigos para sonsacarle información, a Jengibre y Fred? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—Lo he hecho y aun así ha resistido. Su fanatismo es superior al terror que infunden mis queridos amiguitos. Es algo de lo más impresionante. Nunca hubiera pensado que hay sentimientos más fuertes que el terror y el pánico que producen Jengibre y Fred. Pero el fanatismo es uno de ellos, por lo que veo. Lo encuentro sumamente fascinante, si bien, nada fantástico.

—Seguro que el amor es otro —dijo Nilsa con una sonrisa.

—¿Tú crees? —preguntó Gerd con expresión de no estar seguro—. Cuando el pánico se apodera de ti es muy difícil quitártelo de encima. En mi caso es casi imposible.

—El amor lo puede todo —dijo Astrid y miró a Lasgol con ojos llenos de ternura, algo que no se veía a menudo en los ojos de la Asesina.

—El amor lo puede todo —asintió Lasgol.

—He tenido que entregarlo a Gondabar para que sean los Guardabosques Reales quienes lo interroguen. No creo que obtengan nada, pero servirá para que Gondabar y los propios Guardabosques se tomen en serio este asunto tan difícil que tenemos entre manos —explicó Egil.

—Y no nos tomen por locos a nosotros —dijo Ingrid.

—Nosotras también hemos entregado a los esclavos hechizados y a un par de Iluminados a Gondabar. Se nos escapó Vingar, pero los esclavos han estado recuperándose en la enfermería del castillo —explicó Astrid—. Si bien creo que ahora los han enviado a las mazmorras porque no responden.

—Con los relatos de los esclavos y viendo cómo han quedado los que han sido hechizados por Vingar, más los Iluminados, no tengo

duda de que Gondabar y el resto de los líderes nos tomarán en serio —dijo Nilsa.

—Esperemos que así sea —asintió Lasgol.

—¿Habéis averiguado de dónde proceden los esclavos? —preguntó Egil.

Astrid asintió.

—Son norghanos, en su mayoría, y de clase baja. Los han captado ofreciendo moneda fácil en tabernas, establecimientos de mala reputación y bares de puerto. Casi la mitad son marinos que buscaban un trabajo fácil. Se les acercaron Iluminados con bolsas de oro.

—Interesante. ¿Eran hábiles para empuñar un arma? —quiso saber Egil.

—Lo eran. No estaban en grandes condiciones físicas, pero no eran pordioseros desnutridos —explicó Astrid.

—Eso es interesante. Indica que no los querían para difundir su mensaje, sino para algo más… —razonó Egil.

—El hechizo era diferente al de cabeza de dragón que presenciamos anteriormente. Aquí se quedan hechizados con brillo en los ojos. Es horrible —dijo Nilsa—. Yo creo que quieren crear un ejército de esclavos.

—Servidores del dragón inmortal, lo llamó Vingar.

—He pedido permiso a Gondabar para que me deje verlos —dijo Egil—. Iré esta tarde.

—Los Iluminados no te dirán nada. Además, dudo mucho que sepan cuáles son los planes de sus superiores —afirmó Astrid.

—Lo imagino —dijo Egil con un gesto de resignación—. Aun así, quiero interrogarles. A veces la fortuna puede sonreír a aquel que no se rinde.

—O no hacerle ni caso —añadió Viggo con una sonrisa irónica.

—Eso también —sonrió Egil.

—Intenta averiguar lo que puedas, Egil, todavía no sabemos dónde está el dragón ni cómo se va a reencarnar —dijo Lasgol con tono de preocupación.

—Eso mismo. ¿Soy yo o con estas operaciones que hemos realizado no hemos conseguido nada? —preguntó Viggo.

—Yo no diría eso —corrigió Egil—. Hemos conseguido interrumpir y desbaratar las operaciones de los Iluminados y los Defensores. Tenemos a uno de los lugartenientes en los calabozos y sus planes se han visto afectados, sin duda. Algo hemos logrado, aunque solo sea retrasarles.

—Sí, ¿pero retrasar el qué? —quiso saber Ingrid.

—Sin duda la reencarnación. Por eso están tan activos. Si estuvieran ocultos nos hubiera resultado todavía más difícil.

—Pero no sabemos cómo va a ser esa reencarnación —dijo Lasgol —. Eso me tiene perplejo y preocupado.

—Nos falta información importante para poder llegar a saber cómo van a hacerlo. Sin embargo, todo esto que hemos logrado debe de estar relacionado con la reencarnación. Todavía no vemos el mapa completo pues nos faltan partes, pero os aseguro que ya disponemos de datos relevantes sobre ciertas de las piezas del plan de Drugan y Viggen.

—Pues yo no veo gran cosa —dijo Viggo.

—Porque estás demasiado ocupado mirándote tu propia barriga —dijo Nilsa—. Abre más los ojos y mira adelante.

Ingrid sonrió.

—Muy buena —le dijo a Nilsa.

Viggo pestañeó con fuerza e hizo como que levantaba la mirada desde su estómago para mirar directamente al fondo de la habitación.

Gerd soltó una pequeña carcajada.

—No nos desmotivemos. Hemos hecho progresos, os lo aseguro —dijo Egil.

—¿La Púa de la Sangre Verdadera sigue sin funcionar? —preguntó Astrid.

Egil asintió.

—Me temo que el orbe está demasiado lejos para que la púa lo sienta y lo localice. Lo más probable es que se hayan dado cuenta de que fue así como los encontramos la última vez y no van a cometer el mismo error en dos ocasiones.

—Eso sería demasiada suerte para nosotros —dijo Nilsa.

—El orbe está lejos, sin embargo, los Iluminados y los Defensores siguen trabajando en Norghana. ¿No es curioso? —preguntó Lasgol.

—Puede deberse a que lo que necesitan es más fácil de obtener aquí —razonó Ingrid.

—También a que mi tío Viggen tiene oro y contactos por la zona.

—Y que las dos sectas estén arraigadas aquí —añadió Nilsa.

—Todas buenas deducciones —sonrió Egil.

—A ver cómo explicáis que estos lunáticos se creen descendientes de los dragones —lanzó la cuestión Viggo.

—De ahí lo de la sangre verdadera —añadió Nilsa.

—El tipo de poder que tienen es muy singular, no hay constancia de un tipo de magia semejante.

—¿Te refieres a los rugidos y a los golpes de fuerza que les siguen? —preguntó Astrid—. Porque te puedo asegurar que es como si te dieran con un enorme martillo en la cabeza.

—Sí, eso no es nada común. Lasgol, ¿tú qué opinas? —preguntó Egil.

—Ese tipo de magia que afecta al cuerpo y también a la mente, aunque parezca que es a la cabeza, no es nada común. En todo lo que he estado estudiando no aparece mencionado.

—Hay que preguntar a Eicewald al respecto —dijo Egil.

—No pueden ser descendientes de dragones —dijo Nilsa negando con la cabeza—. ¿Cómo lo van a ser?

—Es difícil de creer. Los dragones y los hombres no convivieron en las mismas eras, que sepamos, o si lo hicieron fue en casos esporádicos por lo que vimos en las cuevas del desierto —dijo Astrid.

—Cierto. Los dragones existieron antes del tiempo de los hombres —comentó Egil—. No veo muy viable que puedan tener descendientes entre los hombres, aunque algún dragón siguiera vivo.

—Por no decir que es físicamente imposible, ¿no? —dijo Ingrid con los brazos cruzados y rostro de repugnancia.

—Físicamente puede ser pero ¿mágicamente? —preguntó Gerd.

—Me parece muy improbable también —dijo Lasgol.

—Otra pregunta para Eicewald, quizás él pueda arrojar algo de luz sobre el asunto —dijo Egil.

—En cualquier caso, ahora sabemos por qué son tan fanáticos —dijo Astrid—. Creen que por sus venas corre sangre de dragón y que es esa sangre la que les otorga su poder mágico.

—Eso parece ser —dijo Nilsa con expresión de intranquilidad.

—Debemos mantenernos centrados en el objetivo —dijo Egil—. Hay que impedir que el dragón inmortal se reencarne. Eso es lo que debemos conseguir.

—¿Y si ya se ha reencarnado? —preguntó Gerd con tono temeroso.

—No puedo asegurártelo, grandullón, pero no creo que lo haya hecho todavía. Lo hubiéramos sabido de ser así.

—Más que nada porque vendría furioso a comernos vivos —dijo Viggo.

—Sí, eso casi seguro después de todos los problemas que le estamos causando —añadió Astrid.

—No solo a nosotros. Si el dragón es inmortal arrasará todo

Norghana. Eso es lo que dicen sus seguidores —añadió Nilsa.

—Camu dice que, de reencarnarse, él debería ser capaz de sentirlo, de captar su poder pues será enorme y Drakoniano —comentó Lasgol.

—Eso es interesante —intervino Egil—. ¿Camu cree que podrá sentir el poder Drakoniano del dragón?

—Por lo que me ha dicho, y ya le conocéis, sí, por supuesto. La verdad será más acotada, me imagino. Camu siempre está muy seguro de que lo va a conseguir todo y luego no es así. Sin embargo, yo también creo que será capaz de sentirlo. Ya han tenido un vínculo: el orbe se comunicaba con él. Si a eso añadimos que los magos poderosos y las criaturas con magia son capaces de sentir a otros magos y criaturas de gran poder, no veo por qué Camu no podría sentir a Dergha-Sho-Blaska cuando abandone el orbe.

—Interesante teoría —dijo Egil pensativo.

—De interesante, nada. El bicho lo único que hace, al igual que el rarito, es meternos en líos. No creo que vaya a sentir al dragón cuando salga de ese orbe y se meta en el cuerpo de alguien —dijo Viggo.

—¿De alguien? ¿De quién? —preguntó Ingrid.

—Pues… no lo sé… pero si se reencarna no lo va a hacer en una piedra, digo yo.

—Ese es otro ángulo del problema que debemos estudiar. Estamos persiguiendo al orbe y sus secuaces, quizás deberíamos perseguir el destino final del espíritu del dragón —razonó Egil.

—Yo sigo pensando que eso de que el espíritu del dragón salga del orbe y se reencarne en el cuerpo de otro, no lo veo… —dijo Nilsa.

—A mí también me cuesta creer que eso sea posible, me parece antinatural, casi una aberración —se unió Gerd con cara de recelo.

—A mí todo con lo que nos cruzamos me parece de lo más normalito, ya ni me altero —se mofó Viggo sonriendo.

—Literatura al respecto hay —dijo Egil—, que no tiene por qué ser necesariamente cierta. Que se escriba sobre algo o que los pensadores y eruditos discutan sobre temas místicos como la reencarnación es hasta normal. Sin embargo, que sus derivaciones o conclusiones sean acertadas, eso es otra cosa. Además, aquí hablamos de seres mitológicos como los dragones, que todavía añaden más complejidad al tema.

—Vamos, que a menos que te hayas bebido cuatro cervezas de las grandes no te crees nada —resumió Viggo.

—Yo creo que más bien lo que Egil quiere decir es que no debemos creernos todo lo que leemos u oímos, pero tampoco debemos descartarlo por completo —corrigió Lasgol.

—Primordial, mi querido amigo.

Lasgol y Gerd sonrieron a Egil.

—Yo estoy con Egil —dijo Ingrid—. Sigamos centrados en el objetivo y detengamos al dragón. No se reencarnará.

—Cuenta conmigo —dijo Viggo guiñando un ojo.

El resto se unieron con firme resolución.

Sin embargo, el enemigo tenía otros planes. Unos que las Panteras no terminaban de descifrar.

Capítulo 33

A la mañana siguiente Gondabar hizo llamar a las Panteras a los calabozos bajo la torre de los Guardabosques. El grupo se dirigió a verle sin dilación. Los calabozos no eran demasiado grandes, pero sí lo suficiente para encerrar a unos cincuenta enemigos del reino.

Gondabar estaba frente a una de las celdas. Con él había otra figura que no conocían, pero intuyeron quién era por su indumentaria.

—Águilas Reales —saludó Gondabar con un gesto de la cabeza.

—Señor —saludaron todos con una inclinación.

—No sé si ya conocéis al Guardabosques Primero Raner Olsen —dijo Gondabar y les hizo un gesto con la mano hacia el hombre que lo acompañaba.

Todos observaron muy intrigados. No era ni muy alto ni muy fuerte, pero al mismo tiempo era lo suficiente de ambos para intimidar. Tenía cara afilada y ojos azules muy intensos. Era rubio norghano y llevaba el pelo muy corto. Se notaba que era fibroso, y parecía ser muy ágil. Los miró de forma fría y profunda, lo suficiente para comprobar que era un tipo peligroso, de esos que cortaban el cuello sin inmutarse.

—No lo conocía, pero estaba deseando hacerlo. Soy Viggo, Asesino Natural, Asesino de los Bosques y Envenenador Furtivo —se presentó Viggo y sonrió.

Raner lo miró de arriba abajo.

—Veo que has pasado mucho tiempo estudiando Especializaciones. A mí, en cambio, me han tenido ocupado en misiones para salvar al reino y a su monarca.

La respuesta no gustó nada a Viggo que fue a replicar, pero Ingrid se le adelantó.

—Es un honor conocer al Guardabosques Primero —dijo ella.

—Sí que lo es —dijo Nilsa que ya había visto a Raner en el castillo, pero siempre de pasada y nunca había podido pararse a hablar con él.

—Señor —dijeron el resto mostrando respeto.

—El gusto es todo mío. La Águilas Reales son un orgullo para los Guardabosques. El rey habla bien de vosotros y, como sabéis, no es de los que habla bien de nadie —dijo Raner.

—Nos alegramos de poder servir al rey como su majestad se merece —dijo Egil con un tono amable, casi servicial.

Raner ojeó a Egil con más interés que al resto.

—Os he hecho llamar porque hemos estado estudiando e interrogando a estos sujetos que habéis apresado —dijo Gondabar y señaló a Zirken, que permanecía sentado en un banco corrido. Luego señaló a dos Iluminados que estaban en otro calabozo y, por último, a una docena de esclavos que seguían con los ojos de luz de diamante.

—¿Habéis obtenido información relevante? —quiso saber Lasgol.

—No relevante como tal —dijo Gondabar—, pero sí información que me ha dejado muy intranquilo. De hecho, me cuesta conciliar el sueño desde que los trajisteis. El mensaje que proclaman y su fanatismo es de lo más preocupante.

—Así lo sentimos nosotros también —dijo Egil.

—Por eso los hemos traído, para que sirvan como prueba de que cuanto hemos relatado a nuestro líder es verdad.

Gondabar asintió varias veces.

—No estoy seguro de que todo sea verdad, me niego a creerlo, sobre todo su creencia ciega en ese dragón inmortal que se va a reencarnar… el tal Dergha-Sho-Blaska. Sin embargo, sí que creo que estas sectas representan un gran peligro para el reino —dijo señalando a otra celda donde tenían presos a dos Defensores de la Sangre Verdadera.

—Nosotros también lo creemos así y pensamos que es un problema de gravedad que es necesario atajar de raíz —aseguró Lasgol.

—Lo que les han hecho a esos desdichados es merecedor de que cuelguen de una soga —dijo Gondabar señalando a los esclavos.

—Yo preferiría una muerte más dolorosa —intervino Raner—. Esos hombres son norghanos, están bajo la protección del rey, bajo nuestra protección. Lo que se les ha hecho es una brujería intolerable. Yo optaría por hierros candentes antes de atravesarles el corazón con un puñal sin filo.

—No podemos utilizar métodos tan bárbaros. El sendero lo prohíbe, si bien entiendo tu rabia —dijo Gondabar.

Raner asintió.

—Serán juzgados y condenados a muerte, de eso no cabe duda.

—Sí, pero antes disfrutarán de nuestros calabozos una temporada. Quiero ver si podemos sonsacarles algo más de información—dijo Gondabar.

—Debemos llegar hasta sus líderes. Cortada la cabeza, muerta está la serpiente, por larga que sea —dijo Raner.

—Yo opino igual. Por eso os he hecho llamar —dijo a las Panteras —. El Guardabosques Primero y yo hemos estado discutiendo esta causa y hemos decidido prestarle la atención que merece.

—Pondremos más Guardabosques a buscar a los cabecillas —dijo Raner—. Yo mismo los elegiré pues deben ser hábiles para este tipo de misión.

—¿Asesinos? —preguntó Lasgol.

—Sí y también Espías Imperceptibles —dijo Raner.

—Quiero que sigáis investigando este problema. Quiero aquí a los cabecillas para que rindan cuentas por lo que han hecho.

—Toda ayuda que nuestros líderes nos puedan dar será muy bien recibida —aseguró Egil.

—Así lo haremos, señor —le aseguró Ingrid.

—¿Y el tema del dragón…? —preguntó Lasgol.

—Lo siento. No es que no confíe en vuestra palabra, pero no puedo creer que eso vaya a suceder, es demasiado improbable e increíble. Lo he reflexionado mucho y debo reconocer que en mi mente no cabe tal posibilidad. Necesito pruebas inequívocas y que pueda tocar con mis manos para siquiera considerarlo. Estamos hablando de un dragón, que es una criatura mitológica de la que no tenemos constancia que haya existido en realidad. Es parte del folclore y mitología de muchos reinos de Tremia, pero es solo eso, leyendas fantásticas de criaturas poderosas. Además, está el hecho de que se va a reencarnar. Ese es otro concepto místico, o espiritual si preferís, que no está muy arraigado en nuestra cultura y que tampoco puedo llegar a concebir. Se me hace muy difícil aceptar esos dos conceptos, incluso con las pruebas que me habéis traído y después de haberlo oído de sus propias bocas —dijo echando una mirada a los prisioneros.

—Nuestro líder olvida lo de que es inmortal —apuntó Viggo con sorna, aunque intentando que no se le notara.

—Eso no lo quiero ni pensar. Los únicos seres inmortales son los Dioses de Hielo —afirmó tajante Gondabar.

—Para cuando tengamos pruebas convincentes puede que sea ya demasiado tarde, señor —replicó Lasgol.

—Yo tampoco puedo aceptar que algo así sea posible —dijo el Guardabosques Primero—. Como bien dice nuestro líder, debemos tener certeza antes de dejarnos engañar por lo que puede que no sean más que las locas creencias de varios grupos de fanáticos.

—Sea una locura de fanáticos o una realidad que está por llegar, debemos detener a la secta de lo Iluminados y a la Congregación de Defensores de la Sangre verdadera —dijo Egil.

—Eso haremos —aseguró Gondabar—. El resto de lo que proclaman sobre el final de la era de los hombres lo dejaremos estar hasta que tengamos más pruebas.

Viendo la negativa de ambos líderes, Lasgol no siguió insistiendo.

—Nos pondremos a ello de inmediato —afirmó Raner.

—Sabed que he comunicado lo que sucede a los líderes del Refugio y del Campamento de forma que estén informados y también alerta en caso de que información significativa al respecto llegue hasta ellos —explicó Gondabar.

—Agradecemos los esfuerzos de nuestro líder —dijo Egil con tono cortés—. La ayuda de los otros líderes siempre es muy apreciada.

—¿Se ha comunicado al rey? —quiso saber Ingrid.

Gondabar y Raner intercambiaron una mirada que parecía denotar preocupación.

—Su majestad ha sido informado sobre la existencia de estas dos organizaciones secretas —explicó Gondabar.

—Nos ha encargado limpiar el reino de ellas —añadió Raner.

—No se le ha explicado el resto, ¿verdad? —preguntó Egil.

Gondabar negó con la cabeza.

—Hay cosas que no se pueden contar a un rey si no se tienen pruebas firmes como la roca de nuestras murallas —explicó Gondabar.

—El rey nos echaría de la sala del trono si acudiéramos a él con historias de dragones inmortales que resucitan —explicó Raner bajando la cabeza, como avergonzado.

—Muy comprensivo, nuestro gran monarca —comentó Viggo con ironía.

Gondabar le lanzó una mirada severa.

—El rey tiene multitud de preocupaciones, incluida una boda real, no está abierto a escuchar nada que no sea de la mayor transcendencia —dijo mirando a Viggo.

—Lo entendemos —dijo Ingrid con rapidez antes de que Viggo volviera a decir una de las suyas.

—Contáis, eso sí, con toda mi ayuda y por extensión con la de todos los Guardabosques. Es lo menos que puedo hacer. Tener dos sectas infiltradas en Norghana captando adeptos y hechizando a desvalidos norghanos es algo que no puedo permitir.

—Los responsables serán apresados y pagarán por ello —afirmó Raner convencido.

—Esperemos que así sea —confió Gondabar.

Las Panteras decidieron que no conseguirían nada si seguían

presionando sobre la cuestión y se despidieron con respeto. Abandonaron las mazamorras dejando a los dos líderes conversando sobre acciones a tomar.

Salieron al exterior para respirar algo de aire y comentar lo sucedido. Se separaron un poco de la torre ya que había Guardabosques entrando y saliendo y no querían que escucharan lo que iban a comentar.

—Pues qué queréis que os diga… a mí ese Raner, el Guardabosques Primero, no me parece gran cosa —expresó Viggo sin poder aguantarse.

—Estaba en su sitio, apoyando a Gondabar y se le ve que es de los que sigue el sendero. Protegerá el reino y el trono —dijo Ingrid.

—Lo primero, si te refieres a las gentes del reino, es bueno. Lo segundo no sé yo si tanto —dijo Nilsa.

—Pues a mí me parece muy capaz —dijo Astrid—. Será mejor que no te metas con él, Viggo. Puedes llevarte una sorpresa. Su mirada era de asesino experto, de los que no cometen errores. Además, parece muy en forma.

—Gracias por preocuparte de mí, morena, pero no hace falta. A ese lo venzo yo cualquier día de la semana, de día o de noche, y con una mano atada a la espalda.

—Ya estamos con las fanfarronerías. No digas merluzadas —regañó Ingrid—. Y ni se te ocurra provocarle o buscar pelea, que te pueden colgar por ello. Es el Guardabosques Primero y hay que respetarlo y seguir sus órdenes.

—Hablo en el supuesto de que fuera un torneo o una exhibición, por ejemplo —corrigió Viggo con una sonrisa de inocente.

—Ni así. No te acerques a él —dijo Ingrid con tono severo.

—Sí, parece bastante competente y letal —añadió Lasgol—. Además, bastantes problemas tenemos ya como para enemistarnos con el Guardabosques Primero. Lo mejor es tenerlo de nuestro lado en este asunto. Que no estén convencidos sobre el dragón no debería extrañarnos. A todos nos cuesta aceptarlo y eso que nosotros conocemos el orbe y hemos presenciado su poder y el espíritu de Dergha-Sho-Blaska.

—Seamos cautos, es el mejor enfoque en casi todas las situaciones de la vida —aconsejó Egil.

De pronto vieron a Eicewald con varios de los Magos de Hielo que avanzaban desde su torre hasta la mitad del patio de armas. Conversaban entre susurros, cosa muy propia de magos. También podía deberse a que había varios grupos de soldados ejercitándose con

hacha y escudo en las cercanías.

—¿Me estoy volviendo algo senil o reconozco al mago que está con Eicewald? ¿No es aquella rata…? —preguntó Viggo.

—No te estás volviendo senil, ese es Maldreck —confirmó Lasgol.

—¿No es ese el que robó la Estrella de Mar y Vida? —preguntó Ingrid sin poder creerlo.

—El mismo —confirmó Lasgol.

—¿Pero no se cayó a un río? —preguntó Gerd.

—Sí que lo hizo, cuando le robamos la estrella de vuelta —dijo Ingrid.

—¿Y se puede saber qué hace aquí vivito y coleando? ¿No cayó en desgracia con Orten por perder la estrella? —quiso saber Viggo.

—Parece ser que Thoran lo ha hecho llamar. Quiere aumentar el número de Magos de Hielo a su servicio —explicó Lasgol.

—¿Incluso si son unos ladrones y unas serpientes rastreras? —preguntó Ingrid.

—Los reyes toleran las deficiencias de sus siervos si eso les sirve y conviene —recitó Egil como si saliera de un tomo de conocimiento.

—Vamos, que le han perdonado sus errores porque tiene valor como mago para el rey y su querido hermanito —tradujo Viggo.

—Primordial, amigo —sonrió Egil.

—Pues me parece fatal. Qué poco honor, qué poca integridad… —expresó Ingrid que, con el entrecejo fruncido y la nariz arrugada, tenía cara de no estar nada conforme con aquello.

—Bueno, este comportamiento no es nada nuevo ni sorprendente —dijo Nilsa.

—Sí, pero presenciarlo me pone mala —dijo Ingrid cerrando un puño.

—Ojalá un día tengamos líderes con honor y justos —deseó Gerd, mirando de soslayo a Egil.

—Quizás un día los tengamos —se unió Lasgol y le puso la mano en el hombro al grandullón.

—Más le vale a Eicewald que se ande con mucho cuidado con esa víbora que lleva junto a él —comentó Ingrid.

—Sabe el peligro que corre —dijo Lasgol—. Estará muy atento a cualquier movimiento extraño.

—Mejor que se mire la espalda de continuo o se va a encontrar con un puñal clavado en ella —dijo Astrid.

Eicewald los vio y se despidió del resto de magos para acercarse

hasta ellos con una sonrisa.

—Me alegra veros a todos juntos de nuevo, se os ha echado de menos.

—Ya estamos de vuelta e ilesos —dijo Ingrid.

—Mientras estabais fuera hemos estado estudiando y trabajando la difícil disciplina de la magia. Cuando uno se adentra en los libros, se pierde y el tiempo pasa volando —dijo señalando a Lasgol, que asintió sonriente.

—Esa es una gran verdad —asintió Egil—. Nada como los libros para que el día pase volando.

—Hemos visto que tu "amigo" Maldreck ha regresado… —dijo Viggo.

—Sí, es por ello por lo que hoy voy a dar una vuelta. Necesito que lo vigiléis, que no me siga.

—Cuenta con ello —dijo Lasgol.

—¿No prefieres que lo mate y acabe con el problema? —sugirió Viggo.

Eicewald suspiró hondo.

—Un problema es, y me va a dar quebraderos de cabeza. Sin embargo, si lo matamos, tendré que responder de ello ante el rey. Es peor la cura que la enfermedad, en este caso.

—Puede que lo sea, pero esa enfermedad en particular puede terminar matándote a ti —dijo Viggo.

El mago asintió.

—No te falta razón. Si veo que la enfermedad comienza a ser peligrosa para mi salud, te aviso —le dijo a Viggo y le guiñó un ojo.

—Yo te la curo sin problemas —le aseguró Viggo devolviéndole el guiño.

—¿Puedo saber el motivo de ese paseo? —preguntó Lasgol preocupado.

—Por supuesto. No es otro que el de esconder un objeto preciado que estoy estudiando y que no quiero que caiga en manos de Maldreck.

—Oh… La Perla de Plata, la que encontraste en Irinel —susurró Lasgol muy bajo para que nadie pudiera oírlo.

—Eso es. La voy a esconder donde Camu y Ona están ahora… —dijo Eicewald.

—De acuerdo —Lasgol asintió. Eicewald iba a esconder la Perla de Plata en el bosque del Ogro Verde.

—Allí estará a salvo. Maldreck no podrá robarla.

—Hombre precavido vive una larga vida —recitó Egil con una sonrisa.

—Muy cierto —asintió Eicewald.

—¿Te han comentado lo que ha pasado y los prisioneros que hemos traído? —preguntó Ingrid.

—Sí, Gondabar requirió de mi ayuda y, por supuesto, se la he prestado. He estado con los prisioneros, examinándolos desde un punto de vista mágico y viendo si podía hacer algo por los esclavos de dragón.

—¿Y has podido ayudarlos? —preguntó Nilsa muy interesada.

El Mago de Hielo negó con pesar en su rostro.

—Me temo que, aunque mis conocimientos en magia son extensos, no dispongo del poder para ayudar a esos infelices.

—¿No puedes usar tu magia para contrarrestar la de Vingar? —preguntó Astrid.

—Desgraciadamente la magia no funciona así. La mía no puede contrarrestar la que es de otro tipo. Si fuera elemental, quizá, pero la que se ha utilizado es una que desconozco.

—Pero tú eres un mago poderoso… —dijo Gerd.

—No puedo deshacer un hechizo de esa magnitud. El brujo que lo conjuró era poderoso y el Objeto de Poder usado mucho más.

—¿No puedes hacer nada por ellos? —rogó Nilsa.

—No, lo único que se me ocurre es que alguna sanadora del templo de Tirsar los vea.

—¿Edwina?

—Sí, quizás ella pueda ayudar.

—Esperemos que sea así. Ahora está en el Refugio —dijo Lasgol.

—Habrá que avisarla —dijo Gerd.

—Tenemos otra duda que quizá tú nos puedas aclarar —dijo Egil.

—Adelante, si está dentro de mi poder lo haré encantado.

—Es referente a los Brujos e Iluminados y a su creencia de que tienen sangre de dragón en sus venas —explicó Egil—. ¿Crees que ese supuesto es posible?

Eicewald levantó la vista y se quedó pensativo un momento con la mirada perdida en el firmamento gris.

—Lo veo difícil, pero no imposible. Que hay quienes descienden del linaje de los dragones no es la primera vez que lo escucho. Que sea verdad es algo no demostrable, como muchas cosas relacionadas con la magia.

—Lo que nos preguntamos es cómo podría suceder… —dijo Egil—. ¿Por medio de su magia? ¿De alguna forma física?

El mago meditó la respuesta.

—Según algunos mitos, los dragones más poderosos, gracias a su magia, podían adoptar la forma de ciertos seres, entre ellos los hombres. Esto, por supuesto, es fábula y por lo tanto no demostrable. Sin embargo, es una creencia que existe entre algunos pueblos y tribus de Tremia.

—Si ese es el caso, explicaría que tuvieran descendencia humana… —razonó Ingrid.

—Eso es una aberración —dijo Nilsa.

—Más que eso, diría yo —Gerd puso cara de horror.

—Yo no veo nada raro en ello —dijo Viggo encogiéndose de hombros.

—Lo que nos lleva a la magia con la que nos atacaron —dijo Astrid —. Me golpearon con algún tipo de fuerza, tanto en mente como en cuerpo, como si una onda me atacara. No pude verla, solo sentir el impacto.

Eicewald hizo un gesto afirmativo.

—En cualquier caso, puedo deciros que el tipo de magia que me describís y que he captado en el brujo que está preso, no es nada común. He oído de algún brujo que podía atacar directamente la mente de personas además de su cuerpo con ondas de energía mágica, pero es una anomalía en el mundo mágico. Hay muy pocos y por ello no se tiene información sobre su tipo de poder y no se ha estudiado, que yo sepa.

—Curioso, porque nosotros nos hemos cruzado con tres brujos y su líder que poseen ese tipo de magia —dijo Astrid.

—Eso es sorprendente y extraño. Que haya cuatro y se hayan juntado es muy significativo —expresó Eicewald con cara de que era algo muy poco común.

—Ya, como que quieren resucitar a un dragón inmortal —dijo Viggo.

—De ahí lo de significativo. Deben haberse unido por una causa de importancia, una que ya conocéis.

—¿Crees entonces que es posible que realmente tengan sangre de dragón en sus venas y que vayan a resucitar a un dragón inmortal? —preguntó Astrid.

—Bueno… eso es mucho creer… Es posible que desciendan de un linaje con sangre de dragón, si estiramos mucho la posibilidad. Lo de resucitar a un dragón inmortal lo veo muy poco verosímil.

—Nuestros líderes son de tu misma opinión, tampoco lo creen posible —dijo Ingrid.

—Es normal. Las personas de juicio no pueden tomar decisiones basadas en mitos y leyendas —explicó Eicewald—, ni siquiera los magos lo hacen.

—Sin embargo, la idea de que sean descendientes de dragones sí te parece posible —comentó Lasgol.

—Más bien que de alguna forma haya poder de dragón en ellos. No necesariamente que sean descendientes de estos.

—La magia pasa de padres a hijos por la sangre, de una generación a otra, tú mismo nos lo has enseñado —dijo Lasgol.

—Sí, pero aquí hablamos de dragones, criaturas de poder mitológicas, no es lo mismo —dijo Eicewald abriendo los brazos a modo de disculpa.

—Tendremos que quedarnos con que existe la posibilidad de que, de alguna forma, no se sabe cuál, Drugan y sus brujos tienen poder de dragón en ellos que les permite hacer una magia poderosa y desconocida —concluyó Egil pensativo.

—Lo has expresado muy bien —estuvo de acuerdo Eicewald—. En cualquier caso, yo voy a seguir indagando en este asunto, me intriga y mucho. Quiero llegar al fondo del misterio y entender de dónde procede la magia de la que esos brujos hacen uso. También si en verdad tienen alguna relación con los dragones o si es una fantasía muy elaborada de una secta que cree en seres mitológicos y ficticios.

—En cuanto lo averigües, que creo que te será muy sencillo, nos lo cuentas todo —dijo Viggo con tono de gran sarcasmo.

Eicewald sonrió.

—Serás el primero en saberlo.

—Te agradecemos toda la ayuda que nos prestas. Sabemos que está fuera de tus obligaciones —dijo Lasgol muy agradecido.

—Es un placer poder ser de ayuda —dijo el mago—. Ahora, si me disculpáis, voy a esconder cierto artefacto… —miró de reojo para ver si Maldreck andaba cerca y al no verlo se dirigió a los establos.

Aquella noche las Panteras descansaban en la habitación que compartían en la torre de los Guardabosques. Los acontecimientos del día los tenían a todos pensativos. Había habido buenas noticias y otras no tan buenas.

Egil y Gerd entraron en la habitación los últimos. Habían desaparecido a media tarde y acababan de regresar.

—¿Todo bien? —preguntó Lasgol a Egil al verlo con rostro pensativo.

—Todo bien, pero tengo nuevas que comunicaros. Son importantes.

—Cuéntanos, ¿qué sucede? —preguntó Ingrid y todos en sus camastros prestaron atención a lo que sucedía.

—Más vale que sea importante, que yo estaba muy ocupado con mis cosas —dijo Viggo a Egil.

—¿Trabajando en reducir tu inmenso ego? —dijo Nilsa y le hizo una mueca cómica.

Lasgol sonrió y a Astrid se le escapó una pequeña carcajada.

—Si no fueras tan torpe, hasta me sentiría ofendido, pero como lo eres…

—Esa respuesta no tiene mucho sentido —dijo Gerd.

—Tiene el mismo sentido que él —respondió Ingrid.

—¿Queréis dejar de meteros conmigo y escuchar a Egil? ¡Seguro que es importante!

Egil, que permanecía pensativo con uno de sus cuadernos, se dirigió a ellos.

—El oro que pagué al Gremio de Recabadores me ha conseguido información importante.

—¿De fiar? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—Hasta ahora lo ha sido —dijo Egil—. Espero que esta también lo sea.

—¿Qué información es esa? —preguntó Ingrid con ojos de estar interesada.

—He conseguido saber el paradero de uno de los líderes que buscamos —dijo Egil sin poder disimular una pequeña exclamación de éxito.

—Si sabes dónde está nos pondremos en marcha de inmediato —dijo Astrid poniéndose en pie.

Egil levantó la mano.

—Tranquilidad. Estamos todos ansiosos por impedir que el dragón inmortal regrese, pero actuar con precipitación solo nos conducirá al fracaso. Recordad que nos enfrentamos a dos organizaciones fuertes con muchos miembros que ahora trabajan juntas y colaboran.

—Podremos con ellos, a mí no me preocupan —comentó Viggo con aire de superioridad.

—Ya, tú siempre crees que podremos con todo y no suele ser el caso —dijo Ingrid—. Deja que Egil explique la situación y lo que ha pensado.

—Está bien… Solo digo que os preocupáis siempre en exceso.

—Muy bien. Esta pista es muy importante, puede conducirnos hasta uno de los líderes y, por añadidura, al Orbe de Dragón. No podemos fallar. Escuchadme con atención.

Capítulo 34

Viggo se movía entre las sombras y penumbras del bosque. Se sentía bien en aquel entorno. De hecho, más que bien, aquel era su ambiente preferido, el suyo y el de todos los Guardabosques. Allí entre matorrales, árboles y boscaje frondoso, se sentía como en casa. Sobre todo ahora que la nieve lo cubría todo.

Avanzó agazapado entre los castaños cubiertos del blanco manto y llegó hasta el río que bajaba bien cargado con aguas revueltas. Se estaba acercando al objetivo por el oeste. Astrid iba abriendo camino al igual que él, pero por el este. Aguardó un momento para ver si la localizaba. La asesina apareció en el bosque en la distancia. Se dejó ver un instante y desapareció al siguiente. Viggo sabía que lo había hecho para que él la viera.

Perfecto. Todo iba según el plan de Egil. Astrid y él abrirían camino, uno por cada flanco. Ingrid y Nilsa irían después cubriéndoles las espaldas por si eran sorprendidos. Finalmente, Lasgol, Egil y Gerd se acercarían para tomar posición cuando los vigías estuvieran fuera de combate. Camu y Ona se acercaban por el norte, escondidos. Su misión era impedir que el líder de la secta escapara en esa dirección. Si todo iba según lo previsto, sería un gran día. Si no iba bien, al menos se divertirían un rato. Bueno, Viggo se divertiría un rato, el resto no tanto.

Aguzó la mirada y descubrió a uno de los vigías apostado al otro lado del río bajo un abeto, aunque, por desgracia para él, no sabía ocultarse lo suficientemente bien y era algo que iba a lamentar. Bien pensado, lo iba a lamentar solo un momento: su momento final. El mundo estaba lleno de ilusos, no era su culpa que muchos de ellos se cruzaran en su camino y tuviera que enviarlos al reino de los dioses.

Se arrastró por la nieve hasta llegar al río como una víbora albina, con sigilo y mimetizándose con el entorno. Llegó hasta el agua y se metió en el río muy despacio. Se sumergió y buceó con fuerza para llegar al otro lado sin sacar la cabeza y sin que la corriente pudiera llevarlo.

Apareció en la otra orilla y se arrastró hasta quedar cubierto de nieve. Se quedó muy quieto y con todos los sentidos atentos. No le llegó ningún sonido que indicara peligro. Debía reconocer que el equipo invernal de asesino que llevaba era magnífico, le protegía del

frío y del agua. Además, la capa con capucha era una de las especiales de Enduald y portaba hechizos que lo protegían de los elementos e incrementaban su fuerza y resistencia.

Un poco de ayuda mágica siempre venía muy bien y Viggo era de los que aprovechaban toda ventaja porque podía representar la diferencia entre la vida y la muerte en situaciones críticas.

Levantó ligeramente la cabeza y observó. Descubrió a un segundo vigía algo más al este sentado sobre un tronco caído. Para un ojo de asesino entrenado como el suyo identificar guardias le resultaba muy sencillo. Según los veía, además, en su mente se iba formando el plan de ataque y la forma de eliminarlos. Ya era algo que le venía a la cabeza sin pensarlo siquiera, como un reflejo.

Se desplazó serpenteando hasta llegar a los árboles y se ocultó tras ellos. Volvió a inspeccionar la zona para descubrir alguno más que pudiera representar un problema. Tras una roca de bastante envergadura descubrió a un tercer vigía.

—Donde hay dos hay tres —se dijo entre dientes.

Esperó un momento para cerciorarse de que no había más y no verse sorprendido y se decidió a pasar a la acción.

El primer vigía moría un momento después con el cuello abierto de lado a lado. Viggo lo había sorprendido dormitando. El pobre infeliz nunca supo qué había ocurrido.

Avanzó agazapado entre el boscaje hasta llegar a la posición del segundo que estaba sentado sobre el tronco. Viggo avanzó arrastrándose directamente hacia él entre la nieve. El vigía se percató de que algo sucedía y estiró el cuello para ver qué pasaba.

En ese instante, Viggo se puso en pie de un brinco y lanzó su cuchillo. Le alcanzó en el cuello, se cayó de espaldas y quedó oculto por el tronco tras el que se escondía.

Viggo continuó serpenteando hasta llegar a unos arbustos cubiertos de nieve. La noche y el sigilo eran sus aliados. Recuperó su cuchillo y siguió avanzando.

Llegó hasta el tercer vigía dando un rodeo para situarse a su espalda, que tenía apoyada contra una gran roca. Viggo dio un par de brincos arriesgados y se encaramó a la ella. No era el acercamiento más ortodoxo, pero a él le gustaba improvisar y buscar formas poco utilizadas para acabar con sus enemigos.

Alcanzó la parte superior de la gran roca y silbó.

El vigía levantó la mirada, extrañado.

Viggo se dejó caer con sus cuchillos en las manos.

El oficial abrió los ojos con pánico y un instante después, murió.

Viggo cayó sobre la nieve y dejó que esta amortiguara su caída. Luego se levantó con tranquilidad, como si allí no hubiera pasado nada, y miró al vigía muerto.

—Cada día soy mejor —se congratuló sonriendo.

Aguardó un momento hasta que escuchó el ulular de una lechuza al este. Era Astrid informando de que había acabado su trabajo. Viggo sonrió y respondió ululando que él también.

Agazapada y de blanco níveo para fundirse con el entorno, Ingrid avanzaba hacia el objetivo siguiendo el camino que Viggo iba dejando en la nieve. Una de las cosas con las que la nieve siempre ayudaba era precisamente con la lectura de los rastros.

Habían debatido cómo afrontar aquella parte de la operación y Egil les había indicado que lo mejor era que Astrid y Viggo abrieran paso pues eran los más adecuados para limpiar de vigías la zona y evitar que dieran la alarma. No quería que la presa descubriera a los cazadores, en este caso ellos, y saliera huyendo.

Ingrid pensaba que ella hubiera podido encargarse de los vigías tan bien como Viggo. Hubiera acabado con ellos con tiros de media distancia manteniéndose oculta en la nieve. Según Egil, era mejor que un asesino acabase con los vigías porque tenía menos riesgo de que se diera la alarma.

Ella no estaba tan segura de eso, pero no había querido discutir con Egil. El plan era suyo y lo seguirían como él lo había dispuesto. Resopló y se agazapó detrás de unos árboles.

Lo más probable era que Egil tuviese razón, pero ella no quería dársela porque significaba que no era capaz de llevar a cabo aquella parte de la operación tan bien como Viggo y eso no le hacía nada de gracia.

Continuó avanzando tras el rastro, y llegó a la posición donde encontró al primer vigía muerto. Viggo lo había cubierto de nieve y en la distancia no se veía. Sin embargo, Ingrid podía leer en los rastros lo que había sucedido.

Siguió adelante y encontró al segundo tras un tronco también cubierto de nieve. A su pesar tuvo que reconocer que Viggo había hecho una labor muy buena.

Finalmente descubrió el cadáver del tercero frente a la gran roca. Observó alrededor y fue capaz de deducir que Viggo había caído sobre

él encaramándose a la roca por la parte trasera. Negó con la cabeza, se estaba exhibiendo. No había razón para acabar con aquel vigía de aquella forma. Podía haber usado un enfoque mucho más seguro.

Eso le hizo sentirse un poco mejor. Viggo era un asesino excepcional, pero le gustaba emprender acciones peligrosas y arriesgadas, cosa que ella nunca haría. En cuanto pudiera iba a tener una charla con él sobre sus maniobras. Seguramente no la fuese a escuchar, pero tendrían una de sus peleas especiales que tanto les gustaban a los dos.

Ingrid sabía que el resto del grupo no entendía la relación que tenían, pero no le importaba. Ellos dos se entendían a la perfección. Ingrid ponía a Viggo en su sitio y le obligaba a comportarse y él la sacaba de su zona de confort y la hacía reír y disfrutar. Además, tenía una visión del mundo y de la vida mucho más divertida que la suya. Viggo podía ser un merluzo, pero era un encanto y muy divertido.

Solo de pensar en él, Ingrid sintió que se le enternecía el corazón. Luego pensó en lo que acababa de hacer y se le pasó. Con Viggo era siempre una de ternura y alegría y otra de no poder creer sus actos. Era inexplicable la atracción que sentía por él, pero no podía evitarlo, y eso que lo había intentado durante mucho tiempo. Una mirada pícara de Viggo y la coraza de hielo de Ingrid se derretía.

Avanzó asegurándose de que no había peligro. No vio rastro alguno de que ningún enemigo anduviera por la zona. Agazapada y buscando esconderse entre la vegetación, continuó hasta distinguir la posición de Viggo. No podía verlo a él, pero sí la señal que había dejado para ella marcada en un árbol. Había tallado una diana en el tronco. Viggo estaba allí delante, escondido entre la nieve.

Ingrid se detuvo junto a un abeto y se ocultó tras él. Era momento de esperar al grueso de las Panteras.

Lasgol avanzaba desde el sur en dirección norte. Iba con el arco en la mano y una flecha en la cuerda por si aparecía algún problema. Tras él iba Egil también con su arco preparado. Cerraba la fila Gerd, que de tanto en tanto se giraba para vigilar su retaguardia. De momento no habían encontrado oposición, cosa que no le extrañó pues Astrid y Viggo iban delante despejando el camino.

Por un instante Lasgol se preocupó por la suerte de Astrid, pero se le pasó al momento. Era una asesina excepcional y muy experimentada. En aquel entorno, en un bosque nevado, dudaba mucho de que ningún enemigo pudiera superarla. Además, llevaba a

Nilsa cubriéndole las espaldas, por lo que iba bien protegida.

Miró a su alrededor mientras avanzaba por el bosque cubierto por la reciente nevada y pensó en ellos. Eran Guardabosques norghanos, veteranos Especialistas y estaban allí en su elemento, los bosques y las montañas. Los Iluminados y los Defensores tenían todas las de perder. Aquello lo tranquilizó. Debía confiar en quiénes eran y en que saldrían de allí victoriosos.

Se estaban acercando al punto donde se suponía que estaba el campamento de los Iluminados, según la información que el gremio había conseguido para Egil. Le habían hecho llegar un mapa rudimentario y marcado con una cruz estaba el punto donde se encontraba la persona de interés que Egil les había pedido encontrar: Drugan.

Lasgol esperaba que la información fuera buena y que el campamento estuviera allí, donde la marca indicaba. También esperaba no ir de cabeza a una trampa. En cualquier caso, saldrían adelante. En aquel entorno tenían todas las de ganar, fuera contra sectarios o contra el ejército Zangriano.

Alcanzaron los últimos árboles antes de una explanada, donde había una serrería. Lasgol levantó la mano y los tres se agacharon. A continuación hizo señas para que se acercaran a observar. Varias cabañas grandes que se utilizaban en aquel tipo de explotación estaban en medio del claro. Tres grandes pilas de árboles cortados estaban amontonadas no demasiado lejos del río.

Junto al río había un embarcadero con grandes troncos flotando. Lasgol recordó que se solían trasportar los troncos por el agua pues resultaba más fácil y rápido. También observó un establo en el que tenían yeguas fuertes de tiro y otros caballos que eran de montar. Eso era extraño. ¿Para qué necesitaban caballos de ese tipo en una serrería? La respuesta no tardó en ser obvia.

Saliendo de una de las casas vio a Drugan con Xoltran y Vingar. Iban hablando. Los acompañaban varios Iluminados que parecían escoltarles. Llegaron hasta una de las cabañas y Drugan apuntó hacia ella mientras parecía dar órdenes a sus lugartenientes.

—Drugan y sus brujos están ahí, la información era buena —susurró Lasgol a Egil.

—El oro es un motivador muy importante. Obtiene grandes resultados —sonrió.

—¿Atacamos? —preguntó Gerd ansioso.

—Todavía no, quiero saber si el Orbe de Dragón también está aquí —dijo Egil y sacó la púa. Se la pasó a Lasgol.

—Dadme un momento —pidió este.

Alzó la púa y se giró sobre sí mismo. La púa no reaccionó, la vibración y el silbido que esperaban no se dio.

—Parece que el Orbe de Dragón no está aquí —concluyó Egil—. A esta distancia debería captarlo.

—Extraño que no esté con ellos —dijo Lasgol señalando al grupo.

—Eso mismo estaba pensando yo. Algo no encaja… —comentó Egil con rostro de preocupación.

—Quizá la tengan Viggen y sus Defensores —sugirió Gerd.

—Eso podría ser… —asintió Egil.

—¿No os parece raro que necesiten tantas cabañas para una serrería de este tamaño? —preguntó Gerd.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Lasgol, que no sabía a qué se refería su amigo.

—Pues que una serrería así no suele tener más de un par de cabañas para los trabajadores. Aquí cuento ocho, y bien grandes, con capacidad para más de una veintena de leñadores. Si os fijáis yo diría que al menos seis son de reciente construcción.

—Cierto, solo dos, las que están más cerca del río, parecen ser las originales —confirmó Egil observando con atención.

—Pues si hay trabajadores en ellas, será para talar grandes cantidades de madera. ¿Para qué quiere tanta madera Drugan? —preguntó Lasgol—. ¿Qué pretende construir?

—Lo único que se me ocurre es que quiera fabricar alguna estructura… —dijo Gerd.

—Sin embargo, no veo leñadores ni los cimientos para ninguna… —comentó Egil que se rascaba la sien.

—Tampoco sabemos dónde está Viggen.

—Hay algo que sí encaja —dijo Egil—. El fuerte en el que Astrid y Nilsa hallaron a Vingar y los suyos está algo más al norte de esta posición, no demasiado lejos.

—Cierto, a tres leguas más o menos —comentó Gerd.

—Debe de haber una relación —razonó Egil—. Dos campamentos de los Iluminados muy cerca el uno del otro…

—Pero aquí no hay nada más que estas montañas y, algo más al oeste, el mar —razonó Lasgol—. No hay ninguna ciudad importante en esta zona, ni siquiera aldeas de tamaño mencionable.

—Icelbag y Denmik están mucho más al este, al sur de la capital —dijo Gerd.

—Correcto. No hay ciudades, minas, ni lugares de importancia por aquí, y hacia el norte está Copenghen, ciudad portuaria, pero ya a

bastantes leguas de distancia. ¿Qué hacen aquí? —se preguntó Egil en voz alta.

—Quizá solo se oculten, es una zona que pocos visitan —sugirió Gerd.

De pronto vieron que Xoltran se dirigía a una de las cabañas grandes con varios Iluminados, Vingar hizo lo propio acercándose a otra y el propio Drugan fue hasta la cabaña más grande. Abrieron las puertas y gritaron órdenes al interior.

De las cabañas comenzaron a salir gran cantidad de esclavos. Algunos con los ojos de luz de diamante, pero la mayoría sin haber sido convertidos aún. Iban encadenados a la cintura, en grupos de seis. Los hicieron formar en mitad de la explanada al sur de la serrería, no muy lejos de donde Egil, Gerd y Lasgol observaban muy atentos.

—Ahí hay casi trescientos esclavos… —comentó Lasgol con tono de estar muy sorprendido.

—Los deben de haber tenido amontonados en las cabañas —dijo Gerd con lástima en sus ojos—. De otro modo no pueden caber tantos.

—Muy interesante este descubrimiento —comentó Egil—. Empezamos a desenrollar el ovillo. Hay que seguir tirando del hilo a ver qué nos encontramos al final.

—¿Para qué los sacan fuera y les hacen formar ahí en medio? —preguntó Lasgol más para sí que pasa sus compañeros.

—¿Para marchar a algún otro lado? —aventuró Gerd no muy convencido.

—Esa no es mala idea… elabórala un poco por favor —pidió Egil a Gerd.

—Bueno… estamos en mitad de las montañas y no hay gran cosa alrededor aparte de árboles. Son un montón, casi trescientos. Si no se van a quedar aquí… imagino que marcharán a algún lado… Es solo una suposición…

—Una nada mala —dijo Egil.

—¿Crees que este no es más que un punto de agrupamiento? —preguntó Lasgol.

—Eso es precisamente lo que creo —asintió Egil—. Ahí hay Iluminados y esclavos de varias zonas. Son demasiados para haber sido captados en una o dos ciudades, habrían llamado demasiado la atención. El hecho de que además haya esclavos de dragón indica que los han estado convirtiendo aquí y en el fuerte que desarticulamos. También están Drugan y sus lugartenientes… No están en este lugar para llevar a cabo algo aquí, lo que están es congregándose para marchar todos a algún sitio.

—Tiene sentido —dijo Lasgol que comenzaba a ver lo mismo que Gerd y Egil.

Aquel lugar no era una base de operaciones ni donde iban a reencarnar al dragón. Aquello era un punto de reunión para continuar con sus planes.

—¿Y a dónde van a ir? —preguntó Gerd.

—Creo que tengo una idea —dijo Egil.

—¿Hacia el norte? ¿Hacia Copenghen? —aventuró Lasgol.

—No, no hacia el norte.

—¿Hacia el este? ¿Hacia la capital? —preguntó Gerd.

—No, tampoco hacia la capital.

—¿Entonces? —preguntaron Lasgol y Gerd al unísono.

—Van al oeste —afirmó Egil con la seguridad de quien ha adivinado un acertijo.

—No puede ser, al oeste está el mar —dijo Gerd.

—Y ahí precisamente es a donde se dirigirán.

Capítulo 35

Egil no se equivocaba. Drugan dio la orden y sus secuaces se pusieron en marcha en dirección oeste llevándose consigo a todos los esclavos. Iban formando una larga línea con Drugan montando en cabeza. Xoltran cabalgaba en medio de la línea de esclavos y Vingar cerraba filas sobre un corcel negro. A ambos lados de la larga procesión de desdichados, caminaban los Iluminados azuzando con látigos y porras a sus prisioneros.

Drugan y sus brujos iban mirando al bosque muy atentos, daba la impresión de que esperaban ser atacados. Egil había pasado la orden al resto de Panteras de seguir la caravana sin atacarla. Quería saber cuál era su destino y si el Orbe de Dragón estaba allí. Drugan y los suyos, por su parte, sabían que alguien les estaba vigilando, pues los vigías no habían regresado de sus puestos al comenzar la marcha.

Estaban jugando al peligroso juego del gato y el ratón. Las Panteras tenían la ventaja del terreno y de que Drugan y los suyos no sabían cuántas Panteras vigilaban, ni por dónde. La realidad era que, a la izquierda de la caravana, ocultos en las montañas próximas, avanzaban Ingrid y Viggo. A la derecha, entre los bosques, los seguían Astrid y Nilsa. Camu y Ona se habían juntado con el grupo de Lasgol y seguían la estela de la caravana.

Aunque Egil había pasado la orden de no atacar, les quedaba la incógnita de qué haría Viggo. Esperaban que se controlara por el bien de todos, aunque con él nunca se sabía lo que iba a pasar. Seguir semejante caravana era sencillo. Aquellos rastros tan amplios eran imposibles de disimular. Hasta un ciego los vería, ya que caminaban sobre nieve cruzando un amplio bosque con ritmo lento.

Drugan esperaba que lo siguieran, Egil lo sabía, y quizá los estaba conduciendo a una trampa. El ratón podía convertirse en gato y viceversa en un segundo si no se andaban con mucho cuidado. El avance era muy tenso, con ambos bandos vigilantes por si se producía un ataque al que responder.

Subieron una montaña bastante elevada por un sendero conocido y descendieron por el otro lado en dirección al oeste, hacia al mar. Sin embargo, allí no había ni ciudades, ni pueblos, ni embarcaderos. Lo más cercano con un amarre era la desembocadura del río Utla, más al suroeste.

La tensa marcha se prolongó toda la jornada. Al caer la noche, la caravana terminaba de cruzar la última montaña y encaraba un claro que conducía a la costa. Las Panteras, ocultas alrededor de ella, la seguían en silencio y a la expectativa.

—Están acercándose al mar —susurró Lasgol a Egil.

—Sí, la costa está muy cerca ya —asintió Egil.

—Pero a esta altura no hay pueblos —dijo Gerd que arrugaba la nariz.

—Muy cierto, veamos qué planean. Quizás quieran despistarnos. Tampoco descarto que sea una estratagema para conducirnos a una trampa —dijo Egil.

—Eso no ha sonado nada bien —dijo Lasgol—, mejor estar muy atentos.

«Yo siempre atento» llegó el mensaje de Camu.

Ona gruñó una vez indicando que ella también.

La caravana continuó su avance con lentitud y, finalmente, alcanzaron el mar. Las Panteras tuvieron que retrasarse algo más, pues la gran planicie que llevaba hasta la costa no permitía esconderse demasiado bien. Viggo y Astrid avanzaron, y también Camu con Ona, pero el resto tuvieron que quedarse escondidos a una distancia prudencial para no ser vistos.

El aviso de Camu les llegó un momento antes de que pudieran divisarlos.

«Barcos, cuatro».

Astrid y Viggo corrieron a cerciorarse. En efecto, cuatro barcos de carga estaban llegando al punto donde la caravana se había detenido. Navegaban a oscuras, sin una sola luz que pudiera identificarlos. Eran barcos con bodega para llevar animales y carga.

En el primer navío, en la proa, Astrid reconoció a su tío, Viggen. En los otros tres barcos iban sus lugartenientes de la Congregación de los Defensores de la Sangre Verdadera. Astrid sintió la necesidad de saltar al barco, que ya estaba fondeando frente a una playa de piedras, pero tuvo que contenerse. Si lo hacía pondría en peligro a sus amigos. No era buena idea dejarse ver hasta tener un plan de ataque.

Los cuatro barcos echaron ancla uno tras otro frente a la playa. Astrid descubrió varias barcazas listas en la arena para llegar hasta ellos. Aquello era una operación de envergadura y comenzaba a pensar que su tío era quien la había preparado y financiado. La cuestión era con qué fin.

Los esclavos comenzaron a subir a las barcazas azuzados por los Iluminados siguiendo las órdenes que vociferaban Drugan, Xoltran y

Vingar. Astrid tuvo claro que iban a transportar a los esclavos en los barcos.

Sabía que Viggo no estaba muy lejos de ella, aunque no podía verlo. La noche era oscura y los cielos estaban cubiertos. Decidió que lo mejor sería retrasarse a informar a Egil y al resto. En ese momento le llegó un mensaje mental.

«¿Avisar resto?» preguntó Camu a Astrid.

Astrid asintió. No podía verlo, pero estaba segura de que Camu estaría muy cerca.

«Yo ir, volver pronto» transmitió y Astrid pudo oír el ruido ligero que Camu y Ona hacían según se alejaban.

Camu llegó hasta el lugar donde los aguardaban.

«Defensores en Barcos».

—¿Está Viggen al mando de la flotilla? —preguntó Egil.

«Sí, primer barco».

—¿En los otros hay más Defensores? —preguntó Lasgol.

«Sí, tener escudos de plata».

—Entonces vienen a recogerlos —dedujo Nilsa.

«Barcas en playa».

—Eso lo confirma —dijo Lasgol asintiendo.

—¿Qué hacemos Egil? ¿Atacamos antes de que escapen? —preguntó Ingrid.

—¿Has sentido el orbe, Camu? ¿Está en los barcos? —preguntó Egil.

«Yo no sentir».

—Lasgol, compruébalo con la Púa, por favor —pidió Egil.

Lasgol hizo como su amigo le pedía. Cogió la púa en la mano y señaló con ella los barcos. No vibró ni emitió ningún silbido.

—Parece que el orbe no está aquí.

—En cualquier caso, podemos quemar esos barcos y cerciorarnos de que el orbe se va al fondo del mar —dijo Nilsa.

—No creo que el fuego lo destruya y ya sabemos que puede hibernar miles de años. Si cae al agua, no perecerá —dijo Egil.

—Tampoco perdemos nada por intentarlo —dijo Ingrid.

—El orbe no está en esos barcos. No tiene sentido arriesgarse por recoger a unos esclavos. Debe de estar en algún otro lugar —razonó Egil.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Gerd.

—Ellos nos conducirán hasta él —dijo Egil señalando hacia los

barcos cuyos mástiles se veían en la distancia cuando algún rayo de la luna conseguía travesar las nubes otoñales que cubrían el firmamento.

—No atacaremos entonces —concluyó Ingrid.

—No, tengo otro plan —anunció Egil.

Todos miraron.

—Adelante, te escuchamos —animó Lasgol.

La última de las barcas que quedaba en la playa zarpó en dirección al cuarto barco que aguardaba anclado. Los otros tres ya habían zarpado con su cargamento de esclavos a bordo y solo quedaba este, que se preparaba para emprender su rumbo en cuanto llegara la última barca.

En el primero iban Drugan y Viggen, que nada más verse habían intercambiado comentarios y miradas hacia la costa. Drugan debía estar contando a Viggen que los estaban siguiendo. Lo que no podría decirle era quién, ni cuántos. Las Panteras se habían asegurado de que no los vieran.

Viggen se apresuró con las maniobras de carga de esclavos cuanto pudo e hizo subir a un vigía a cada mástil de cada barco de forma que pudieran avistar si alguien se acercaba a atacar. Hombres armados tomaron las bordas de las embarcaciones y se prepararon para un posible ataque.

Pero no se produjo. El primer barco zarpó en cuanto tuvo el cargamento de esclavos dentro. Después el segundo, capitaneado por Xoltran, y el tercero partió algo después dirigido por Vingar. Solo quedaba el cuarto y último y parecía que tenían mucha prisa por irse.

La última barca llegó y los esclavos comenzaron a subir por unas escaleras de cuerda y madera. El ascenso no fue muy rápido, pues iban encadenados. Además, las aguas se movían bastante con lo que la escalera y la barca se zarandeaban con el oleaje.

Mientras la tripulación ayudaba a que los esclavos subieran algo más estaba sucediendo. Camu, Lasgol y Egil subían por la parte posterior del navío. Camu había utilizado su habilidad Camuflaje de Invisibilidad Extendido y cubría a Lasgol y a Egil con él. No tuvieron demasiado problema para subir, pues los barcos norghanos no eran de mucho calado, incluso aquellos de carga. Lasgol y Egil se las ingeniaron para llegar arriba con la ayuda de Camu, pues él podía pegarse a cualquier superficie con sus patas.

«Tenemos que ocultarnos en la bodega con los esclavos» le

transmitió Lasgol a Camu.

«Yo llevar. No alejar de mí. Habilidad no mucho área».

«Sí, tranquilo. No nos despegaremos de ti».

Lasgol y Egil, cada uno a un lado de Camu y tocando su cuerpo con la mano, avanzaron hasta la bodega. Por fortuna toda la tripulación estaba en la borda ayudando a subir a los esclavos lo más rápido que podían bajo las órdenes a todo pulmón de dos Defensores con escudo de plata, sin duda lugartenientes de Viggen.

Aguardaron el momento oportuno y bajaron a la bodega. Había esclavos allí que, resignados a su suerte, estaban sentados en el suelo e intentaban descansar.

«Al fondo hay cajas de víveres y barriles de agua potable. Nos esconderemos allí detrás» dijo Lasgol a Camu.

Tuvieron que pasar por un lado cerca de los esclavos, y con el tamaño de Camu resultó una maniobra complicada. Por suerte, todavía faltaba que bajara la mayoría de ellos. Una vez lo lograron, se acomodaron como mejor pudieron y Lasgol y Egil movieron unas cajas con disimulo para formar un pequeño muro y esconderse tras él. De esa forma los esclavos no los verían cuando Camu agotara su energía mágica y los dejara a la vista.

En tierra firme Viggo mostraba su descontento.

—¡No puedo creer que nos hayan convencido para dejarles hacer esto!

—Es un buen plan —dijo Ingrid.

—Astrid y yo deberíamos estar con el bicho. Somos mucho mejores para este tipo de cosas que el rarito y el empollón.

—Este tipo de cosas generalmente terminan con muertos si estás tú de por medio —dijo Nilsa—. Egil no quiere muertos, quiere saber dónde está el orbe.

—Yo puedo estar sin matar a alguien un buen rato si me lo propongo—replicó Viggo.

—Ya, por eso mismo te quedas en tierra —dijo Nilsa.

—Yo tampoco estoy nada contenta con este plan —Astrid mostró su disconformidad.

—Egil sabe muy bien lo que planea y Lasgol tiene que ir por Camu —explicó Ingrid intentando que entraran en razón.

—¿Y quién se encarga ahora de la pantera? —preguntó Viggo al verla gemir mirando al mar.

—Yo me encargo encantado, con lo que me gustan a mí las panteras y todos los animales —dijo Gerd y fue a acariciar a Ona. La

buena pantera agradeció el cariño que el grandullón le mostraba.

—Quiero ir con ellos —dijo Astrid en voz alta si bien parecía más un sentimiento suyo que una idea.

—¿Por qué no subimos hasta Copenghen y cogemos un barco para ir tras ellos? —propuso Gerd.

—Esa idea es buena. Allí podemos coger un barco de guerra, que son mucho más rápidos que los de carga, y darles alcance —dijo Nilsa.

—Pero no sabemos hacia dónde se dirigen —dijo Ingrid.

—Están marchando rumbo oeste —replicó ella mirando los barcos.

—Pueden cambiar de rumbo en cualquier momento, de hecho, lo harán o irán directos a la Isla Descarnada.

—¿Esa isla enorme en la que no hay nada al oeste de aquí? —preguntó Gerd.

—Está deshabitada, que no es lo mismo que no haya nada —dijo Ingrid—. De hecho, hay una fortaleza militar y un puerto que se utiliza en tiempos de guerra.

—Te refieres a nuestro glorioso ejército… —quiso aclarar Viggo.

—Sí, a ese, por supuesto. La Isla Descarnada no pertenece como tal a Norghana, pero la tenemos como punto defensivo por si los rogdanos deciden venir con su flota.

—Pues si se dirigen ahí, sí que podríamos acercarnos —dijo Nilsa.

—Lo que ocurre es que no lo sabemos, y no podemos adelantar acontecimientos —dijo Ingrid.

—Ya se han perdido en la distancia —comentó Gerd mirando al mar.

—¿Y qué hacemos nosotros entonces? —preguntó Nilsa.

—Lo que nos ha dicho Egil que hagamos. Esperar noticias suyas —zanjó la cuestión Ingrid.

Astrid se quedó pensativa un momento.

—Mi tío ha debido de conseguir esos barcos en Copenghen, venían del norte siguiendo la costa.

—Es lo más probable —convino Nilsa.

—Entonces subiré hasta allí a investigar. Quiero saber qué más planea —dijo Astrid.

—No tiene mucho sentido que esperemos aquí, en medio de la nada… —se unió Gerd.

—Está bien. Vosotros id a Copenghen. Viggo y yo vigilaremos esta zona por si hay más movimiento.

—¿Toda la zona? —preguntó Viggo frunciendo el ceño.

—Costa, serrería y fortaleza, donde los hemos visto —aclaró Ingrid.

Viggo resopló.

—Pues qué divertido…

—Bueno, piensa que me tendrás a mí de compañía.

Viggo sonrió de oreja a oreja.

—Venga, iros ya que perdéis el tiempo —dijo al resto mientras hacía gestos con las manos para ahuyentarlos.

Capítulo 36

Egil tenía la esperanza de que la flota de Viggen se dirigiera a la Isla Descarnada, ya que estaba cerca de la costa norghana o que, de no ser así, que al menos los llevaran al oeste, a territorio rogdano. Pero no fue así. Los barcos pasaron junto a la isla y siguieron rumbo norte, algo que desconcertó al estudioso.

—¿Seguro que vamos rumbo norte? —preguntó Lasgol tras varios días de travesía.

—Si mis cálculos no me engañan, así es.

—¿Noroeste?

—En efecto —asintió Egil.

—No hay nada tan al norte, si no es…

—El Continente Renacido —asintió Egil.

«¿Continente Renacido?» preguntó Camu interesado.

—También lo llaman el Continente Derretido. Es un continente no muy grande, algunos ni siquiera le dan ese estatus y lo tratan como una gran isla que se expande del noroeste de nuestro reino hacia el oeste. Cubre en distancia las estepas Masig y el reino de Rogdon.

«¿Por qué derretido?».

—Los estudiosos creen que hace miles de años ese continente y nuestra Norghana estaba unidos y a su vez Norghana estaba unida al Continente Helado. Como ya has experimentado, el Continente Helado sigue congelado con grandes glaciares. El norte de nuestra Norghana también es bastante gélido, si bien no tanto. Y luego tenemos el Continente Renacido que no se sabe por qué razón sufrió una era de deshielos y pasó de ser tan gélido como el Continente Helado a uno mucho más cálido, si bien hace frío.

«¿No saber por qué deshielo?».

—No, no se sabe la razón, solo que ocurrió. Unos sabios teorizan que pudo ser debido a que un cuerpo solar cayera sobre el continente creando una gran explosión y una era de mucho calor. Se habla de un volcán que pudo erupcionar. También hay leyendas que narran que los dragones lo deshelaron con su fuego para hacerlo más habitable para ellos. Esto, claro, es solo fábula.

«¿Ahora calor?».

—No, sigue siendo muy frío al norte, pero en el sur es de un clima similar al nuestro.

«Ya entender».

—Me alegro —sonrió Egil.

—Esperemos que no sea así, se nos alargaría el viaje.

—Esperemos —asintió Egil.

Como muchas otras veces, la suerte, el destino o los dioses quisieron jugarles una mala pasada. En efecto, se dirigieron al Continente Renacido. Lasgol no podía creerlo. No les quedó más remedio que seguir ocultos hasta llegar. Los esclavos no les supusieron ningún problema. Estaban desolados y apenas prestaban atención a lo que sucedía y tampoco podían moverse.

Lo que les supuso problemas fue que varias veces miembros de la tripulación fueron a coger provisiones y agua del fondo de la bodega, donde estaban ocultos. Se vieron obligados a tener mucho cuidado para no ser descubiertos. Por suerte, Camu dormía de noche, al igual que la tripulación, y para el amanecer ya tenía toda su energía regenerada, por lo que podía volver a ocultarles cuando había situaciones de peligro.

El final del trayecto fue tenso. Camu quería salir a estirar patas y cola. Llevaban demasiados días encajonados al fondo de aquel almacén y aunque tenían agua y provisiones, estaban muy apretados y no podían andar, y las piernas y la espalda se resentían. Cuando había alboroto aprovechaban para hacer estiramientos sin abandonar su escondrijo.

Finalmente llegaron a tierra. La tripulación lo anunció y los esclavos comenzaron a ponerse muy nerviosos. La tripulación no tardó mucho en empezar a sacarlos, lo que significaba que estaban anclados.

Lasgol, Egil y Camu tuvieron que esperar a que todos abandonaran el barco y cuando estuvieron seguros de que no había peligro subieron a cubierta. Habían dejado dos Defensores de guardia en el barco que no notaron que los tres polizones se escabullían por la parte de atrás y buceaban hasta tierra. Salieron en una playa de arenas semi congeladas. Camu mantenía la habilidad de camuflaje, por lo que consiguieron cruzarla y esconderse tras una pequeña colina.

El chapuzón refrescante les había venido bien y habían podido estirar las piernas. Observaron el paraje a su alrededor. Era como Egil había explicado: se veía parte del entorno todavía helado, cubierto de nieve, hielo y tundra hacia el norte. Sin embargo, en la zona sur, que era donde ellos habían desembarcado, se apreciaba cómo crecían hierba, plantas y flores en las zonas verdes.

En una playa más al este descubrieron cerca de un centenar de

focas y lobos de mar. Descansaban tranquilos, sin notar la presencia de los cuatro barcos que habían fondeado en las cercanías. Drugan volvió a establecer la caravana de esclavos y no tardó ni un momento en ponerla en marcha en dirección noroeste.

—¿A qué altura de la costa del Continente Renacido crees que estamos? —preguntó Lasgol a Egil.

—Por los días que hemos pasado navegando, la apariencia de este lugar en el que estamos ahora y la posición del sol en esta época del año, yo diría que no estamos muy lejos de la costa norghana. Si navegáramos hacia el este desde aquí, llegaríamos al norte de Norghana, a Oslenbag. Es una estimación burda, cuando anochezca y vea la posición de las estrellas te lo podré asegurar.

—Tus estimaciones burdas me sirven y me bastan —dijo Lasgol sonriendo.

—Será mejor que les sigamos —dijo Egil—. No pierden un momento.

—Vamos —asintió Lasgol.

Siguieron a la caravana por dos días en dirección noreste y observaron ocultos lo que sucedía. Aquella tierra parecía estar deshabitada, no vieron a nadie. Lo que sí que vieron fue la rica fauna del lugar, desde renos a lobos que merodeaban. Sin embargo, ningún humano o etnia de ningún tipo.

Finalmente, un pico de montaña alto apareció frente a ellos y Lasgol tuvo la sensación de que por fin llegaban al destino. La caravana se dirigía a la cima de una montaña helada no demasiado alta. La subida resultaba difícil y los prisioneros avanzaban despacio bajo el peso de las cadenas. La distancia desde la base de la montaña no era demasiado grande y se discernía un camino que había sido construido para que se pudiera alcanzar la cima con mayor facilidad.

Encabezando la larga hilera de más de doscientos hombres iba Drugan acompañado de sus dos brujos. En medio iban todos los esclavos, Iluminados y Defensores que los controlaban. Cerrando la larga cola iban Viggen y sus hombres de confianza. Cada poco se volvían para ver si alguien les seguía. No se fiaban.

Los Defensores de Viggen y los Iluminados de Drugan azotaban y empujaban a los prisioneros para que siguieran avanzando por el camino que conducía a la parte alta de la montaña. Lo hacían con cuidado de que su cargamento no se saliera del sendero, resbalara y cayera por la ladera. Cada prisionero estaba encadenado a otros cinco. De irse uno abajo, se irían los seis pues estaban atados por la cintura.

Lo que resultaba sorprendente en aquella extraña caravana, era que los dos primeros de cada grupo era esclavos de dragón. Sus ojos

emitían los destellos de luz de diamante inconfundibles incluso desde la distancia. Ellos obedecían de inmediato las órdenes que recibían de sus señores, las que no querían seguir el resto de los prisioneros. Estos tampoco se atrevían a revolverse. Era comprensible ya que iban vigilados de cerca y el látigo y el garrote los atormentaban en cuanto se oponían al más mínimo deseo de sus señores.

El mensaje que recibían todos los esclavos era claro: alcanzar la cima de la montaña y rápido. El que se quedara rezagado, sufriría. El que se opusiera, sufriría el doble. Los esclavos de dragón, además, tiraban de los grupos como si fueran caballos de tiro. No sentían el frío en sus cuerpos, el hielo bajo sus pies, ni el cansancio de subir por un camino muy empinado colina arriba. Parecían inmunes a las condiciones que les rodeaban. Sin duda eso los convertía en muy apreciados por sus amos.

Lasgol, Egil y Camu observaron la ascensión con impaciencia. Querían ir tras ellos y descubrir cuál era su destino. Lasgol estaba inquieto y preocupado no solo por lo que todo aquello significaba sino también por Egil y Camu. Tenía el presentimiento, al igual que Egil, de que allí estaba pasando algo que no les iba a gustar nada. No sabía por qué, pero no se lo podía quitar de encima.

—Parece que ya coronan —dijo Lasgol que observaba con ojos entrecerrados para divisar mejor.

—Sí, la cabeza de la comitiva ya ha llegado a la cumbre —asintió Egil—. Parece que continúan hacia el otro lado de la montaña.

«¿Seguirles?».

—Sí, Camu, vamos tras ellos.

«¿Te aguanta la habilidad? ¿Podrás camuflarnos?».

«Consumir bastante, pero un rato sí poder».

—Entonces mejor esperamos a que todos coronen. Luego les seguiremos para que Camu conserve la energía para después —sugirió Lasgol.

—Buena idea —dijo Egil asintiendo.

Salieron tras la caravana un momento más tarde de que los últimos miembros de ésta coronaran. Siguieron el mismo sendero que ellos habían utilizado para alcanzar la cima a buen ritmo, pero sin forzar demasiado. La montaña era más alta y resbaladiza de lo que parecía.

Desde arriba y camuflados observaron el valle tras la montaña. Descubrieron la caravana a unos quinientos pasos más abajo, en un segundo pico más pequeño y que quedaba guardado por la montaña en la que ahora se encontraban, que era mayor. Estaban rodeando algo que dejó a Lasgol perplejo.

—La vida está llena de sorpresas, algunas, fascinantes —afirmó Egil.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Lasgol.

—Lo es, mi querido amigo, lo es —le aseguró Egil.

—No me esperaba esto…

—Fascinante. Es una Perla Blanca, como la del Refugio —confirmó Egil.

—Y el portal que genera está activado —observó Lasgol.

En efecto, un gran portal de aspecto esférico con un mar de plata en su interior estaba formado sobre la Perla Blanca. Frente al portal se encontraban todos los esclavos y rodeando a éstos los Iluminados y los Defensores. Drugan, Xoltran y Vingar observaban el portal muy atentos. Viggen y sus Defensores con escudos de plata se mantenían algo al margen, observando también el gran portal.

«Portal abierto. Sentir poder» avisó Camu.

—¿Ves quién lo ha abierto? —preguntó Egil.

—Debe de ser Drugan o sus secuaces. Son los únicos de ese grupo que tienen el Don y para abrir el portal hace falta magia. Tiene que ser alguno de ellos.

«No ver quién abrir portal».

—¿Has visto o sientes el Orbe de Dragón? —preguntó Lasgol.

«No, no sentir».

—Esto es de lo más fascinante —dijo Egil que había sacado la púa y comprobaba si el orbe estaba allí. El resultado fue negativo.

—¿Lo es? —Lasgol no lo encontraba nada fascinante sino un problema mayúsculo. Drugan y los suyos habían encontrado una Perla Blanca y de alguna forma habían abierto un portal.

—Sí, si el Orbe de Dragón no está aquí, y así parece, entonces no ha sido él quien ha abierto el portal sino los brujos. Siendo ese el caso, el orbe debe de haberles mostrado cómo hacerlo. Es decir, hay una forma de hacerlo que nosotros podemos aprender —concluyó.

—Bueno, eso es mucho concluir —dijo Lasgol con duda en sus ojos.

—No digo que vaya a ser fácil, solo que es viable —dijo Egil.

—Lo que no entiendo es qué hace aquí esa perla en medio de la nada —se preguntó Lasgol observando las llanuras de tundra hacia el norte.

«Sí, aquí no haber nada».

—Poco sabemos de este continente —puntualizó Egil—. Os recuerdo que no ha sido muy estudiado, ni siquiera se sabe si está habitado. Puede que lo esté más al norte, o quizás sus gentes se

extinguieran cuando comenzaron los deshielos.

—Cierto, me he precipitado en mis conclusiones —se disculpó Lasgol, que recordaba que había tenido una sensación similar cuando pisó por primera vez el Continente Helado y luego se había llevado una sorpresa descomunal al ver toda la vida que sus glaciares escondían.

—La perla es muy probable que haya estado siempre ahí —razonó Egil—. Al igual que las otras tres que hemos encontrado.

—La del Refugio, la del bosque de los Usik y la del desierto —contabilizó Lasgol.

—Exacto. Parece ser como las otras. Su función es abrir un portal para transportar a quien lo cruce a otro lado —razonó Egil—. Si lo tienen abierto es porque van a trasladar a los esclavos a algún sitio.

—¿Cómo la habrán encontrado? —dijo Lasgol.

—Debe de haber sido el Orbe del Dragón, no se me ocurre otra explicación —asumió Egil—. Si lo recordáis, el orbe buscaba algo y quería llegar hasta ese algo usando los portales.

«Sí, yo sentir eso».

—También pueden haberla encontrado sus siervos —dijo Lasgol.

—Sí, el Orbe de Dragón debe haberles guiado hasta aquí. Está buscando algo, pero no lo encuentra… —Egil se quedó pensativo.

«No encontrar conmigo».

—Puede que sí que lo haya encontrado por su cuenta con la ayuda de sus siervos —dijo Lasgol.

—Eso mismo estaba pensando yo —dijo Egil—. Si ese es el caso, tenemos un problema añadido pues lo que fuera que buscara, debe ser para poder reencarnarse.

«Necesitar poder, yo sentir».

—Sí, puede ser una fuente de poder antigua lo que busque.

—¡Mirad! Empiezan a entrar en el portal —advirtió Lasgol.

Los tres observaron la escena. Drugan y Viggen lanzaban órdenes a sus secuaces y estos a su vez chillaban a los esclavos. Les iban a obligar a entrar en el portal. Los esclavos, que no sabían qué era aquella gran esfera sobre la roca blanca, estaban atemorizados y no querían entrar. Los esclavos dragón avanzaban al portal siguiendo las órdenes, pero el resto se resistían.

Los Defensores habían colocado unas rampas de madera para que los esclavos subieran a la perla y pudieran atravesar el portal, que emitía ondas de plata indicando que estaba activo. Los primeros esclavos entraron y fueron desapareciendo. El resto, al ver que sus

compañeros desaparecían, se asustaron todavía más y comenzaron a chillar y resistirse. Los látigos chasquearon y los Iluminados los empezaron a meter al portal a golpes y empujones.

—Pobres desdichados. Me gustaría poder ayudarles —dijo Lasgol con frustración.

—Ahora no es el momento. Debemos averiguar a dónde los llevan. Estoy convencido de que es donde el orbe aguarda.

—No los llevarán para sacrificarlos, ¿no? —preguntó de pronto Lasgol horrorizado.

—No lo sé… espero que no. Un ritual de reencarnación puede requerir sacrificios, no es tan descabellado.

«Sacrificios mucho malo».

—Espero que de alguna forma podamos salvar a todos esos infelices —deseó Lasgol.

—Yo también. No perdamos la esperanza. No sabemos qué está ocurriendo al otro lado del portal. Especular con los peores escenarios es necesario, pero no significa que sea lo que está sucediendo.

Los grupos de esclavos fueron entrando en el portal uno tras otro empujados, golpeados y hasta arrojados al interior a la fuerza. Cuando el último grupo desapareció dentro del portal, algo extraño sucedió. Drugan, los brujos, los Iluminados, Viggen y los Defensores no entraron en el portal.

—Esto es muy interesante… No lo esperaba… —comentó Egil pensativo.

—¿Por qué no van con ellos? —preguntó Lasgol.

Camu tuvo la respuesta.

«Traer más».

—Primordial, mi querido Camu. Van a traer otro cargamento de esclavos, por eso no cruzan todavía.

Viggen y Drugan hablaron un momento y luego dieron instrucciones a sus lugartenientes. La caravana se volvió a formar, ahora sin esclavos, y comenzaron el camino de regreso montaña arriba.

—Regresan, irán a los barcos —dijo Lasgol.

—Eso parece. No es mala señal.

—¿No lo es? ¿Por qué crees que no es mala? —preguntó Lasgol, que lo veía todo bastante oscuro.

—Porque indica que no han terminado lo que sea que están haciendo. Si no han terminado, todavía tenemos tiempo de impedirlo.

—Oh, ya entiendo. Visto así…

«Nosotros tiempo. Nosotros ganar».

—Ese es el espíritu, Camu —dijo Egil.

—Espíritu que no nos falte —se unió Lasgol—. Aunque la situación no sea demasiado propicia a nuestros fines.

—Queda tiempo, podemos detener este horror —dijo Egil intentando convencerse a sí mismo y a sus compañeros.

—Ingrid lo hace mejor —dijo Lasgol a Egil y le guiñó un ojo.

—Lo sé, pero había que intentarlo —sonrió Egil.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lasgol con tono de preocupación.

—Visto lo que hemos descubierto, creo que lo mejor es volver a por nuestros compañeros y traerlos.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Lasgol desconcertado.

—Sencillo, usamos el portal de la perla.

«Yo no saber usar portal» les transmitió Camu con sentimiento de preocupación.

—Creo que ha llegado el momento de que aprendas —sonrió Egil.

Capítulo 37

Egil, Lasgol y Camu aguardaron escondidos a que la caravana de Drugan y Viggen realizara el camino de vuelta. Podían ver la Perla Blanca y el portal, que permaneció abierto un rato, sobre la pequeña cima.

Lasgol no estaba muy convencido de aquel plan. Quería mucho a Camu, y sabía que su magia era poderosa, pero ya había intentado abrir el portal con anterioridad sin conseguirlo. Solo con la ayuda de la magia del orbe lo había logrado.

—¿Estás seguro de que no es mejor que nos colemos de nuevo como polizones en uno de los barcos? —preguntó Lasgol a Egil.

—Eso nos retrasaría días, además vamos a necesitar que Camu aprenda a usar los portales.

«¿Necesitar aprender?».

—Me temo que sí, amigo. El orbe puede usar los portales, por lo que nos lleva una gran ventaja. Nunca vamos a poder alcanzarle si no podemos llegar hasta él usando sus mismos medios.

—Es muy arriesgado… si Camu no lo consigue nos quedaremos aquí aislados en el Continente Renacido sin forma de regresar.

—Es un riesgo, sí. Sin embargo, estoy seguro de que Drugan y Viggen volverán pronto con otro cargamento. Si para entonces no lo hemos logrado, dispondremos de sus barcos de nuevo.

—¿Y qué hay de traer al resto del grupo?

—Ya saben lo que ha ocurrido. Si no damos señales de vida vendrán a por nosotros.

«¿Cómo saber dónde?».

—De la misma forma que nosotros, seguirán a Viggen y a sus barcos. Astrid deducirá que su tío ha conseguido los barcos en Copenghen e irá allí a ver qué descubre.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh? —dijo Lasgol no muy convencido de aquel plan.

—Si lo meditas, verás que no tiene sentido que regresemos con ellos. No ganamos nada y perdemos una ocasión manifiesta.

«¿Ocasión manifiesta?» preguntó Camu que no entendía lo que Egil quería decir.

—Yo me estoy preguntando lo mismo —se unió Lasgol.

Egil sonrió.

—Me explico. Ese portal lo han utilizado Drugan y sus brujos con la ayuda del orbe. Tenemos la ocasión de ver si podemos aprender de ello. Quizá lo hagamos.

—Más que una ocasión manifiesta a mí me parece una ocasión muy lejana…

«Yo intentar. Aprender seguro» les transmitió Camu con su habitual optimismo.

Lasgol no era tan optimista, pero prefirió no decir nada.

Aguardaron a que Drugan, Viggen y los suyos se dirigieran a los barcos para partir. Los vieron perderse en la distancia y esperaron por si por alguna extraña razón se daban la vuelta. No lo hicieron. Cuando estuvieron convencidos de que no regresarían, bajaron hasta la Perla Blanca de nuevo.

—Es idéntica a la del Refugio —dijo Lasgol dando un par de vueltas.

—Lo es —confirmó Egil estudiándola muy atento.

«Sentir energía» avisó Camu.

—Debe de ser porque todavía quedan remanentes del portal —razonó Egil—. Intenta ver qué captas de esa energía que todavía queda y que no se ha disipado. Tiene que ser del portal y quizá te diga algo.

«Yo intentar» transmitió Camu.

Lasgol aprovechó para dar una vuelta alrededor de la pequeña cima donde estaba la perla y explorar los alrededores por si había algo de interés. El Continente Renacido empezaba a gustarle, se asemejaba a Norghana en otoño. Al norte podía ver la tundra y unos picos montañosos muy grandes cubiertos de hielo. No vio glaciares, cosa que le extrañó, pero quizá estuvieran más al norte o se hubieran derretido cuando el continente salió de la edad helada y renació.

—¿Qué tal vas, Camu? —preguntó Lasgol al rato. Su amigo llevaba concentrado con los ojos cerrados y sin decir nada bastante tiempo, por lo que Lasgol decidió ver si todo iba bien.

«Captar energía de portal. También captar otra energía…».

—¿Sabes qué energía es? ¿La reconoces? —preguntó Egil.

«Sentir lejos. No saber quién».

—Lo más probable es que sea la del orbe —comentó Egil.

—¿Crees que ha abierto el portal desde el otro extremo? ¿Desde otro lugar? —preguntó Lasgol.

—Puede ser eso o puede ser que viajara hasta aquí y abriera el portal al ver llegar a sus seguidores.

—¿Y no se quedó a esperar? Extraño, ¿no?

—Sí, eso es extraño…

—No sabemos cuántas perlas hay en Tremia. Podría estar en cualquier lugar del continente —razonó Lasgol.

—Muy cierto. Incluso podría estar en otro continente que desconocemos —argumentó Egil mirando el horizonte con aire pensativo.

—¿Hay continentes que desconocemos? —preguntó Lasgol sorprendido.

Egil sonrió.

—Es una afirmación trampa. Al ser continentes desconocidos, en esencia, no podemos saber si existen.

—Oh, he caído —se sonrojó Lasgol—. ¿Pero crees que podría haber más continentes que no hemos hallado?

—No veo por qué no. Ni siquiera conocemos todos los parajes y etnias de Tremia, por no decir sus criaturas, que se esconden de los hombres. Mira el mar en el horizonte, es inmenso. Claro que es posible que haya más continentes que todavía no hayamos descubierto en medio de ese infinito azul. Puede que no los hayamos encontrado porque están muy lejos o bien porque están ocultos a nuestros sentidos.

—Como el Reino Turquesa.

—En efecto. O podría ser que una magia poderosa los ocultara. Podría haber continentes enteros por descubrir todavía en este mundo —afirmó Egil con cierta emoción—. ¿No sería fantástico?

—Mientras no estén llenos de salvajes agresivos que quieran cortarnos la cabeza o militares que quieran conquistar todo el mundo…

—Siempre tendemos a pensar lo peor. Puede que haya civilizaciones pacíficas en tierras muy bellas. Incluso más avanzadas que la nuestra y que nos enseñen medicina, filosofía o cómo alcanzar la felicidad —deseó Egil animado.

—Tú eres un soñador y muy bien intencionado. Si existen otros continentes estoy seguro de que enviarán tropas a conquistar este. Ya lo verás.

—Tu visión pesimista de la humanidad me entristece.

—No es pesimista, es realista —corrigió Lasgol.

—Esperemos que el futuro nos traiga grandes descubrimientos y

mucha felicidad —dijo Egil.

—Se te olvida que estamos intentando impedir que un dragón inmortal milenario se reencarne y destruya a los hombres —recordó Lasgol con acidez.

Egil asintió y su optimismo se desvaneció.

—Lo lograremos y luego podremos ir a descubrir nuevos y fantásticos continentes —bromeó.

—Te tomo la palabra —dijo Lasgol y sonrió.

Camu continuó percibiendo la energía residual que había dejado el portal al crearse, así como la que había identificado como procedente del orbe.

«Yo aprender energías» transmitió.

—Sí, intenta memorizarlas para poder recordarlas—sugirió Lasgol.

—¿Por qué no intentas abrir el portal? Haz una prueba —pidió Egil —. Veamos qué sucede. Si no probamos, no sabremos si puedes lograrlo o no.

—Todo lo que hemos estado estudiando y aprendiendo con Eicewald sobre la magia, sus leyes y cómo mejorar y conseguir nuevos rangos puede que te ayude —animó Lasgol.

«Yo aprender mucho con Eicewald. Yo mejorar» afirmó convencido Camu.

—Eso creo yo también —dijo Lasgol—. Vamos, inténtalo.

Camu cerró los ojos y se concentró. Al momento se produjo un destello plateado que recorrió todo su cuerpo. Lasgol supo que su amigo estaba utilizando su poder. Esperaba que lo consiguiera, por el bien de todos.

Dos destellos más se produjeron y recorrieron el cuerpo de Camu y, a continuación, comenzó a enviar pulsaciones plateadas al gran objeto de forma rítmica, buscando la cadencia correcta. Las ondas plateadas salían y se estrellaban contra la perla sin que esta reaccionara.

Egil y Lasgol observaban. Ya habían presenciado esto antes, y sabían que no había terminado bien.

De pronto, por sorpresa, se produjo un destello en la perla, como si despertara de un sueño profundo y respondiera.

—¡Un destello! —Lasgol se emocionó.

—¡Fantástico! —Egil se unió muy animado.

Camu abrió los ojos y captó cómo el destello de la perla moría. Volvió a cerrar los ojos y continuó intentándolo. Habían conseguido que la perla reaccionara, era un principio. Ahora necesitaba encontrar la forma de que abriera un portal.

Lo intentó y lo intentó sin rendirse hasta quedarse casi sin nada de energía interna y exhausto. Finalmente, tuvo que desistir.

«No tener más energía. Necesitar descansar».

—No fuerces más. Mañana seguiremos, descansemos ahora.

«Yo conseguir un destello. Ser algo».

—Por supuesto que es algo —dijo Lasgol—. Mañana conseguirás dos.

—Estoy convencido, será fascinante —se unió Egil.

Sin embargo, al día siguiente Camu no consiguió más que un destello. Tampoco lo hizo al siguiente, ni al siguiente. Lasgol tuvo que improvisar una cabaña entre unas rocas al norte de la Perla, más que una cabaña era un techo y dos paredes de madera que los protegía del frío de la noche, que era bastante pronunciado. En caso de tormenta no aguantaría mucho, pero era mejor que nada.

Pronto se quedaron sin provisiones y Lasgol tuvo que salir en busca de alimento. Camu y Egil se quedaban en la perla e intentaban nuevos enfoques para ver si conseguían avanzar algo. De momento no habían tenido demasiada suerte, pero Camu no se rendía. Su cabezonería era un punto fuerte en ocasiones como aquella.

Encontrar qué llevarse a la boca no resultó difícil. Lasgol se acercaba hasta las playas y pescaba o cogía moluscos, también se adentraba en las llanuras y buscaba algún reno que abatir. Al este encontró bosques que parecían jóvenes comparados con los norghanos y en ellos halló caza. Le costó más encontrar comida para Camu, pero los bosques se la proporcionaron en forma de bayas, raíces y otras plantas no muy sabrosas para los humanos, pero que Camu comía encantado.

Gracias a los hechizos sencillos que habían aprendido, crear lumbre o luz les era ahora sencillísimo y de lo más útil. También había aprendido a generar calor sin lumbre para calentarse, lo que les ayudaba mucho por las noches. Lo llamaban Fuego Azul pues se creaba una llama azulada que calentaba, pero no generaba humo. A Lasgol aquel conjuro tan útil le parecía una maravilla. Por desgracia, cuando se quedaban dormidos el fuego moría al quedarse sin energía mágica. Eicewald les había dicho que se podía generar un Fuego Azul que duraba toda la noche sin tener que alimentarlo, pero ya no era un conjuro básico sino avanzado y no habían llegado a aprenderlo.

Con cada amanecer Camu volvía a intentarlo para volver a no conseguir más que un único destello como respuesta. Pasaban los días y nada de lo que se les ocurría e intentaban funcionaba. Egil apuntaba todos los intentos infructuosos y probaba variaciones o nuevas combinaciones de elementos.

Camu, a su vez, aplicaba todo lo que habían aprendido en cuanto a los principios de la magia. Sin embargo, los días pasaban y lo único que conseguía era quedar exhausto. Había días en los que para media mañana tenía que parar pues había utilizado toda su energía en tres o cuatro intentos de potenciar su conjuro.

Lasgol decidió intentar ayudar a Camu, si bien estaba seguro de que no conseguiría gran cosa. Para interactuar con la perla se debía tener magia Drakoniana, como la de Camu y la del orbe, y no la de Naturaleza, que era la de suya.

Camu comenzó a enviar sus pulsos plateados de forma rítmica a la Perla Blanca y ésta respondió con un destello blanquecino. Lasgol puso la palma de su mano sobre la superficie de la perla e invocó Comunicación Arcana, que le permitía comunicarse e interactuar con objetos mágicos en algunas ocasiones. Era una de las habilidades que menos usaba porque no se le daba bien. Sin embargo, estaban desesperados y le pareció que podía aportar algo.

La cabeza de Lasgol brilló con un destello verde y de pronto sintió la perla y los pulsos que Camu le estaba enviando. Cerró los ojos y se concentró enviando mucha energía para reforzar su habilidad. Cuanta más energía enviaba, más claramente sentía los pulsos de Camu golpeando la perla.

De pronto algo inesperado sucedió: Lasgol comenzó a sentir la magia de la perla. Podía captar un aura interna de gran intensidad. Se sorprendió mucho, no sabía cómo era posible captar aquella aura de poder. Envió más de su energía a potenciar su habilidad y captó con mayor claridad el enorme poder que la perla atesoraba en su interior. Era como si miles de auras de diferentes magos estuvieran allí dentro.

Intentó comunicarse con la perla para ver si podía interactuar con ella, ese era el fin de la habilidad Comunicación Arcana y quizás lo lograra. Se focalizó en intentar entablar algún tipo de comunicación, pero no lo consiguió. La perla no respondía a sus intentos, era como si no le escuchara, o quizá, no quisiera escucharle.

Le resultó de lo más frustrante pues podía captar el poder, su esencia, y, sin embargo, no podía hacer que reaccionara.

—Capto el aura de poder de la perla —anunció sin abrir los ojos ni perder la concentración sobre su habilidad—. Pero no puedo hacer que se comunique conmigo.

«¿Tú captar?».

—Sí, es enorme el poder que tiene dentro, aunque creo que no soy capaz de apreciarlo todo y solo estoy admirando una parte.

«Yo solo sentir poder, no captar aura».

—Yo la capto, pero no puedo interactuar —se lamentó Lasgol.

—Quizá Lasgol pueda ayudarte a captarlo —aventuró Egil—. Inténtalo, Lasgol, a ver si puedes ayudar a Camu.

—Está bien, aunque no sé muy bien cómo puedo hacer eso.

Lasgol lo pensó y le vino a la cabeza su habilidad Presencia de Aura. Conocía muy bien las auras de Camu: la de su cuerpo, la de su mente y la de su poder. Quizá pudiera hacerle captar lo que su habilidad Comunicación Arcana le mostraba si se la transmitía a su mente combinando Presencia de Aura y Comunicación Animal.

«Intentar» le llegó el mensaje de Camu.

Lasgol resopló, no iba a ser nada fácil, si es que era posible, algo que dudaba mucho. Manteniendo activa Comunicación Arcana, invocó Presencia de Aura. Inmediatamente se produjo un destello verde que le recorrió la cabeza y captó las auras de Camu y Egil. Desechó las de Egil y se centró en las de Camu. Al hacerlo comenzó a perder su habilidad Comunicación Arcana, como si al perder concentración sobre ella se le escapara el control que tenía.

Tuvo que concentrarse más y se focalizó en las dos habilidades para no perderlas. Ahora venía lo más complicado. Lasgol invocó Comunicación Animal y le envió a Camu lo que estaba captando a través de Comunicación Arcana.

«Yo… captar…» comenzó a transmitirles Camu.

—¿Qué es lo que captas, Camu? —preguntó Egil.

«Yo ver poder de perla. Ver su aura interna».

Lasgol sintió un gran alivio pues le estaba costando horrores no perder las habilidades. Sentía que en cualquier momento se iban a escapar de su control y que iba a desvanecerse. Intentó focalizarse aún más en ellas.

«Yo intentar llegar aura perla» anunció Camu.

Al cabo de un momento, la perla emitió un destello plateado en respuesta a los pulsos que Camu enviaba.

«Perla responder» les transmitió Camu.

De pronto el portal que tanto habían estado deseando que se formara comenzó a hacerlo.

—¡Seguid, lo estáis logrando! —dijo Egil.

Lasgol no quería abrir los ojos para no romper la concentración, pero podía sentir el portal formándose.

Sobre la perla se crearon tres formas circulares de color plateado. Primero se formó un círculo del mismo tamaño que la perla sobre esta. Luego, un segundo de forma ovalada y más grande. Y, por último, la forma se convirtió en una enorme esfera plateada.

«Portal casi abierto. Faltar poco» transmitió Camu.

Lasgol siguió enviando toda la energía que le quedaba a potenciar sus habilidades y por medio de ellas ayudar a Camu. No sabía si estaba sirviendo de algo, pero eso no le importaba. Debía seguir.

«Portal abierto» informó Camu.

Sobre la Perla Blanca el gran portal esférico de plata se había terminado de formar. Lasgol abrió los ojos y observó el interior de la gran esfera, que parecía estar llena de plata líquida. Era como si un mar compuesto de plata se moviera con formas ondulantes en el interior de la gran esfera que levitaba sobre la perla en total silencio. Tampoco emitía ningún destello o reflejo. Su circunferencia inferior estaba a unos pocos palmos de tocar la superior. Volver a ver las dos esferas, una sobre otra, dejó a Lasgol cautivado. De pronto, perdió el control de sus habilidades, que se desvanecieron, y cayó de rodillas extenuado.

—¡Lo habéis logrado! —exclamó Egil con un brinco de alegría.

Camu bajó la cabeza, dobló las patas y se tumbó de lado.

«Muy cansado…» fue todo lo que pudo decir.

Un momento después, Lasgol y Camu dormían exhaustos.

Egil se quedó frente al portal abierto.

—¡Es fantástico! —exclamó.

Capítulo 38

Ahora que Camu ya había conseguido aprender a abrir el portal, se centraron en intentar resolver el siguiente gran problema: determinar el destino. Habían debatido si entrar en el portal y ver a dónde les conducía. Quizá lo hiciera a la perla del Refugio, o quizá no. Egil argumentó que había más posibilidades de que aparecieran en otro lugar que en el Refugio, simplemente porque había múltiples perlas en Tremia y eso implicaba muchas posibilidades diferentes.

Camu y Lasgol intentaban percibir en el aura de poder de la perla algún mecanismo que les permitiera seleccionar el destino, en concreto, el Refugio. Sin embargo, no estaban teniendo demasiada suerte. No les sorprendió, nada en el mundo mágico era sencillo y menos regalado. Tendrían que sufrir para llegar a resolver aquel enigma.

Lo que sí habían descubierto era que el portal siempre se formaba de la misma manera, por lo tanto, pensaban que el destino debía establecerse una vez el portal estaba abierto. Era solo una hipótesis, pero trabajaban con aquel supuesto.

Camu intentaba determinar a qué perla apuntaba el portal. Lasgol lo ayudaba intentando captar el destino de cada portal que Camu abría, pero no estaban teniendo ninguna suerte. Egil llegó a la conclusión de que el portal debía de apuntar a alguna perla al formarse por defecto, puesto que era un portal y se había formado con ese fin, lo que no sabían era a cuál. Podía ser la más cercana, por proximidad, eso sería lo más eficiente, pero no eran más que supuestos.

Lo intentaron por días y una mañana Lasgol tuvo una idea.

—Camu, ¿recuerdas que cuando llegamos a esta perla captabas la energía del orbe?

«Yo recordar».

—¿La sigues captando?

«No, pero recordar».

—Estupendo. Quiero que la busques en el aura en el portal, una vez formado, no en la perla.

«¿Buscar energía orbe en portal?».

—Eso es, mira a ver si quedan trazas de esa energía.

«De acuerdo».

Egil se acercó y enarcó una ceja.

—Interesante… —le dijo a Lasgol.

Camu se concentró y abrió un portal. Ahora ya lo hacía sin necesidad de la ayuda de Lasgol pues había encontrado la cadencia correcta en los pulsos que le enviaba para activarlo. Una vez el portal estuvo formado, buscó trazas de la energía del orbe en su interior.

Estuvo un largo rato intentándolo.

«Captar».

—¿Las captas? —Lasgol se emocionó.

«Sí, concentrar traza».

—¿Ocurre algo? —le preguntó Lasgol al momento.

—Dale tiempo —le susurró Egil a Lasgol.

«Ahora ver una esfera blanca y encima otra esfera plata».

—¿Dónde la ves? —preguntó Lasgol.

«Centro portal».

—Eso debe de ser la representación de una perla determinada —razonó Egil—. Debe de ser el destino al que apunta.

—¿Hay algo que indique qué perla es? ¿Un símbolo, un glifo, un número, una runa…? —preguntó Lasgol.

«Ser runa, misma en los dos círculos».

—¡Genial! ¿Conoces esa runa? —preguntó Lasgol.

«No conocer… Familiar…».

—Esto es un gran avance —comentó Egil—. Aunque no la conozcas, si te resulta familiar podemos establecer que tiene que ser una runa de dragón o Drakoniana…

—Eso estaba pensando yo también —dijo Lasgol.

—Sabemos, o para ser más precisos, intuimos que los dragones utilizaban estos portales para desplazarse por Tremia rápidamente —elaboró Egil—. Por lo tanto, esa runa debe de ser una que ellos entienden y también los Drakonianos.

«Yo no entender…» se lamentó Camu.

—No te preocupes. De momento memorízala —dijo Egil—. Eso puedes hacerlo, ¿verdad?

«Sí, yo memorizar».

—Fantástico —animó Egil.

—¿Puedes ver alguna otra runa como esa? Intenta ver si aparecen otras similares.

Camu se quedó en silencio un largo rato. Egil y Lasgol aguardaron muy atentos y algo emocionados. Aquello era un gran avance.

«Encontrar otra runa» dijo Camu.

—¿Diferente a la anterior? ¿Sobre dos esferas, una blanca y otra de plata como antes? —preguntó Lasgol.

«Sí, ver dos esferas en medio de portal. Runa diferente».

—¡Esto es de los más fascinante! —exclamó Egil.

—¿Cómo has conseguido verla? —se interesó Lasgol.

«Yo pensar en perla Refugio».

—¡Fantástico! ¡Muy listo, Camu! —le dijo Egil.

—Debe de ser el mecanismo para cambiar de destino —razonó Lasgol—. Has dado con ello. Camu, piensa en la perla del desierto a ver si cambia la runa —le pidió Lasgol.

«Yo pensar».

—Le voy a pedir a Camu que me describa esas runas y las dibujaré en mi cuaderno, así tendremos las representaciones visuales de los destinos en el lenguaje de los dragones.

«Ya está, runa cambiar».

—Estupendo. Eso lo corrobora —dijo Egil—. Memoriza bien las runas, necesitaré dibujarlas.

«De acuerdo».

—¿Puedes ver si te muestra alguna más? —le pidió Lasgol.

«Yo intentar».

Egil estaba muy emocionado con lo que estaban descubriendo. Lasgol estaba más inquieto que emocionado por las repercusiones de aquel descubrimiento.

«Aparecer un símbolo. Dos esferas, no runa».

—Debe de ser que le está mostrando aquellas perlas que ya conoce, que ha visitado con sus runas y esta última debe de ser la primaria.

—Conocemos tres perlas. ¿No ve la tercera porque estamos en ella? —preguntó Lasgol razonando su duda.

—Eso podría ser. Le muestra destinos. Esta perla no puede ser un destino porque ya estamos aquí.

Camu abrió los ojos.

«Cansado» transmitió.

—Descansa, campeón, lo has hecho fantásticamente bien —congratuló Egil.

—Muy pero que muy bien —se unió Lasgol.

«Yo mucho increíble».

Egil y Lasgol soltaron una carcajada y Camu se tumbó a descansar exhausto por el esfuerzo mágico que había tenido que realizar.

Tres días más tarde, Lasgol y Egil observaban la caravana avanzar mientras se mantenían ocultos a una distancia prudencial tras unas rocas. Parecía que estaban sufriendo un *déjà vu*. Con Drugan y Viggen a la cabeza, los esclavos subían la montaña que conducía hasta la perla del Continente Renacido. Llevaban otros doscientos prisioneros con ellos vigilados por una treintena de Iluminados y Defensores.

Lo que era diferente en este viaje de la caravana, era quién les perseguía. Muy atentos, Lasgol y Egil los habían divisado. Un pequeño grupo la seguía a una distancia que no permitía que los vieran. No era ese el caso de Lasgol y Egil, que los habían visto desde su posición aventajada.

Se trataba del resto de las Panteras.

—Parece que, como siempre, tenías razón —le susurró Lasgol a Egil.

—Uno puede deducir de forma razonada el comportamiento más lógico de sus amigos —respondió Egil.

—Como tú dirías, primordial.

—En efecto —sonrió Egil de oreja a oreja.

Ingrid, Astrid, Nilsa, Viggo, Gerd, y Ona seguían a la caravana sin salir al descubierto pues Viggen y sus Defensores o Drugan y sus Iluminados los descubrirían de hacerlo. Eso no debía ocurrir o perderían el factor sorpresa. Se detuvieron y se escondieron entre la nieve.

—Si tiramos ahora todavía podemos sorprenderles —dijo Nilsa en un susurro.

—No mates a mi tío, yo me encargo de él —dijo Astrid sacando su arco.

—¿No os parece curioso que hayan venido hasta aquí cruzando el mar? —preguntó Gerd.

—A mí sí —respondió Astrid—. Por lo que yo sé, esta tierra fue abandonada hace mucho tiempo por los hombres. Solo el frío habita estas tierras yermas, ¿no Ingrid?

—Lo primero, no vamos a tirar contra ellos ni atacar. Debemos entender lo que pretenden aquí —dijo Ingrid—. Atacar sin avistar a nuestros compañeros y sin el Orbe de Dragón sería un grave error. Solo lo haremos si podemos hacernos con el orbe o si nuestros amigos están en peligro.

—De lo contrario el orbe podría conseguir su propósito —añadió Gerd.

—Así es. No sabemos qué planean y es importante que lo averigüemos —dijo Ingrid—. Yo también quiero atacar a Drugan y Viggen, no me entendáis mal, pero sé que de hacerlo correríamos muchos riesgos innecesarios, y eso sería un gran error que no podemos permitirnos.

—¿Creéis que están cerca de conseguir que el dragón salga del orbe y se reencarne? —preguntó Gerd.

—Por desgracia, los últimos acontecimientos que estamos presenciando me impulsan a creer que es así. Toda esta operación de venir hasta el Continente Renacido trayendo todos esos esclavos debe de ser para eso —razonó Astrid.

—Yo opino igual. De lo contrario no habrían organizado semejante travesía —dijo Nilsa.

—No nos precipitemos —dijo Ingrid—. No sabemos qué está ocurriendo. De momento sabemos que están transportando esclavos en barcos hasta aquí. Nada más.

—¿Y para qué quieren todos esos esclavos? —preguntó Gerd.

—Yo los querría para que me sirvieran como a un rey —comentó Viggo sonriente.

—Yo estoy convencida de que es para formar un ejército —dijo Nilsa.

—Sí, yo también me inclino en esa dirección —se unió Astrid—. Si consiguen cientos de esclavos de dragón que protejan a su amo, la cosa se pondrá muy complicada.

—Si hay que matar a cientos de esos ojitos chispeantes, ya me encargo yo —dijo Viggo tan tranquilo, como si no fuera un problema.

—Son desdichados seres humanos que han sido esclavizados con magia maligna, no se merecen morir —amonestó Nilsa.

—Si me atacan morirán, y si me entorpecen el paso, también. Lo que sean es irrelevante —aseguró Viggo.

—No vamos a atacar a nadie hasta que encontremos a nuestros amigos —dijo Ingrid—, y muestra algo de compasión por los demás.

—La muestro por este grupo tan singular todos los días —replicó Viggo con sarcasmo mirando a sus compañeros.

—Sea lo que sea que traman, esto está tomando una envergadura y un cariz que no habíamos anticipado —reconoció Astrid—. No me gusta lo que estamos presenciando.

—¿Tienes un mal presentimiento? —preguntó Nilsa.

—Es más que un presentimiento. Algo va mal, muy mal y me preocupa —confesó Astrid.

—No sé por qué os preocupáis tanto —dijo Viggo.

—Sea lo que sea que traman, no lo lograrán. Los tenemos delante, podemos acabar con ellos si es necesario —dijo Ingrid—. Si supiéramos dónde están Lasgol, Egil y Camu…

«Yo estar aquí» les transmitió Camu.

—¡Por todos los Dioses de Hielo! —exclamó Viggo que se volvió en el suelo con los cuchillos en las manos.

—¡Camu! —exclamó Gerd.

Ona gimió.

—Camu, ¿estás aquí? —preguntó Astrid mirando hacia atrás.

«Sí, yo dejar ver» les transmitió Camu y se hizo visible.

—¡Menudo susto que nos has dado, bicho!

«Yo no bicho. Tú asustar fácil».

—¡Lo que hay que oír!

—Baja la voz, Viggo, que te van a oír desde la caravana —amonestó Ingrid.

—¿Dónde están Lasgol y Egil? ¿Están bien? —preguntó Astrid a Camu expresando preocupación.

«Sí, bien. Escondidos».

—Menos mal —resopló Gerd.

—Sí, me tenían preocupados —dijo Nilsa.

—El rarito y el empollón saben cuidarse solos, no hay de qué preocuparse —afirmó Viggo.

—¿Escondidos dónde? —quiso saber Ingrid.

«Detrás cima grande, este».

—Vayamos con ellos —dijo Gerd.

—Esperemos a que la caravana llegue a la cima y nos moveremos. Si lo hacemos antes nos descubrirán. En esa ladera no hay donde esconderse —dijo Astrid.

—Cierto. En cuanto Viggen y los suyos desaparezcan tras la cima podremos ir tras ellos —dijo Ingrid.

—La acción nos espera detrás de esa colina, puedo olerlo —dijo Viggo que preparaba sus cuchillos para el combate.

—Preparaos para comenzar la ascensión —dijo Ingrid.

Drugan, Viggen y el resto de la caravana alcanzaron la cima y desaparecieron de la vista. El grupo miró a Ingrid a la espera de que les diera la señal para salir en persecución. Esta aguardó un momento que pareció hacerse eterno. Luego asintió con fuerza.

—Adelante —dijo y salieron.

Ella subía en cabeza con Nilsa y Astrid detrás. Luego iban Viggo y Gerd. Camu y Ona cerraban el grupo. No subían por el sendero que había seguido la comitiva. Subían en perpendicular a la montaña. Era mucho más peligroso por lo resbaladizo del hielo, pero también mucho más rápido que seguir un camino que subía haciendo eses.

Las piernas de todos empezaron a notar la dureza de la subida, pues la montaña era alta y la inclinación pronunciada. Sin embargo, para unos Guardabosques como ellos no representaba mucho problema. Ingrid marcaba un ritmo fuerte y el resto la seguía con cuidado de pisar bien, pues ese era el mayor riesgo que tenía la subida. Si alguien resbalaba y perdía pie podría caer una buena distancia y pegarse un buen golpe, y hasta romperse algún hueso.

Subieron a buen ritmo, con sus armas en la mano y atentos al terreno y al viento que soplaba con fuerza, sobre todo según se aproximaban a la cima. Ingrid aumentó el ritmo de subida cuando faltaba un último repecho para llegar. Se percató de que era chata y avanzó unos pasos hasta llegar al otro extremo para poder ver qué había en la parte posterior de la montaña. Llegó al borde y se lanzó al suelo. El resto del grupo llegó tras ella y también se tiró al suelo a observar.

Descubrieron a la caravana más abajo, en un segundo pico más pequeño y que quedaba tapado por la cima en la que estaban. Drugan y Viggen conversaban frente a algo que dejó a todos helados. La dura mirada determinada de Ingrid cambió por una de gran sorpresa. Por un momento nadie habló. Todos observaban sorprendidos y muy intranquilos.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Gerd al cabo de un momento.

—Puedes apostar tu gran corpachón a que sí lo es —dijo Viggo.

—Es una Perla Blanca, como la del Refugio —confirmó Nilsa.

—Y el portal que puede crear está activo —dijo Astrid.

En efecto, un gran portal de aspecto esférico y plateado estaba formado sobre la Perla Blanca.

«Portal abierto» avisó Camu.

—¿Qué hace aquí esa perla en medio de la nada? —preguntó Nilsa.

—¿Vienen hasta aquí para coger un portal? —preguntó Ingrid como para sí misma.

—Eso parece —dijo Astrid—. Desde luego es más discreto que ir al Refugio.

—Esto se pone de lo más interesante —comentó Viggo.

—Yo creo que se pone muy feo —corrigió Gerd.

—¿Dónde se esconden Egil y Lasgol? Quiero hablar con ellos —preguntó Ingrid a Camu.

«Yo llevar, cuidado no ser visto».

—De acuerdo. Vayamos con Camu y sin dejarnos ver.

Se desviaron hacia el este y Camu los condujo hasta donde sus dos amigos se ocultaban. Era una hondonada con varias rocas grandes que la cubrían y desde la que se observaba bien el portal.

—Bienvenidos —les recibió Lasgol con una sonrisa.

—Buen escondite —dijo Ingrid y todos se tiraron al suelo en la hondonada.

Astrid le lanzó un beso a Lasgol, que este recibió de mil amores.

—Os hemos estado esperando —dijo Egil.

—¿Cómo sabías que vendríamos? —preguntó Gerd.

—Imaginé que seguiríais el rastro que los barcos dejaban.

—Imaginaste bien —dijo Astrid—. Descubrimos la operación de Viggen en Copenghen. Decidimos esperarle y seguirle en su siguiente transporte.

—¿Tenéis un barco? —preguntó Lasgol.

—Uno de guerra, con tripulación y todo. Está anclado en una bahía más al este —dijo Ingrid.

—Se lo pedimos a Gondabar y nos lo consiguió —dijo Astrid—. Hemos seguido a los barcos de Viggen a una distancia prudencial.

—Hasta la nada que es este continente —dijo Viggo con cierto desdén mirando alrededor.

—No sabemos si este continente es la nada —puntualizó Egil—. No ha sido muy estudiado.

—Aquí no hay nada de nada —dijo Viggo—. Parece una copia del Continente Helado, pero menos frío.

—¿Qué hace aquí esa perla con su portal abierto? —preguntó Gerd a Egil y a Lasgol.

—Creo que la pregunta que deberíamos hacernos es qué hacen Drugan y Viggen con esa perla —corrigió Egil.

—La perla es muy probable que haya estado siempre ahí —razonó

Lasgol—. Al igual que las otras tres que hemos encontrado.

—La del Refugio, la del bosque de los Usik y la del desierto —contabilizó Nilsa.

—¿Cómo la habrán encontrado? —dijo Ingrid.

—Debe de haber sido el Orbe del Dragón —asumió Lasgol.

—Pueden haberla encontrado sus siervos para él —aventuró Nilsa.

—Podrían ser los Defensores, mi tío ha estado recorriendo todo Tremia durante años con su afamada búsqueda —dijo Astrid—. Seguro que en sus viajes encontró esto.

—Aunque la hubiera encontrado no sabría qué era o para qué servía —dijo Viggo.

Astrid lo pensó un momento.

—Es posible que no lo supiera y, aun así, notara que era de importancia.

—En cualquier caso, estamos ante una perla con un portal abierto. Si no sabían lo que era cuando lo encontraron, ahora seguro que saben lo que es —dijo Ingrid.

—¡Mirad! Empiezan a entrar en el portal —señaló Nilsa.

Las Panteras observaron la escena. Drugan y Viggen lanzaban órdenes a sus secuaces y estos a su vez chillaban a los esclavos. Les iban a obligar a entrar en el portal. Los esclavos, que no sabían qué era aquella gran esfera sobre la roca blanca, estaban muy atemorizados y no querían hacerlo. Los esclavos hipnotizados avanzaban al portal siguiendo las órdenes, pero el resto se resistían.

—¿Qué hacemos? ¿Atacamos? —preguntó Viggo con tono de estar preparado para el enfrentamiento.

Egil observó cómo los esclavos iban entrando entre latigazos y empujones de los Iluminados.

—No, no vamos a atacar.

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó Viggo atónito.

—No tienen el Orbe de Dragón —respondió Egil con calma—. Lo hemos comprobado con la púa.

—Camu, ¿tú captas algo? —preguntó Lasgol en alto para que todos pudieran oírlo.

Camu estiró el cuello y cerró los ojos.

«No captar poder orbe».

—Pero se llevan a los esclavos —se unió Nilsa a Viggo—. Debemos liberarles.

—Si atacamos el orbe sabrá que venimos a por él y perderemos la

única ventaja que tenemos —dijo Egil.

—Si Drugan, Viggen y sus secuaces entran también en el portal los perderemos a todos —dijo Gerd.

—No los perderemos —le aseguró Egil.

—¿No? —preguntó Ingrid.

Lasgol ya había adivinado el siguiente movimiento de Egil y no dijo nada.

—No, porque vamos a entrar tras ellos —afirmó Egil.

—¡De eso nada! ¡Los matamos ahora y no nos metemos en el portal! —sentenció Viggo.

—Eso no conseguiría nada —dijo Egil.

—¿Cómo que nada? Estarán muertos.

—Ellos nos conducirán hasta el orbe. Eso es lo importante, no darles muerte —se unió Lasgol.

Vieron como todos los esclavos entraban y con ellos los Iluminados y los Defensores. Cuando todos hubieron entrado en el portal, lo hicieron Xoltran y Vingar. Ya solo quedaban Drugan y Viggen. Drugan sacó lo que parecía un cetro de plata y conjuró con él.

«Poder Drakoniano» les transmitió Camu.

—¿Qué hacen? —preguntó Ingrid.

—Mantienen el portal abierto —dijo Egil.

—Ese cetro debe de ser un Objeto de Poder que el orbe le ha conseguido a Drugan para que maneje el portal —explicó Lasgol.

—¿Lo ha abierto Drugan? —se sorprendió Astrid.

—Así es —confirmó Egil.

Drugan y Viggen aguardaron un buen rato y finalmente entraron en el portal, que se mantuvo abierto

—Han cruzado todos —dijo Nilsa—. ¿Qué hacemos ahora?

—Vayamos a inspeccionar el portal—dijo Egil.

Se pusieron todos en pie y fueron hasta la gran esfera blanca.

Camu se acercó hasta el portal todavía abierto. Lasgol iba a su lado y Egil observaba algo más retrasado.

«Estudiar portal» le transmitió Camu.

—Muy bien, hagámoslo.

Camu se concentró y envió un pulso rítmico a la perla. Lasgol puso su mano sobre ella e invocó Comunicación Arcana.

—¿Seguro que saben lo que hacen esos dos? —preguntó Viggo.

—¿No correrán peligro? —se preocupó Astrid.

Ona gemía temerosa.

—Todo irá bien. Hemos hecho muchos progresos con los portales —dijo Egil con una sonrisa.

Ingrid, Nilsa, Astrid, Gerd y Viggo se miraron entre ellos sin comprender.

—¿Cómo que muchos progresos con los portales? —preguntó Ingrid.

—Mientras veníais hacia aquí, hemos estado estudiándolos. Son fascinantes.

—¿Es que podéis abrirlos? —preguntó Nilsa con ojos enormes.

—Oh, sí, y hemos aprendido muchas cosas sobre cómo funcionan.

—¡Increíble! ¡Y lo dice tan tranquilo! —Viggo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Sabéis usarlos? —preguntó Gerd con cierto miedo en el tono.

—Estamos aprendiendo —sonrió Egil mostrando uno de sus cuadernos donde había ido anotando todo lo referente a los portales.

Camu y Lasgol estuvieron usando sus habilidades sobre el portal hasta que éste comenzó a desvanecerse.

Aguardaron hasta que el portal hubo desaparecido.

—¿Tenéis la localización del destino? —preguntó Egil.

«Nosotros tener» respondió Camu.

—Destino localizado —respondió Lasgol.

—Muy bien —dijo Egil—. Mañana iremos tras ellos.

—¿Ir tras ellos? —preguntó Ingrid.

—Primordial, abriremos nuestro propio portal a su destino—dijo Egil como si fuera lo más normal del mundo.

Capítulo 39

A media mañana del día siguiente las Panteras estaban listas para continuar, o al menos tan listas como podían estar teniendo en cuenta que Camu y Lasgol iban a abrir un portal. Lasgol estaba convencido de que Camu podía lograrlo solo, pero como su amigo había insistido en la importancia del momento, y Egil lo veía recomendable, había aceptado. Debían abrir un portal al destino donde se habían dirigido Drugan, Viggen y los esclavos, allí encontrarían el orbe y detendrían la reencarnación.

O ese era el plan de Egil, al menos.

Camu y Lasgol se situaron frente a la Perla Blanca e invocaron sus habilidades. El resto de las Panteras observaban muy atentos. La perla respondió con un gran destello plateado y poco después el portal comenzó a formarse sobre ella.

—Increíble… —masculló Gerd.

—Impresionante —dijo Astrid cuando el portal terminó de formarse.

—Esto va a ser un dolor —se quejó Viggo.

«Portal abierto» anunció Camu.

Lasgol dejó de usar sus habilidades.

—Todo listo —dijo a sus compañeros.

—Ha llegado el momento de entrar —dijo Egil—. Recordad los efectos negativos que tendrá. Es por eso por lo que hemos dado ventaja a Drugan y a Viggen, para que no nos capturasen al cruzar tras ellos y quedar sin sentido. Sin embargo, puede que algún peligro nos espere al otro lado. No hay forma de saberlo.

—¿No habéis conseguido ver qué hay al otro lado? —preguntó Nilsa.

—No funciona así —dijo Lasgol—. No es como una puerta que abres un poco. Es más como si dejaras de existir en este lado del portal y volvieras a hacerlo en el otro.

—Eso suena muy, pero que muy mal. A mí no me gusta nada dejar de existir —protestó Viggo.

—Tranquilo, iremos juntos —dijo Ingrid y le guiñó un ojo.

—Ni aun así me quedo tranquilo —dijo él—. Aunque bueno, voy

más contento —sonrió.

—En cualquier caso, Camu y Ona no sufren los efectos del portal, por lo que ellos nos protegerán si han dejado algún vigía —les tranquilizó Egil.

«Nosotros proteger» aseguró Camu.

Ona gruñó una vez.

—Muy bien, en marcha —dijo Ingrid.

Camu y Ona fueron los primeros en subir a la pasarela que los Iluminados habían colocado para facilitar que los esclavos subieran. Camu llegó arriba y esperó a Ona. Cuando ambos estuvieron listos entraron en el portal de un salto. A continuación, todo el grupo subió por la ella y entró al interior de la esfera fundiéndose con la plata líquida que parecía componerla. Al instante perdieron la consciencia.

Lasgol despertó con un terrible dolor de cabeza, un sentimiento que ya recordaba. Una luz muy clara y unos sonidos de aves que no conocía atacaron sus ojos y oídos. Se encontraba fatal, como si le hubiera pasado por encima una estampida de caballos salvajes. Un desagradable olor le indicó que había vomitado a su derecha. De las experiencias anteriores sabía que iba a tardar un momento en recuperarse. Bueno, varios momentos. No intentó abrir los ojos pues sabía que se sentiría fatal.

«¿Camu, hay peligro?» consiguió enviar haciendo un gran esfuerzo.

«No peligro. Nosotros vigilar» respondió Camu.

Ona gruñó muy cerca de donde Lasgol estaba, por lo que se relajó un poco. Quedó tendido boca arriba intentando recuperarse. Notó que el suelo sobre el que estaba tumbado era de algún tipo de hierba con un aroma exótico. Sintió mucho calor y humedad en el aire. Al momento consiguió abrir los ojos y se percató de que estaba en algún lugar selvático. Logró que se mantuvieran abiertos mientras un impactante color verde y flores de fuertes tonos rojos y naranjas llenaban sus sentidos.

Miró a su alrededor y vio a sus compañeros. Tendidos en el suelo se iban recuperando e intentaban ponerse en pie. Lasgol fue a ayudar a Gerd, ya que vio que no podía levantarse y se iba de nuevo al suelo. Poco a poco, todos se recompusieron. Astrid fue a ayudar a Lasgol. Nilsa e Ingrid se echaron una mano la una a la otra y Viggo levantó a Egil de un tirón de brazo.

—Ha estado estupendo este viajecito —comentó Viggo con sorna.

A sus espaldas vieron una Perla Blanca. El portal se había cerrado, como era de esperar, pues llevaban tiempo inconscientes.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Lasgol.

—Nosotros, parece que sí. Estos dos no tanto —dijo Ingrid señalando a dos Iluminados que estaban tendidos en el suelo. Uno estaba muerto con medio cuerpo congelado por completo y el otro tenía el cuello desgarrado por una mordedura terrible.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Egil a Camu.

«Dos Iluminados. Guardia. Nosotros aparecer. Ellos atacar».

—Y por lo que parece ellos morir —dijo Viggo sonriendo.

«Yo usar Aliento Helado. Ona morder».

—Ya se ve, ya. Buen trabajo —felicitó Ingrid examinando a los dos Iluminados muertos.

—Los han dejado atrás por si les seguíamos. Nos habrían matado a todos al cruzar —dedujo Astrid.

—Os debo una cena a los dos —dijo Lasgol.

«Nosotros proteger. También querer cena».

Ona himpló una vez.

—Gran trabajo —felicitó Lasgol.

—¿Estamos en una selva? —preguntó Nilsa mirando alrededor.

—Yo diría que sí, y en una muy exótica. No reconozco la mayoría de las flores y plantas. Gerd, ¿tú reconoces esas aves tan coloridas? —preguntó Egil señalando a varias que sobrevolaban unos árboles que parecían grandes palmeras.

—Estaría bien saber dónde estamos, más que nada para poder centrarnos —dijo Viggo.

Todos se dedicaron a observar el paisaje que les rodeaba. Estaban en un promontorio en mitad de un gran claro. A su espalda tenían la Perla Blanca y enfrente descubrieron un gran lago sobre el que descargaban tres enormes cataratas desde varios altiplanos a su alrededor.

—Este lugar ya lo hemos visto antes —dijo Nilsa con expresión de quien se lleva un susto.

—Es el lugar al que quería ir el orbe y nos mostró Camu—comentó Egil.

—Estamos en la lejana isla que nos enseñó a vista de pájaro —dedujo Lasgol.

—Eso parece. Sí, este es el lugar que vimos —dijo Ingrid observando el paisaje.

—Según vimos parecía desierta ¿verdad? —preguntó Astrid.

—No sabemos si eso es así. Recordad lo que nos pasó en el bosque de los Usik —comentó Ingrid—. Que parezca desierta no quiere decir que lo esté. Puede que esté llena de tribus indígenas que se ocultan muy bien entre la vegetación de la selva y por ello no las vimos.

—Egil, ¿sabes qué isla es esta? La estuviste buscando después de tener la visión.

Egil asintió.

—Por el tamaño, el clima, la vegetación y la fauna que vimos, después de consultar innumerables mapas de Tremia deduje que este lugar es la isla de Ascuas.

—¿La isla de Ascuas? ¿Esa no es la gran isla que está al sur de Tremia? —preguntó Astrid.

—Sí, a mí también me suena que es una isla muy grande debajo de los desiertos —dijo Nilsa.

—Así es —afirmó Egil—. Necesito confirmarlo, pero si es así, estamos en el punto más al sur de Tremia.

—¿Y cómo lo vas a confirmar? —preguntó Viggo levantado las cejas.

—La isla tiene un volcán activo todavía. Hay que localizarlo. Si lo hacemos sabremos que mi suposición es cierta.

—¿Un volcán activo? ¡Lo que nos faltaba! —Viggo levantó los brazos al aire.

—Se le conoce como la Ira Candente y está en el noreste de la isla. Al oeste hay una cadena de montañas altas que se llama la Sierra de los Dioses. Se le denomina así por su altura y forma de serrucho —explicó Egil.

—Tiene todo el sentido que el portal nos haya traído a la isla a la que el orbe quería ir —razonó Lasgol—. Eso quiere decir que está aquí en algún lado.

—Si tenemos en cuenta que además Drugan y Viggen están aquí también con un montón de esclavos, creo que podría acercase el momento de la reencarnación —dijo Astrid.

—Sí, eso es lo que creo yo también —confirmó Egil.

—En ese caso debemos impedirlo —dijo Ingrid—. Da igual en qué isla estemos o si hay un volcán activo o no. Estamos aquí y vamos a impedir que el dragón se reencarne.

—Suena estupendo, pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Viggo.

—Seguimos el oro, siempre conduce al objetivo —dijo Egil con una pequeña sonrisa.

—¿Qué oro? —preguntó Viggo algo desconcertado.

—Se refiere al cargamento, a los esclavos, ellos nos conducirán al orbe —aclaró Astrid.

—Oh, claro. Ya lo había entendido —intentó disimular Viggo.

Lasgol se adelantó y observó el suelo.

—El rastro es claro. Podremos seguirlo sin dificultades. Nos llevan un día de ventaja —anunció.

—Muy bien, preparaos. Partimos en persecución —indicó Ingrid.

Un momento después, las Panteras emprendían la persecución a través de la selva. Lasgol iba en cabeza en funciones de rastreador, Ingrid y Nilsa lo seguían como tiradoras, Astrid y Viggo iban después por si había problemas tanto delante como en la retaguardia, que estaba formada por Egil y Gerd. Camu avanzaba unos pasos a la izquierda del grupo en medio de la vegetación y Ona unos pasos a la derecha a cargo de proteger los flancos.

Lasgol avanzaba apartando la vegetación selvática con su cuchillo. Tenía que dar tajos para cortar plantas y flores exuberantes que los rodeaban por doquier. Los árboles delgados y altos estaban recubiertos de lianas y plantas colgantes de todo tipo. Mirase a donde mirase encontraba colores muy vivos, verdes en su mayoría adornados con rojos, naranjas y amarillos de una flora que no conocían. Se adentraban en una selva muy tupida y desconocida para ellos.

Notaron que hacía un calor húmedo como el que nunca habían experimentado. No iban vestidos para aquel tipo de clima, todos sudaban a mares y cada dos por tres se tenían que detener a secarse el sudor que les entraba en los ojos procedente de la frente y el cabello. Tuvieron que quitarse las capas y guardarlas en sus macutos. Los pañuelos de Guardabosque los enrollaron y se los pusieron en la frente para proteger los ojos.

El sol castigaba con dureza. Que estaban en el sur de Tremia pronto les quedó muy claro. Solo allí el sol lucía con tanta fuerza y solo en el sur hacía semejante calor. Seguir el rastro por la jungla les resultó fácil, sin embargo, soportar aquellas temperaturas y la humedad tan tremenda que hacía, no tanto. Ellos no estaban acostumbrados a ese clima. La ropa se les pegaba al cuerpo y se empapaba en nada debido a la insufrible humedad que además hacía que les costara respirar.

Llegaron a un riachuelo y se detuvieron a refrescarse y llenar los pellejos con agua.

—No sabéis cómo estoy disfrutando de este paseo por la selva —dijo Viggo metiendo la cabeza de lleno en el agua para sacarla y volverla a meter.

—Este clima es muy adverso para nosotros —dijo Ingrid—. Estamos acostumbrados al frío extremo, la nieve, el hielo, la escarcha… Esto es un sufrimiento —dijo mirando la vegetación que les rodeaba, que parecía querer engullirlos.

De pronto Astrid sacó sus cuchillos y de dos golpes secos clavó la cabeza de una enorme serpiente contra el tronco del árbol a su derecha.

—Parece que la fauna tampoco es muy amigable —comentó Nilsa.

—Eso es una serpiente tragahombres —dijo Gerd—. No había visto una con escamas tan coloridas, pero es de la familia.

—La fauna en este entorno puede ser peligrosa, en especial serpientes y arañas cuyos venenos no conocemos y a los que no estamos acostumbrados —dijo Egil.

—Acabo de ver una araña peluda del tamaño de una rata norghana —dijo Nilsa con cara de asco y se estremeció.

—Tampoco comáis ningún fruto o baya, aunque parezca apetitosa, puede ser venenoso —añadió Egil.

—Como algo intente picarme lo atravieso —dijo Viggo, que ya tenía sus cuchillos en las manos.

«Jaguar» llegó el mensaje de advertencia de Camu.

—Bueno, de lo malo si nos ataca un jaguar o un tigre lo veremos, y no son venenosos —comentó Ingrid.

—Cierto —sonrió Astrid.

Continuaron siguiendo el rastro y pronto se dieron cuenta de que se dirigían al nordeste, hacia donde se suponía que estaba el volcán, si Egil no se había equivocado y de verdad estaban en la isla de Ascuas. La vegetación era tan cerrada que, aunque intentaban ver lo que había más adelante, les resultaba imposible.

Avanzaron por la jungla todo el día. Al empezar a anochecer alcanzaron una zona en la que había varios árboles muy altos que permitían ver sobre la vegetación. Astrid y Viggo subieron hasta la cima de dos de ellos esquivando serpientes, arañas y otras especies autóctonas venenosas, y otearon el horizonte un rato para poder orientarse una vez bajaran.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Lasgol.

—¿Que qué hemos visto? Pues un maldito volcán humeante, eso es lo que hemos visto.

—Nos dirigimos hacia él cruzando la selva —añadió Astrid—. Hay algunos claros y zonas más despejadas, pero vamos en diagonal hacia el volcán.

—Eso quiere decir que estaba en lo cierto. Estamos en la isla de

Ascuas —dijo Egil.

—El hecho de que el rastro vaya por el terreno más difícil directo sugiere que ese es el destino final de la caravana —dijo Lasgol.

—¡No podía ser de otra forma! —clamó Viggo—. Si hay un volcán en la isla, ¿a dónde nos vamos a dirigir? ¡Al volcán, por supuesto!

—No adelantemos acontecimientos —dijo Ingrid intentando relajar la situación—. De momento nos dirigimos hacia allí, no quiere decir que vayamos a entrar en él.

Viggo levantó los brazos al cielo y soltó un montón de improperios.

—Será mejor que busquemos un sitio para pasar la noche. El volcán está a varios días de marcha —dijo Astrid.

—De acuerdo. Busquemos dónde refugiarnos —dijo Egil.

Encontraron un estanque con rocas de bastante tamaño en la cara norte. Era un buen sitio para descansar. Se subieron a las rocas y durmieron allí. Establecieron los turnos de guardia y pasaron la noche sin mayores incidentes, más allá de que los mosquitos los tenían acribillados. Parecía que sus blancas pieles los atraían.

Al día siguiente encontraron a dos de los prisioneros de la caravana muertos. Egil determinó que habían muerto de enfermedad y debilidad durante la marcha. Las Panteras se sintieron fatal por el descubrimiento. Viggo quería ir y matar a Drugan, Viggen y a todos sus secuaces, pero Ingrid consiguió calmarlo.

Aceleraron el paso y para el tercer día habían alcanzado la caravana. Podían oírla avanzar delante de ellos, a unos quinientos pasos. Ingrid ordenó silencio absoluto y los siguieron hasta un amplio lago en un descampado. En el horizonte se apreciaba la estampa del imponente volcán cuyo cráter humeaba amenazando con estallar en lava y fuego.

—Ataquemos en cuanto caiga la noche —propuso Viggo.

—Espera, estamos muy cerca, si nos precipitamos ahora podemos perder nuestra oportunidad de llegar al orbe —dijo Ingrid.

—Si dejamos que sigan más prisioneros morirán… —dijo Nilsa.

—Estamos ante una decisión difícil —dijo Egil—. Todos deseamos salvar a los prisioneros, liberarlos de la esclavitud a la que están sentenciados. Sin embargo, creo que estamos muy cerca del orbe. Si atacamos sabrá que estamos aquí, que venimos a por él, y podría huir.

—O venir a matarnos —dijo Gerd.

—Eso también —asintió Egil.

Lasgol miraba a Astrid intentando saber qué opinaba ella. Como si leyera el pensamiento de Lasgol se pronunció.

—Yo quiero cortarles el cuello a todos, en especial a mi tío, pero opino como Egil. Hemos llegado hasta aquí y estamos muy cerca. Sigamos hasta el final y hagámoslo con cabeza.

Lasgol no opinó, pero se sentía igual.

—Seguiremos la caravana hasta el orbe y luego les haremos pagar —sentenció Ingrid.

Egil asintió, Viggo protestó y Nilsa se conformó.

Dos días de marcha más tarde estaban casi a los pies del gran cráter. Se detuvieron a dar margen para que la caravana encarase las faldas del volcán. Mientras esperaban a ponerse en marcha les llegó un gruñido amenazador.

Lasgol lo reconoció de inmediato. Era Ona.

—Atención, peligro —advirtió a sus compañeros.

Todos se armaron y observaron en dirección a donde Ona vigilaba.

De súbito las plantas selváticas comenzaron a moverse y agitarse, como si algo se acercara.

De entre la selva apareció un indígena. Era el ser más pintoresco que nunca hubieran visto. Vestía solo un taparrabos y ni siquiera iba calzado, no era muy alto ni muy musculoso, sus ojos eran amarillentos al igual que su cabello, rapado a los lados y con una cresta en medio. Sin embargo, lo más curioso de todo era el color de su piel, de un naranja intenso. Llevaba el cuerpo pintado representando escamas. Iba armado con un cuchillo a la cintura y un arma muy extraña en la mano derecha, una especie de flauta.

Egil reconoció el arma, era una cerbatana.

—Cuidado, dardos venenosos —advirtió.

Capítulo 40

Las Panteras mantuvieron una calma tensa. Tenían las armas en las manos y las apretaban por lo que pudiera suceder. Al primer indígena le siguieron otros dos que aparecieron a sus lados de entre el espesor de la jungla. Otra media docena surgió tras ellos. Todos vestían igual y tenían rasgos similares, muy exóticos. Portaban cerbatanas o arcos muy pequeños con flechas para tirar de muy cerca.

El que había aparecido el primero observaba a Las Panteras con detenimiento. Inclinó la cabeza a un lado y luego al otro. Los estaba examinando. Por la expresión de extrañeza de su rostro, parecía no saber qué pensar del grupo.

De pronto, hizo un gesto con las dos manos, como si cogiera un objeto redondo y les habló en un idioma muy extraño.

Todos miraron a Egil de reojo que se dio cuenta y se dispuso a intentar entenderse con el indígena.

—Nosotros… —dijo señalando al grupo— somos amigos…

El extraño ser torció el gesto. No pareció gustarle la respuesta de Egil. Repitió el mismo ademán, como si cogiera un objeto, y masculló unas extrañas palabras en su idioma de la selva.

Egil levantó las manos y le mostró las palmas.

—Venimos en paz…

El líder indígena ladró un par de frases y ya era más que manifiesto que estaba muy disgustado.

Egil bajó la cabeza e hizo como que le rendía pleitesía para aplacar su enfado.

El líder repitió por tercera vez el gesto y volvió a pronunciar palabras que no entendieron. Miró fijamente a Egil, como si esperara una respuesta concreta. El problema era que Egil no entendía qué le estaba preguntando. Imitó el gesto del indígena con las manos.

—Amigos —le dijo.

El líder indígena se volvió hacia los suyos y gritó una orden.

A todos les quedó claro que no era una amistosa.

Los indígenas levantaron sus cerbatanas y arcos apuntando a las Panteras.

—¡Atención, nos atacan! —advirtió Ingrid.

Antes del aviso de Ingrid, Astrid y Viggo ya habían reaccionado y se movían para flanquear a los atacantes. Gerd agarró a Egil de la solapa y lo lanzó hacia atrás. Lasgol y Nilsa apuntaron a los indígenas.

Varios dardos salieron disparados en busca del cuerpo de Egil al que Gerd había lanzado hacia atrás. Los dardos pasaron cerca pero no lo alcanzaron. Ingrid y Nilsa tiraron contra dos de los tiradores con arcos alcanzándolos antes de que pudieran soltar. Lasgol vio que uno de los indígenas iba a hacerlo sobre él y no tuvo más remedio que abatirlo con una flecha que le alcanzó en el torso desnudo.

Varios dardos buscaron alcanzar a Astrid y a Viggo que avanzaban sobre los indígenas, pero ellos los esquivaron con desplazamientos fugaces. Un momento después se lanzaban sobre sus atacantes y acababan con dos de ellos.

Ingrid se desplazó y volvió a tirar con gran rapidez, acabando con otro que la apuntaba con su cerbatana. Nilsa fue más lenta y el indígena al que quería alcanzar se agachó y desapareció de su vista. Un momento después, de entre las plantas salió un dardo directo hacia ella que con ojos de espanto vio que se dirigía a su cara. Puso su arco en la dirección del dardo y este golpeó la madera y salió desviado.

El líder indígena tiró contra Egil con su cerbatana. Camu, en estado camuflado saltó enfrente y el dardo le alcanzó a él. No pudo atravesar sus escamas. Desde un lado Ona saltó sobre el líder indígena y lo derribó. Le dio un zarpazo que le alcanzó en el hombro produciendo una herida profunda. El líder se revolvió en el suelo y salió corriendo para perderse en el interior de la selva.

Un momento después se oyó un potente grito y los indígenas restantes se retiraron desapareciendo en la jungla como si se los hubiera tragado.

—¿Todos bien? —preguntó Lasgol

—Sí… por poco… —dijo Egil que se ponía de pie.

—Que mal humor que tienen estos naranjitos —dijo Viggo que, agachado sobre el que había matado, estudiaba el color de su piel y las escamas que tenía dibujada sobre todo el cuerpo.

—Bastante agresivos, sí —dijo Ingrid que miraba entre las plantas con su arco preparado por si aparecía alguno más con intenciones belicosas.

—He hecho cuanto he podido por evitar el enfrentamiento… —se lamentó Egil.

—No es culpa tuya —le dijo Lasgol—. No siempre se puede dialogar.

—Sobre todo cuando no se conoce el leguaje ni las señas que

utilizan —dijo Lasgol.

—Yo creo que buscaba una respuesta concreta, un gesto y una respuesta y como no se los has dado pues nos ha tomado por enemigos —dedujo Astrid.

—Sí, eso bien podría ser —asintió Egil—. Gracias, Gerd, me has salvado.

—No se merecen. Me he dado cuenta de que no te iba a dar tiempo a esquivar. Igual he tirado un poco demasiado fuerte —le dijo el grandullón.

—No, para nada —dijo Egil y puso cara de todo lo contrario.

Lasgol y Nilsa sonrieron.

—Gracias a ti también, Camu.

"Yo feliz ayudar".

—Buscad si os ha alcanzado algún dardo o flecha, aunque solo sea rozando —dijo Egil que examinaba ahora uno de los dardos usados en el ataque. Tenía una substancia verdosa en la punta.

—A mí no me han dado —dijo Gerd que se buscaba alguna herida por piernas y brazos.

—A mí ya les gustaría rozarme, de eso nada —dijo Viggo todo seguro de sí mismo.

—Todo bien por aquí —dijo Nilsa e Ingrid también asintió.

El resto buscaron alguna herida en sus cuerpos y por suerte no la encontraron.

—Estos dardos están envenenados, como me imaginaba —dijo Egil estudiándolos—. He leído de tribus que utilizan cerbatanas con proyectiles envenenados en tomos sobre civilizaciones antiguas de Tremia. Nunca había conocido una.

—Pues mira qué suerte la nuestra que ahora si la conocemos —se quejó Viggo.

—Esto nos complica mucho las cosas —dijo Lasgol—. Ahora no solo nos enfrentamos al Orbe, Drugan, Viggen y sus sectarios, sino a los indígenas agresivos de esta jungla.

—Sí, la cosa se está poniendo muy fea —dijo Gerd que observaba la impenetrable jungla que los rodeaba.

—Tranquilidad. Tenemos a la caravana delante, no muy lejos. Sigámosla hasta donde sea que nos lleve y acabemos con todo esto —dijo Ingrid dando ánimo.

—De acuerdo —se le unió Nilsa.

—Avancemos con cuidado, podríamos encontrarnos con más de estos salvajes —dijo Astrid.

—¿Creéis que son caníbales? —preguntó de pronto Viggo.

—¿Por qué preguntas eso? —le dijo Gerd con ojos de angustia.

—Porque son muy raritos y hay caníbales sueltos por algunas regiones perdidas de Tremia —respondió Viggo.

—No creo que lo sean. Por su dentadura y el hecho de que no llevan huesos de ningún tipo como accesorios, yo diría que no lo son —les calmó Egil.

—Mejor —resopló Nilsa aliviada.

—Yo que tú me andaba con cuidado grandullón que estás muy sabrosón —bromeó Viggo.

—No seas merluzo que bastante tensa es la situación —le regañó Ingrid.

—Camu, mejor si tú y Ona vais delante por si aparecen más indígenas —les sugirió Lasgol.

"Nosotros ir" les envió Camu.

Ona se le unió y desaparecieron frente a ellos para abrir camino.

Continuaron con la persecución de la caravana. Ahora iban con las armas en las manos y muy atentos a la selva que los rodeaba por si aparecía algún salvaje de cuerpo anaranjado. O veían volar flechas y dardos venenosos en su dirección. Todos iban muy alerta y tensos ya que el espesor de la jungla no permitía ver más allá de dos palmos de donde se encontraba cada uno.

Cruzaban la selva a paso lento, sufriendo la humedad, el calor, los mosquitos y atentos a la peligrosa fauna y a los salvajes. La marcha se hacía dura y parecía que nunca iban a llegar al destino. La caravana seguía su rumbo dirección noroeste cruzando la selva y no parecía que fueran a parar. Llegó la noche y se detuvo, con lo que las Panteras se detuvieron a descansar. Hicieron turnos de guardia para pasar la noche y esta fue larga y muy tensa pues aquel entorno era de los más hostiles para descansar.

A la mañana siguiente reanudaron la marcha. No había sucedido nada importante durante la noche, de lo cual dieron gracias a los Dioses de Hielo. Para el atardecer llegaron a una zona con menos densidad de plantas y todos se sintieron algo más aliviados. Desde el claro podían distinguir el gran volcán humeante. Era de verdad impresionante. De una altura similar a una de las grandes montañas norghanas, parecía inaccesible, al menos la parte superior del cráter. Además, y para hacerlo todavía más temible, el humo que desprendía hacía pensar que podía entrar en erupción en cualquier momento.

Observaban aquella maravilla de la naturaleza cuando les llegó el mensaje de Camu.

“Caravana en falda volcán”.

“¿Puedes acercarte y ver a dónde se dirigen?” le pidió Lasgol a Camu. Su habilidad comunicación animal alcanzaba ahora mucho más que antes pues la había ampliado y potenciado.

“Yo investigar”.

—Apuesto a que van a sacrificar a los esclavos al volcán, ¿qué os jugáis? —dijo Viggo.

—No seas desalmado —protestó Nilsa.

—Y merluzo —añadió Ingrid.

—¿Qué? Es lo más probable y todos lo sabéis.

—Aun así, calla —le dijo Nilsa.

—¿No es que…? —comenzó a decir Viggo cuando se agachó con una celeridad casi inhumana.

De súbito, se escucharon varios silbidos sordos.

—¡Nos atacan, al suelo! —les dijo Lasgol que captó el sonido y se lanzó a un lado esquivando dos dardos que buscaban alcanzarlo.

Todos reaccionaron al momento. Se lanzaron al suelo.

Un dardo pasó rozándole la cabeza a Nilsa, pero consiguió esquivarlo. Astrid se había tirado al suelo con la velocidad del rayo y serpenteaba como una víbora en busca de su presa.

Egil sintió el impacto de un dardo en el estómago. Se asustó. Le habían alcanzado. Se fue al suelo y miró la herida. No le dolía lo que le sorprendió. Encontró el dardo en su cinturón de guarda sanador. Había golpeado un contenedor y no había llegado a alcanzar su carne.

—Por qué poco —resopló aliviado.

Lasgol, Nilsa e Ingrid tiraban contra los nativos que aparecían entre la espesura de la jungla para atacarlos con sus cerbatanas y arcos cortos. Astrid y Viggo se arrastraron por el suelo y entraron en la jungla a repartir muerte.

—¡Me han dado! —avisó Gerd.

Lasgol se retrasó a ayudarlo mientras seguía tirando. Usó sus habilidades de tiro para acabar con varios salvajes y ayudó a Gerd al que hizo un torniquete en el brazo por si la flecha estaba envenenada. Luego le abrió la herida con el cuchillo y chupó la sangre de Gerd escupiéndola, intentando sacar el veneno.

Ingrid se desplazó a cubrir a Egil que intentaba ponerse sobre una rodilla para poder tirar y defenderse.

—Parece que el líder indígena ha ido a por refuerzos —dijo Nilsa que disparaba en cuanto veía movimiento entre la vegetación.

—¡No me des a mí! —le llegó el aviso de Viggo que andaba

cazando indígenas entre el follaje selvático.

Continuaron luchando y de pronto se hizo el silencio. Ingrid, Nilsa y Lasgol apuntaban con sus arcos si bien no tenían blanco contra el que tirar. Astrid y Viggo estaban entre la maleza, pero no podían verlos y no se movían. Gerd y Egil se arrastraban hacia un árbol para protegerse.

Lasgol utilizó su habilidad Presencia Animal y la sobrecargó para poder ampliar el área de acción. Captó a sus compañeros, a varios animales selváticos y a dos seres que debían de ser indígenas algo al sur. Le hizo una seña a Ingrid para indicarle dónde estaban. Ella asintió. Lasgol utilizó su nueva habilidad Flechas Elementales y creó una Flecha de Aire que surcó la distancia buscando el punto entre las plantas donde había identificado que estaba escondido uno de los dos indígenas.

La flecha alcanzó al salvaje y al detonar soltó una descarga que hizo que se pusiera en pie. Ingrid lo remató de un tiro certero a la cabeza. El otro indígena se levantó para tirar contra Ingrid, pero ella ya se había desplazado cambiando de posición. Para cuando quiso corregir el tiro con su cerbatana, tenía otra flecha de Ingrid en el torso.

Lasgol captó con su Ojos de Halcón cómo un último indígena huía hacía el sur.

—Despejado, ya no queda nadie —les dijo Lasgol que había utilizado de nuevo todas sus habilidades para ver, oír, o detectar enemigos una tras otra.

Egil corrió a examinar la herida de Gerd.

—No te quites el torniquete, Lasgol te ha salvado la vida con esa cura rápida. Déjame darte un par de antídotos que llevo. No sé si servirán contra el veneno que usan estos indígenas, pero no perdemos nada por probar.

—De acuerdo —le dijo Gerd a Egil—. Gracias, Lasgol.

Este sonrió al grandullón.

—No hay de qué.

—Estos salvajes son un dolor —dijo Viggo que apareció entre la vegetación.

Astrid se levantó algo a su derecha.

—Peligrosos es lo que son.

—No podemos pelear aquí en su entorno contra ellos. Poco a poco nos irán alcanzado y abatiendo uno a uno —razonó Ingrid.

—Estoy de acuerdo —dijo Lasgol.

Camu y Ona aparecieron en ese momento.

“¿Ataque salvajes?” preguntó Camu.

—Sí, nos hemos librado por poco —le dijo Nilsa.

“Nosotros seguir caravana. Saber dónde están”.

—¿Dónde han ido? —le preguntó Lasgol.

“Entrar en volcán por cueva” les informó Camu.

—¿Veis? Tenía yo razón —les dijo Viggo.

—Tenemos que seguirles. Van a encontrarse con el Orbe —les dijo Egil que terminaba de curar la herida de Gerd.

—¿Queremos entrar en un volcán? —preguntó el grandullón.

—¿Prefieres quedarte aquí y que nos acribillen estos salvajes y muramos envenenados? —le dijo Viggo.

—No… eso tampoco…

—Hay que ir al volcán —dijo Ingrid—. Allí al menos veremos venir a estos indígenas endemoniados, no cómo aquí.

—No tendrán la ventaja que les proporciona la selva —dijo Lasgol.

—Muy bien, al volcán vamos —sentenció Ingrid.

—Qué bien, siempre había querido darme un bañito en lava candente —comentó Viggo sonriendo.

—Calla o yo misma te clavo uno de estos dardos envenenados en el trasero —le dijo Ingrid arrancando uno de un árbol que tenía a su lado.

Viggo sonrió y no dijo nada más.

Lasgol escuchó movimiento en la selva, al sur.

—¡Me parece que vienen más salvajes! —les advirtió.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Ingrid.

—Camu, Ona, guiadnos —les pidió Lasgol.

“Seguir, rápido” les dijo la criatura y salieron todos corriendo.

Llegaron hasta el final de la jungla y corrieron hacia la falda sur del volcán. Según corrían iban echando la vista atrás por si los salvajes los seguían. Iban como si les persiguiera una manada de leones hambrientos.

Alcanzaron los primeros repechos del volcán y el terreno se volvió volcánico. Allí no crecía vegetación. Eran capas de lava solidificada una sobre otra. Saltaron por encima de las rocas y encararon una gran cueva que parecía ser un antiguo desaguadero de lava del volcán. Entrar en la cueva no les hacía demasiada gracia, donde una vez hubo lava, podía volver a haberla.

—¡Nos persiguen! —dio la alarma Lasgol que había visto a un grupo de una docena de salvajes abandonar la jungla y lanzarse tras

ellos.

—¡Nos encargamos! —dijo Astrid que se detuvo a tirar. Nilsa e Ingrid se pararon con ella.

Lasgol ayudaba a Gerd a subir. Egil iba con ellos. Viggo ya estaba en la entrada de la cueva con Camu y Ona, despejaban el camino.

Los salvajes corrían ahora por la planicie, sin la cobertura de la selva. Eran blancos fáciles por mucho que corrieran y lo hacían como caballos desbocados.

—Que no lleguen —les dijo Astrid a Nilsa e Ingrid.

—No lo harán —le aseguró Ingrid.

Las flechas volaron, primero una y a continuación, varias veces, de tres en tres.

Lasgol, Egil y Gerd llegaron a la entrada de la cueva.

—Todo despejado —les dijo Viggo que señaló a dos iluminados muertos en el suelo en el interior de la gran cueva.

—¿Vigías? —preguntó Lasgol.

—Eso parece. Corrían a dar la alarma, los he detenido.

“Nosotros ayudar” comentó Camu.

—Cierto, el bicho nos ha mantenido invisibles a Ona y a mí. Para cuando esos dos han echado a correr ya estábamos aquí arriba.

—Entonces no han dado la alarma —dijo Egil.

—No, de momento no.

Astrid, Ingrid y Nilsa llegaron arriba.

—Los salvajes ya no nos persiguen —anunció Ingrid.

—Muy bien, creo que ha llegado el momento de encargarnos del Orbe y sus sectas —dijo Egil señalando un túnel al final de la gran caverna.

—Y para hacerlo nada mejor que entrar en el vientre de un volcán —dijo Viggo.

—¿No querías un poco de acción? —le preguntó Ingrid con ironía.

—Cierto, y entrar en un volcán activo para acabar con dos sectas y un dragón inmortal que quiere reencarnarse es lo que yo llamo un poco de acción —sonrió.

—Tened todos mucho cuidado. Nos espera un gran peligro ahí adentro —les advirtió Egil y su tono era uno de seria preocupación.

Lasgol miró a Gerd y en sus ojos vio el miedo, por lo desconocido que tendrían que afrontar. Lasgol también lo sintió. Por fortuna estaba rodeado de sus compañeros. Miró a Astrid, Ingrid, Nilsa, Viggo, Egil, Ona y Camu, en sus ojos veía inquietud pero también valentía. Eso le

reconfortó. Fuera lo que fuera lo que tuvieran que afrontar, lo harían juntos.

—¡Entremos, Panteras! —exclamó y lideró el camino al interior del volcán.

Capítulo 41

Avanzaron por el largo túnel de roca y lava solidificada. Las paredes estaban negras y porosas. Otorgaban al pasadizo un aspecto tenebroso, como si estuvieran adentrándose en la guarida de un ser de fuego y roca que los iba a calcinar y a engullir a todos. Terminarían siendo parte de aquellas paredes de roca requemadas.

Ninguno decía nada según avanzaban, descendían por el tenebroso túnel que parecía dirigirse cuesta abajo a las entrañas del volcán. La tensión y el sentimiento de que se adentraban en un infierno del que no había retorno era cada vez mayor. Si aquel túnel seguía descendiendo era posible que llegaran al corazón de magma del volcán.

Por fortuna, no fue así. El túnel desembocó en otra caverna más profunda. Sintieron un calor abrasador provenir de otra caverna a su izquierda. Inmediatamente supieron que allí era donde debían dirigirse. Era un calor muy intenso, seco, inaguantable. Siguieron hacia esa sensación sin arrugarse, si tenían que ir hasta las mismísimas entrañas del volcán, lo harían con tal de evitar que el dragón inmortal se alzara.

Continuaron descendiendo por dos túneles y cavernas más. En la última encontraron antorchas prendidas. Decidieron extremar las precauciones. Camu usaría su invisibilidad para avanzar con Astrid y Viggo. El resto del grupo aguardaría a que indicaran que el paso estaba despejado.

“Poder seguir” les llegó el mensaje de Camu.

Con Lasgol a la cabeza el grupo continuó avanzando. Entraron en otro túnel que también descendía y encontraron a dos iluminados muertos. Astrid y Viggo estaban abriendo caminos. Ya de por sí los dos asesinos eran muy difíciles de discernir en entornos oscuros como aquel, pero con la invisibilidad que Camu les proporcionaba podían avanzar a mucha mayor velocidad.

Desembocaron en una cueva todavía más profunda y sus temores comenzaron a convertirse en realidad. Por una de las grietas en el suelo podía verse pasar un río de lava candente. Los vapores que salían de las grietas eran tóxicos y tuvieron que ponerse los pañuelos de guardabosques, esta vez para taparse nariz y boca. El calor era ahora insoportable. La roca ardía en las zonas cercanas a la lava.

—Esto se pone cada vez más feo —dijo Nilsa.

—Más bien caliente —dijo Ingrid con un gesto de que aquello no le gustaba nada.

—Sigamos, debemos estar muy cerca ya —dijo Egil.

Entraron en otra caverna de difícil tránsito. Treparon y saltaron por encima de una serie de descomunales rocas que estaban partidas, levantadas, y enfrentadas las unas contra las otras. Era como si una vez formaran un suelo y este se hubiera roto por la presión que llegaba desde el fondo. Lo que los dejó sin habla era que entre las roturas podía verse debajo, a mucha profundidad, un mar de lava.

Estaban llegando al corazón del volcán.

—Si continuamos bajando no sobreviviremos al calor y los gases —le dijo Ingrid a Egil.

—Lo sé. Debemos de estar ya muy cerca. Los iluminados y los defensores tampoco podrán bajar más.

—Cierto —dijo Lasgol—. Nadie puede.

"¡Venid, rápido!" les llegó el mensaje de Camu y era de urgencia.

Corrieron hasta el final de la caverna y encontraron un pasaje con dos nuevos guardias muertos. Avanzaron hasta llegar al final del mismo que desembocaba en una atalaya de roca negra.

"Al suelo. No ver" les avisó Camu.

De inmediato se echaron todos al suelo. La atalaya era grande y estaba inclinada hacia arriba, hacia la bóveda de una gigantesca caverna volcánica. La cueva era descomunal tanto en cuanto a su altura como en cuanto a la amplitud de su base. Se arrastraron hasta el borde de la atalaya y con mucho cuidado observaron lo que sucedía abajo.

Lo que vieron los dejó de piedra.

Nunca lo olvidarían.

Sobre un suelo negro e irregular bajo el que se apreciaban franjas de lava ardiente, descubrieron más de medio millar de esclavos trabajando sin descanso. Los controlaban iluminados con látigos y espadas. Un tercio estaban trabajando en un inmenso foso rectangular que habían cavado a lo largo de la pared norte de la cueva. Debía de tener más de cincuenta varas de largo por treinta de ancho. La profundidad era de más de cinco varas.

Los esclavos estaban revistiendo las paredes del inmenso foso con bloques de lo que parecía acero y plata. Los de plata los estaban colocando sobre los de acero. La profundidad y amplitud del foso era tal que ocupaba dos tercios de la base de la gran caverna. Por lo que se apreciaba les faltaba ya muy poco para finalizar.

Los bloques eran tan grandes y pesados que se bajaban con docenas de grandes grúas de poleas que estaban situadas a lo largo del gran foso y que otra gran cantidad de esclavos bajo la supervisión de los defensores estaban manejando. El repiqueteo de martillos y cinceles subía rebotando en las altísimas paredes de la cueva y resultaba ensordecedor. Las paredes estaban oscuras y solo había luz en la base donde todos estaban trabajando.

Otro tercio de los esclavos estaba terminando de montar lo que parecían cuatro grandes conductos de acero que salían de cuatro orificios en la pared este de la cueva y se dirigían hasta el gran foso en cuyo interior los esclavos se afanaban por terminar el trabajo. Los gritos de los guardias y los chasquidos de los látigos se entremezclaban con los golpes de martillo y el estruendo iba en aumento.

El último tercio de los esclavos, exhaustos, estaban tumbados justo debajo de la gran atalaya en la que estaban las Panteras, a más de quince varas de profundidad. Debían de estar trabajando a turnos y ahora descansaban hasta que les tocara volver a relevar a sus compañeros de trabajos forzados.

Un sinuoso camino cincelado en la pared de roca descendía desde la atalaya que daba entrada a la inmensa cueva hasta abajo. Lo hacía dando una enorme vuelta a todo el perímetro de la cueva hasta llegar al suelo donde los esclavos trabajaban.

—¿Qué demontres están haciendo? —preguntó Ingrid con el cejo fruncido.

—¡Ese foso que han cavado es inmenso! —exclamó Nilsa y se quedó con la boca abierta.

—Esto es sobrecogedor… Tienen a todos esos esclavos trabajando en… ¿en qué? —preguntó Lasgol que no entendía lo que sucedía.

—Nosotros ya hemos visto algo similar… a menor escala… —comentó Gerd.

—¿Sí? ¿Dónde? —preguntó Astrid a la que ahora podían ver pues Camu había dejado de utilizar su camuflaje y se había retirado al pasadizo para no ser visto.

—En las fraguas de la zona norte de Bilboson. Los vimos construyendo uno como ese, pero a una escala mucho menor —les explicó Egil—. Lo que no calculamos era que solo estaban ensayando… pensamos que estaban haciendo algo allí… erramos… —dijo Egil que se quedó pensativo.

—¿Practicando para qué? Si se puede saber. ¿Para qué es toda esta operación de minería? —preguntó Viggo que arrugaba el ceño muy descontento.

—No parece que sea minería… —dijo Lasgol.

En ese momento se escucharon voces altisonantes. De un túnel en la cara oeste de la cueva a nivel del suelo aparecieron unas figuras. Primero aparecieron cinco indígenas, de piel naranja y pelo amarillo, solo que no lo llevaban rapado a los lados, sino que lo tenían largo. Debían de ser jefes tribales. Con ellos iban una docena de indígenas más.

Luego apareció Drugan, con sus dos brujos Xoltran y Vingar. Tras ellos iban Viggen y sus defensores con los escudos de plata.

Finalmente surgió al que tanto tiempo llevaban buscando: el Orbe de Dragón.

Las Panteras observaron en silencio, aguantando la respiración por si los descubrían. Estaban a mucha altura, no deberían de poder verlos y escucharlos entre aquel ruido ensordecedor era todavía menos posible.

—Ahí está, por fin —dijo Ingrid.

—Por un momento pensé que nunca daríamos con él —confesó Nilsa.

—Están aliados con los salvajes —comentó Astrid.

—Eso explica que quedaran confusos al vernos, pensaron que veníamos en nombre de Drugan o Viggen —razonó Lasgol.

El orbe levitaba y se acercó al centro del gran foso.

“Que se haga luz” demandó el orbe con su profunda y dominante voz mental y destelló en plata.

De súbito toda la pared norte de la gran caverna se iluminó. Cientos de antorchas que habían sido colocadas alrededor de algo incrustado en la roca prendieron a la vez. Lo que la luz descubrió dejó a todos sin habla.

Fosilizado en la roca y conservado perfectamente en lo que debía de ser ámbar o algún tipo de resina similar, descubrieron un monstruoso dragón de más de cincuenta varas de longitud. Tenía las enormes y letales fauces abiertas. Se podían apreciar con total claridad sus ojos amarillos reptilianos, los cuernos sobre ellos y la cresta que le recorría la espalda y le bajaba por la larga cola. Todo su cuerpo estaba recubierto de escamas. Las potentes garras devastadoras parecían sujetarlo en la pared. Tenía las alas recogidas contra el cuerpo, pero ya se anticipaba que eran formidables.

—No… puede ser… —balbuceó Viggo totalmente atónito.

—Es un dragón de verdad— dijo Nilsa que no daba crédito.

—Está conservado en una substancia… —comentó Ingrid—. ¿Cómo puede ser? ¿Por qué no se ha descompuesto?

—Debe de llevar miles de años ahí, debería de ser esqueleto y polvo —dijo Astrid.

—Es un fósil… o más bien el dragón ha quedado conservado dentro de resina fosilizada. Lo conocéis como ámbar. Me temo que no ha sido por accidente —explicó Egil.

—El orbe ha encontrado lo que andaba buscando, el cuerpo que necesita para reencarnarse —dijo Lasgol al que le costaba dar crédito a lo que estaba presenciando.

El dragón parecía tener el cuerpo de color ámbar-anaranjado y la cabeza de un amarillo-ocre. Era sin duda debido a la resina en la que se encontraba fosilizado. Eso explicaba en cierta manera la extraña apariencia de los indígenas que también tenían la cabeza de amarillo y el cuerpo naranja. El cabello era sin duda pintado y la imitación a escamas de la piel también. Sin embargo, la pigmentación naranja era otra cosa.

—Los indígenas conocían de la existencia del dragón —razonó Egil.

De pronto el Orbe volvió a pronunciarse y todos los presentes lo oyeron con potencia en sus mentes.

“Que entre el fuego” ordenó.

Los defensores que estaban junto a la pared este abrieron las cuatro compuertas de los cuatro conductos que salían de la pared y comenzó a bajar lava líquida por ellos. Los esclavos acababan de terminar de asegurar el último tramo y se apartaron corriendo para no ser alcanzados por la lava.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Ingrid a Egil.

—Van a llenar el foso de lava líquida —le dijo Egil.

—¿Para qué? —quiso saber Nilsa.

—No estoy seguro… —dijo Egil.

La lava líquida salía de la pared por las cuatro aberturas y corría por los grandes conductos hasta el foso.

—¿Qué hacemos? Algo está pasando y seguro que bueno no es —dijo Ingrid.

—Sea lo que sea que están haciendo debemos impedirlo —dijo Astrid.

De pronto, el Orbe volvió a comunicarse mentalmente.

“Ha llegado el gran momento. Arrodillaos todos ante mi poder” proclamó.

—Los deseos de nuestro amo serán siempre honrados —respondió Drugan que se arrodilló. Un instante después lo hicieron Xoltran y Vingar.

—Servimos a nuestro señor todopoderoso —dijo Viggen que también se arrodilló. Los defensores le imitaron.

Los líderes indígenas también se arrodillaron y mostraron pleitesía.

«Soy Dergha-Sho-Blaska, el Dragón Inmortal, aquel que duerme y no muere. Rey entre los dragones".

—Nuestro señor es el Dragón Inmortal —dijo Drugan como recitando un credo.

—Rey entre los dragones, señor de dragones —dijo Viggen como si fuera un dogma.

«Ha llegado el momento de reencarnarme».

—Estamos a vuestro servicio. Esperamos vuestra reencarnación —dijo Drugan.

«Este es el cuerpo que he estado buscando. Donde mi espíritu puede revivir».

—El cuerpo de un rey dragón —dijo Drugan.

—Inalterado por el paso del tiempo. Esperando a ser requerido —dijo Viggen.

«Con este nuevo cuerpo, reinaré sobre todo este mundo".

—Ha llegado el momento de actuar —dijo Egil—. No podemos dejar que complete la reencarnación.

—¡Pasamos a la acción! —exclamó Viggo.

—¡Acabemos con esto! —dijo Ingrid.

Capítulo 42

—Tiradores, tenemos la posición elevada, aprovechémosla —dijo Egil.

—Muy bien, todos a los arcos —dijo Ingrid.

—Tiraré con mi arco de francotiradora —dijo Astrid.

—Viggo, Ona, Camu, cubrid la rampa. ¡Que no lleguen hasta nosotros! —dijo Egil.

—No pasará ni uno —aseguró Viggo mostrándole sus cuchillos.

«Nosotros defender. No pasar».

Ona gruñó dos veces.

—A mi señal, tirad contra los líderes —dijo Ingrid.

Las Panteras se prepararon para el ataque. Colocaron las flechas en las cuerdas de los arcos, tiraron de ellas hacia sus mejillas y apuntaron.

De pronto, el Orbe de Dragón destelló en plata.

«Orbe enviar onda de energía» avisó Camu.

Las Panteras se quedaron sin saber qué hacer.

—¿Qué es esa onda que envía el orbe? —preguntó Gerd.

«No saber, onda expansiva, llenar toda la cueva».

Lasgol intuyó lo que era. Era una similar a su Presencia Animal.

No se equivocó.

«¡Hay intrusos! ¡Arriba!» envió.

Todos se volvieron hacia la atalaya.

—¡Tirad, nos ha detectado! —gritó Lasgol.

—¡Acabemos con ellos, que nuestras flechas certeras encuentren sus podridos corazones! —profirió Astrid.

Las flechas salieron de los arcos de las Panteras y se dirigieron hacia cada uno de los líderes enemigos, que se prepararon raudos para defenderse.

La flecha de Ingrid buscaba el corazón de Drugan, que había desenvainado sus espadas cortas con empuñadura de dragón. La saeta se dirigió certera a atravesar el corazón del Brujo, pero con un movimiento de sus espadas, cruzándolas, Drugan consiguió golpear la

flecha y partirla sin que le alcanzara.

La flecha de Lasgol buscó acabar con Xoltran. Iba directa al centro de su torso. Pensó que lo tenía, que lo había sorprendido, pero de súbito sus pulseras brillaron con un destello de plata y produjeron una onda defensiva que desvió la flecha de Lasgol.

La de Nilsa buscó acabar con Vingar. Ya se le había escapado una vez, pero no lo volvería a hacer. El Brujo conjuró rápidamente y abriendo la boca emitió un gran rugido. La flecha se topó con una onda de fuerza que siguió al rugido y rebotó a un lado sin alcanzar su objetivo.

Egil tiró contra uno de los líderes indígenas. Un buen tiro, con la ventaja que daba tirar desde una altura como aquella. Le alcanzó en el torso y el jefe se fue al suelo muerto. Los otros jefes y sus hombres corrieron hacia la rampa para ir a por Egil.

Astrid buscó alcanzar a Viggen, su tío. Utilizó una flecha grande propulsada con su arco de francotiradora.

—Lo siento tío, elegiste mal tu búsqueda —murmuró según la flecha descendía veloz.

Viggen vio el ataque y levantó su escudo de plata. La flecha lo golpeó con gran fuerza e hizo retroceder a Viggen, pero no pudo traspasarlo.

—¡Defensores, racimo de escudos sagrados! —pidió Viggen y al momento los siete Defensores con escudos de plata que estaban tras él lo rodearon y pusieron sus escudos frente a Viggen formando un caparazón curvo que cubría de pies a cabeza.

Astrid se lamentó entre dientes mientras ponía otra flecha en la cuerda de su arco.

—¡Esclavos Dragón, formad una línea de defensa frente a nosotros! —ordenó Drugan.

Los esclavos con los ojos iluminados dejaron lo que estaban haciendo y avanzaron a la orden de su señor colocándose frente a los Brujos y el orbe. Si las Panteras tiraban, alcanzarían a los esclavos en lugar de a ellos.

«¡Subid y acabad con ellos! ¡Nada debe interrumpir mi reencarnación!» ordenó Dergha-Sho-Blaska con tal fuerza que llegó a la mente de todos, incluso la de las Panteras. El golpe mental que produjo su mensaje dejó a todos aturdidos un instante. Un momento después, pasado el efecto, Iluminados y Defensores cogían armas y emprendían la subida por la rampa hacia la plataforma. Corrían con las armas en alto, gritando como poseídos.

—¡Muerte a los sacrílegos! —gritaban los Iluminados.

—¡Los herejes morirán! —clamaban los Defensores.

Drugan, Xoltran y Vingar, protegidos detrás de los esclavos, comenzaron a atacar a los tiradores enviando rugidos de fuerza mental. Los tres Brujos rugieron y las ondas golpearon el saliente desde el que tiraban las Panteras. La estructura paró parte del impacto, pero Ingrid, Nilsa y Astrid se fueron de espaldas a causa del fuerte golpe físico y mental. Por suerte, no alcanzó a Lasgol y Egil, que estaban algo más escorados.

Mientras el combate se producía, el gran foso se iba llenando de lava líquida que provenía del corazón del volcán. Los esclavos, libres de la vigilancia de Iluminados y Defensores, buscaban alguna forma de huir de aquella gran cámara. Estaban aterrados y corrían de un lugar a otro sin saber qué hacer, presos del pánico.

El orbe parecía ignorar el combate, que había dejado a cargo de sus seguidores. Comenzó a enviar fuertes ondas plateadas contra la pared norte, donde descansaba el gran dragón, como una tremebunda representación pictórica de un mal terrorífico. La substancian que mantenía fosilizado al dragón parecía reaccionar al poder que le enviaba el orbe hasta que poco a poco comenzó a brillar con un color amarillento brillante.

Egil se percató y avisó a Lasgol.

—Está imbuyendo poder a la resina. Pretende liberar el cuerpo del dragón.

—Lo veo. Esa resina no es solo ámbar, debe tener un componente mágico para brillar así —dedujo Lasgol.

—Muy probablemente —asintió Egil.

El orbe envió más y más poder a la capa de resina hasta que el ámbar mágico comenzó a brillar como si fuera oro reflejando los rayos del sol.

«Siervos, vuestro señor os ordena que matéis a esos intrusos. No puedo ser molestado. El proceso de reencarnación ha comenzado» ordenó Dergha-Sho-Blaska a los suyos.

Mientras los tiradores de las Panteras continuaban intentando alcanzar a los líderes enemigos, con la dificultad añadida de no matar a los esclavos, los Iluminados y Defensores alcanzaban el tramo final de la rampa. Viggo, Camu y Ona aguardaban camuflados. Según los enemigos llegaban hasta ellos, les daban muerte y caían al vacío para estrellarse contra el suelo. Los Iluminados y Defensores morían sin saber lo que ocurría.

Los tres Brujos se dieron cuenta de que algo sucedía y atacaron con sus rugidos de fuerza la zona donde estaban Camu, Ona y Viggo. Camu se vio los ataques y utilizó su habilidad para negar la magia.

Destelló en plata y creó una cúpula protectora.

En ese momento, los indígenas que subían se percataron de que había algo raro y comenzaron a tirar con sus arcos y cerbatanas sobre la zona donde estaban los luchadores que no podían ver.

«Yo escudo» transmitió Camu y se colocó delante de Viggo y Ona para recibir él las flechas y dardos de forma que no alcanzaran a sus compañeros. Se sentía casi invencible avanzando camuflado y sin que los ataques del enemigo consiguieran penetrar sus escamas duras como el diamante.

—Avancemos y despeñemos a esos indígenas —dijo Viggo a Camu.

«Yo avanzar. Vosotros seguir» transmitió Camu y se dirigió hacia los indígenas, que a media rampa seguían tirando contra ellos.

El orbe continuaba enviando ondas de energía al dragón. Cambió los pulsos que enviaba por uno grande y sostenido sobre toda la superficie del ámbar fósil, como si quisiera iluminarlo con su poder.

—El orbe está enviando más energía al fósil —advirtió Egil.

Lasgol miró de reojo muy preocupado y envió un Tiro Preciso que pasó entre las dos cabezas de dos esclavos sin tocarlos. Estuvo a punto de alcanzar a Xoltran pero la magia de sus pulseras desvió el tiro.

—¡Con los Iluminados delante no podemos alcanzar a los Brujos! —dijo Ingrid.

Astrid tiró contra el orbe directamente y le alcanzó con una flecha de francotirador. Sin embargo, la sate no hizo ni que temblara. Seguía levitando y enviando su gran haz de energía al dragón en la roca.

Los Brujos rugieron defendiendo a su señor y los tiradores tuvieron que echarse al suelo sobre el saliente para protegerse y que las ondas de fuerza no les alcanzaran.

—Tengo una idea, cubridme con Flechas de Tierra —dijo Nilsa.

—De acuerdo —dijo Lasgol, que usó su habilidad Flechas Elementales. Golpeó en el torso de uno de los esclavos que estaba frente a Xoltran, la explosión cegadora y aturdidora no pareció afectar al esclavo, pero sí a Xoltran que tuvo que dar un paso atrás.

Ingrid tiró con otra Flecha de Tierra y molestó a Drugan lo suficiente como para obligarle a que se agachara para protegerse del efecto de la explosión. Egil tiró también e hizo lo propio con Vingar, que se escondió entre las piernas de los esclavos resguardándose del efecto de la flecha.

Un instante después Nilsa tiraba con una flecha marcada en morado. Cuando la flecha alcanzó a uno de los esclavos, explotó libreando un gas azul casi violáceo. Dos de los esclavos se fueron al suelo quedando sin sentido.

—¡Sueño de Verano! ¡Gran idea! —felicitó Egil.

Nilsa sonrió y volvió a tirar. Otros tres esclavos quedaron inconscientes en el suelo.

Los Brujos se dieron cuenta de la jugada y se retrasaron para que el gas no les alcanzara. En su retirada enviaron ataques de rugido contra las Panteras, que tuvieron que tirarse al suelo para no ser alcanzados.

Camu, Ona y Viggo llegaron hasta los indígenas y acabaron con ellos en un abrir y cerrar de ojos. Camu había recibido gran cantidad de flechas y dardos, pero no podían atravesar sus escamas, por lo que no resultó herido. Uno de los dardos casi le entra en un ojo y Camu, de pronto, no se sintió tan invencible. La criatura sabía que zonas como los ojos, pero también su boca y lengua, podían ser susceptibles de daño.

De repente, sintió que el orbe estaba utilizando grandes cantidades de poder Drakoniano y eso le preocupó. Avisó a sus compañeros.

«Orbe mucho gran poder ahora».

De pronto se escuchó un gran estruendo. Parecía que la pared norte de la gran cueva se partía. El combate cesó por un instante y todos miraron hacia ese lado. El orbe, con su poder focalizado en el dragón, había comenzado a extraerlo de la pared. Se escuchó otro estruendo de rocas partiéndose al fondo, detrás del fósil. El orbe comenzó a extraer todo el ámbar fosilizado con el cuerpo del dragón en él. El descomunal trozo de ámbar de más de 50 varas de largo por 20 de ancho salió de la pared en la que estaba contenido por la fuerza con la que el poder del orbe lo extraía.

—¡Por los Dioses de Hielo! —exclamó Ingrid.

—¡Lo ha arrancado de la pared entero! —exclamó Gerd con ojos enormes que no podían creer lo que veían.

—¡Y se lo lleva como si nada! ¡Pero si debe pesar como un castillo! —exclamó Nilsa.

—Está usando una cantidad de poder inmensa para ello —dijo Lasgol.

—Si gasta su poder quedará debilitado, ¿no? —preguntó Astrid.

—Según las leyes de la magia, así es —corroboró Lasgol.

—Esas leyes, ¿aplican a un orbe de dragón? —preguntó Ingrid.

Lasgol asintió.

—Son universales. Aplican a toda magia, incluida la del orbe.

—Entonces podremos atacar cuando se debilite —propuso Ingrid.

—El problema es que no sabemos de cuánta energía dispone —aclaró Egil.

El orbe continuó haciendo levitar el gran fósil de dragón con su haz de luz plateada sostenida. Lo atrajo hacia sí y luego lo movió lentamente hacia el gran foso, que ya estaba lleno de lava líquida.

«Gastar mucho poder» les llegó el mensaje de Camu, advirtiéndoles de que el orbe estaba utilizando mucha de su energía.

Y algo insólito sucedió. Lentamente, mientras todos observaban como hipnotizados, el orbe depositó el descomunal trozo de ámbar en el foso de lava y lo sumergió hasta que quedó completamente cubierto. Humo de un color entre dorado y anaranjado surgió del foso y la lava comenzó a derretir todo el ámbar que rodeaba y contenía el cuerpo del gran dragón mientras las paredes de plata y el poder del orbe ayudaban en aquel extraño proceso.

—Ahora ya sabemos lo que pretendía. —dijo Egil—. Hay que evitar que tome el cuerpo de ese dragón.

Todos salieron del momento hipnótico y la batalla se reanudó. Los esclavos, que temían por sus vidas, corrían de un lado a otro buscando una escapatoria. Un grupo entró en la caverna contigua, de donde habían salido el orbe y sus secuaces, pero no tenía salida alguna. Volvieron y el caos se apoderó de ellos.

Los tiradores de la Panteras atacaron a Drugan, Viggen y sus Iluminados y Defensores. Ya no tenían los esclavos para cubrirse, por lo que se vieron obligados a defenderse con magia y escudos.

Nilsa comenzó a usar sus flechas atronadoras. Tiró contra Vingar y cuando éste utilizó el rugido para defenderse de la flecha, esta estalló provocando que con el estruendo Xoltran se desconcentrara y no pudiera usar su poder. Ingrid, Astrid y Lasgol lo vieron y tiraron contra Xoltran mientras Egil tiraba contra Vingar. Los dos Brujos consiguieron detener los ataques, pero por muy poco.

Nilsa volvió a tirar con sus flechas anti-magia y Lasgol se unió a ella con una Flecha de Tierra que creó con su habilidad. El ataque de las dos saetas se vio frenado por la protección de las pulseras de plata de Xoltran, pero esto provocó que se detonasen a la vez uniendo sus efectos. Vingar y Xoltran quedaron aturdidos y no pudieron conjurar. En ese momento Gerd y Egil alcanzaron a Vingar en el torso con dos flechas. El Brujo dio dos pasos atrás y cayó muerto.

Astrid e Ingrid tiraron contra Drugan aprovechando que el ataque combinado de Nilsa y Lasgol lo había desconcertado. El Brujo intentó rugir, pero no pudo, desvió la flecha de Astrid con una espada y fue a hacer lo mismo con la de Ingrid, pero no pudo evitar que le alcanzara. Se le clavó en el hombro. Dio un paso atrás e intentó recomponerse.

Camu, Ona y Viggo llegaron abajo y fueron a por Viggen y los Defensores, que corrían hacia la rampa para intentar llegar arriba y

acabar con los tiradores. Sus trayectorias se cruzaron.

«No poder mantener más tiempo camuflaje. Costar mucha energía» avisó Camu a Viggo y Ona.

—No te preocupes, ya no lo necesito —l dijo Viggo.

«Yo parar habilidad. Necesitar dejar algo energía».

—Sin problema —aseguró Viggo.

Camu detuvo la habilidad y Viggen y sus Defensores los vieron aparecer a su izquierda.

—¡A ellos! ¡Defended a nuestro señor! —ordenó Viggen a los suyos.

—¡Muerte! —gritaron los siete y se lanzaron al ataque.

Viggo se lanzó con un salto enorme sobre dos de los Defensores, los más exteriores a la izquierda. Ona hizo lo propio con los de la derecha. Los tres que libraron el ataque fueron a por Camu. Viggen se quedó algo retrasado observando el orbe, que continuaba con su extraño ritual de lava.

Nilsa y Lasgol volvieron a tirar de forma compenetrada sobre Xoltran, que quedó aturdido y cegado y dando pasos hacia atrás. Gerd, Egil y Astrid tiraron contra él, pero las pulseras volvieron a salvarle desviando las flechas.

—¿Te quedan flechas de Sueño de Verano? —preguntó Lasgol a Nilsa.

—No, lo he gastado todo. Tampoco me quedan muchas más de mis flechas anti-magia. No hacemos más que tirar.

—Esas pulseras le protegen de ataques físicos… deberíamos probar ataques mágicos —razonó Egil.

Lasgol asintió.

«Camu, ataca con tu magia a Xoltran» le envió a su amigo.

«Poca energía» le transmitió Camu, al que atacaban tres Defensores sin poder herirle. Las estocadas y tajos que le soltaban con sus espadas no conseguían atravesar sus escamas.

«Un ataque será suficiente» dijo Lasgol. «Yo te ayudo desde aquí».

«De acuerdo».

—Centraros en Drugan, yo y Camu nos encargaremos de Xoltran.

—Eso está hecho —dijo Ingrid.

Cinco flechas salieron a dar muerte a Drugan, que se retiraba sin perderles cara soltando un rugido para evitarlas. Nilsa lanzó su última saeta anti-magia. El estruendo de la detonación lo desconcentró y por un momento no pudo conjurar. Los cinco tiradores volvieron a soltar. Drugan se defendió con sus espadas, pero la flecha de Astrid le

alcanzó en el costado derecho. Se dobló de dolor y cayó a un lado.

Viggo y Ona acabaron con los Defensores antes de que pudieran levantarse del suelo. Viggen atacó a Viggo, que se defendió con sus cuchillos. Ona corrió a ayudar a Camu, que tenía a los tres Defensores encima, mientras se dirigía hacia Xoltran.

Lasgol utilizó Tiro Múltiple y alcanzó a los tres Defensores antes de que Ona pudiera siquiera llegar a ayudar a su hermano. Camu llegó hasta Xoltran, que se volvió al verlo y levantó su gran espadón para atacar.

«Yo usar Aliento Helado» dijo Camu a Lasgol.

«Perfecto» dijo Lasgol apuntando a Xoltran.

Lasgol tiró en el mismo momento en que Camu abría la boca y dejaba salir su aliento helado. Las pulseras de Xoltran destellaron y desviaron la flecha de Lasgol. El aliento alcanzó de lleno a Xoltran y murió congelado donde estaba.

Viggo tenía a Viggen contra la pared. El líder de los Defensores manejaba bien la espada y el escudo, pero no era rival para un asesino como él. Viggo le hizo un corte en el brazo del escudo y luego en la pierna de apoyo usando combinaciones rapidísimas que Viggen no pudo bloquear del todo.

—Es el final, este impuro te va a atravesar el corazón —dijo Viggo con una sonrisa maliciosa.

—Puede que me mates, pero no conseguiréis detener a mi señor —dijo Viggen e hizo un gesto con la cabeza hacia el orbe, que se mantenía frente al foso.

Viggo observó el orbe.

Un destello muy potente surgió del fósil de dragón dentro de la lava del foso. De pronto todos pudieron ver cómo el cuerpo del dragón, libre de la resina, surgía de la lava y quedaba flotando en ella. El calor y el fuego de la lava habían liberado al dragón del ámbar y ahora el cuerpo del gran reptil mágico yacía perfectamente conservado.

—Moriréis todos aquí. Mi señor se reencarnará. Se alzará y conquistará Tremia —auguró Viggen.

Una flecha de Astrid alcanzó a Viggen en el hombro y lo derribó al suelo.

—Parece que has hecho enfadar a tu sobrina —le dijo Viggo sonriendo.

Cinco flechas alcanzaron al orbe, pero no se inmutó. No sufrió daño alguno.

Viggo se acercó hasta el objeto y lo golpeó con sus cuchillos.

No consiguió hacerle ni una marca.

Ona lo intentó soltando zarpazos y tampoco consiguió ni un arañazo.

Finalmente, Camu se acercó y con la última energía que le quedaba usó Latigazo Mágico con su cola seguido de Zarpazo Helado. El orbe recibió los dos ataques mágicos y tembló. Parecían haberle afectado algo, pero por desgracia a Camu no le quedaba más energía.

El orbe comenzó a brillar con destellos cada vez más potentes y a una mayor cadencia. El brillo era tan intenso que tuvieron que taparse los ojos para protegerlos. Comenzó a girar sobre sí mismo a una velocidad endiablada mientras emitía destellos. De pronto el cristal del orbe se resquebrajó y de la fractura comenzó a salir una luz intensísima, como si el orbe se hubiera roto por dentro.

De la rotura surgió un ente etéreo, como una sombra translucida, que se trasladó del orbe hasta el cuerpo del dragón, que descansaba en la lava. El orbe dejó de girar y destellar y cayó al suelo con un sonido hueco. Los ojos del dragón se abrieron y brillaron en color plata. A continuación, todo el cuerpo de aquella criatura destelleó.

Ante la mirada horrorizada de las Panteras, el gran dragón se puso en pie en mitad del foso, extendió sus inmensas alas y emitió un rugido atronador que hizo que todos se agacharan. Batió las alas. La fuerza del viento que levantó empujó a Viggo y Ona contra una de las paredes.

Con un brinco el dragón comenzó a volar agitando las alas y levantándose del foso.

—¡Tirad! ¡Hay que acabar con él! —gritó Ingrid.

—¡Tiremos todos! —dijo Nilsa.

—¡No debe escapar! —exclamó Astrid.

Las Panteras tiraron con sus arcos contra el dragón, pero las flechas salieron rebotadas de su cuerpo. No atravesaban sus escamas.

«Soy Dergha-Sho-Blaska, dragón inmortal, Rey entre dragones, y he renacido» proclamó.

Se elevó y se dirigió al techo de la caverna. Soltó un terrible rugido acompañado de magia y parte del techo se derrumbó.

Las Panteras seguían tirando, pero no conseguían herirle.

Los esclavos, muertos de miedo, corrían buscando una escapatoria mientras caían grandes trozos de roca. Los que caían sobre el foso de lava la salpicaban en todas direcciones.

—¡Salid de ahí! —dijo Nilsa.

—¡Las rocas y la lava van a matar a todos! —gritó Gerd.

—¡Viggo, saca a los esclavos de ahí! —pidió Ingrid.

Viggo asintió y envió a Camu y Ona a la rampa, luego cogió a varios esclavos y los puso también en la rampa a empujones mientras indicaba que subieran corriendo.

Se escuchó otro rugido y más rocas cayeron de los pisos superiores. Parte del volcán se derrumbaba mientras Dergha-Sho-Blaska se abría camino hacia el exterior.

—¡Vamos, todos fuera! ¡Rápido! —gritaba Viggo mientras caían trozos enormes de roca.

Los esclavos siguieron las indicaciones de Viggo y subieron por la rampa. Él fue el último en salir mientras seguían cayendo trozos de roca de los pisos superiores.

Escucharon un último rugido atronador.

Dergha-Sho-Blaska salió al cielo exterior.

El dragón inmortal había despertado.

Capítulo 43

Sentados en la playa rocosa y medio cubierta por lava sólida no muy lejos del gran volcán, las Panteras contemplaban los barcos norghanos llegar al rescate. Tras ellos, en un improvisado campamento, aguardaban los esclavos supervivientes custodiados por soldados norghanos. Habían conseguido sacarlos del volcán con vida y llegar hasta una playa cercana evitando a los indígenas. Al ser tantos, habían tenido que pedir más barcos para transportarlos. Por fortuna los indígenas no habían atacado. No parecía que quisieran abandonar la jungla y salir a la desprotegida playa.

Habían pasado varios días desde el despertar del dragón y el ánimo de las Panteras estaba por los suelos. Lo habían intentado con todas sus fuerzas, pero no lo habían conseguido. Dergha-Sho-Blaska se había reencarnado, habían fracasado. El sentimiento era tan profundo y preocupante que nadie hablaba, ni siquiera Viggo. El rey dragón había despertado y no habían conseguido evitarlo pese a todos sus esfuerzos.

Las Panteras de las Nieves no estaban acostumbradas al fracaso, porque siempre encontraban la forma de solucionar los grandes problemas, de una forma o de otra. Y esta vez no había sido así. El sentimiento de fracaso, preocupación y gran frustración los tenía a todos muy decaídos. Incluso Camu, que estaba tumbado junto a Ona, apenas decía nada y su habitual confianza en sí mismo y testarudez se habían disipado.

—Ha sido mi culpa —se culpó Ingrid—. Tenía que haberlo hecho mejor.

—No es culpa tuya, Ingrid, hiciste cuanto pudiste y lo hiciste bien —dijo Astrid.

—Aun así, me siento responsable… —reconoció Ingrid bajando la cabeza, cosa muy rara en ella, que siempre era tan determinada y fuerte.

—Todos hicimos cuanto pudimos, no es culpa de nadie —dijo Lasgol.

—Por una vez no voy a echar la culpa ni al rarito, ni al bicho, ni al sabiondo —dijo Viggo—. Todos estuvisteis muy bien, no se logró el objetivo. La vida es dura, no es justa, y no siempre los buenos ganan. Las cosas son así y hay que aceptarlas.

—Esa es una buena reflexión —se unió Egil—. Después de analizar todo lo que ha sucedido, mi conclusión es parecida a la de Viggo. Por mucho que lo intentáramos, quizás fuera inevitable después de todo. El orbe era demasiado poderoso para nosotros.

—Siempre habrá enemigos más poderosos que nosotros, desde reyes a seres mitológicos o hechiceros —dijo Lasgol—. Nosotros nos enfrentaremos a ellos si Norghana y sus gentes corren peligro, pero no hay certeza de que vayamos a salir victoriosos. Os lo puedo asegurar, recordad lo que ocurrió con mis padres. Ambos murieron intentando hacer algo en lo que creían, algo mejor para Norghana. Puede que ese destino nos aguarde…

—No nos pongamos fatalistas —dijo Viggo—. Todavía estamos vivitos y coleando y vamos a dar mucha guerra.

—Eso seguro —se unió Ingrid—. Nadie dirá que no luchamos y lo dimos todo por la causa, por muy improbable que fuera nuestra victoria.

—Ese orbe era indestructible —dijo Nilsa—. Le dimos con todo y no sufrió ni un rasguño.

—Bueno, se rompió por dentro, indestructible no era —dijo Astrid.

—Solo que no conseguimos romperlo nosotros —dijo Gerd con un gesto de rabia.

—Destruir el orbe iba a ser una tarea muy difícil, en cualquier caso. No solo era poderoso sino inteligente. Recordad que nos usó para intentar llegar a esta isla, que es lo que buscaba, ya que sabía que aquí había un cuerpo que podía usar.

—Sí, listo era, pero se equivocó de sitio y nos llevó a los bosques interminables de los Usik —comentó Nilsa.

«Orbe no saber runa isla» les transmitió Camu.

—¿Eso crees? —preguntó Egil intrigado.

«Yo no saber tampoco si no haber estado antes».

—Oh, cierto, para conocer la runa que gobierna el destino en el portal, el orbe debía haberla usado antes y quizás nunca lo había hecho.

—¿Entonces cómo nos mostró la imagen de la isla si no había estado nunca? —preguntó Nilsa.

—No había estado usando la perla, pero sí la había sobrevolado cuando era dragón —dedujo Egil.

—Eso estaba pensando yo también —dijo Lasgol.

—Entonces, creemos que el orbe sabía dónde estaba el cuerpo, esta isla, pero no sabía llegar usando el portal —resumió Gerd.

—Eso parece —dijo Lasgol—. De ahí que quisiera que nosotros lo trajéramos.

—Y quizás por eso no nos atacó al principio —dijo Ingrid.

—Ya, pero cuando encontró a sus seguidores fanáticos nos cambió por ellos —dijo Viggo.

—Ellos querían servirle, nosotros no —dijo Astrid—. Es natural que se fuera con los suyos, sobre todo teniendo en cuenta el descomunal trabajo que necesitaban hacer para revivir ese fósil de dragón.

—Estaba convencido de que lo íbamos a conseguir —dijo Gerd con tono de gran tristeza.

—Yo también. Nunca se me pasó por la cabeza que no lográramos detener el despertar del dragón inmortal —confesó Astrid.

—Yo estoy igual que vosotros. Siempre que nos proponemos algo, lo conseguimos de una forma o de otra… Esto ha sido un duro golpe… —dijo Nilsa.

—Ya predije hace mucho que un día el rarito, el bicho o el sabiondo nos iban a meter en un lío tan tremendo del que no conseguiríamos salir. Y ha pasado. Os lo dije.

—¿Ya te has quedado más a gusto? Porque ayudar no ayudas mucho… —dijo Ingrid.

—Un poquito más a gusto creo que sí —sonrió Viggo.

—Siempre hay una primera vez para todo, incluso para un gran fracaso —dijo Egil—. Nada podemos hacer ahora más que aceptar que fracasamos y seguir adelante.

—¿Creéis que se nos ha acabado la suerte? ¿Que las cosas nos van a empezar a ir mal? —preguntó Nilsa preocupada.

—Esperemos que no —dijo Gerd con ojos de horror.

—La suerte poco ha tenido que ver con lo que ha sucedido —dijo Egil.

—Algo de suerte hemos tenido, no estamos muertos y nos hemos enfrentado a un dragón inmortal y a sus fanáticos seguidores —dijo Astrid.

—Me pregunto por qué no volvió y acabó con nosotros —preguntó Viggo más para sí que para el grupo.

«No tener más energía. Yo sentir».

—¿No le quedaba poder? —preguntó Ingrid.

«No, casi no poder escapar. Exhausto».

—El proceso de reencarnación debió consumir todo el poder del orbe. Cuando el espíritu del dragón pasó al cuerpo debía de estar ya sin apenas energía —dedujo Egil.

—Usó lo poco que le quedaba para huir —dijo Lasgol.

—Quizás por eso no ha regresado a matarnos —razonó Astrid—, porque todavía no ha recuperado todo su poder.

—Es muy probable que así sea. Imagino que recuperar todo el poder que ha gastado en la reencarnación le llevará un tiempo —caviló Egil.

—¿Tú qué opinas, Camu? ¿Cuánto crees que tardará en recuperarse? —preguntó Lasgol.

«Muchos días. Igual también necesitar dormir sueño largo».

—¿Dormir sueño largo? ¿Qué significa eso? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

—Creo que Camu quiere decir hibernar —aclaró Egil.

—Podría ser, aunque también puede ser que aparezca ahora mismo e intente acabar con nosotros —dijo Lasgol.

—Qué rabia me da que no consiguiéramos parar la reencarnación… —dijo Ingrid con tono de gran frustración.

—Al menos hemos conseguido salvar a todos esos desdichados —dijo Nilsa observando a los esclavos en el campamento.

—Sí, eso sí. Hubiera sido una tragedia mayúscula que perecieran en el volcán —asintió Gerd, que también los observaba.

—¿Creéis que alguien más sobrevivió? —preguntó Astrid.

—Lo dudo, varios pisos de roca cayeron sobre la caverna y la sepultaron. Tenemos suerte de haber salido de allí con vida —dijo Lasgol.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Nilsa con tono triste.

—Sí, estamos en una situación terrible —dijo Gerd—. El dragón arrasará Norghana trayendo muerte y destrucción a los nuestros.

—Pues es bien fácil. Investigaremos cómo se mata un dragón, lo encontraremos y lo mataremos. Y asunto arreglado —dijo Viggo tan tranquilo.

—Por supuesto, eso suena facilísimo —dijo Nilsa.

—Mira, por una vez, me parece un plan fantástico —le dijo Ingrid a Viggo, y le guiñó un ojo.

Viggo sonrió de oreja a oreja muy contento.

—Creo que resultará algo más complejo de lo que Viggo ha estipulado, pero es sin duda el plan que debemos seguir —dijo Egil asintiendo.

«Plan bueno. Mucho difícil» comentó Camu.

Ona gruñó una vez.

—En ese caso, es el plan que seguiremos —se unió Lasgol.

—No se hable más, muerte al dragón —proclamó Astrid.

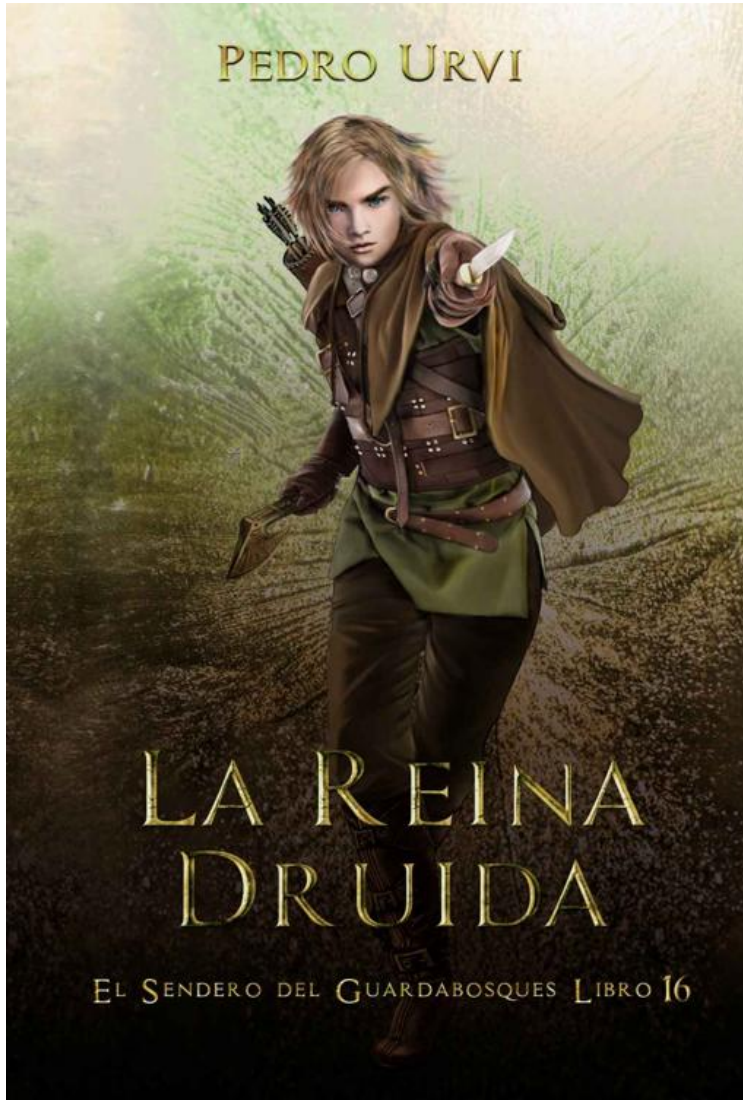
—¡Muerte a Dergha-Sho-Blaska! —exclamó Viggo levantando el puño al cielo.

—Muerte a Dergha-Sho-Blaska! —se unieron todos con el mismo gesto.

La aventura continua en:

La Reina Druida (El Sendero del Guardabosques, Libro 16)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Mientras esperas a la siguiente entrega de El Sendero del Guardabosques te recomiendo otras dos series mías con las que está relacionada:

Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre unos pocos años después de la serie del Sendero del Guardabosques.

Haz clic en el enlace o la foto

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes de la serie del Sendero del Guardabosques y está relacionada.

Haz clic en el enlace o la foto

Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo ya que no tengo editorial que me apoye. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias.

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: http://pedrourvi.com/

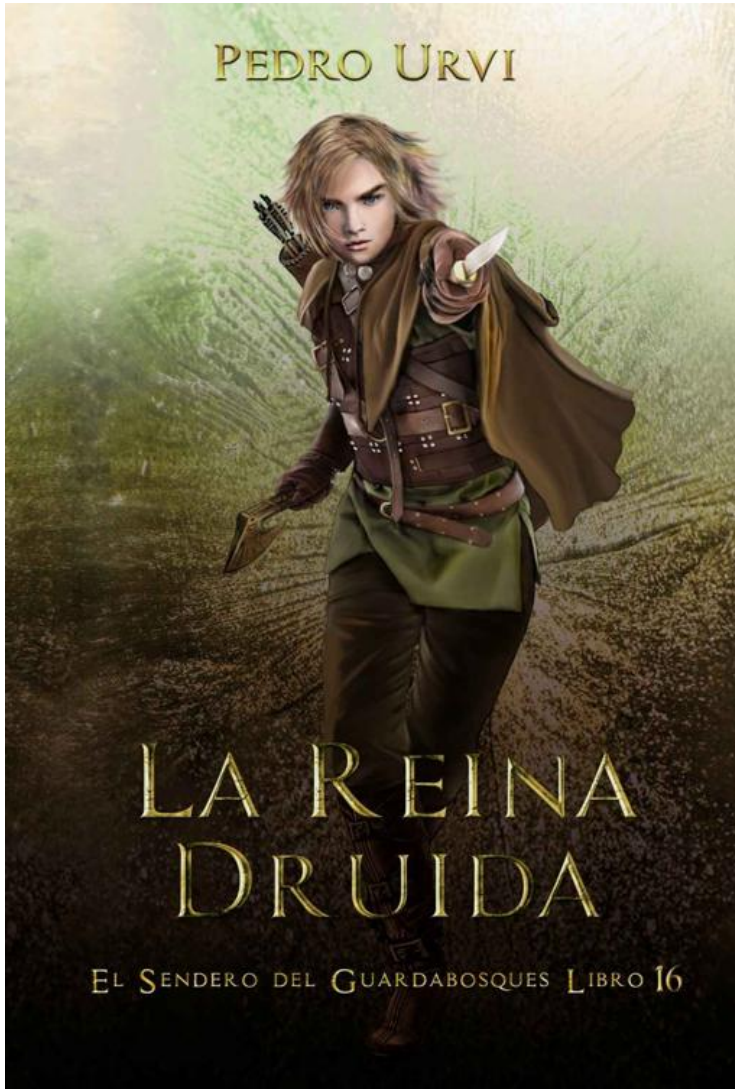
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: http://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

La Reina Druida (El Sendero del Guardabosques, Libro 16)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!